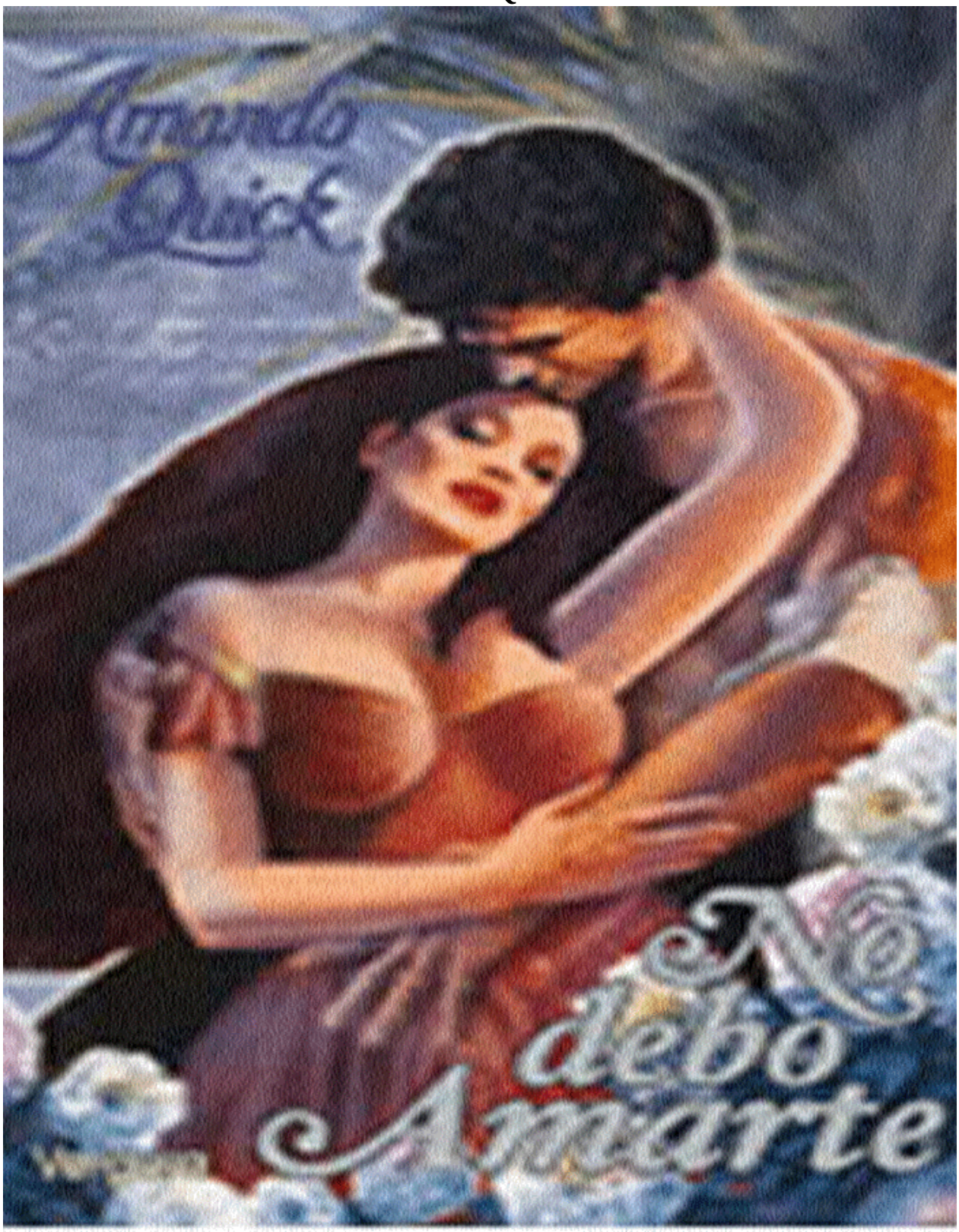
No debo amarte
Amanda Quick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Alguien llegó antes a la tienda del boticario.

Edison Stokes se agachó junto a él en la penumbra de la pequeña tienda. Echó una mirada a la empuñadura del cuchillo que estaba hundido profundamente en el pecho del anciano. Quitar el arma no habría hecho más que apresurar lo inevitable.

-¿Quién lo hizo? -preguntó Edison aferrando la mano agarrotada -Dímelo, Jonás, te juro que lo pagará.

-Las hierbas- la sangre borboteaba en la boca del boticario -Compró las hierbas especiales. Lorring me dijo que le avisara si alguien procuraba...

-Lorring recibió tu aviso. Por eso estoy aquí -Edison se inclinó más -¿Quién compró las hierbas?

-No lo sé. Envió a buscarlas con un criado.

-¿Podrías decirme algo que me ayude a encontrar al hombre que te ha hecho esto?

-El criado dijo... -Jonás calló de repente cuando se le llenó la boca de sangre.

-¿Qué dijo el criado, Jonás?

-Que necesitaba llevarse las hierbas de inmediato. Dijo algo acerca de marcharse de la ciudad para ir a una fiesta de varios días.

Edison sintió que la mano del boticario se aflojaba.

-Jonás, ¿quién ofrece la fiesta? ¿Dónde se realizará?

Jonás cerró los ojos. Por unos segundos, Edison creyó que recibiría más información, pero los labios manchados de sangre del boticario se movieron por última vez:

-Castillo Ware.

2

El Canalla estaba ahí, en el castillo Ware.

Maldito. Emma Greyson crispó una mano enguantada y apoyó el puño en la baranda del balcón. Qué mala suerte. Aunque no le extrañaba. Ya hacía cierto tiempo que su suerte se había arruinado; el punto más bajo había sido el completo desastre económico de dos meses antes.

Aun así, descubrir que tendría que pasar la siguiente semana tratando de evitar a Chilton Crane era demasiado. Tamborileó con los dedos sobre la antigua piedra. No debería haberse sobresaltado tanto esa tarde, al ver llegar a Crane. Después de todo, el mundo galante era relativamente reducido. No tenía nada de raro que el Canalla se contase entre los numerosos invitados a la gran fiesta en esa enorme casa.

Emma pensó que no podía permitirse perder ese puesto. Tal vez Crane no la recordase, pero, de todos modos, sería conveniente que se mantuviese fuera de su camino mientras durara la fiesta. Habiendo tanta gente, sería sencillo desaparecer en cualquier rincón, se convenció. No muchos prestaban atención a las damas de compañía.

El leve susurro de un movimiento en la oscuridad, bajo el balcón, la sacó de sus sombríos pensamientos. Frunció el entrecejo y escudriñó más atentamente las profundas sombras proyectadas por una alta cornisa.

Una de las sombras se movió. Salió de la oscuridad y se deslizó por una porción del prado iluminada por la luna. La joven se inclinó adelante y atisbó una silueta que se movía como un fantasma en la luz argentada. La figura era alta, esbelta, de pelo oscuro y totalmente vestida de negro.

No necesitó del breve brillo de la luna sobre los pómulos duros y ascéticos para reconocer al hombre que pasaba por debajo.

Edison Stokes. La casualidad hizo que ella regresara de un paseo a pie la tarde del día anterior, cuando él llegaba al castillo; lo había visto guiando su reluciente faetón en el interior del patio. El esbelto carruaje estaba tirado por una pareja perfecta de bayos muy bien entrenados.

Las enormes bestias habían respondido con calma y precisión a las riendas en manos de Stokes. Su pronta obediencia revelaba que, para controlarlos, su amo confiaba más en la técnica y la destreza que en el látigo y la brutalidad.

Después, Emma había notado que los otros invitados miraban a Stokes de soslayo cada vez que estaba en el mismo cuarto. Ella sabía que esa curiosidad de hurones se debía a que ese sujeto era, sin duda, extremadamente rico y poderoso. Y era muy probable que también fuese igualmente peligroso.

Todo ello lo volvía fascinante para las mentes de esa élite aburrida y hastiada.

Las sombras volvieron a moverse y Emma se inclinó un poco más sobre la baranda. Vio que Stokes había pasado una pierna sobre el alféizar de una ventana abierta. Qué extraño. Estaba invitado al castillo; no tenía necesidad de actuar de esa manera furtiva.

Un solo motivo podía impulsar a Stokes a entrar de ese modo clandestino. O bien regresaba de una cita galante con la esposa de alguno de los invitados, o bien estaba por acudir a una.

Sin saber por qué, Emma esperaba algo mejor de Stokes. Su patrona, lady Mayfield, los había presentado la noche anterior y, cuando él se inclinó ceremoniosamente sobre su mano, la intuición de Emma había chisporroteado brevemente. Se dijo a sí misma que aquél no era otro Chilton Crane. Edison Stokes sería algo mejor que un calavera corrupto, en un mundo ya superpoblado por esa especie.

Era obvio que se había equivocado; no era la primera vez en los últimos tiempos.

De una de las ventanas abiertas en el ala este del castillo surgió un estallido de estridentes risotadas. Al parecer, los hombres que se encontraban en la sala de billar estaban bastante ebrios. Del salón de baile llegaba la música.

Bajo el balcón de Emma, Edison Stokes desapareció en el interior de una habitación a oscuras que no era la suya.

Después de unos momentos, Emma se volvió y entró con pasos lentos en el corredor mal iluminado. Concluyó que no tendría problemas en retirarse a su habitación. A esas alturas, lady Mayfield debía de estar en su punto más alto. Letty tenía una desmedida afición por el champán; jamás advertiría que su dama de compañía había desaparecido por el resto de la velada.

El sonido de voces apagadas proveniente de la escalera del fondo, poco transitada, la hizo detenerse de repente a mitad de camino del corredor. Se paró y escuchó con atención. Resonó una risa suave. Una pareja. El hombre sonaba como si estuviese desagradablemente borracho.

-Supongo que tu doncella debe estar esperándote -farfulló Chilton Crane con mal disimulada ansiedad.

Emma se paralizó. Se desvanecieron sus esperanzas de que su suerte mejorase. En la pared de la escalera apareció el resplandor de una vela. Un momento más y Crane y su compañera estarían en el pasillo donde estaba Emma.

Estaba atrapada. Aunque girase sobre sí misma y corriera lo más rápido posible, no haría a tiempo de recorrer todo el pasillo hasta la escalera principal.

-No seas tonto -murmuró lady Miranda Ames -Despedí a la muchacha esta noche, antes de bajar. Te aseguro que no quería tenerla por aquí, estorbándome cuando yo volviera.

-No había por qué deshacerse de ella -se apresuró a replicar Chilton -Estoy seguro de que le habríamos encontrado alguna utilidad.

-Señor Crane, ¿por casualidad está insinuando que mi doncella podría unirse a nosotros bajo las sábanas? -repuso Miranda con altivez -Señor, estoy escandalizada.

-La variedad es la sal de la vida, querida mía. Y siempre he comprobado que las mujeres que necesitan conservar su empleo en una casa están muy dispuestas a hacer lo que se les diga. Diría que ansiosas.

-Tendrás que satisfacer tu gusto por las clases bajas en otro momento. Esta noche, no tengo intenciones de compartirte con mi doncella.

-Podríamos mirar un poco más alto para buscar a alguien con quien pasarlo bien. He notado que lady Mayfield ha traído acompañante. ¿Qué dirías si arregláramos un encuentro con ella en tu dormitorio, con el pretexto de algún...?

-¿La acompañante de lady Mayfield? No te referirás a la señorita Greyson, ¿verdad? -Miranda parecía realmente estupefacta -¡No me digas que tienes pensado seducir a esa insulsa criatura de gafas y gorra! ¡Y con ese espantoso pelo rojo! ¿Acaso no tienes nada de gusto en estas cuestiones?

-A menudo he descubierto que la vestimenta opaca y las gafas pueden esconder un espíritu muy vivaz -Chilton hizo una pausa -Hablando de la acompañante de lady Mayfield...

-Preferiría no hacerlo, si no te importa.

-Hay algo que me resulta extrañamente familiar en ella -dijo Chilton arrastrando las palabras -. Tengo la sensación de haberla encontrado en algún otro sitio.

El pánico creció en el estómago de Emma. Tenía motivos para esperar que Crane no la hubiese reconocido antes, cuando quedara arrinconada en la sala de música y no había tenido otro remedio que pasar junto a él para escapar: él sólo le había echado una mirada distraída.

Emma había razonado que sujetos como Crane, que gozaban forzando a las indefensas doncellas, gobernantas y damas de compañía de sus anfitrionas, no conservaban en la memoria los rasgos de sus víctimas. Además, ella llevaba ahora el pelo de otro color.

Una patrona anterior la había despedido por insubordinación y ella temía que la dama hubiese advertido a sus conocidos con respecto a una insolente de cabellos rojos; por eso había usado una peluca oscura durante el breve período que estuvo empleada en la casa Ralston.

-Olvida a la dama de compañía de lady Mayfield -ordenó Miranda -Es una chica aburrida y te aseguro que yo puedo entretenerte de un modo mucho más interesante que ella.

-Claro, querida. Lo que tú digas.

Chilton parecía un tanto decepcionado.

Emma retrocedió un paso. Tenía que hacer algo. No podía quedarse ahí como una liebre

acorralada y esperar a que Miranda y Crane salieran del hueco de la escalera.

Miró sobre el hombro: la única iluminación en el sombrío corredor provenía de un único candelabro de pared en la mitad del recorrido. Pesadas puertas de madera se hundían en la piedra señalando las entradas a varios dormitorios.

Se volvió, se recogió la falda y corrió por el corredor de piedra. Tendría que ocultarse en uno de los cuartos. El castillo estaba muy lleno y cada habitación de esa planta estaba asignada a un invitado, pero, a esa hora, debían de estar todas vacías. La noche era joven. Los huéspedes de Ware aún estaban en la planta baja, disfrutando del baile y el coqueteo.

Se detuvo frente a la primera puerta e hizo girar el picaporte.

Cerrada con llave.

El corazón le dio un vuelco. Corrió hasta la siguiente puerta, que tampoco se abrió.

El pánico la invadió. Fue hasta la tercera puerta, probó el picaporte, lo hizo girar, y exhaló un desgarrado suspiro de alivio cuando lo hizo girar con facilidad.

Se escabulló sin demora en la habitación y cerró la puerta con gran sigilo. Examinó el ambiente: la brillante luz de la luna que entraba por la ventana revelaba las pesadas cortinas de una enorme cama con baldaquino. Había toallas en la tarima del lavabo. El tocador estaba cubierto de elegantes frascos. Una bata de noche de mujer bordeada de encaje estaba extendida sobre la cama.

Esperaría ahí a que Chilton y Miranda desaparecieran dentro del otro dormitorio; entonces volvería a la escalera del fondo.

Se volvió, apoyó la oreja en la puerta y prestó atención a los pasos que avanzaban por el corredor; ya estaban muy cerca.

Una espantosa premonición la invadió: ¿y si había caído justamente en el dormitorio *de* Miranda*?*

Los pasos se detuvieron ante la puerta.

-Henos aquí, Chilton -la pesada puerta amortiguaba la voz de Miranda -Espera a que encuentre mi llave.

Emma se apartó de la puerta como si se hubiese puesto al rojo vivo. Sólo tenía unos segundos; Miranda creía que la puerta estaba cerrada con llave. Seguramente estaría revolviendo su bolso de noche, buscando la llave.

Emma examinó con desesperación la habitación iluminada por la luna. No había espacio bajo la cama; pudo ver que allí habían guardado los baúles de viaje. Sólo quedaba el macizo armario. Corrió hacia él sin que sus blandas sandalias de noche hicieran ruido sobre la alfombra.

La risa ebria de Crane retumbó al otro lado de la puerta, y Emma oyó el suave tintineo del metal sobre la piedra.

-Caramba, ¿ves qué me has hecho hacer? -dijo Miranda -Se me ha caído.

-Permíteme -dijo Chilton.

Emma abrió de un tirón el pesado armario, se abrió paso entre un bosque de espumosos vestidos y se escondió dentro. Luego, estiró la mano y cerró la puerta.

Al instante, la envolvió una profunda oscuridad. Un brazo de hombre le rodeó la cintura. Rompió a gritar y una mano tibia le tapó con fuerza la boca. Algo la apretó contra un pétreo pecho y la sujetó allí.

El terror la aplastó. El problema de ser reconocida era algo insignificante en comparación con su nueva situación. Ahora entendía por qué había hallado la puerta sin llave: alguien había entrado antes que ella en la habitación.

-Silencio, por favor, señorita Greyson -susurró Edison Stokes en su oído -De lo contrario, ambos tendremos mucho que explicar.

La reconoció cuando ella abrió la puerta del armario. Desde su ventajoso punto de vista detrás de lo que había tomado por un elegante vestido de viaje, Edison vio brillar fugazmente la luna sobre unas gafas de montura dorada.

Pese a lo disparatado de la situación, lo recorrió una extraña sensación de satisfacción. Después de todo, había acertado en lo que se refería a la humilde acompañante de la señora Mayfield. En el mismo instante en que se la presentaron, supo que no poseía ninguna de las

cualidades que uno esperaba encontrar en una mujer que había iniciado esa carrera.

Había mostrado una actitud reticente y retraída, pero no había nada de sumiso ni humilde en esos claros e inteligentes ojos verdes. En sus profundidades ardía el fuego de la inteligencia, la decisión y el ánimo.

Recordó que, en ese momento, ella le había parecido una dama formidable. Y atractiva, por añadidura, aunque hubiese hecho todo lo posible por ocultar su belleza detrás de unas gafas y un poco elegante vestido de bombasí, que parecía haber sido teñido varias veces.

Ahora estaba enterándose de que se entretenía ocultándose en los armarios de cuartos ajenos. Qué curioso.

Emma se removió, impaciente, en sus brazos; de pronto, Edison tuvo clara conciencia de la curva firme y redondeada de sus pechos apretados contra un brazo. La limpia fragancia de hierbas de su cuerpo lo hizo consciente de lo pequeño, reducido e íntimo que resultaba el armario.

Era evidente que ella le había reconocido y que su pánico se había disipado; ya no forcejeaba con tanta vehemencia. Con cautela, apartó la mano de su suave boca, y ella no emitió ningún sonido. No cabía duda de que tenía tan pocas ganas como él de ser descubierta. Edison se preguntó si no estaría compartiendo el encierro con una pequeña ladrona de joyas.

-Vamos, Chilton -Miranda ya no parecía divertida -Vas a arruinar mi vestido. Quita la mano. Ya sabes que no tenemos prisa. Déjame encender la vela.

-Mi querida, me inspiras tal pasión que, te lo juro, no puedo esperar un minuto más.

-Al menos podrías quitarte la camisa y el lazo del cuello -era evidente que Miranda estaba enfadándose -Yo no soy una de tus lascivas doncellas ni una de tus insípidas damas de compañía para que me poseas contra la pared.

Edison sintió que un temblor recorría a Emma. Le rozó la mano y comprobó que la tenía apretada en un puño. ¿Furia o miedo?, se preguntó.

-Pero este nudo le llevó mucho tiempo a mi valet -se quejó Chilton -Lo llaman la Fuente Antigua, ¿sabes? Es la última moda.

-Yo te lo desharé y volveré a hacerlo antes de que te marches -murmuró Miranda con tono persuasivo. -Siempre he querido jugar a ser el valet de un caballero como tú, un hombre de tan magníficos dones.

-¿Hablas en serio? -el cumplido aplacó un tanto a Chilton -Bueno, si insistes. Pero hazlo rápido. No tenemos toda la noche, ya sabes.

-Sí que tenemos toda la noche, mi querido señor. Esa es mi idea, precisamente.

Se oyó un suave susurro de ropas. Miranda murmuro algo inaudible. Chilton gimió, y su respiración se hizo más fuerte.

-Caramba, qué ansioso estás esta noche -dijo Miranda con un tono que no expresaba mucha complacencia ante el descubrimiento -Espero que no resultes estar demasiado ansioso. No soporto a un caballero incapaz de tomarse el tiempo para que la dama se ponga a tono.

-La cama -musitó Chilton -Vamos. No he venido aquí a conversar de banalidades, ¿sabes?

-Espera a que te quite la camisa. Me encanta contemplar un pecho masculino.

-Yo me quitaré la maldita camisa -hubo una breve pausa -Eso es; ya está. Hagámoslo ahora, señora.

-Maldición, Chilton, ya está bien. Suéltame. No soy una puta barata de Covent Garden. Quítame las manos de encima. He cambiado de idea.

-Pero, Miranda...

La voz de Chilton se quebró en un quejido ronco seguido de un prolongado gemido.

-Maldita sea -musitó él por fin -Mira lo que me has hecho hacer.

-Por cierto, has arruinado mis sábanas -dijo Miranda con profundo desprecio en la voz- Las he traído de Londres para estar segura de dormir entre buenas sábanas; mira lo que has hecho.

-Pero, Miranda...

-Ahora entiendo por qué prefieres mujeres que no están en condiciones de exigir grandes habilidades a sus amantes. Tienes la finura de un joven de diecisiete años con su

primera mujer.

-La culpa fue tuya -farfulló Chilton.

-Vete ya. Si te quedas un instante más, seguramente moriré de aburrimiento. Por fortuna; todavía tengo tiempo para encontrar a un caballero más talentoso que me entretenga el resto de la noche.

-Bueno; mira...

-He dicho que te marches -de repente, la voz de Miranda se convirtió en un chillido de rabia -Soy una dama. Merezco algo mejor. Ve a buscar a una doncella o a esa insulsa acompañante de lady Mayfield si quieres divertirte. Considerando tu patética destreza para hacer el amor, ésa es la única clase de mujer que podría interesarse en ti.

-Quizás haga exactamente eso -repuso Chilton -Apuesto a que me divertiría mucho más con la señorita Greyson que contigo.

Emma se crispó bajo el brazo de Edison.

-No lo dudo -replicó Miranda -Sal de aquí.

-En una ocasión retoce un poco con la acompañante de una dama en la casa Ralston -la voz de Chilton se endureció -Era una pequeña perra que no sabía cuándo debía dejar de forcejear.

-No me digas que una pobre dama de compañía tuvo la osadía de rechazar tus técnicas amorosas, Chilton.

-Tuvo su merecido, ya lo creo -al parecer, Chilton no percibió el sarcasmo que vibraba en la voz de Miranda -La señora Ralston nos encontró juntos en el armario de la ropa blanca; despidió a esa estúpida de inmediato, por supuesto.

-No me interesa oír los detalles de tu conquista -dijo Miranda con frialdad.

Ya había recuperado el control.

-Desde luego, sin referencias -agregó Chilton con vengativa satisfacción -No creo que haya vuelto a conseguir empleo. Lo más probable es que, a estas alturas, esté pasando hambre en una casa de caridad.

Para entonces, Emma temblaba violentamente; su respiración era tan tensa como sus puños cerrados a los costados. ¿Temor o ira?, volvió a pensar Edison. Algo le dijo que se trataba de lo segundo. Empezó a preocuparse de que abriese de golpe la puerta del armario para enfrentarse a Crane. Tal vez resultara entretenido, pero él no podía permitirlo. Semejante conmoción no haría otra cosa que acarrearle un desastre a ella y arruinar sus propios planes.

La sujetó más fuerte tratando de transmitirle un mensaje de advertencia; Emma pareció comprender. Al menos no intentó lanzarse afuera.

-Chilton, si no te marchas ya mismo, llamaré a mi mayordomo, Swan -dijo Miranda con tono helado -Estoy segura de que no tendrá ninguna dificultad en echarte.

-Vamos, no es necesario llamar a ese grandote bruto -refunfuñó Chilton -Me voy.

Se oyeron pasos en el suelo. Edison oyó abrirse y cerrarse la puerta de la habitación.

-Maldito estúpido -dijo Miranda con tono de disgusto -Soy una *dama.* No tengo por qué conformarme con nada que no sea lo mejor.

Otros pasos, más suaves esta vez. Miranda estaba atravesando la habitación hacia su tocador. Edison esperaba que ella no necesitara ninguna prenda del armario.

Hubo otros sonidos: el chasquido de un peine sobre la superficie de madera del tocador, el tapón de una botella al ser quitado y vuelto a colocar. Luego, el susurro de lujosas faldas de satén. Más pasos suaves.

La puerta de la habitación se abrió de nuevo. Cuando volvió a cerrarse, Edison se convenció de que él y Emma estaban solos, al fin.

-Señorita Greyson -dijo -pienso que después de haber compartido una experiencia tan íntima usted y yo deberíamos profundizar nuestro mutuo conocimiento. Sugiero que busquemos un lugar más cómodo donde podamos tener una conversación privada.

-Maldición -dijo Emma.

-Es lo mismo que siento yo.

3

-Canalla -Emma bullía de ira minutos después, cuando salió a grandes pasos al jardín inundado de sombras -Espantoso, repugnante, desagradable pequeño canalla.

-Con frecuencia he sido acusado de canalla con cierta justificación -dijo Edison con tono neutro -Pero pocas personas me lo han dicho en la cara.

Sobresaltada, Emma se detuvo ante un frondoso cerco.

-No tuve la menor intención de decir...

-Y nadie -continuó él en tono deliberado -me ha llamado jamás pequeño canalla.

Tenía razón: no había nada de pequeño en él, fue la conclusión de Emma. Además de su tamaño, había algo de elegancia natural, enteramente masculina en Stokes, que muchos hombres del ambiente debían de envidiar. Los ojos lo seguían, igual que un gato a su presa.

Pesarosa, Emma dijo:

-Me refería a Chilton Crane, no a usted, señor.

-Me alegra saberlo.

-Esta tarde sostuve una conversación con la señora Gatten, el ama de llaves, cuando supe que Crane estaba aquí, en el castillo -dijo Emma -Le advertí que no enviase a ninguna de las doncellas jóvenes sola al cuarto de él, cualquiera que fuese el pretexto. También le dije que se cerciorase de que las mujeres de su personal trabajaran en parejas, en la medida de lo posible.

-Estoy por completo de acuerdo con su opinión acerca de Chilton Crane -dijo Edison -Por su reacción, deduzco que usted era la infortunada dama de compañía hallada en el armario de la ropa blanca, en la Casa Ralston.

La muchacha no respondió; no era necesario. Él sabía bien que había dado en el clavo.

Emma avanzó unos pasos más en el frondoso jardín y sintió, más que oyó, que Edison la seguía.

Durante el día, el jardín del castillo Ware tenía un aspecto desaliñado y, por la noche, los setos macizos, los arbustos sin recortar y las enredaderas dejadas al azar hacían que pareciese una jungla siniestra. La única iluminación era la de la luna; su luz bañaba la escena con perturbadores matices de plata y azabache. El resplandor fantasmagórico transformaba el semblante de Edison en una torva máscara de ojos relucientes.

Oh, Señor; pensó Emma, *ahora él lo sabe todo.* Lo sucedido en la casa Ralston, que ella había sido despedida, todo. Si no hacía algo al respecto estaba perdida. No podía darse el lujo de perder su actual empleo hasta que hubiese pensado un plan para recuperarse del desastre económico que ella y su hermana habían tenido.

Era demasiado. Emma tenía ganas de gritar su frustración. Pero, en cambio se esforzó por aplicar la lógica. No tenía sentido tratar de explicar lo que Edison había oído. La gente siempre estaba dispuesta a creer lo peor en cuanto a la reputación de una dama.

Y aun cuando pudiese mejorar el aspecto del incidente en la casa Ralston, todavía quedaba el hecho de que la había sorprendido escondida en el armario de Miranda.

El único punto a su favor era que no había estado sola en ese guardarropa. Se burló de esa idea duramente, a Edison le resultaría tan difícil como a ella explicar qué estaba haciendo ahí.

-La felicito por su discreción, señorita Greyson -dijo Edison con tono cortés.

Ella lo miró por sobre el hombro y frunció el entrecejo. Sabía que había salido malparada de ese armario. Tenía el sombrero torcido. Varios mechones de pelo habían escapado; los sentía alrededor de la cara. Tenía el vestido arrugado por haber estado aplastada contra el muslo de él.

Edison, en cambio, estaba tan elegante como antes. Cada cabello estaba en su lugar. Su chaqueta no estaba desarreglada, ni mucho menos. Su corbata seguía perfectamente anudada. Emma pensó que aquello no era nada justo.

El recuerdo de su forzado encierro en el guardarropa le provocó un cosquilleo que le bajó por la espalda.

-¿Discreción, señor?

-Supongo que sentiría una fuerte tentación de saltar fuera de ese armario y estrellar un atizador en la coronilla de Crane.

Emma se sonrojó y apartó la vista. Esa sonrisa enigmática le provocaba desconfianza; también la desconcertaba el tono excesivamente neutro con que él le hablaba.

-Está en lo cierto, señor. Fue difícil resistirse.

-Como quiera que sea, me alegra que lo haya hecho, pues, de lo contrario, habría sido un tanto incómodo para los dos.

-Ciertamente -la joven fijó la vista en una espesa masa de enredaderas colgantes que, a la luz de la luna, parecían un montón de serpientes arrastrándose por el sendero de grava. Se estremeció muy incómodo.

-Señorita Greyson, ¿qué estaba haciendo en la habitación de lady Ames?

Emma suspiro:

-¿No es obvio? Oí que Crane y lady Ames subían por la escalera del fondo. Como quería evitarlos, me metí en la primera habitación que encontré sin llave. Y resultó ser la de lady Ames.

-Entiendo.

No parecía muy convencido. Emma se detuvo bruscamente y giró para enfrentarse con él:

-¿Y qué me dice de usted, señor? ¿Le importaría decirme por qué estaba escondido en el armario?

-Estaba buscando algo que le fue robado a unos amigos míos -dijo, sin precisar más -Recibí información según la cual ese objeto podría estar aquí, en el castillo Ware.

-Eso es un disparate -Emma lo miró con severidad -No crea que podrá engañarme con esos cuentos para niños, señor. Es obvio que lady Ames es rica como Creso. No tiene motivos para correr el riesgo de robar algo.

-En la gente de sociedad, las apariencias pueden ser engañosas. Pero, a decir verdad, no considero sospechosa a lady Ames.

-Entonces, ¿por qué fue a dar a su habitación? Yo lo vi escabullirse dentro del castillo a través de una ventana de la planta baja unos minutos antes, ¿sabe usted?

Edison arqueó las cejas.

-¿En serio? Qué observadora. Y yo que creí que nadie me había visto ni notado. Solía ser bueno para este tipo de cosas. Tal vez mi destreza esté enmohecida -se interrumpió de repente -No importa. En lo que se refiere a mi presencia en la habitación de lady Ames, hay una explicación bastante simple: estaba tratando de eludirla a usted.

-¿A mí?

-Cuando llegué a esa planta, pude ver apenas que había alguien en un balcón, en el extremo más alejado. Comprendí que esa persona sin duda me vería cuando entrase en el corredor. Usé una ganzúa para abrir la puerta de uno de los dormitorios y entré. Pensaba esperar hasta que usted abandonara el corredor y luego continuar la búsqueda.

-Qué enredo -Emma cruzó los brazos sobre el pecho -Es igual; supongo que debo estarle agradecida, señor.

-¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

-Si no hubiese elegido la cerradura de la puerta de lady Ames, yo no la habría encontrado abierta y no habría encontrado otro lugar donde esconderme en ese pasillo.

-Siempre es un placer servir a una dama encantadora.

Emma hizo una exclamación de duda y lo examinó con una mirada de soslayo.

-Supongo que no querrá decirme exactamente qué estaba buscando esta noche.

-Me temo que no. Es algo personal.

Apuesto a que lo es, pensó Emma. Fuera lo que fuese, había una cosa que estaba cada vez más clara: Edison Stokes tenía tanto que ocultar como ella.

-Su historia es imaginativa, por decir lo menos, señor Stokes.

El aludido esbozó una tenue sonrisa.

-Y su situación es delicada, ¿no es cierto, señorita Greyson?

Ella titubeó y luego inclinó la cabeza.

-Es obvio. Seré franca, señor. No puedo permitirme un escándalo que me haría perder mi puesto como dama de compañía de lady Mayfield.

-¿Le parece posible? -el tono de Edison era de duda cortés -Pese a toda su riqueza y su posición en la sociedad, no me parece que lady Mayfield esté muy encumbrada.

-De todos modos, no me atrevo a correr el riesgo de poner a prueba su sensibilidad. Lady Mayfield ha sido muy bondadosa conmigo. Soy afortunada porque ella se considera una excéntrica. Está más dispuesta a tolerar mis pequeños deslices que mis amas anteriores, pero...

-¿Pequeños deslices?

-He perdido tres puestos en los últimos tres meses, señor -dijo ella, aclarándose la garganta -Como acaba de oír, uno de ellos fue por culpa de Chilton Crane. Pero fui despedida de los otros dos por mi incapacidad para resistir la tentación de expresar mis opiniones de vez en cuando.

-Entiendo.

-Letty tiene un criterio muy abierto en cuanto a ciertas cosas...

-¿Letty? Ah, se refiere a lady Mayfield.

-Insiste en que la llame por su nombre de pila. Ya le dije que es excéntrica. Pero no puedo esperar que me conserve a su servicio si se encuentra frente a una grave acusación contra mi virtud. De hacerlo, se convertiría en el hazmerreír de toda la sociedad.

-Entiendo -Edison pensó unos segundos -Bueno, entonces, señorita Greyson, ambos tenemos buenos motivos para que nuestros asuntos personales sigan siendo confidenciales.

-Sí -la joven se aflojó un tanto -¿Debo dar por cierto que está usted dispuesto a guardar silencio acerca del incidente en el que me vi involucrada en la casa Ralston, si yo acepto no decir a nadie que usted ha venido al castillo Ware a merodear por las habitaciones de los huéspedes?

-Desde luego que sí. Señorita Greyson, ¿tenemos, entonces, un acuerdo de caballeros?

-Lo que tenemos -dijo Emma reanimándose rápidamente -es un acuerdo entre un caballero y una dama.

-Discúlpeme -Edison bajó la cabeza en señal de respeto -Por supuesto, un acuerdo entre una dama y un caballero. Dígame, ¿será acaso que su énfasis en la cuestión de la igualdad significa que es lectora de Mary Wollstonecraft y de otras como ella?

-Es verdad; he leído *Reivindicación de los derechos de la mujer,* de Wollstonecraft -respondió alzando el mentón -Me ha parecido lleno de razonamientos sólidos y sentido común.

-No discutiré sus conclusiones -dijo él, apaciguador.

-Cualquier mujer que se encuentre sola por completo en el mundo llega pronto a apreciar profundamente las ideas de Wollstonecraft sobre la importancia de la educación y los derechos de la mujer -agregó Emma, además.

-¿Ésa es la situación en que se encuentra, señorita Greyson? ¿Está completamente sola en el mundo?

A Emma se le ocurrió que, de súbito, la conversación se había tornado bastante íntima. Sin embargo, como él mismo había señalado antes, ya habían estado en una situación aún más íntima en el armario de lady Ames. Deseó con fervor no seguir ruborizándose cada vez que recordaba lo que había sentido cuando estaba aplastada contra el cuerpo tan sólido y tibio de ese hombre.

-No del todo. Disfruto de la fortuna de tener una hermana menor, Daphne, que asiste al Colegio para Jóvenes Damas de la señora Osgood, en Devon.

-Entiendo.

-Por desgracia, a final de mes debo pagar los aranceles de la próxima quincena. Sencillamente, no puedo perder este empleo.

Edison adoptó un aire pensativo.

-Dígame, señorita Greyson, ¿no tiene usted ningún recurso?

-En este momento, sí -entrecerró los ojos -Pero no será así por tiempo indefinido. Parte de mis planes financieros no se materializaron cuando correspondía, hace dos meses. Pero

tengo la esperanza de que darán fruto cualquier día de éstos.

-¿Y si no es así?

-Pensaré alguna otra cosa.

-No lo dudo ni un segundo, señorita Greyson -el tono divertido de Edison estaba teñido de respeto -Es evidente que usted es una dama de temple y fortaleza. ¿Puedo preguntarle qué les sucedió a sus demás parientes?

-Mis padres murieron cuando nosotras éramos muy pequeñas. Nos crió nuestra abuela, que era una mujer muy estudiosa. Gracias a ella es que yo he leído a Wollstonecraft y a las otras. Pero la abuelita Greyson murió hace unos meses. Quedó muy poco dinero. Sólo la casa.

-¿Qué pasó con la casa?

Emma parpadeó, asombrada por el modo en que él había captado el aspecto más importante de su relato. Recordó las murmuraciones que había oído entre los otros huéspedes. Decían que los intereses económicos de Stokes abarcaban un amplio espectro. Estaba claro que tenía buena cabeza para los negocios.

-Ah, la casa -le dirigió una sonrisa amarga, carente de humor -Ha ido directamente al meollo de la cuestión, señor.

-¿Piensa decirme qué le ha sucedido?

-¿Por qué no? No dudo que usted ya ha adivinado la respuesta -hizo acopio de valor -La casa era todo lo que nos quedaba a Daphne y a mí. Esa casa y la granja anexa estaban destinadas a sostenemos y cobijarnos.

-Deduzco que a la casa le sucedió algo muy infortunado.

Emma se clavó las uñas en sus brazos.

-La vendí, señor Stokes. Reservé las pocas libras necesarias para pagar habitación y pensión en el Colegio de la señora Osgood y puse el resto en una inversión bastante poco inteligente.

-Una inversión.

-Sí -tensó la mandíbula -Me dejé llevar por una corazonada. Por lo general, puedo confiar en mi intuición. Sin embargo, a medida que pasan los días, está cada vez más claro que he cometido un grave error.

Hubo un breve silencio.

-En otras palabras -dijo al fin Edison -, perdió todo.

-No necesariamente. Todavía tengo esperanzas... -se interrumpió -Lo único que necesito es un poco de tiempo y otro poco de suerte.

-En mi experiencia -repuso él con un tono neutro que resultaba escalofriante -, la suerte es una base muy poco confiable para cualquier plan.

Emma frunció el entrecejo, arrepentida del extraño impulso que le había llevado a confiar tanta información personal.

-No necesito que me dé ningún sermón, señor. Para un hombre de su riqueza y su poder es muy fácil pronunciar palabras descorazonadoras sobre el tema de la suerte, pero algunos tenemos muy poco más en que apoyarnos.

-Su orgullo me recuerda al mío de una manera bastante incómoda -dijo él con voz suave -Lo crea o no, sé lo que es estar solo en el mundo y sin un penique.

Emma ahogó una carcajada escéptica.

-¿Pretende decirme que alguna vez fue pobre, señor Stokes? Me resulta muy difícil de creer.

-Créalo, señorita Greyson. Mi madre era gobernanta; un día la despidieron sin referencias cuando un invitado a la casa donde ella trabajaba la sedujo y la dejó preñada. En el mismo instante en que el libertino de mi padre descubrió que iba a tener un hijo, la abandonó.

Una sacudida recorrió a Emma. Abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla.

-Lo siento, señor. No estaba enterada...

-De modo que ya ve; puedo comprender su situación. Por fortuna, mi madre logró evitar la casa de caridad. Fue a vivir con una tía anciana en Northumberland. La tía murió poco después, dejándole un ingreso que a duras penas nos permitió sobrevivir. Mi abuela paterna nos enviaba cada tanto un poco de dinero.

-Ha sido muy bondadosa.

-Nadie que la conozca -repuso él sin alterarse -cometería el colosal error de calificar de bondadosa a lady Exbridge. Nos enviaba dinero porque creía que era su deber. Mi madre y yo éramos una vergüenza para ella; no obstante, es muy consciente de eso que a ella le agrada llamar la responsabilidad familiar.

-Señor Stokes, no sé qué decir.

-No hay nada que decir -hizo un ademán como cerrando la cuestión -Mi madre murió de una infección pulmonar cuando yo tenía diecisiete años. Y creo que no había abandonado la esperanza de que mi padre un día decidiera que, en realidad, la amaba y que quisiera reconocer a su hijo bastardo.

El superficial matiz de indiferencia en la voz de Edison no podía ocultar el hielo que había bajo sus palabras. Emma comprendió que aquella pobre madre no había sido la única en albergar la esperanza de que el canalla que lo había concebido un día se ocupara de su hijo ilegítimo.

Se dio cuenta de que, en algún sitio, de algún modo, Edison había encontrado la manera de congelar la rabia que ardía en él. Pero la antigua ira jamás desaparecería por completo, aunque en el presente estuviese controlada.

-En cuanto a su padre, señor -Emma hizo una delicada pausa -, ¿podría preguntarle si lo conoció?

Edison le dedicó la clase de sonrisa que podría haber esperado de un gran lobo.

-Me visitó una o dos veces después de que su esposa y su heredero murieron en el parto. Jamás llegamos a lo que usted llamaría intimidad. Él murió cuando yo tenía diecinueve; en ese momento, yo estaba en el extranjero.

-Qué triste.

-Pienso que ya hemos hablado bastante de este tema, señorita Greyson. El pasado ya no tiene importancia. Sólo lo mencioné para demostrarle mi empatía en relación con sus dificultades. Lo único que importa esta noche es que usted y yo hemos hecho un pacto para proteger los secretos del otro. Espero poder confiar en que cumpla con su parte.

-Tiene mi palabra, señor. Ahora, si me permite, tengo que regresar a la casa. No se ofenda pero, en verdad, no puedo permitir que me vean sola con usted ni con ninguno de los otros caballeros aquí en el jardín.

-Sí, claro. El problema de la virtud.

Emma suspiro.

-Es un gran fastidio tener que preocuparse todo el tiempo por la reputación, pero es algo vital en mi trabajo.

Edison cerró suave pero firmemente su mano sobre el brazo de ella, que pretendía pasar junto a él.

-Si no le molesta, tengo que hacerle una pregunta mas -Emma le echó una mirada.

-¿De qué se trata, Señor?

-¿Qué hará si Chilton Crane recuerda quién es usted?

La joven se estremeció.

-No creo que me recuerde. Llevaba una peluca y no tenía lentes cuando trabajaba en Ralston.

-Pero ¿y si recuerda su rostro?

Emma irguió los hombros.

-Ya se me ocurrirá algo. Siempre se me ocurre.

La sonrisa de Edison fue pronta y, en opinión de Emma esta vez, auténtica.

-Puedo creerlo -dijo él -Algo me dice que, pese a su actual situación económica, jamás se encuentra del todo sin recursos, señorita Greyson. Vaya. Yo guardaré sus secretos.

-Y yo los suyos. Buenas noches, señor Stokes. Buena suerte en la búsqueda del objeto perdido de su amigo.

-Gracias, señorita Greyson -dijo él con inesperada formalidad -Que la suerte la acompañe en sus esfuerzos por recuperar su inversión perdida.

Emma miró con atención esa cara envuelta en las sombras. Un hombre extraño y

seguramente bastante peligroso en determinadas circunstancias fue su conclusión. Pero su intuición le indicó que esa noche podía confiar en la palabra de honor de él.

Deseó poder confiar también en su propia intuición.

4

-Que el diablo lo lleve, ¿dónde está mi tónico, Emma? Esta mañana tengo un espantoso dolor de cabeza -Letitia, lady Mayfield, se apoyó contra las almohadas y miró ceñuda la bandeja con chocolate que la criada acababa de depositar ante ella -Quiero creer que ha sido demasiado champán francés. Esta noche seré más prudente.

Mientras recogía el frasco de tónico y lo llevaba hasta la cama, Emma pensó que eso era poco probable. Letty no tenía nada de prudente cuando se trataba de beber champán.

-Aquí está, Letty.

La vista algo turbia de Letty se posó sobre el frasco que Emma tenía en la mano; lo tomó con vivacidad.

-Gracias a Dios. No sé qué haría sin mi tónico. Hace maravillas.

Emma sospechaba que el remedio contenía una buena dosis de gin mezclado con varios otros ingredientes poco nobles, pero se guardaba de mencionarlo. En las últimas semanas se había encariñado mucho con su ama. Y hasta empezaba a considerar que lady Mayfield podía ser su inspiración. Años antes, como ella, Letty no había tenido un penique.

Había comenzado su vida como Letty Piggins, hija de un granjero pobre de Yorkshire. Le gustaba decir que, años atrás, cuando había llegado a Londres siendo joven, sus únicos bienes eran su virginidad y un busto magnífico.

-Invertí mis bienes con astucia, muchacha; mira dónde estoy hoy. Ojalá puedas aprender de mi historia.

Por lo que Emma pudo colegir, Letty, con sus bienes provechosamente enmarcados en un vestido escotado, había atrapado la atención del anciano lord Mayfield. Se habían casado por medio de una licencia especial. Mayfield había muerto tres meses más tarde, dejando a su joven esposa con un título y una fortuna.

Pero la admiración de Emma hacia su nueva patrona no se debía a que Letty hubiese logrado atrapar a un marido acaudalado. Se debía a que había pasado las tres últimas décadas invirtiendo con sabiduría, en este caso con dinero en lugar de sus atributos físicos. Letty había triplicado con creces la herencia dejada por Mayfield.

Por cierto que es una inspiración, pensó Emma.

Letty se sirvió una abundante dosis de tónico en una taza y lo trasegó sin demoras. Soltó un suave eructo y luego un suspiro de satisfacción.

-Esto resolverá la cuestión. Gracias, querida mía -devolvió el frasco a Emma -Ocúpate de que lo tome mañana, por favor. Es probable que vuelva a necesitarlo. Y ahora dime qué pintorescas y rústicas diversiones tiene pensado infligimos hoy Ware.

-Esta mañana temprano, cuando bajé -dijo Emma -, el ama de llaves me dijo que los caballeros irán a una carrera esta tarde. Las damas ensayarán sus habilidades en arquería y otros juegos.

Por unos instantes, Letty pareció abatida.

-Preferiría ir a las carreras, pero supongo que eso no es posible.

-Seguramente, la sociedad local se escandalizaría si viera a una dama haciendo apuestas junto a los granjeros y los caballeros de la ciudad -coincidió Emma con tono alegre -De paso, la cocinera me dijo que otra vez servirían tarde el desayuno.

-Eso espero -Letty se masajeó las sienes -No creo estar en condiciones de dejar esta cama durante una hora más, por lo menos. No puedo concebir la idea de comer hasta el mediodía, en el mejor de los casos. Y dudo que alguien pueda hacerlo, de todas maneras. Cuando llegó la hora de arrastramos a nuestras camas, estábamos todos bastante bebidos.

-No lo dudo.

Letty la miró de soslayo.

-Doy por sentado que tú madrugaste, como de costumbre.

-Estoy habituada a levantarme temprano desde siempre -murmuró Emma -Sé bien que, en su valiosa opinión, nada interesante sucede nunca por la mañana, pero algunos de nosotros debemos estar levantados.

No tenía sentido explicar a Letty que ella se había levantado aun más temprano que de

costumbre porque había dormido bastante mal. Por extraño que pareciera, no era su preocupación por Chilton Crane lo que la había desvelado. Sus pensamientos estaban absorbidos por el encuentro de la noche pasada con Edison Stokes.

Se dijo que había representado un cambio. En general, cuando no podía dormir era por el espectro de la incierta economía que se cernía sobre su cama. Sin duda, Edison Stokes era bastante más interesante que su dudoso futuro.

Se le ocurrió que, en razón del peligroso acuerdo hecho con él, le convenía saber todo lo posible acerca de Stokes. Y Letty era una inmejorable fuente de información en el rótulo ricos y poderosos.

Emma se aclaró la garganta.

-Anoche tuve una breve conversación en la escalera con el señor Stokes. Es un caballero interesante.

-Ya. El dinero hace que cualquier hombre parezca interesante -dijo Letty con regocijo - Y Stokes tiene suficiente para parecer fascinante.

Emma sondeó con cautela:

-Inversiones, supongo.

-Desde luego. De muchacho, no tenía ni un penique a su nombre. Nació fuera del lecho conyugal, ¿sabes? Su padre era el heredero de Exbridge. Dejó preñada a una pequeña institutriz tonta.

-Ya veo.

-Claro está que lady Exbridge jamás ha perdonado a su nieto.

-No es posible culpar al señor Stokes por haber nacido fuera del lecho matrimonial

Letty hizo una mueca.

-Dudo que alguna vez convenzas a Victoria de eso. Cada vez que lo ve, tiene que enfrentar el hecho de que su hijo, Wesley, jamás concibió un heredero legítimo antes de romperse el cuello, como un tonto, en un accidente a caballo. Eso le roe las entrañas, ¿entiendes?

-¿Quiere decir que ha concentrado en su nieto la furia que siente contra su hijo?

-Supongo que sí. No fue sólo que Wesley se mató antes de cumplir su deber en relación con el título. También se las arregló para perder las propiedades en una serie de partidas de naipes poco antes de morir.

-Bueno, parece que al menos Wesley poseía la virtud de la coherencia.

-Sin duda. Era una desgracia. Como sea, el joven Stokes volvió del extranjero con una fortuna, más o menos para esa época. Salvó todas las propiedades de los acreedores y restableció las finanzas de Exbridge. Salvó a Victoria de la bancarrota. Como es natural, ella tampoco pudo perdonarle eso.

Emma arqueó las cejas.

-Apuesto a que eso no le impidió aceptar el dinero..

-Claro que no. Nadie podría calificar a Victoria de estúpida. En realidad, en los últimos años no se la ha visto mucho. Nunca fuimos demasiado amigas; sólo éramos conocidas. Después de la muerte de Wesley, se encerró en esa mansión que tiene. Nunca acepta invitaciones. Creo que, de vez en cuando, va al teatro, pero eso es todo, al parecer.

-Es obvio que su nieto no se priva de hacer vida social..

-En realidad, no -durante unos instantes, Letty se quedó pensativa -No conozco una sola anfitriona de Londres que no sea capaz de matar para lograr que él vaya a una soirée o a un baile, te aseguro. Pero, en general, no va a ese tipo de cosas. Fue bastante raro que se presentara aquí, en la fiesta de Ware.

-Supongo que se aburriría. Al parecer, los caballeros suelen aburrirse enseguida.. Siempre están buscando nuevas diversiones.

- Stoke no- Letty le dirigió una mirada perspicaz-. Hay un solo motivo para que se molestara en aceptar la invitación de Ware.

Emma contuvo el aliento. ¿Seria posible que Letty hubiese adivinado la verdadera razón de la presencia de Stokes en el castillo?

-¿Cuál es?

-Es evidente que está buscando una esposa.

-Una *esposa* -dijo Emma, mirándola de hito en hito.

Letty bufó.

-Pero está claro que el hombre necesita que alguien le aconseje en la materia. Es muy poco probable que encuentre aquí alguna inocente palomita de buena familia. La intención de Bush Ware es hacer una fiesta que le asegure un poco de diversión.

-Cierto. Las únicas mujeres solteras que invitó son viudas ricas, como lady Ames. No es el tipo de mujer que atraería a un hombre en busca de una novia virginal, de intachable reputación.

Difícilmente podría explicarle lo que ella sabia: que Edison no estaba buscando esposa. Al menos, no en ese preciso momento.

Claro que, una vez cumplida su misión, bien podría decidir inspeccionar qué mercadería había disponible en el mercado del matrimonio.

Un golpe en la puerta interrumpió sus cavilaciones.

-Pase -dijo Emma en voz alta y sonrió a la doncella de expresión atormentada que apareció en la puerta -B^{u}enos días,

-Buenos días, señorita Greyson.

Letitia miro esperanzada la bandeja que traía Polly.

-Ese será mi café, espero.

-Sí, señora. Y un poco de tostadas, como usted dijo -Polly deposito la bandeja sobre una mesa -¿Necesita algo más, señora?

-Sí; puedes llevarte ese horrible chocolate -dijo Letty -No sé como alguien puede comenzar el día con un maldito chocolate caliente. El café es lo único que me cae bien.

-Sí, señora.

Polly se apresuró a acercase a la cama para recoger la bandeja con el servicio de chocolate.

Letty echó una mirarla a *Emma.*

-Querida, ¿ya has bebido café o té?

- Sí, gracias, Letty. Lo bebí mas temprano, Cuando bajé. - Letty lanzó una exclamación de burla y entornó los ojos.

-¿Cómo te encuentras ahí, sola, en la tercera planta?

-Bastante bien le aseguró Emma -No te preocupes por mí, Letty. La señora Gatten me ha dardo un pequeño cuarto muy agradable. Es tranquilo y está fuera del paso.

A decir verdad, odiaba esa habitación pequeña y lúgubre de la tercera planta. Tenía algo de deprimente. No, más que eso. Estaba cargarla de una sensación algo deprimente. No le habría sorprendido saber que, en algún momento de la historia del castillo alguien había sido violentamente eliminado en ese pequeño cuarto.

Polly miro a Emma.

-Le ruego que me perdone, señora, pero el ama de llaves le asignó esa habitación porque era la de la señorita Kent. Deduzco que, en opinión de la señora Gatten, si era bueno para ella estaría bien para usted.

-¿Quién es la señorita Kent? preguntó Emma.

-Era la dama de compañía de lady Ware, la difunta tía del dueño de casa y señora del castillo hasta que murió. Lady Ware contrató a la señorita Kent para hacerle compañía durante los últimos meses de su enfermedad fatal. Después ella desapareció.

-¿Lady Ware? -Letitia se alzó de hombros -No tiene nada de raro. La mayoría de las personas muertas tienen la decencia de desaparecer después de estirar la pata.

-No me refería a lady Ware, señora -Polly encogió los hombros -Por supuesto que la señora está muerta y enterrada, que Dios dé descanso a su alma. Fue la señorita Kent la que se desvaneció de repente, como un fantasma.

-Casi no podía hacer ninguna otra cosa, teniendo en cuenta las circunstancias -señaló Emma con sequedad -Muerta su patrona, no quedaba nadie que le pagara su salario. Espero que en este momento la señorita Kent esté trabajando en otra casa.

Polly negó con la cabeza.

-Es improbable.

Emma frunció el entrecejo.

-¿Qué quieres decir?

-Quedó sin referencias, la señorita Kent, me refiero. - Emma la miró.

-¿Porque haría semejante cosa?

-La señora Gatten piensa que fue porque la señorita Kent se portó como una tonta con el amo. Dejó que él se le metiese bajo las faldas; eso hizo. Y después tuvieron una discusión bastante seria.

-¿Por qué motivo? -preguntó Emma.

-Nadie lo sabe. Sucedió una noche, después de la muerte de lady Ware. A la mañana siguiente, ella se había ido llevándose todas sus cosas.

-Caramba -susurró Emma.

-Diría que aquello fue muy extraño, si me lo preguntaran -Polly estaba entusiasmándose con el relato -Había estarlo portándose de manera rara desde aquella noche.

-¿Rara? - durante un instante, Letty pareció interesada -¿A qué te refieres, muchacha?

-Yo fui la que la encontró, ¿sabe? A lady Ware, me refiero -bajó la voz hasta que llegó a un tono confidencial -Yo traía una bandeja con el té a su cuarto; este cuarto era...

Letty abrió grandes los ojos.

-Buen Dios. ¿Quieres decir que ésta era la habitación de lady Ware? ¿Murió en esta habitación?

Polly hizo vigorosos gestos de asentimiento.

-De cualquier modo, como decía, yo le traía un poco de té. Mientras venía por el pasillo, vi que el señor Ware salía de su cuarto; parecía muy serio. Cuando me vio, me dijo que la señora Ware había muerto mientras dormía. Dijo que iba a hacer los arreglos correspondientes e informar al personal.

-Bueno, la de ella no fue una muerte inesperada -dijo Letty con aire filosófico.

-No, señora -confirmé Polly -Todos nos asombrábamos de lo mucho que había durado. Bueno; entré aquí. Estaba extendiendo la sábana sobre el rostro de lady Ware cuando sucedió el hecho insólito.

-¿Y bien? -animó Letty -¿Qué hecho insólito?

-La señorita Kent salió volando del cuarto de vestir -Polly indicó con el mentón la puerta que separaba el recinto más pequeño de la parte principal de la habitación -Estaba muy alterada. Parecía que hubiese visto a un fantasma.

-Quizá lo haya visto -dijo Letty -El de lady Ware.

Emma la miró, ceñuda.

-Letty, no creerá en espectros, ¿verdad?

Letty se alzó de hombros.

-Cuando se llega a mi edad, una se convence de que hay toda clase de cosas extrañas en el mundo, muchacha.

Emma no le hizo caso y se volvió hacia Polly.

-Podría ser que la señorita Kent estuviese alterada por la muerte de lady Ware.

-¿Qué estaba haciendo en el cuarto de vestir? -preguntó Polly en forma claramente retórica -¿Saben lo que pienso?

-Estoy segura de que nos lo dirás -dijo Emma.

Polly hizo un guiño.

-Que ella y el amo estaban divirtiéndose un poco ahí, en el cuarto de vestir, cuando lady Ware murió. La señorita Kent recibiría una fea impresión cuando salió y vio que lady Ware había fallecido.

Letty pareció divertirla.

-Pobre mujer. No cabe duda de que debe de ser desconcertante descubrir que su patrona ha muerto mientras ella estaba revolcándose en la habitación vecina.

-Ni hablar de la impresión de saber que ya no tenía trabajo -musitó Emma.

-Como ya dije, pocos días después se marchó -la expresión de Polly se torné grave otra vez -La señora Gatten me dijo que era muy difícil que la señorita Kent consiguiese otro

puesto.

Existen formas de sortear el problema, pensó Emma. Pero decidió que sería mejor no mencionarlas delante de su actual ama.

Letty sacudió la cabeza con expresión de pesadumbre mundana.

-Una joven debe cuidar sus bienes corno es debido. Debe invertirlos pensando en el futuro. Toda joven que desperdicia su virtud y su reputación en una aventura pasajera debe esperar un mal fin.

-Así y todo, fue una pena -dijo Polly desde la puerta -La señorita Kent era buena con lady Ware. Solía quedarse junto a ella durante horas, aunque la mayor parte del tiempo la señora no estaba consciente a causa del opio que consumía para calmar el dolor. La señorita Kent se sentaba junto a ella y bordaba. Tenía mucha habilidad para el bordado esa señorita.

Se hizo un breve silencio cuando la puerta se cerró tras de Polly. Emma lo aprovechó para pensar en los riesgos de la carrera que había elegido.

-Me temo que es una historia bastante común -dijo Letty al fin -Es poco probable que encontrara otro puesto como dama de compañía sin tener referencias de su anterior empleador. Es triste cuando una joven arruina sus bienes.

Emma emitió un murmullo de asentimiento y pensó en las referencias que ella misma había escrito pocas semanas atrás.

-En ocasiones, una puede inventar unos bienes ficticios.

Letty alzó sus cejas finas y grises; una amarga diversión brillaba en sus ojos castaños.

-Si una chica es lo bastante astuta para hacerlo, es preferible que use ese engaño para casarse con un viejo rico y tonto en sus últimos años. Aprende de mí, que, una vez logrado eso, quedé libre para gozar de la vida.

Emma pensó en la perspectiva de entregarse a un hombre al que no pudiese amar ni respetar y apretó sus manos sobre el regazo. Ella forjaría un destino mejor para sí y para Daphne.

-No tengo intenciones de casarme, Letty.

Letty entornó los párpados y la miró con expresión especulativa.

-¿Acaso ya no cuentas con tu bien principal o no te agrada la idea de venderte en el mercado del matrimonio?

Emma le dirigió una sonrisa radiante.

-Si ya no poseyera mi virtud, por cierto no lo admitiría para no correr el riesgo de perder mi puesto de dama de compañía, ¿no es así?

Letty estalló en carcajadas.

-Bien dicho, querida. Así que no te agrada la idea de ofrecer tus dones a cambio de un anillo de boda, ¿eh?

-Tal vez últimamente mi fortuna esté un poco baja -dijo Emma -Pero no tanto como para tentarme a negociar.

Poco antes de mediodía llegaron los periódicos de Londres. Basil Ware, como casi todos los caballeros del país, estaba suscrito a una amplia variedad de ellos, incluyendo *The Times.*

Emma había pasado la última hora sola en la biblioteca, esperando impaciente la llegada del correo. Por fin, había comenzado la actividad en la casa, pero, hasta el momento, pocos invitados se habían aventurado a bajar. Cuando la plácida y regordeta señora Gatten entró en la habitación con los periódicos en sus manos gastadas por el trabajo, Emma casi saltó sobre ella.

-Gracias, señora Gatten.

Sacó los periódicos de manos del ama de llaves y corrió al asiento junto a la ventana.

-No tiene por qué darlas -la señora Gatten movió la cabeza -Nunca vi a nadie tan ansioso por leer los periódicos. Y eso que nunca traen buenas noticias.

Emma esperó, impaciente, a que el ama de llaves se hubiese marchado y luego se quitó las inútiles gafas y las dejó a un lado. Hojeó con ansiedad los periódicos buscando noticias de los barcos que llegaban.

No había novedades sobre el destino del *The Golden Orchid,* el buque en el que había invertido casi todo lo obtenido en la venta de la casa de Devon. El barco ya llevaba más de dos meses de retraso.

Se presume que se ha perdido en el mar.

Seis semanas atrás Emma había leído por primera vez esas fatales palabras en las columnas relativas a cuestiones marítimas, pero aún no se resolvía a abandonar sus esperanzas. Estaba segura de que la única acción que había comprado en Th*e Golden Orchid* demostraría ser una buena inversión. Nunca había tenido una intuición tan fuerte como el día que había arriesgado todo en el barco.

-Condenado barco -tiró el último periódico-. Ésta es la última vez que me dejo llevar por una corazonada.

Pero sabía que estaba engañándose, pese a sus juramentos. A veces, sus corazonadas eran tan fuertes que no podía ignorarlas.

-Buenos días, señorita Greyson. Ese es su apellido, ¿verdad? Me temo que no la he visto muy a menudo desde que llegó.

La voz de Basil Warton hizo saltar a Emma. Recogió sus gafas y se las puso sobre la nariz. Luego se volvió hacia el caballero que estaba en la entrada.

-Señor Ware. Buenos días, señor. No lo oí entrar.

Basil Ware era un hombre atractivo, en el estilo rubicundo de los que pasan mucho tiempo al aire libre. Le sentaban particularmente bien las chaquetas y los pantalones de montar que llevaba esa mañana. Rara vez aparecía sin su fusta, que usaba como otros usaban los bastones. Pese a los años que había pasado en América, era la quintaesencia del caballero inglés, cordial y aficionado a los deportes, muy a gusto con sus galgos, sus caballos y sus compañeros de tiro.

Según Letty, Basil Ware había seguido la trayectoria de muchos hijos menores. Solo y pobre, se había marchado a América para hacer fortuna. Había regresado a Inglaterra a comienzos del año anterior, cuando se había enterado que su tía estaba muriendo y que él era su único heredero vivo.

Tras recibir la herencia, Basil había comenzado a moverse en los resplandecientes círculos de la sociedad con una fluidez y una gracia encantadoras que lo habían vuelto muy popular.

-¿Hay algo interesante en los periódicos? -preguntó, mientras entraba en la biblioteca -Confieso que no me he mantenido al día con los sucesos de Londres en los últimos días. He estado un poco atareado con mis huéspedes.

-No he visto noticias de gran importancia.

Emma se puso de pie y se alisó su opaca falda parda.

Estaba por retirarse cuando una enorme silueta corpulenta ataviada con la librea de la casa de lady Ames, azul pálido, apareció en la entrada.

Swan, lacayo personal de Miranda, no tenía semejanza alguna con su gracioso homónimo, el cisne. Su cuello era tan grueso que parecía inexistente. Los planos de su rostro eran chatos y anchos. La tela de su costosa librea se estiraba sobre los abultados músculos del pecho y los muslos. Sus manos y pies recordaban a Emma a un oso que había visto una vez en una feria.

Era comprensible que Chilton Crane hubiese huido del dormitorio de Miranda la noche pasada, cuando ella lo amenazara con llamar a su lacayo.

Sin embargo, había una expresión honesta, franca en los ojos de Swan, que tranquilizaba a Emma. Swan no era ningún bruto. Lo que sucedía era que tenía la desgracia de parecerlo. Por lo que ella había observado, era muy devoto de su patrona.

-Disculpe, señor -dijo Swan, con una voz que hacía pensar en una navaja oxidada -Tengo para usted un mensaje de mi señora. Lady Ames me ha pedido que le diga que para ella sería un placer entretener a sus invitadas mientras usted asiste a las carreras con los caballeros.

-Excelente. No tendré que preocuparme de que las damas se aburran mientras yo estoy con los hombres, ¿eh?

Swan se aclaró la voz.

-También tengo un mensaje para usted, señorita Greyson.

-¿Para mí? -preguntó Emma, estupefacta -¿De lady Ames?

-Sí, señorita. Me ordenó que la invitara a reunirse con ella y con las otras damas para la diversión que ha organizado para esta tarde. Dijo que no quería que anduviese usted paseando sola como lo hizo ayer.

-Muy bien -afirmó Basil con jovialidad -Como dama de compañía de lady Mayfield, es usted una invitada más aquí, señorita Greyson. Le ruego que hoy se una a Miranda y las otras señoras.

Era lo que Emma menos deseaba hacer, pero no se le ocurrió una forma elegante de negarse.

-Gracias, señor Ware -dedicó a Swan una débil sonrisa -Por favor, diga a lady Ames que le agradezco mucho su consideración.

-Mi señora es la más bondadosa y considerada de las damas -en el tono de Swan había algo cercano a la reverencia -Me siento honrado de servirla.

Oh, caramba, pensó Emma. *El pobre está enamorado de ella.*

5

Miranda había explicado que el té era una mezcla fuera de lo común. Un comerciante al final de la calle Bond la había hecho a pedido de ella; ahora había llevado cantidad suficiente para que los demás lo probasen.

-Imposible dejar el asunto del té en manos del querido Basil, ¿no es así? -había dicho, después de que las damas recibieran sus primeras tazas -Los hombres no saben nada de esas cosas.

Emma dejó muy lentamente su taza. No se atrevía a moverse con rapidez. Un súbito mareo le provocaba náuseas. Se sentiría muy mortificada si se ponía mala precisamente allí, ante tantas finas damas reunidas en círculo a su alrededor.

Por fortuna, ninguna de las otras notó su malestar porque estaban concentradas en el entretenimiento propuesto por Miranda. Cierto juego de adivinación.

Miranda resplandecía en su papel de anfitriona por una tarde. Su reluciente pelo negro estaba recogido a la última moda. El vívido azul de su vestido igualaba el de sus ojos. A juicio de Emma, no era excepcionalmente bella pero parecía refulgir. De alguna manera, pasara lo que pasase a su alrededor, Miranda se las ingeniaba para ser el centro de la atención.

Swan, su fiel lacayo, la contemplaba con una adoración que a Emma le resultaba doloroso presenciar.

-¿Quién puede decirme qué naipe he dado vuelta sobre la mesa? -preguntó Miranda con aire animado -¿Suzanne? ¿Quieres intentarlo?

-¿El as de tréboles? -aventuró lady Suzanne Tredlmere.

-No -Miranda se dirigió, expectante, a la dama que la seguía en el círculo -Tu turno, Stella.

-Dé jame pensarlo -la mujer alta y rubia fingió pensar unos segundos y luego rió -No tengo la menor idea. ¿El tres de diamantes, quizá?

-Me temo que no -la sonrisa de Miranda tenía una intensidad fija -¿Quién le sigue? ¿Qué me dices, Letty?

-Nunca he sido muy buena para este tipo de cosas -dijo Letty -Sólo me interesan las cartas cuando hay dinero en juego.

-Inténtalo -animó Miranda.

Letty bebió un sorbo de té y miró el naipe.

-Bueno, está bien. Déjame pensar un momento.

Emma inhaló una profunda y temblorosa bocanada de aire y trató de recomponerse. ¿Qué estaría pasándole? Gozaba de una excelente salud. Más aún; hasta hacía un minuto o dos, estaba perfectamente bien.

Aunque no la había atraído la idea de reunirse con las damas cuando salieron a competir con sus arcos, Miranda había insistidlo y ella había hecho todo lo posible por ser cortés. Había participado en las charadas que siguieron a la arquería y ahora intentaba concentrarse en ese tonto juego de naipes.

Para su sorpresa, en esa ocasión Miranda había estado casi cordial con ella. Tal vez un poco condescendiente, pero amistosa. Y había demostrado una especial impaciencia para que Emma participase del juego con los naipes.

-El rey de corazones -proclamó Letty.

-Equivocada. ¿Señorita Greyson? -Miranda se volvió hacia Emma -Es su turno de adivinar.

-Lo siento, yo... -Emma se interrumpió, tratando de concentrarse en no avergonzarse a sí misma ni a Letty -¿De qué se trata?

-Eso quisiera saber, señorita Greyson -dijo Miranda con cierta impaciencia -Supuse que quería jugar a este juego.

-Sí claro.

Emma tragó con dificultad para contener la náusea que crecía en ella y clavó la vista en el naipe que había sobre la mesa.

Lo único que tenía que hacer era nombrar un naipe, uno cualquiera. El juego de

Miranda no requería destreza. Sólo suerte. Por cierto, nadie esperaría que ella diese la respuesta correcta.

Del naipe, pasó la vista a los helados ojos azules de Miranda.

-El as de corazones -murmuró en tono cortés.

Una chispa de lo que podría considerarse como sorpresa o incluso excitación relampagueó en la mirada de Miranda. Estiró la mano y dio vuelta el naipe.

-Ha acertado, señorita Greyson. Es un as de corazones.

-He tenido suerte -dijo Emma con voz débil.

-Probemos de nuevo -Miranda recogió el naipe y comenzó a mezclar rápidamente -Swan, por favor, sirve un poco más de mi té especial a todos.

-Sí, señora.

Como de costumbre, Swan estaba cerca de Miranda; levantó la gran tetera de plata.

Cynthia Dallencamp contempló al lacayo con ávido interés sexual mientras él llenaba, obediente, su taza.

-¿Dónde has conseguido a Swan, Miranda? -preguntó, como si el hombre fuese invisible -En verdad, es una criatura de lo más divertida. Me gustan los hombres robustos, ¿a ti no?

Swan se encogió, pero siguió sirviendo el té. Pese a sus propios problemas, Emma sintió mucha compasión por él.

-Vino a trabajar para mí al comienzo de la temporada -Miranda arqueó una de sus cejas negras -Te aseguro que es muy útil tenerlo cerca en la casa.

-Sin duda -murmuró Cynthia -¿Te avendrías a prestármelo por un día o dos? El tiempo necesario para determinar si todo en él es tan grande como sería de desear. Lo juro, es muy difícil encontrar a un hombre lo bastante grande para prestar un servicio satisfactorio en *todo* sentido.

La franca insinuación sexual hizo reír a carcajadas a varias de las señoras presentes.

Al detenerse junto a Emma, Swan estaba intensamente sonrojado. La joven notó que la tetera temblaba en sus manos y temió que, al servir, derramara la infusión y fuese víctima de más risas, junto con la ira de su empleadora.

-No, gracias -se apresuró a decir Emma -No quiero más.

-Pero yo insisto -dijo Miranda con vehemencia -Es un tónico excelente.

-Sí, estoy segura de que lo es.

Emma sospechó que había algo en el té que la descomponía. Miró disimuladamente en torno del círculo y le pareció que ninguna de las demás tenía aspecto de sentirse mal.

-Swan, sirve té a la señorita Greyson -ordenó la anfitriona.

-Te juro -murmuró Cynthia en un tono lo bastante alto para que todos la oyesen -, me gusta mucho cómo le sienta la librea a Swan, ¿y a ti, Abby? Por cierto, destaca sus mejores cualidades. Visto de atrás es especialmente interesante.

Sobre los dedos de Emma cayó té caliente. Se encogió y retiró la mano, mientras oía la breve exclamación angustiada de Swan.

-Pedazo de torpe idiota -dijo Miranda entre clientes -Mira lo que has hecho, Swan. Has volcado el té sobre la señorita Greyson.

Swan se puso rígido.

Mediante un esfuerzo de la voluntad, Emma se recompuso.

-Swan no derramó el té, lady Ames. Yo moví la taza en el preciso momento que él comenzaba a servir. La culpa es mía de que haya vertido unas gotas en mi mano. No me ha hecho ningún daño. De todos modos, estaba por retirarme.

Swan adquirió una patética expresión de agradecimiento.

-¿Adónde va? -preguntó Miranda, distraída de su enfado -Acabamos de empezar a jugar.

-Creo que me retiraré a mi cuarto, si no le molesta -Emma se puso de pie con cautela. Sintió alivio al notar que si se movía lentamente podía tolerar el mareo -Ha sido muy gentil al incluirme en sus entretenimientos, pero, no sé por qué... no me siento muy bien en este momento.

Preocupada, Letty frunció el entrecejo.

-A ver, Emma, ¿estás bien?

-Sí, claro -sonrió sin fuerzas y se aferró al respaldo de la silla -Es sólo un dolor de cabeza.

-Dios mío -la sonrisa de Miranda parecía tallada en hielo -Creo que hemos abrumado a la pobre señorita Greyson con un exceso de excitación. Ella no está acostumbrada a participar de las diversiones sociales con gente de los círculos más elevados. ¿Es así, señorita Greyson?

Emma ignoró el sarcasmo.

-En efecto.

Se volvió con cuidado y caminó sin apresurarse hacia la salida de la biblioteca. Le pareció que la escalera, al otro lado del amplio pasillo de piedra, estaba muy lejos. Se armó de coraje y enfiló hacia allí.

Tuvo la impresión de que tardaba una eternidad para subir hasta la tercera planta. Pero cuando hubo llegado al rellano le pareció que se sentía un poco mejor. De todos modos, ansiaba recostarse hasta que hubiesen pasado todos los efectos indeseables del té.

No había nadie en el pasillo. No era extraño, toda el ala era para ella sola. Era la única invitada que tenía una habitación en ese corredor. Al parecer, los otros pequeños cuartos se usaban, sobre todo, para guardar trastos y ropa blanca.

Sin duda, en el momento que puso la llave en la cerradura ya se sentía mucho mejor. Abrió la puerta y entré en su pequeña y atestada habitación.

Contempló el espartano recinto con su pequeña cama, su diminuto lavabo y su estrecha ventana. El único atisbo de calidez era una pieza bordada enmarcada que colgaba de la pared, sobre el lavabo.

Emma se quitó las gafas y se sentó sobre la cama. Acomodó las almohadas detrás de su cabeza y contempló el bordado. Era una simple escena en un jardín. Pensó que, seguramente, sería un trabajo de Sally Kent. Polly había dicho que Sally estaba siempre bordando.

Distraída, Emma se preguntó por qué la infortunada señorita Kent habría dejado allí ese pequeño trabajo. Aún pensaba en el bordado cuando se deslizó en un sueño ligero e inquieto.

Despertó súbitamente al oír el ruido ahogado de unos gritos de mujer.

-Por favor, señor Crane, le ruego, no me haga esto. Voy a casarme.

-Bueno, en ese caso tienes un buen motivo para agradecerme por enseñarte algunas cosas relacionadas con los placeres de la cama matrimonial, ¿no es así, muchacha?

-No, por favor, no debe hacerlo. Soy una buena muchacha, señor. Por favor, no me haga daño.

-Cierra la boca. Si alguien te oye y viene a investigar, te echarán sin darte referencias. Eso le pasó a la última mujer que tumbé en un armario de ropa blanca.

El breve grito de miedo y desesperación de Polly fue bruscamente interrumpido.

Emma no esperó a oír más. Una furia al rojo vivo la atravesó. Se levantó de la cama, aliviada al comprobar que ya no le daba vueltas la cabeza.

Aferró el mango del pesado calentador de hierro para camas y corrió hacia la puerta.

En el preciso momento en que Emma salió al pasillo, vio que se cerraba una puerta. En el suelo estaba caída una pequeña cofia de muselina blanca.

Se recogió la falda y corrió. Cuando llegó a la habitación, oyó sonidos ahogados.

Levantó en alto el calentador e hizo girar el antiguo pomo de hierro, que se movió con facilidad. Tomó aliento y se preparó para abrir la puerta con el mayor sigilo posible. No quería que el Canalla tuviera tiempo para reaccionar ante su presencia, si podía evitarlo. Todo dependía que actuara con precisión.

Esperó a oír un golpe sordo, especialmente fuerte, y el gemido desesperado de Polly; empujó con fuerza la puerta. Se abrió en silencio revelando un pequeño cuarto de depósito iluminado por una sola ventana en lo alto de la pared.

Crane estaba de espaldas a Emma. Ya había logrado sujetar a Polly en el suelo y estaba tratando de desabotonar sus pantalones. Al parecer, no había oído a Emma.

Emma avanzó con el calentador en alto.

-Pequeña perra estúpida -Crane respiraba agitadamente y su voz estaba tensa por la excitación -Deberías estar contenta de que un caballero se moleste en levantarte la falda.

Los ojos enloquecidos, aterrados de Polly se dirigieron al rostro de Emma. La desesperación y la impotencia brillaban en su mirada; Emma supo exactamente lo que sentía. Rescatarla de su actual aprieto podría significar el despido, destino igualmente desastroso teniendo en cuenta la escasez de ocupaciones decentes disponibles para las mujeres.

-Me alegra que todavía tengas ganas de luchar -Crane se valió de su peso para retener a Polly contra el suelo de madera mientras se abría los pantalones -Así es más interesante.

-Confío en que esto también te parezca interesante -susurró Emma.

Estrelló con fuerza el calentador sobre el cráneo del hombre.

Se oyó un ruido horrible y, durante un instante, pareció que el tiempo se había detenido.

Luego, sin una exhalación ni un gemido, Chilton Crane se derrumbó en silencio.

-Dios querido, lo ha matado -exclamó Polly.

Emma miró, preocupada, el cuerpo inmóvil de Crane.

-¿Realmente crees que ha muerto?

-Ay, sí; estoy segura, señora -Polly salió con dificultad de abajo de Crane. El breve alivio que había en sus ojos fue rápidamente superado por una expresión de helado horror -.

¿Qué haremos ahora? Nos colgarán por asesinar a un caballero, seguro.

-Yo lo golpeé -señaló Emma.

-Me culparán a mí también, lo sé -gimió Polly. Tal vez tenía razón. Emma se sacudió el pánico que amenazaba congelarla en su sitio.

-Déjame pensar. Debe de haber algo que podamos hacer.

-¿Qué? -preguntó Polly, frenética -¿Qué podemos hacer? Señora, es como si estuviésemos muertas, seguro.

-Me niego a que me cuelguen por culpa del Canalla. No vale la pena. -Decidida, Emma se inclinó para tomar los tobillos de Crane -Ayúdame a arrastrarlo hasta la escalera.

-¿Para qué?

De todos modos, Polly se inclinó para tomar las muñecas de Crane.

-Empujaremos su cuerpo por la escalera y diremos que ha tropezado y caído.

Polly se reanimo.

-¿Realmente cree que resultará?

-Es nuestra única posibilidad -lanzó un pesado suspiro sobre los tobillos de Crane -Caramba, es muy pesado, ¿no?

-Grande como el cerdo gordo que compró mi papá en el mercado la semana pasada.

Polly tironeó con fuerza, luchando con el peso de Crane.

El cuerpo se movió escasos centímetros hacia la puerta.

-Tenemos que hacerlo más rápido.

Emma aferró con más firmeza los tobillos de Crane y tiró con todas sus fuerzas.

-¿Necesitan ayuda? -preguntó Edison con tono despreocupado, desde la puerta.

-Señor -exclamó Polly, soltando las muñecas de Crane. Retrocedió un paso, llevándose la mano a la garganta, y se le llenaron los ojos de lágrimas -Estamos perdidas.

Emma se quedó inmóvil pero no soltó los tobillos de Crane, diciéndose que ya era tarde para dejarse llevar por el pánico. Si Edison tenía intenciones de entregarla a las autoridades, ya podía considerarse muerta.

Lo miró por encima del hombro, sus ojos enigmáticos no le revelaron gran cosa. Pero, cuando vio que su mirada se posaba un instante en el calentador, ella se dio cuenta de que él había entendido perfectamente lo sucedido.

Este hombre no es de los que se preocupan por las minucias de la ley, pensó. Entraba por las ventanas, se escondía en los armarios y hacía tratos poco escrupulosos con damas como ella.

-Sí -dijo -Por cierto que nos vendría bien un poco de ayuda, señor Stokes. El señor Crane, aquí presente, intentó forzar a Polly. Yo lo golpeé con el calentador de camas, como puede ver. Al parecer, le di un golpe demasiado duro.

Polly gimió:

-Ella lo mató.

Edison no le hizo caso.

-¿Está segura de qué está muerto?

Polly dijo con tono plañidero:

-De repente se derrumbó, señor.

-Parece que se ha desmayado -coincidió Emma.

-Lleguemos a una certeza antes de hacer algo tan precipitado como hacerlo rodar por la escalera -dijo Edison -Y no es que no se lo merezca.

Cerró la puerta tras él. Cruzó la pequeña habitación hasta donde estaba Crane, tendido en el suelo. Se apoyó en una rodilla y apoyó dos dedos en el cuello pálido del caído.

-Un buen pulso -Edison miró a Emma -No cabe duda de que tiene la cabeza muy dura. Vivirá.

-¿De verdad? -Emma dejé caer los tobillos del hombre -¿Está seguro?

-Muy seguro.

-Oh, señora -en el semblante de Polly se reflejó la esperanza -Estamos salvadas. -Al instante siguiente, esa esperanza se desvaneció -Pero, cuando recupere el sentido, sin duda irá a quejarse a las autoridades. Dirá que usted lo atacó con ese calentador, señorita Greyson.

A lo que Edison replico con calma:

-Nadie, y menos que nadie Chilton Crane, irá a quejarse a las autoridades. Pienso que ustedes ya han hecho suficiente. Estarán agotadas después de tanto esfuerzo. Permítanme que yo limpie este lugar.

Emma parpadeó.

-¿Qué piensa hacer, señor?

-Siempre he comprobado que las mejores versiones son las más sencillas, sobre todo cuando uno tiene que tratar con personas de mente simple.

-No entiendo -dijo Emma -¿Qué hará?

Edison se inclinó, tomó el cuerpo inerte de Crane y lo puso sobre su hombro con sorprendente facilidad.

-Lo llevaré a su habitación dijo -Cuando despierte, le diré que ha sufrido un accidente. Según mi experiencia, las personas que se han desmayado por un golpe, aunque hayan estado inconscientes poco tiempo, pocas veces recuerdan con precisión los hechos que los llevaron a esa situación. No tendrá más remedo que creer cualquier cosa que yo le diga.

Emma apretó los labios.

-El no me vio antes de que lo golpease, pero sin duda recordará que arrastro a Polly aquí y que estaba intentando abusar de ella cuando sufrió este, bueno.., accidente. Es muy probable que sepa que mi habitación está en esta planta. Quizás adivine que yo...

-Todo saldrá bien -dijo Edison con calma -Déjenlo por mi cuenta. Lo único que tienen que hacer usted y Polly es guardar silencio acerca de lo sucedido en este cuarto.

Polly se echo a temblar.

-Yo no diré una palabra. Me da miedo lo que podría hacer mi Jack al señor Crane si descubriese lo que estuvo a punto de suceder aquí.

-Quédese tranquilo, yo no lo comentaré -dijo Emma con cierta rigidez. Frunció el entrecejo al ver el cuerpo de Crane colgado sobre el hombro de Edison -Pero no será fácil llevarlo abajo, a su propio dormitorio. Alguien podría verlo a usted en la escalera.

Edison no pareció preocuparse.

-Usaré la escalera de atrás.

Un profundo alivio invadió a Emma.

-Debo decir que es un gesto muy decente de su parte, señor Stokes.

Él alzó las cejas y le echó una mirada pensativa, muy perturbadora.

-Sí, es verdad, ¿no?

6

Chilton Crane dejó oír un débil quejido desde la cama.

-Mi cabeza.

Edison, que estaba junto a la ventana, en impaciente vigilia, se volvió hacia él. Sacó el reloj del bolsillo, abrió la tapa de oro y miró la hora.

-No creo que esté gravemente herido, Crane. Sólo estuvo inconsciente unos minutos. Es usted muy afortunado; no se ha roto el cuello en ese trastero. ¿Qué lo llevó allí?

-¿Eh? -Crane se movió. Abrió los ojos. Parpadeó varias veces y miró a Edison con evidente estupefacción -¿Qué pasó?

-¿No lo recuerda? -Edison compuso una expresión de blanda sorpresa -Yo iba hacia mi habitación cuando oí unos ruidos extraños que venían de la planta alta. Subí a investigar; llegué a tiempo para verlo abrir la puerta de ese cuarto y entrar en él. Tropezó con un viejo baúl que habían dejado cerca de la entrada.

-¿Eso me pasó? -Crane se tocó la parte de atrás de la cabeza.

-Quizá se ha golpeado la cabeza contra un estante al caer -dijo Edison, tranquilo-. Tengo entendido que los golpes en la cabeza suelen ser traicioneros. Estoy seguro de que querrá pasar el resto del día en cama.

Crane hizo una mueca.

-Ciertamente, tengo un terrible dolor de cabeza. Edison sonrió sin alegría.

-No me extraña.

-Haré que Ware mande a buscar a un médico.

-Haga lo que quiera, pero yo no confiaría mi cabeza a un médico rural.

Crane pareció alarmado.

-Tiene razón, son todos unos charlatanes.

-Lo que necesita es reposo -Edison cerró el reloj y lo guardó en el bolsillo -Le ruego que me disculpe. Ahora que se ha recuperado, me marcharé. Ware ha invitado a los caballeros a la sala de billar.

Crane frunció el entrecejo.

-Habría jurado que había una criada en ese cuarto. Una linda chica, de busto abundante. Recuerdo que me pareció muy adecuada para un rápido retozo. Me pregunto si ella...

Edison se detuvo, ya con la mano en la perilla de la puerta.

-Por Dios, señor, ¿va usted a decirme que la criada rechazó sus avances? Qué divertido. Me imagino lo que dirán los demás cuando usted cuente lo sucedido esta noche.

El rostro de Crane adquirió un desagradable tono rojizo.

-No era eso lo que quería decir. Sólo que estoy seguro de que allí había alguien.

-Puedo asegurarle que no había indicios de que alguien más hubiese estado por allí cuando yo lo encontré, Crane. Sólo vi el baúl en el suelo. ¿Quiere que llame al valet para que lo atienda?

-Maldita sea -musitó Crane -Sí, por favor, le ruego que haga venir a Hodges. Él sabrá cómo curar mi pobre cabeza. Que el diablo me lleve, qué mal día he tenido. He perdido cien libras en las carreras; ahora esto.

-En mi opinión -comentó Edison con mucha suavidad -, debería estar agradecido de no haberse roto la crisma cuando tropezó y cayó.

Edison volvió a la habitación de Emma cuidando que nadie lo viese en la escalera de caracol. Golpeó suavemente, la puerta se abrió de inmediato.

-Por el amor de Dios, entre antes de que venga alguien, señor.

Divertido por el tono apremiante de ella, Edison le hizo caso.

Ya dentro, se volvió y vio que ella se asomaba al corredor para echar una mirada al rellano. Cuando se aseguró que nadie lo había visto, se apresuró a cerrar la puerta y se volvió hacia él.

-¿Y bien, señor Stokes? ¿Ha creído Crane su cuento? ¿Está convencido de que tropezó con un baúl?

Distraído, Edison observó la habitación, aspirando la fragancia del jabón de hierbas. Era la misma que había disfrutado la noche pasada, en la estrechez del armario. Tenía aguda conciencia de la cama que estaba en la alcoba.

Con esfuerzo, volvió su atención al asunto presente.

-No puedo asegurarle que Crane se haya convencido de los detalles que yo le aporté. En cambio, tengo la seguridad de que no tiene deseos de admitir que una humilde doncella haya rechazado sus avances o que haya logrado escapar de sus garras. No importa lo que crea; no se opondrá a mi versión de los hechos.

Las cejas de Emma se alzaron por encima de los cristales de las gafas.

-Muy astuto, señor. Polly y yo le estaremos eternamente agradecidas.

-Fue usted la heroína del día, señorita Greyson, no yo. No me agrada imaginar lo que habría ocurrido en esa habitación si usted no hubiese intervenido con ese calentador.

Emma tembló.

-No lamento en absoluto haberlo golpeado tan fuerte, ¿sabe? No soporto a ese hombre.

-Yo le aseguro que, llegado el momento, Crane pagará por sus actos.

Emma se sobresaltó.

Edison inclinó la cabeza.

-Yo me ocuparé de ello. Pero hace falta tiempo para concretar estas cosas como es debido.

-No entiendo.

-¿No ha oído decir que la venganza es un plato que se saborea mejor cuando está frío?

Los ojos de la muchacha se dilataron.

-Creo que lo dice en serio, señor.

-Puede estar segura -atravesó la breve distancia que los separaba y se detuvo ante ella -Ojalá hubiese estado cerca cuando usted se encontró con Crane en ese armario de ropa blanca, en la casa Ralston, señorita Greyson. Sin duda, mi venganza habría sido inmediata.

-En aquella ocasión, utilicé un orinal -hizo una mueca -No logré desmayarlo; sólo lo aturdí. Debo decir del Canalla tiene la cabeza muy dura.

El hombre sonrió.

-¿Quiere decir que usted.., bueno, se salvó de Crane cuando la atacó en la propiedad Ralston?

-No logró forzarme, si es lo que está preguntando -se frotó los brazos con vivacidad -Pero me hizo perder mi empleo. Cuando mi ama abrió la puerta del armario, los dos estábamos allí. Fue una escena desagradable, para no decir más. Como es natural, lady Ralston me echó la culpa a mí.

-Entiendo -inclinó la cabeza -Permítame decirle que es usted una mujer extraordinaria, señorita Greyson.

Emma dejó de frotarse los brazos. Dejó caer las manos a los lados y le dirigió una sonrisa trémula.

-Gracias por lo que ha hecho esta tarde, señor. En realidad, no sé qué decir. No estoy acostumbrada a que me rescaten.

-Es evidente que no necesita ser rescatada con mucha frecuencia, señorita Greyson. No creo haber conocido nunca a nadie como usted.

Tras sus gafas, los ojos de la joven eran luminosos y perspicaces. Edison sintió que estaba siendo evaluado y puesto en la balanza. Se preguntó si aprobaría su examen.

-El sentimiento es mutuo, señor.

-¿Lo es de verdad?

-Sí -extrañamente, Emma parecía agitada -Estoy bastante segura de no haber conocido a nadie como usted, señor Stokes. Mi admiración hacia usted es ilimitada.

-Admiración -repitió él con tono neutro.

-Y mi gratitud tampoco conoce límites -se apresuró a añadir.

-Gratitud. Qué bien.

Emma apretó las manos con fuerza.

-Le aseguro que nunca olvidaré lo que usted ha hecho hoy por mí. Procuraré recordarlo

en mis oraciones nocturnas.

-Qué conmovedor -musitó él.

Las cejas de Emma se unieron.

-Señor Stokes, no comprendo. Si he dicho algo que lo moleste...

-¿Qué le hace pensar que estoy molesto?

-Tal vez el modo en que me mira; sus ojos echan fuego. Oh, Dios, vamos de mal en peor, ¿no es cierto? Quizá no debería insistir en dar más explicaciones. No tengo mucha experiencia con esta clase de conversaciones.

-Yo tampoco.

Emma alzó los ojos hacia el techo, en silenciosa muestra de exasperación. Luego, con un movimiento rápido, totalmente inesperado, se puso de puntillas, apoyó las manos en los hombros de Edison y le rozó la boca con la suya.

Edison se quedó inmóvil, temeroso de romper el hechizo. Fue Emma la que puso fin a la situación. Contuvo una exclamación y se sonrojó intensamente mientras daba un paso atrás.

-Perdóneme, señor, no quise turbarlo con mi atrevimiento. Le pido que me disculpe. Es evidente que lo he desconcertado.

-Lo superaré.

-Así es como las heroínas de las horribles novelas agradecen siempre a los héroes -dijo Emma bruscamente.

-Ah, ¿sí? Veo que tendré que ampliar mis gustos literarios.

-Por favor, señor Stokes, ahora debe marcharse. Si alguien nos sorprendiese...

-Sí, por supuesto. El problema de la virtud.

Ella lo miró con severidad.

-No le parecería divertido si tuviese que cuidar su reputación para poder ganarse la vida.

-Tiene mucha razón. Ha sido una broma desconsiderada -siguió la mirada de ella, que se dirigía a la puerta. Él no tenía derecho a poner en riesgo su empleo de dama de compañía de lady Mayfield. Si la despedían sin una referencia, en opinión de ella él no sería mejor que Chilton Crane -Puede quedarse tranquila. Ya me marcho.

Cuando pasó al lado de Emma, ella le tocó la manga.

-¿Qué lo hizo venir a esta planta en este momento en particular?

Él se encogió de hombros.

-Vi a Crane subir la escalera. Yo sabía que su habitación estaba aquí arriba; temí que él hubiese recordado dónde y cuándo la había visto antes, y hubiese decidido...

Dejó sin terminar la última frase.

-Ya entiendo. Muy observador, señor.

Edison no respondió. Era inútil decirle la rabia helada que lo había inundado cuando sorprendió a Chilton en la escalera de atrás.

Emma retiró la mano de la manga de él y se frotó las sienes.

-Cielos, qué día he tenido.

Edison sonrió levemente.

-He oído una queja muy similar de boca de Crane.

-¿En serio? No me sorprende. Después de ese golpe, seguramente él también se sienta un poco aturdido y mareado.

Edison se alarmó.

-¿Se siente mal, señorita Greyson?

-Gracias a Dios, ya no. Pero antes no estaba del todo bien. Por eso estaba aquí, descansando en mi habitación; así fue como oí cuando Crane atacó a Polly.

-¿Algo que comió, quizá?

Emma frunció la nariz.

-Algo que bebí. Lady Ames insistió en que probásemos todas un té de hierbas especial y nos obligó a jugar un tonto juego de naipes.

Edison tuvo la sensación de haber disparado sobre la superficie de un lago profundo.

-¿Lady Ames le dio un té especial? -repitió con mucha cautela.

-Una cosa asquerosa -Emma hizo otra mueca -No sé qué le vio de bueno. No creo que ninguna de nosotras, en realidad, terminara la taza. Casi no podía concentrarme en esos tontos juegos.

Edison la tomó de los hombros.

-Descríbame esos juegos, por favor.

Emma abrió muy grandes los ojos y echó una mirada inquieta a las manos de él.

-Sólo participé en uno de ellos. Lady Ames puso una carta boca abajo sobre una mesa. Y nosotras nos turnamos para tratar de adivinar cuál era. Yo gané, pero me sentía tan mal que no pude continuar.

-¿Ganó? -Edison la miró a los ojos -¿Se refiere a que adivinó?

-Sí. Está claro que fue pura casualidad. Siempre he sido buena para este tipo de cosas. Lady Ames quería que yo continuase con el juego. Más aún, se enfadé bastante cuando yo insistí en venir a mi cuarto. Pero es que no tenía alternativa.

-Maldita sea.

Edison pensó que ni él ni Lorring habían considerado la posibilidad de que el ladrón que había robado la receta del elixir pudiese ser una mujer. Y se le ocurrió que si, en verdad, la persona que buscaba era una mujer, otra mujer podía ser muy útil en sus averiguaciones.

-Señorita Greyson, anoche usted me dijo que estaba trabajando de dama de compañía para recuperarse de unos recientes reveses económicos.

Emma se crispó.

-Sólo la necesidad puede impulsar a una mujer a aceptar un trabajo como éste.

-¿Qué diría usted si le ofreciera otro trabajo, más lucrativo?

Durante un instante, Emma pareció confundida, luego se ruborizó intensamente. Una luz fría despojó a sus ojos de todo vestigio de calidez. Edison pensó que bajo la súbita hostilidad se ocultaba algo más. Emma parecía tan herida como decepcionada.

Edison llegó a la conclusión de que nada de lo aprendido en sus años de estudio en los jardines de Vanzagara le había servido cuando se trataba de comprender a las mujeres.

-Sin duda, creerá usted que debería sentirme halagada ante una oferta tan escandalosa, señor -explotó Emma en forma contenida -Pero yo le aseguro que todavía no estoy *tan* desesperada.

-¿Qué dice? -entonces comprendió y lanzó un gemido -Ah, ya veo. ¿Creyó usted que estaba ofreciéndole dinero por ciertos favores?

La joven se apartó de las manos de él, le dio la espalda y apretó los puños a los costados.

-Usted y lady Mayfield tienen mucho en común, señor. Ella piensa que yo debería venderme en matrimonio. Usted está insinuando un contrato menos formal. Para mí, las dos cosas son lo mismo. Pero no tengo intenciones de seguir ninguno de los dos caminos. Le juro que hallaré otro modo de salir de esta dificultad.

Edison estudió la decidida curva de la espalda.

-Le creo, señorita Greyson. Pero usted entendió mal mis intenciones. Yo no estaba ofreciéndole que fuese mi amante. Estaba proponiéndole un puesto como asistente mía.

Emma miró por sobre el hombro, entornando sus ojos verdes.

-¿Asistente para?

Ahora la tenía.

-No sería necesario que dejase su actual empleo con lady Mayfield para entrar a trabajar conmigo. Más aun, su puesto actual la pone en la situación ideal para hacer el trabajo del que hablo.

Un brillo astuto apareció en sus vivaces ojos verdes.

-¿Quiere decir que tendría dos empleos? ¿Que me pagarían tanto usted como lady Mayfield simultáneamente?

-Exacto -hizo una pausa calculada -No soy un patrón mezquino, señorita Greyson. La recompensaré *generosamente* por sus servicios.

Ella vaciló unos segundos, y luego giró hacia él, con el rostro iluminado por la esperanza.

-¿Podría ser un poco más preciso acerca del significado de *generosamente* señor?

Edison esbozó una lenta sonrisa. Ahora debía cuidar de no espantarla prometiéndole una suma exagerada, que despertaría sus sospechas. Sin embargo, sabía que, como acompañante, ganaba una insignificancia y quiso deslumbrarla un poco.

-Digamos que duplico su salario actual.

Ella tamborileó los dedos en el poste de la cama.

-Mi arreglo con la señora Mayfield incluye alojamiento y pensión, así como un estipendio quincenal.

-Está claro que yo no estoy en condiciones de ofrecerle habitación y pensión.

-Está claro. Además, no necesitará mis servicios por mucho tiempo.

-Es cierto. Como máximo, hasta el fin de semana, me imagino.

Un brillo astuto iluminó los ojos de Emma.

-Señor, si necesita tanto de mis servicios, ¿qué le parece si *triplica* mi actual salario de una quincena completa?

Edison arqueó las cejas.

-¿Triplicar lo que gana en una quincena por una semana de trabajo?

Emma pareció inquietarse, temiendo haber sido demasiado audaz en sus exigencias.

-Bueno, usted dijo que necesitaba mis servicios, señor.

-Es verdad. Es usted dura para negociar, señorita Greyson. Antes de aceptar, quizá debería saber qué tendrá que hacer en su nuevo puesto.

-Señor, para serle sincera, no soy terriblemente exigente en este momento. En tanto me garantice que recibiré tres veces lo que me paga lady Mayfield en una quincena y no me pida que caliente su cama, aceptaré el puesto.

-Trato hecho. Ahora, lo único que le pediré, señorita Greyson, es que acepte el pedido de lady Ames de que beba su té especial y juegue a las cartas.

Emma apretó los labios.

-¿Es imprescindible que beba el té?

-Sólo un poco. Lo suficiente para que ella se convenza de que usted lo ha bebido.

Emma suspiró.

-Tal vez esto le parezca impertinente dadas las circunstancias, pero ¿le molestaría mucho explicarme de qué se trata?

Él le sostuvo con firmeza la mirada.

-Tengo motivos para pensar que Miranda está probando su poción con usted.

-¿Probando? -se llevó la mano al estómago, que sentía otra vez revuelto-. ¿Ese horrible té es una especie de veneno?

-Le aseguro que no existen razones para pensar que pueda hacerle daño

Ella entrecerró los ojos.

-¿Qué es lo que se supone que me haría?

-Según la leyenda...

-¿La leyenda?

-Le aseguro que no son más que tonterías ocultistas- se apresuró a tranquilizarla -Ya le dije que yo estaba buscando algo que fue robado. Ese objeto es un antiguo libro de los Templos del Jardín, de una isla lejana llamada Vanzagara. Los monjes de los templos lo llaman el *Libro de los Secretos.*

Vanzagara. Emma frunció el entrecejo -He oído hablar de ella.

-Estoy impresionado. No hay mucha gente que haya oído hablar de esa isla.

-Mi abuela era muy aficionada a la geografía.

-Sí, bueno; yo estoy llevando a cabo estas investigaciones para el hombre que descubrió Vanzagara hace varios años. Es muy amigo mío.

-Entiendo.

-Se llama Lorring. Ignatius Lorring. Y se está muriendo.

Emma le escudriñó el rostro; Edison supo que ella había percibido la pena silenciosa que lo habitaba. Eso lo inquietó. Tenia que cuidarse de la insólita naturaleza perceptiva de Emma.

-Lo lamento -musitó ella.

-El último deseo de Lorring es recuperar el libro perdido y devolverlo a los monjes de Vanzagara -Edison vaciló. Se siente culpable, ¿sabe usted?

-¿Por qué?

-Porque él ha descubierto la isla y la ha hecho conocer en Europa. A partir de esto, algunos extranjeros han viajado a Vanzagara. Lorring siente que, de no haber sido por él, la isla podría haber permanecido aislada muchos años, y ningún ladrón habría ido a robar su mayor tesoro.

-¿Sabe él quién robó el libro?

-No. Pero hay rumores de que el ladrón llevó el *Libró de los Secretos* a Italia y lo vendió a un hombre llamado Farell Blue. La historia tiene sentido porque Blue fue uno de los escasos estudiosos que puede haber tenido la remota posibilidad de descifrar el lenguaje en que están escritas las recetas.

-Advierto que se refiere a este señor Blue en pasado -dijo Emma -Supongo que habrá un motivo para ello.

-Murió en el incendio que consumió su villa en Roma.

-No se podría decir que fuera un hecho auspicioso. En cuanto a la cuestión del ocultismo, señor...

-Como dije, es una completa estupidez. Pero, según la leyenda, el brebaje permitiría a quien lo beba predecir cuál es la carta dada vuelta. Se dice que incrementa la intuición natural de una mujer.

-¿La *intuición de* una mujer?

Edison asintió.

-Según los monjes, solo es eficaz en mujeres, y no en cualquiera. Solo actúa en pocas mujeres; solo aquellas que tienen naturalmente un alto grado de intuición son susceptibles a sus efectos.

Emma hizo una mueca.

-¿De ahí la necesidad de experimentar?

-Sí -Edison enlazó las manos a la espalda -Al parecer, la propia Miranda no es susceptible al efecto del brebaje. No me sorprende, puesto que es improbable que funcione con cualquiera. De todos modos, ella cree que resultará con alguien, y por eso está llevando a cabo estas pruebas. Tal vez busque una cómplice.

-Cómplice -Emma reflexioné sobre la palabra -Eso suena bastante feo.

Edison alzó las cejas.

-Comprende cuál es el problema, ¿verdad? Si ella cree que posee una poción que le permitiría hacer trampas en los juegos de naipes, sus posibilidades serían ilimitadas.

-En las partidas que se juegan en las casas de la sociedad se ganan y se pierden fortunas -susurró Emma -Miles y miles de libras cada semana, gastados en las salas de juego durante las fiestas.

-Así es.

-Es sorprendente -le dirigió una rápida mirada apreciativa -Pero usted dijo que el elixir es sólo una leyenda de ese antiguo libro que mencionó. ¿Por qué está buscándolo?

-Si puedo encontrar a la persona que tiene la receta del elixir, tal vez encuentre al ladrón que robó el libro.

-Sí, comprendo. Pero si el elixir no funciona...

-Entiéndame bien. Yo no dudo que el elixir en sí mismo es inútil. De todos modos, se sabe que ha habido personas capaces de arriesgar mucho por algo que creen valioso. Han muerto hombres por culpa de esa condenada receta. El último fue un boticario de Londres.

Los ojos de Emma expresaron alarma.

-¿Murió por beber la mezcla?

Edison negó con la cabeza.

-Creo que fue asesinado por su cliente, la persona a quien le vendió unas hierbas especiales que se necesitan para preparar el brebaje.

Emma frunció el entrecejo.

-¿Conoce usted los ingredientes de la receta?

-No. Pero sé que se originó en la isla de Vanzagara. Las hierbas que crecen allí son raras y no se encuentran fuera de la isla. Lorring alertó al puñado de boticarios londinenses que tenían almacenadas las hierbas de Vanzagara. Les pidió que le notificaran si alguien intentaba comprar.

-Ahá. ¿Uno de ellos avisó que había vendido una cantidad de esas hierbas raras?

-Sí. Lorring está tan enfermo que ya no puede salir de su casa. Por eso fui yo a ver al boticario en cuanto se recibió el mensaje. Pero era demasiado tarde: él había sido apuñalado. Sólo vivió lo suficiente para contarme que el comprador de las hierbas tenía intenciones de venir a esta fiesta.

-Dios mío -una nueva ola de alarma inundó a Emma -¿Usted cree que Miranda asesinó al pobre hombre?

Si ella tiene la receta, debo suponer que es muy posible que matara al herbolario. Y tal vez a los otros. Pero no se preocupe, señorita Greyson. Usted estará a salvo mientras se haga la inocente.

-En realidad, soy bastante buena para eso -murmuré Emma -Es un requisito de mi profesión.

Edison le dirigió una extraña sonrisa.

-¿Sabe una cosa? Hasta que la conocí, no tenía idea de que las damas de compañía fuesen tan inteligentes y tuvieran tantos recursos.

-Le aseguro que es una carrera muy exigente, señor.

-Le creo -hizo una pausa significativa -Si está satisfecha ahora que le he descrito sus nuevas responsabilidades, sólo hay una cosa más que quisiera que quede clara entre nosotros.

-¿De qué se trata?

-Si alguna vez llega usted a mi cama, señorita Greyson, no será porque le pague.

7

La noche siguiente, antes de vestirse para cenar, Edison encendió una vela y la puso en el suelo. Se sentó frente a ella con las piernas flexionadas en la posición correcta y contempló la llama.

Hacía mucho tiempo que había dejado de lado la mayoría de los rituales Vanza. Pero, de vez en cuando, si necesitaba escudriñar en lo más profundo de sus pensamientos empleaba la vela.

La meditación con el auxilio de velas de colores y fragancias especiales era una antigua práctica en Vanzagara. Los monjes las usaban en los templos y cada maestro Vanza enseñaba a sus discípulos cómo usar la llama para enfocar su concentración.

Era tradición que cada alumno recibiera sus primeras velas de su maestro. Y cada uno de éstos tenía velas con su perfume y su color distintivos. Había un antiguo dicho vanzagariano que rezaba: *Para conocer al maestro, mira las velas del alumno.*

Existía la costumbre de que el discípulo usara las velas de su maestro hasta haber alcanzado el Tercer Círculo. En ese momento, el novicio hacía sus propias velas de meditación con el color y la fragancia que hubiese elegido.

Edison había recibido de Ignatius Lorring sus primeras velas, que eran de un suntuoso color púrpura oscuro. Jamás olvidaría su exótico perfume.

Casi tan exótico como el de Emma.

Se preguntó de dónde diablos había salido aquella idea. Irritado por su distracción, se concentró de nuevo en la llama.

Cuando llegó el tiempo en el que era de esperar que él preparase sus propias velas, Edison había salido del Círculo. Nunca había llegado a hacer sus propias velas. En las poco frecuentes ocasiones en que se entregaba a la meditación, utilizaba velas comunes, las que tuviese a mano en la casa.

El sentido común le indicaba que no era el perfume o el color lo que permitía alcanzar ese lugar tranquilo donde existía la verdad, sino la capacidad de concentración.

Clavó la vista en la llama y se entregó, metódicamente, al proceso de aquietar su cuerpo de manera que su mente pudiese concentrarse con más claridad. Una capa de quietud se asentó sobre él.

La llama se hizo más brillante hasta que pudo mirar dentro de su corazón. Contempló sus profundidades al tiempo que permitía que sus pensamientos siguieran su propio curso. Después de unos momentos, adquirieron forma y sustancia.

La decisión de incluir a Emma Greyson en el complejo misterio del libro desaparecido bien podría resultar un serio error. Pero, después de examinarlo, quedó satisfecho con la lógica de esa decisión. Si lady Ames era la ladrona, y si estaba convencida de que Emma era susceptible al brebaje, Emma ya estaba atrapada en la red. Era muy probable que estuviese en peligro en algún momento futuro, pero no creía que ese peligro fuese inmediato. Después de todo, si sus deducciones eran acertadas, Miranda necesitaba a Emma. En esa coyuntura, no le convenía hacerle daño.

Si empleaba a Emma para que lo ayudara en sus investigaciones en el castillo Ware, él estaría en mejor posición para vigilarla.

La llama ardió con más brillo. Edison se dejó llevar más a fondo, al sitio donde ciertas verdades eran candentes. Allí, nada era completamente claro. En el mejor de los casos, sólo podía atrapar atisbos de un conocimiento interior.

Algunas astillas de la rabia y el dolor que había sentido de joven aún ardían allí. Lo mismo que sucedía con su insoportable soledad. En esa profundidad también estaba el origen de una inflexible determinación que podría haberlo transformado en Gran Maestro de Vanza, si hubiese iniciado ese camino. Él, en cambio, la había aprovechado para construir su imperio económico.

Extendió su visión más allá de esas viejas verdades y se concentró en descubrir el resplandor intermitente de la nueva verdad que ahora percibía.

Miró intensamente durante largo rato. Después de un tiempo, la vio encenderse un

instante, el tiempo suficiente para estar seguro de ello. Un segundo después, se había desvanecido en el centro del fuego. Pero lo que había visto le bastaba para saber que debía admitir su presencia aunque le provocase el inquietante sentimiento de que lo acosaría.

Pensó que ahí estaba la verdad, en la llama. No había empleado a Emma Greyson sólo porque creyera que podría serle útil esa semana. No la había tomado como asistente temporaria porque quisiera protegerla o ayudarla en el aspecto económico.

Lo había hecho para aprovechar la posibilidad de tenerla cerca.

No era una motivación habitual en él; probablemente, fuese peligrosa.

Se dio cuenta de que no quería seguir mirando más a fondo en el interior de la llama.

-Ha ganado otra vez, señorita Greyson -Delicia Beaumont cerró de un golpe su abanico pintado -Lo juro, es muy injusto. Ya van tres veces seguidas que ha elegido el naipe correcto de la baraja.

En el pequeño círculo de damas que habían aceptado participar del nuevo juego de Miranda se oyeron murmullos de descontento.

Emma miró con disimulo al elegante grupo. Ya hacía un rato que percibía la creciente irritación de sus compañeras. Una cosa era tolerar la presencia de una pequeña insignificante mientras tuviese el buen tino de perder en el juego y otra muy diferente, cuando ganaba una vez tras otra.

Sólo Miranda parecía contenta con la racha de buena suerte de Emma. Ataviada con un impactante vestido de noche negro y dorado, lady Ames reinaba en la mesa de juego.

Muchas de las damas del círculo reunido en torno de ella habían seguido bebiendo champán y coñac después de la cena. Cuando los hombres hubieran terminado su oporto y se reunieran con ellas para el baile, casi todas estarían bastante bebidas.

Emma se había limitado al té, pero rechazó con firmeza cuando Miranda insistió en que bebiera más de su mezcla especial. En esta ocasión, había sorbido con mayor cautela y, como resultado, el mareo no era tan fuerte y no se sentía tan mal como el día anterior. De cualquier modo, la sensación que experimentaba era desagradable. Era como si su cerebro estuviese lleno de una oscura niebla.

-Otra vuelta -dijo Miranda en tono alegre, mientras mezclaba las cartas -Veamos si alguien puede derrotar a la señorita Greyson.

Delicia se levantó de repente.

-Ya me cansé de este juego ridículo. Voy a salir a tomar aire fresco -paseó la mirada en círculo -¿Alguien quisiera acompañarme?

-Yo iré.

-Yo también.

-Es muy aburrido cuando una persona gana siempre -dijo Cordelia Page con tono intencionado, y se levantó con un contoneo-. Espero que el baile empiece pronto.

Entre susurros de faldas de satén, seda y muselina, las mujeres salieron a la terraza.

Miranda sonrió a Emma con aire benigno.

-Me temo que no son buenas perdedoras, señorita Greyson. No es culpa suya si está disfrutando de un poco de buena suerte, ¿no es cierto?

Emma se preocupó por el insano entusiasmo que veía en los ojos de Miranda. Para respetar su acuerdo laboral con Edison había prometido participar de los juegos de Miranda; sin embargo, ya era suficiente, al menos por el momento. Era hora de perder.

Además, no le parecía prudente que Miranda llegara a confiar demasiado en los efectos de su asqueroso brebaje.

-Una ronda más; luego creo que me iré a mi cuarto -dijo Emma.

En la expresión de Miranda se reflejó el fastidio por un instante, pero lo contuvo rápidamente.

-Está bien, señorita Greyson, una vuelta más -Miranda eligió tres naipes de la baraja, aparentemente al azar, los examinó un momento y los puso boca abajo sobre la mesa.

-Adelante. Veamos si puede adivinar estas cartas.

Emma tocó la primera. A través de la suave niebla arremolinada que llenaba su cabeza,

pudo ver un cuatro de tréboles con la claridad de un amanecer.

-Rey de corazones, creo -dijo, insegura.

Miranda frunció el entrecejo y dio vuelta el naipe.

-Se equivocó, señorita Greyson. Swan, sírvele otra taza de té.

Swan avanzó con la tetera.

-No, gracias -repuso Emma -No quiero más té.

-Tonterías, claro que quiere -Miranda lanzó una mirada colérica e impaciente a su criado-. Dije que le sirvieras más té a la señorita Greyson. Hazlo ya, Swan.

Swan disparó a Emma una mirada suplicante. Ella no necesitaba ni té ni su intuición para comprender que el pobre hombre estaba atrapado en una situación difícil.

Le dirigió una sonrisa comprensiva.

-¿Por qué no? Creo que, después de todo, beberé un poco más de té. Gracias, Swan.

La gratitud se reflejó en los ojos del hombre. La tetera temblaba un poco en su mano mientras servía.

Terminó, dio un paso atrás, y Emma estiró la mano, fingió no poder sostener la delicada asa, y la taza se deslizó de sus dedos y cayó sobre la alfombra.

-Oh, caramba -murmuré -Qué es lo que he hecho.

Miranda parecía a punto de explotar.

-Ve a buscar a la criada, Swan.

-Sí, señora.

Swan salió volando hacia el vestíbulo.

-Creo que he volcado un poco de té en mi vestido -Emma se levantó -Por favor, discúlpeme, lady Ames. De todos modos, ya estaba a punto de retirarme.

En los ojos de Miranda apareció un brillo duro.

-Pero, señorita Greyson, la noche es joven.

-Como usted sabrá, no frecuento muy a menudo la sociedad y no estoy habituada a sus horarios -Emma le dedicó una sonrisa edulcorada -No creo que nadie advierta mi ausencia.

-Está equivocada, señorita Greyson. Yo la notaré -se inclinó un poco hacia delante y toda su persona irradió una cálida intensidad -Quiero jugar otra partida.

Emma fue recorrida por una familiar electricidad. Sintió que se le erizaba el pelo de la nuca y que le cosquilleaban las palmas de las manos.

Tengo miedo, pensó, atónita por la aguda premonición de peligro, mortalmente asustada sin motivos aparentes.

Maldita mujer. No permitiré que me haga esto. Miranda la observaba como un gato a un ratón. Otro escalofrío de temor y un estremecimiento de advertencia recorrieron a Emma. ¿Qué me pasa? Ella no está apuntándome a la cabeza con un revólver.

Con un poderoso esfuerzo de la voluntad, Emma controló sus nervios y recogió la falda de su insulso vestido gris.

-Buenas noches, lady Ames. Ya he tenido bastante de naipes por esta noche.

No se atrevió a mirar por encima del hombro para saber cómo había tomado Miranda su negativa.

Se obligó a andar tranquilamente, alejándose de la mesa de juego. En camino hacia la escalera, se detuvo ante la puerta abierta del salón de baile para verificar en qué andaba su ama. Había muchas personas reunidas en esa vasta estancia. Además de los huéspedes de Ware, muchos miembros de la sociedad local habían sido invitados esa noche.

Chilton Crane no había bajado en todo el día, para gran alivio de Emma. Había notificado a su anfitrión que estaba reponiéndose de un dolor de cabeza.

Al mirar a su alrededor, Emma vio a Letty junto a un reducido grupo, en el lado opuesto del salón. Llevaba un vestido de satén muy fruncido, con un escote tan bajo que casi no contenía sus pechos. Había otra copa de champán en su mano enguantada. A cada minuto, su risa se hacía más fuerte. Sin duda, pedirá su tónico, pensó Emma. Y, por cierto, esa noche no necesitaría de los servicios de su dama de compañía.

Contenta de estar libre por un tiempo de las exigencias de sus dos patrones, Emma echó a andar hacia la escalera.

Temía que, de las dos ocupaciones que tenía esa semana, la que hacía para Edison resultara la más pesada. Si no fuera por el hecho de que ya había aceptado su oferta de empleo, no habría bebido una gota más del odioso brebaje de Miranda.

Toda esa absurda conversación sobre el libro desaparecido y los elixires exóticos le había hecho dudar de su nuevo amo. Inquieta, se preguntó si no estaría chiflado como una cabra.

Pero, aunque eso fuera cierto, era una cabra adinerada, se recordó mientras subía la escalera. Y la prueba sería que, si duraba una semana trabajando para él, triplicaría sus ingresos de una quincena. Cuando pensaba en el dinero, se sentía inclinada a ver a Edison Stokes como una persona de claro juicio y eminentemente cuerda.

Giró en el rellano de la segunda planta y se dispuso a subir a la oscuridad del tercero. El personal no desperdiciaba demasiadas velas para iluminar la penumbrosa ala donde estaba su habitación.

Desde abajo, desde el salón, llegaba la música del baile. También risas de borrachos. Pero el ruido era rápidamente absorbido por los gruesos muros del viejo castillo.

Cuando llegó a la tercera planta y echó a andar por el corredor, los sonidos del salón de baile se oían apagados, como lejanos ecos fantasmales. Sus pasos resonaban huecos, en el suelo de piedra desnuda.

Se detuvo ante su puerta y abrió su pequeño bolso para buscar la llave

Otro leve escalofrío le bajó por la espalda.

Ese maldito té. Edison estaba seguro de que no podía hacerle daño, pero ¿y si se equivocaba?

Además de hacerle dar vueltas la cabeza, comenzaba a abrigar la inquietante sospecha de que, en verdad, hacía efecto. Siempre había sido buena con las adivinanzas pero su suerte de esa noche con las cartas de Miranda había sido un poco desconcertante. Se prometió que el día siguiente fingiría beber la poción.

Se preguntó si no debería mencionar a Edison sus preocupaciones con respecto al té. Tras pensarlo unos momentos, decidió que no le diría nada. Ya estaba bien que ella dudase de la cordura *de él,* pero, por cierto, no quería que él dudara de la *suya.*

Entró en su habitación y cerró la puerta con llave. Los rituales de desvestirse y prepararse para la cama no contribuyeron en nada a tranquilizar sus nervios, cada vez más agitados. Enfundada en su camisón y tocada con una pequeña cofia blanca, echo una mirada a la cama.

No creía que puchera dormir.

De repente, la dominó la necesidad de tomar un poco de aire fresco antes de recogerse. Quizás eso la ayudase a disipar los vapores del espantoso té de Miranda. Un paseo por la muralla del viejo castillo podría hacerle bien.

Ya decidida sacó de una percha del armario su desteñida bata de cretona y se la puso. Ató el cordón en la cintura, se calzó las chinelas y se metió la llave en el bolsillo.

Volvió a salir al corredor, cerró otra vez con llave, impulsada por una antigua costumbre y se dirigió hasta la pesada puerta de roble que se abría a las almenas. Al llegar, tuvo que apoyar en ella todo su peso para poder abrirla.

Afuera, se encontró en el paseo de ronda de las viejas murallas de piedra. Caminó hasta el borde y miró por entre las almenas. Abajo, rodeaban el castillo los extensos jardines bañados por la luz de la luna. Más allá del follaje plantado por la mano del hombre, había espesos bosques donde la luna no penetraba.

Inhaló una profunda bocanada de aire fresco y comenzó a caminar hacia el extremo más alejado del muro. Música y voces provenientes del salón de baile flotaban en la noche. Se alejó siguiendo la línea de las almenas, y los sonidos de la jarana se amortiguaron.

Al final de la muralla sur, giró y caminó hacia el este. El bálsamo de la noche fresca y vigorizante disipó de su mente los últimos efectos del té pero no alivió en absoluto su sensación de presagio.

Malditas premoniciones. Era impensable que se quedara fuera toda la noche sólo porque

estaba un tanto inquieta.

Decidida, inició el regreso. Al llegar a la puerta que daba al corredor, tuvo que aplicar las dos manos para levantar el antiguo pestillo de hierro.

Por fin logró entreabrir la puerta y entró en el oscuro corredor. De inmediato, la ominosa sensación de inminente desastre se intensificó. Estaba por obligarse a echar a andar hacia la puerta de su habitación cuando percibió un eco de pasos en la piedra.

Alguien subía por la escalera de caracol en el extremo más lejano del pasillo.

El miedo la crispó. Esa noche, ningún criado tenía motivos para estar en esa ala. Sólo ella tenía motivos para estar allí a esa hora.

Ya no dudó de la sensación apremiante que la invadía. Con absoluta certeza, supo que no podía arriesgarse a volver a su habitación. Quienquiera que subiese la escalera bien podría estar yendo a su cuarto.

Frenética, repasó sus posibilidades y se precipitó hacia la puerta más cercana. El pomo giró con facilidad en su palma húmeda. Se escabulló dentro de la habitación vacía y cerró la puerta tras de sí.

Apoyó la oreja contra las tablas de madera y escuchó. Hasta para sí misma, el sonido de su respiración era demasiado fuerte.

Los pasos se detuvieron. Oyó ruido de llaves de hierro que tintineaban en un anillo. Luego, el roce de metal contra metal cuando una de las llaves entró en la cerradura de la puerta de su habitación.

Cerró los ojos y trató de respirar mas silenciosamente

Se oyó una sorda maldición cuando la primera llave no abrió la puerta. Oyó otra llave entrar en la cerradura y se dio Cuenta de que alguien se había apoderado del llavero del ama de llaves. Quienquiera que fuese tenía intención de probarlas todas hasta dar con la que abriera su puerta.

Otra llave se deslizó en la cerradura. Se oyó una exclamación ahogada. Una voz de hombre, dedujo. Y estaba impacientándose.

Entonces, oyó el ruido inconfundible de la puerta de su habitación que se abría. Tembló. El intruso estaba en su cuarto. Si ella no hubiese salido a las murallas hacía unos minutos, habría quedado atrapada en su cama, indefensa y dormida.

-¿Qué es esto? -la voz de Chilton Crane llegó, enfadada desde la puerta abierta. Retumbó con fuerza en el corredor vacío -Conque escondiéndote bajo la cama, pequeña buscona ¿eh?

Una rabia creciente aplastó parte del miedo que había estado carcomiendo a Emma. El Canalla. Era obvio que el día anterior no lo había golpeado con suficiente fuerza. Era una pena que Edison le hubiese impedido hacerlo rodar por la escalera

-Así que no estás bajo la cama, ¿eh? Entonces, estarás en el armario. No te servirá de nada, mi querida señorita Greyson. Sé que estás aquí, en alguna parte... -se interrumpió -¿Quién anda ahí?

Emma sintió que se le formaba hielo en el estómago. Había alguien más en el corredor fuera de la habitación Se había concentrado de tal modo en escuchar a Crane que no había oído otros pasos.

Al parecer, tampoco Crane.

-De veras -fanfarroneo Chilton -¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué pasa?

No hubo respuesta, pero cuando Chilton volvió a hablar, en su voz había pánico.

-No, espera. Por el amor de Dios, aparta esa pistola. No puedes hacer esto. ¿Qué ha...?

La sorda explosión de una pistola cortó bruscamente la protesta de Crane. Un segundo después, un golpe sordo indicó que un cuerpo caía al suelo.

Dentro del cuarto vacío y oscuro, Emma cerró los ojos y contuvo la respiración.

Después de lo que creyó una eternidad, oyó cerrarse la puerta de su habitación. No escuchó el ruido de zapatos sobre la piedra, pero, tras un lapso bastante prolongado, Emma se convenció de que el segundo intruso había vuelto al corredor. Esperó unos minutos más antes

de arriesgarse a salir de su escondite.

No hubo gritos de alarma. No se oyeron pasos en la escalera. No le sorprendió que nadie oyera el disparo de la pistola. Las gruesas paredes de piedra habían absorbido la mayor parte de la detonación y, sin duda, la música del baile había hecho el resto.

Emma se detuvo ante la puerta de su cuarto. No podía quedarse en el pasillo toda la noche. Debía hacer algo.

Se armó de valor para abrir la puerta, que giró hacia adentro con mucha lentitud.

El olor de la sangre la asaltó.

Examinó el cuarto iluminado por la luna y vio el cuerpo desparramado en el suelo. La sangre que manchaba la camisa blanca de Chilton Crane parecía negra bajo esa luz plateada.

Esta vez, el Canalla estaba realmente muerto.

8

Edison levantó la vela de modo que su mortecina luz iluminase el conjunto de pequeñas botellas opacas que había descubierto en el baúl de viaje de Miranda.

Eligió una al azar y quitó la tapa. Del recipiente se elevó un olor vagamente familiar, vivo e intrigante al mismo tiempo. No recordaba el nombre de las hierbas maceradas, pero removieron sus recuerdos.

Había olido esa rara fragancia hacía años, en los jardines del templo de Vanzagara, y había quedado asociada para siempre a esa época de su vida, cuando él llevaba las túnicas grises del iniciado en el arte de Vanza. Recordó. Se vio como un muchacho joven, estudiando filosofía bajo la guía de monjes de túnicas púrpura y cabezas afeitadas. Recordó las vigilias al amanecer, donde los lozanos jardines daban paso a la selva; recordó las interminables horas de práctica en las antiguas artes marciales que constituían el meollo de Vanza.

Hizo a un lado las viejas imágenes, devolvió el frasco al baúl y abrió el que le seguía en la fila. El extraño aroma dulzón que despedían los restos resecos de su interior también le recordó a Vanzagara.

Sin duda, serían los ingredientes de algún elixir secreto.

No había rastros del *Libro de los Secretos.*

Estaba por cerrar el baúl cuando sus dedos tocaron un estuche de cuero. Lo sacó y lo abrió rápidamente. La luz de la vela brilló sobre una hilera de frascos; también había una caja con pólvora. El espacio donde debería haber estadio guardada la pequeña pistola estaba vacío.

Se preguntó si Miranda habría llevado la pistola en su bolso esa noche, cuando intentó inducirlo a salir a la terraza. Sería interesante saber cómo reaccionarían sus conquistas si supieran que ella ejercía su seducción con una pistola cargada. No cabía duda de que saberlo ejercería un efecto desalentador entre los caballeros de la sociedad. Mujeres y pistolas no eran una combinación habitual en los círculos galantes.

Cerró el baúl, se levantó y echó otra mirada al cuarto.

-Me sorprendes, Miranda -dijo en voz baja, hacia las sombras -Hubiese pensado que eras demasiado inteligente para creer en esas tonterías de la magia. Y ahora debo descubrir si puedes conducirme al *Libro de los Secretos.*

Risas ahogadas sonaron fuera de la habitación de Miranda, en el pasillo. Se oyó el murmullo de una voz de mujer. Las citas amorosas habían comenzado temprano esa noche.

No podría salir de allí con facilidad. No podía arriesgarse a que alguien lo viese salir de ese cuarto.

Apagó la vela y fue rápidamente hacia la ventana.

Mientras abría la ventana y saltaba por encima el marco, pensó que al menos había resuelto una cuestión. La prueba era indudable. De algún modo, Miranda se había apoderado de la receta del *Libro de los Secretos,* que Farell Blue había descifrado antes de morir.

Todavía quedaba por averiguar cómo la había conseguido y si conocía o no el paradero del *Libro de los Secretos.* Hasta que no tuviese la respuesta a esas dos preguntas, no dejaría ver su juego.

Al mirar abajo, se tranquilizó viendo que no había nadie en el jardín. Entonces,

desenrolló la cuerda que llevaba en la cintura. Arrojó un extremo fuera de la ventana y sujetó el otro. Tiró con fuerza un par de veces y la cuerda no cedió.

Contento de no haber olvidado cómo se hacía el nudo vanza, salió por la ventana. Apoyó la bota contra la pared, aferró la cuerda con la mano enguantada y se dejó caer, hacia la sombra de los setos.

Llegó a salvo al suelo y tiró de la cuerda hacia un lado. El nudo del extremo superior se soltó de donde estaba atado y toda la cuerda cayó a sus pies. La recuperó sin demora.

Si tenía en cuenta que hacía más de diez años que no practicaba el truco, no estaba mal.

Se quedó en la sombra un momento, pensando en qué haría a continuación. La música seguía sonando fuerte desde el salón de baile. Eran casi las dos de la madrugada, pero la fiesta continuaba sin desmayos.

Si volvía al salón, lo más probable era que se viese obligado a rechazar otra vez los avances de Miranda. Y ya había tenido suficiente actividad física para lo que quedaba de la velada. Ya no tenía dieciocho años.

Y, para ser sincero, los únicos avances que no habría rechazado esa noche eran los de su nueva empleada.

Pensar en Emma lo hizo sonreír. Se le ocurrió que podría reunir todo el vigor juvenil necesario para responder a cualquier avance que ella pudiese presentarle. Por desgracia, era muy poco probable que fuese llamado a responder en ese terreno.

El maldito problema de la virtud.

Se decidió. Entró en el castillo por una entrada poco utilizada, cerca de la cocina, y se escabulló sigilosamente por la escalera de atrás.

En la segunda planta, giró y echó a andar por el pasillo hacia su habitación. Se detuvo ante la puerta y metió la mano en el bolsillo para sacar la llave. Hizo una pausa antes de meterla en la cerradura. La luz que provenía de un candelabro adosado a una pared con espejo era tenue. Sin embargo, bastaba para comprobar que no había huellas de dedos en el fino polvo gris que había esparcido antes en el pomo de la puerta. Nadie había entrado en su habitación después que él había salido para ir a cenar.

Si bien se trataba de una precaución menor y seguramente, innecesaria, el saber vanza enseñaba que la previsión era muy superior a la visión posterior de los hechos.

Cuanto más tiempo duraba este asunto, tanto más recaía él en los viejos hábitos y costumbres de su entrenamiento; se preguntaba si debía preocuparse por eso.

Entró en su habitación y cerró la puerta.

Poco después se oyó una llamada suave y vacilante, en el preciso momento en que él acababa de encender la vela de la mesa de noche.

Gimió. Miranda, sin duda. Al parecer, la mujer estaba decidida a sumarlo a su lista de conquistas.

Fue hasta la puerta y la abrió un poco, sólo lo suficiente para hablar por la abertura.

-Miranda, me temo que esta noche tendré que aducir un dolor de cabeza...

-Señor Stokes; soy yo, señor.

Abrió de par en par.

-Buen Dios, Emma. ¿Qué diablos está haciendo aquí?

Ella bajó la mano que había alzado para llamar, paseó presurosa la vista por el pasillo, luego lo miró con grandes ojos sombríos.

Lo primero que pensó Edison era que no llevaba sus gafas. Lo segundo, que no tenía esa mirada vaga, desenfocada, característica de la gente que las usaba cuando no las llevaba puestas. Su mirada era clara y aguda; la luz de la vela revelaba su ansiedad.

-Señor, lo lamento sinceramente, pero tengo que hablar con usted de inmediato -se tomó las solapas de la bata en el cuello-. He estado esperando en ese cuarto ahí enfrente, durante un tiempo que me pareció eterno. Había empezado a temer que jamás regresaría a su cuarto.

-Entre, antes de que venga alguien.

La aferró del brazo y le hizo cruzar el umbral. Mientras ella entraba a tropezones, él se

asomó para observar el corredor que, por fortuna, estaba vacío.

Cerró la puerta y giró hacia ella. No podía creer que estuviese ahí, con su camisón, su cofia y su bata.

-¿Qué demonios pasa? -preguntó -Pensé que estaba preocupada por su reputación. ¿Qué diablos cree que sucederá si alguien la ha visto entrar en mi cuarto?

-Por desgracia, en este momento tengo un problema más acuciante -se abrazó -Cielos;, será difícil de explicar.

Edison vio que estaba muy alterada; la ira estalló en él de manera tan repentina y con tal fuerza que no pudo sofocarla. Se acercó a ella y la aferró por los hombros.

-Diablos. ¿Acaso Crane hizo otro intento de forzarla? Juro que esta vez lo mataré.

-Eso no será necesario, señor -tragó con dificultad -Ya está bien muerto. Por eso estoy aquí. He venido a pedirle ayuda para librarme del cadáver. O, al menos, para trasladarlo a otra habitación.

-El *cadáver* -era imposible que hubiese entendido bien -¿Quiere decir que el cadáver de Crane está en su habitación?

-Sí -se aclaro la voz -A diferencia de la otra vez, no creo que pueda empujarlo sencillamente por la escalera y decir a todos que se ha matado al romperse el cuello. Tiene un agujero de bala en el pecho, ¿entiende?

Un alarido de mujer resonó en la cima de la escalera. Edison pudo oír el terrible grito de alarma atravesando todo el corredor.

-¡Asesinato! Aquí ha habido un asesinato. Vengan pronto.

Cuando los gritos resonaron en todo el castillo, Emma se echó a temblar violentamente.

-Oh, Dios mío. Ya es tarde. Alguien ha encontrado el cuerpo.

Trató de evadirse de las manos de Edison.

-Tranquila, Emma. ¿Adónde cree que puede ir?

La joven echó una mirada desesperada hacia la ventana.

-Tengo que salir de aquí. Esta vez, es seguro que me colgarán. Diablos, debería haber sabido que sucedería tarde o temprano. Que el Canalla me arruinaría todo -se retorció en las manos de Edison -Por favor, deje que me marche, señor. No tengo mucho tiempo.

-No puede salir corriendo así en medio de la noche. Por el amor de Dios, está en chinelas.

-Sacaré un caballo del establo.

Sujetándola con una mano, la empujó hacia la cama.

-Señor, ¿qué está haciendo?

-Piensa muy rápido en una fuga, señorita Greyson -se sentó y empezó a quitarse una bota -Pero me temo que su plan de escapar con un caballo robado no es una de sus mejores ocurrencias.

Ella lo miró, ceñuda, mientras él se quitaba la otra bota.

-¿Usted tiene uno mejor?

-Creo que sí.

Edison la soltó para poder quitarse la chaqueta. Se desabotonó la parte superior de la camisa al mismo tiempo que prestaba atención al tumulto en la escalera. En el rellano sonaban pasos y gritos.

-Señor, ¿qué...?

-Tal vez no le agrade mi plan -dijo él, al terminar los preparativos -Pero será muchísimo más seguro que el suyo -se arremangó la camisa -Venga, debemos salir.

-Señor. *Señor Stokes...*

La tomó de la muñeca y la arrastró hacia la puerta.

-¿Adónde vamos? -preguntó Emma, sin aliento.

-A reunirnos con los demás horrorizados mirones, por supuesto -abrió la puerta y la arrastró fuera, al corredor -Cuando lleguemos a la escena, estaremos tan impresionados y sorprendidos como todos los demás.

-Pero el cuerpo de Crane está en mi dormitorio.

-Tal vez sea cierto que él está, pero usted no, ¿verdad?

-Bueno, no, pero...

-Basta de discusiones, señorita Greyson. Usted es mi empleada. En situaciones como ésta, pretendo que obedezca mis órdenes.

Ella pareció dudar.

-Me temo que, de momento, tendrá que confiar en mí -añadió, con más gentileza.

A mitad del pasillo, vio las luces de varias velas que proyectaban sombras enloquecidas sobre la escalera. Desde lejos, el ruido de docenas de pasos resonaba como un trueno.

Llegaron al rellano, un poco más atrás que el grueso de la gente amontonada. Nadie notó que se habían agregado al grupo. Todos se esforzaban por echar un vistazo a lo que estaba pasando más adelante.

-Deprisa -gritó alguien -Tengan la bondad de dejar paso.

En la tercera planta, todos se volvieron y se precipitaron por el corredor oscuro.

Edison miró por encima de las cabezas y vio a una criada de expresión aterrorizada de pie en el pasillo. Tenía la boca abierta y los ojos dilatados por el susto. Supuso que sería la que había dado la alarma, y se preguntó qué habría estado haciendo en ese corredor, a esa hora de la noche.

Cuando el tropel se apartó, vio la pesada bandeja de plata en el suelo. Alrededor, había fragmentos de tazas rotas y lo que debió haber sido una costosa tetera de porcelana.

Edison acercó más a Emma a su lado e inclinó la cabeza para hablarle al oídio.

-¿Usted pidió té hace algún rato?

-¿Qué? -lo miró, confusa y ceñuda -¿Té? No. Pensaba acostarme después de haber dado un breve paseo en la muralla. ¿Por qué lo pregunta?

-No importa. Después se lo explicaré.

Edison procuró recordar que debería buscar a la criada una vez que la conmoción hubiese pasado. Sería interesante descubrir quién la había enviado a la habitación de Emma con el té, a esa hora.

Cuando el primero de los curiosos llegó ante la puerta de Emma, se oyó un grito.

-¡Es verdad! -gritó alguien -Lo han matado de un tiro.

-¿Quién es? -preguntó una mujer.

-Es Crane -confirmé otro hombre en voz alta -¿Qué diablos estaba haciendo aquí arriba?

-Estaría abusando de alguna pobre camarera, supongo -murmuró el robusto lord Northmere -Ese hombre jamás podía sacarles las manos de encima a las doncellas, gobernantas y empleadas por el estilo.

-Buen Dios, ella debe de haberle disparado -gritó una mujer -Miren la sangre. Hay mucha.

-A ver, apártense -Basil Ware se abrió paso hasta el frente del grupo -Tengan la bondad de permitirme ver qué diablos pasa en mi propia casa.

Se hizo una breve y respetuosa pausa cuando Basil traspuso la puerta para observar la escena. Edison sintió que Emma se estremecía y le apretó el brazo con más fuerza.

Basil volvió a aparecer por la puerta.

-Es Chilton Crane y no cabe duda de que está bien muerto. Supongo que tendremos que llamar a las autoridades del pueblo. Éste es el cuarto de la señorita Greyson. ¿Alguien la ha visto?

-¡Emma! -el chillido de Letty reverberó en el pasadizo de piedra -Dios mío, tiene razón. Es mi dama de compañía. ¿Dónde está Emma?

Las cabezas se balancearon y giraron. Un murmullo quedo recorrió al grupo de personas.

-Es obvio, quería darse el gusto con la pobre criatura...

-La señorita Greyson le disparo...

-¿Quién lo habría pensado? ¡La señorita Greyson, una asesina!

-Parecía una joven tan tranquila, tan agradable..

-Entréguenla a las autoridades de inmediato...

Emma apretó con tanta fuerza la mano de Edison que él sintió que le clavaba las uñas en

la piel. La miró y vio que fijaba la vista en Basil Ware con expresión transfigurada. A continuación giró bruscamente la cabeza y le lanzó una dura mirada acusadora. Seguramente estaría pensando en el caballo que había querido robar del establo.

Le apretó el brazo de un modo que, esperaba, sería tranquilizador. Luego, atrajo la mirada de Basil por sobre las cabezas de la muchedumbre.

-La señorita Greyson está conmigo, Ware -dijo con calma -Como lo estuvo desde que abandonó la fiesta esta noche, hace unas horas. Como ha estado muy cerca de mí desde hace algún tiempo, estoy en condiciones de darle mi completa seguridad de que ella no tiene nada que ver con la muerte de Crane.

Todos a una giraron para clavar la vista en Emma. Un pesado silencio cayó sobre los huéspedes cuando vieron a Emma en ropa de dormir. Luego, todos esos pares de ojos pasaron juntos a posarse en Edison. Las miradas fascinadlas recorrieron su camisa abierta y sus pies descalzos. Edison sabía que tenía el aspecto de alguien que acaba de salir de una cama tibia y se ha puesto algunas prendas a toda prisa.

Aunque la conclusión era obvia, supo que Emma, agitada como estaba, sería la última en comprenderlo. Se limitó a devolver su mirada atónita a las personas boquiabiertas que la contemplaban.

Edison dirigió una sonrisa torcida a los espectadores y se llevó la mano de Emma a los labios.

-Claro que ninguno de nosotros había pensado en hacer el anuncio de esta manera. Pero, dadas las circunstancias, estoy seguro de que todos ustedes entenderán. Permítanme presentarles a mi prometida, la señorita Emma Greyson. Esta noche, ha tenido la bondad de aceptar casarse conmigo.

Emma aspiro el aliento con un nítido ruido sibilante. Jadeo y comenzó a toser.

Edison le dio unas suaves palmadas entre los omóplatos.

-Por supuesto, soy el más feliz de los hombres.

9

-¿Despedirme? -la voz de Emma se elevó al sentir una nueva oleada de alarma que la inundaba. Clavó la vista en Letty, que estaba recostada en la cama, con su café -¿Me despedirá? Letty... lady Mayfield, por favor, no debe hacerlo. Necesito este puesto.

Letty, con los ojos chispeando de malicia, agitó un dedo ante ella.

-Muy divertido, querida mía. Pero no esperaras que crea esa broma absurda. ¿Cómo es posible que intentes convencerme de que deseas continuar tu carrera como dama de compañía, ahora que estás comprometida con Stokes?

Emma hizo rechinar los dientes. La mañana no empezaba bien. Cuando se marchó el juez, había pasado lo que quedaba de la noche en un catre, en el cuarto de vestir contiguo al dormitorio de Letty. No se había sentido capaz de soportar la idea de dormir en su propio cuarto. La sangre de Crane aún manchaba el piso.

En cierto modo, Letty se había mostrado muy comprensiva.

-Claro que no puedes seguir durmiendo en ese cuartucho lamentable, querida. Estás prometida a un hombre muy rico. ¿Qué dirían de eso?

Aunque, a su juicio, su ama se equivocaba, Emma no le discutió.

Letty se había ruborizado mucho cuando Edison le agradeció por su bondad para con su novia.

Emma se había revuelto y agitado hasta poco antes del alba. Entonces, había pasado ante Letty, que roncaba, para ir a buscar una taza de té.

Abajo, en la cocina, la atmósfera era extraña. El rumor de conversaciones cesó de inmediato al entrar ella, y todos los ojos se volvieron en su dirección. No comprendió qué sucedía hasta que la cocinera le acercó una taza de té y una tostada.

-Ya era hora; ese horrible hombre bien se merecía lo que le pasó -dijo la cocinera, en tono gruñón -Coma algo, señorita Greyson. Ha tenido una noche difícil.

-Pero yo no lo maté.

La cocinera hizo un gran guiño.

-Claro que no. Tiene una coartada perfecta, ¿no es así? Además, todos sabemos que el juez declaró que había sido tarea de un intruso que irrumpió mientras todos estaban en el baile, en la planta baja.

Emma sabía que la policía se había visto obligada a esa improbable conclusión porque, gracias a Edison, no había un indicio contra ninguno de los presentes en la casa.

Antes de poder pensar una respuesta, la señora Gatten entró en la cocina y dedicó a Emma una amplia sonrisa.

-Señorita Greyson, queremos que sepa que no tenernos nada contra usted, ni contra lo que hizo.

Emma se sentía lenta de entendederas por la falta de sueño.

-¿Cómo dice?

La señora Gatten miró en torno y bajó la voz, hasta hacerla un sonoro susurro.

-Todos sabemos qué clase de sujeto era Crane. Usted nos lo advirtió. Anoche, la joven Polly me contó que usted la salvó de su lujuria cuando él la arrinconó en un cuarto de arriba, en la tercera planta.

-Señora Gatten, le aseguro que yo no disparé al Canalla, quiero decir, al señor Crane. En serio, no lo hice.

-Desde luego que no, señora -la señora Gatten también hizo un gran guiño -Y nadie dirá lo contrario, respaldada como está por el señor Stokes. Es un buen hombre, sí. No como algunos de esos señorones.

Emma había abandonado la discusión. Había bebido de prisa el té y vuelto rápidamente arriba.

Pensó que las cosas estaban sufriendo un rápido deterioro: estaba por perder un segundo empleo.

-Pero es verdad -se acercó más a la cama -Quiero seguir siendo su dama de compañía, Letty. En verdad, no le he dado ningún motivo para despedirme.

Letty puso los ojos en blanco.

-No trates de engañarme, muchacha. Es demasiado temprano para bromas. Sabes muy bien que es imposible que sigas a mi servicio, ahora que estás comprometida con Stokes.

-Lady Mayfield, le suplico...

Letty la miró con aire conocedor.

-Estoy orgullosa de ti, querida. Me honras, si me permites decirlo. Me has hecho caso; has invertido tus dones con sabiduría.

Emma la miró boquiabierta.

-¿Cómo dice?

-Es verdad que el señor Stokes no está precisamente en la senectud. Lo más probable es que viva unos cuantos años, a juzgar por su aspecto. Pero un caballero saludable, en la flor de su edad, también tiene su lado bueno.

-Letty...

-Espero que aprendas a manejarlo de modo que no tengas que esperar a que estire la pata para poder disfrutar de su fortuna.

Emma apretó los puños a los lados.

-Usted no entiende.

-Por supuesto que sí, querida -Letty guiñó de manera muy parecida a como lo había hecho antes la señora Gatten -En mi opinión, tu estrategia fue un poco derrochona. Yo soy partidaria de que una chica conserve sus dones bajo llave hasta tener el anillo de boda en el dedo. Pero conseguiste un anuncio público de compromiso por parte de Stokes. Con un poco de suerte, eso bastará.

Emma tragó con dificultad.

-¿Qué?

-El no es como tantos caballeros de sociedad que no dan ningún valor a una promesa de matrimonio hecha a una joven con tal de seducirla, para luego abandonarla en cuanto le resulte molesta. Ese hombre tiene fama de cumplir su palabra.

-Lady Mayfield, no sé cómo decírselo, pero...

-¡Cuidado!- a algunos les parecerá extraño que él te haya elegido como su novia. Pero yo creo entender qué piensa en ese sentido.

-¿En serio?

-Sí -adoptó un aire astuto -Stokes tiene fama de excéntrico. Dicen que odia a la gran mayoría de las personas de sociedad a causa de las desafortunadas circunstancias de su nacimiento. Sí, entiendo por qué prefiere elegir una esposa que no se mueva en los círculos educados

Emma la miró con creciente frustración. Era inútil. No podía decir nada que convenciera a Letty de que ella debía conservar su empleo. A todos les parecería absurda la idea de que la nueva novia del fabulosamente rico Edison Stokes estuviese desesperada por retener su trabajo.

Sólo le quedaba una cosa por hacer. Se armó de valor.

-¿Le molestaría mucho darme una referencia, lady Mayfield?

Letty rompió a reír.

-No seas ridícula, chica. Ahora no necesitas referencias -rió con más ganas -Una referencia, dices. Imagínate.

Estoy perdida, pensó Emma.

Una hora después, Emma descubrió que ese día, que había comenzado de manera tan poco auspiciosa, aun estaba empeorando. Edison le mandó a decir, por medio de Polly, que quería ir a cabalgar.

-Por el amor d Dios, dile que *no,* Polly.

Sufrió un nuevo ataque de pánico. De inmediato supo que corría peligro inminente de perder su segundo empleo del día. Cuando Edison descubriese que ya no estaba más al servicio de lady Mayfield, llegaría a la conclusión de que ya no le sería útil en su investigación.

Emma se dio cuenta de que necesitaba tiempo. Hizo una profunda inspiración para

calmarse y trató de pensar en una excusa razonable para evitar lo inevitable.

-Tenga bondad de informarle al señor Stokes que no tengo ropa para montar -dijo a Polly.

Por desgracia, y tal vez fuese predecible teniendo en cuenta su mala suerte ese día, la pequeña treta para eludir la cabalgata matinal fracasó de manera lamentable.

Polly volvió unos minutos después con un deslumbrante traje de amazona de terciopelo turquesa y un par de botas de cabrito. Sus ojos bailoteaban de entusiasmo.

-La señora Gatten encontró esto -explicó, orgullosa -Era de lady Ware. Antes de enfermarse, la señora acostumbraba a salir a cabalgar todos los días. Pienso que le irá bastante bien.

Emma miró, abatida, el llamativo vestido turquesa; notó que también había un gracioso sombrero turquesa con una pluma azul que hacía juego.

En ese momento, Letty salió del cuarto de vestir hecha una aparición con un vestido de intenso color amarillo de profundo escote, que enmarcaba su amplio busto. Dio un vistazo al traje de montar y unió las manos.

-Te irá perfecto con tu pelo rojo, querida.

Emma comprendió que no tenía sentido intentar salvarse del próximo desastre. No había nada que hacer más que salir a cabalgar y escuchar cómo la despedía su otro patrón.

Pensó con pesadumbre que, más tarde o más temprano, terminaría por habituarse a ser echada.

Cuarenta minutos más tarde, se permitió que alguien la ayudara a montar. Tomó las riendas y notó con alivio que la modosa yegua que había elegido para ella el caballerizo parecía mansa. Temía haber olvidado sus habilidades. Desde la muerte de la abuela Greyson no había vuelto a cabalgar.

Edison eligió un potro bayo. Salto con agilidad sobre la montura y encabezó la marcha para salir del patio. Echó a trotar por el sendero que penetraba en el denso bosque que rodeaba al castillo.

En unos minutos, estaban en lo más profundo del bosque.

Irritada, Emma esperaba a que él aludiese al tema inevitable, pero él no dijo nada mientras seguían internándose en el bosque. Al parecer, estaba sumido en sus propios pensamientos.

En otras circunstancias ella habría recibido alborozada la posibilidad de andar a caballo. La mañana era luminosa y clara. No podía negar que era un gran alivio alejarse aunque sólo fuera un rato del castillo Ware.

Intentó evaluar la situación con optimismo. Si la miraba del lado luminoso, no corría peligro inmediato de ser colgada.

La coartada suministrada por Edison había generado indudables inconvenientes en lo que se refería a su carrera, pero había logrado sustraerla a cualquier problema relacionado con el crimen. Estaba por encima de cualquier sospecha del juez local. Aunque no creyese su historia, no podría hacer nada al respecto

Lo más probable era que las autoridades del pueblo ya hubiesen desistido de resolver el crimen, pensó Emma. Era prácticamente imposible obligar a los encumbrados miembros de la sociedad a responder preguntas en semejantes cuestiones a menos que hubiese un sólido indicio de culpa.

Emma tenía la fuerte sospecha de que los criados del castillo Ware no sólo habían llegado a la conclusión de que ella había matado a Chilton Crane. Había visto la ávida especulación reflejada en los ojos de los invitados de Ware. Ninguno de ellos se atrevería a destruir su coartada, por supuesto, pues sería equivalente a tratar de mentiroso a Edison. Dudaba que alguien fuese tan tonto para correr un riesgo de esa naturaleza.

Pero, por mucho que respetaran y temiesen a Edison, los miembros de la sociedad no dejarían de formarse su propia opinión, del mismo modo que lo había hecho el personal del castillo. La única esperanza era que, como nadie simpatizaba con Chilton Crane, nadie buscaría venganza.

Incapaz de soportar en suspenso un segundo más, Emma giró hacia Edison.

-¿Quién cree usted que mató al señor Crane? Él la miró pensativo.

-La identidad del asesino no tiene importancia.

-Por Dios, señor, usted piensa que yo lo maté, ¿no es así?

-Le repito, no tiene importancia. Por cierto, tuve una conversación con el ama de llaves; ella no sabe quién envió a aquella doncella a su cuarto con la bandeja del té. La orden llegó a la cocina por medio de una nota sin firmar..

Entiendo- Emma no estaba de humor para preocuparse por detalles insignificantes.- Supongo que ya sabrá que no estoy empelada con Lady Mayfield-dijo, sin rodeos..

Edison la miró con expresión de sorpresa.

-No había oído decir que había dejado el puesto..

-Yo no lo dejé voluntariamente, señor. Fui despedida.

-No me sorprende -la boca de Edison tembló -Es muy poco probable que lady Mayfield esté dispuesta a emplear a mi novia como dama de compañía.

Las manos de Emma se crisparon sobre las riendas. La pequeña yegua agitó la cabeza en señal de protesta, y Emma aflojó las riendas. No tenía derecho a volcar sus frustraciones sobre el pobre animal.

-¿Y bien, señor?

-Y bien, ¿qué?

Lo miró, ceñuda.

-Sin duda, habrá comprendido que ya no estoy en condiciones de ayudarlo en sus investigaciones. Supongo que usted también pensará despedirme, ¿no?

Edison frunció el entrecejo.

-¿Por qué haría semejante cosa?

-No es necesario andarse con rodeos ni tratar de dorar la píldora. Sé bien que usted me ha traído aquí para decirme que he perdido mi empleo. Quizá piense usted que yo debería agradecerle por lo que hizo anoche por mí. Y le agradezco. Pero hasta cierto punto, nada más.

Él la miró con expresión de divertido interés.

-Entiendo.

-Sé bien que me ha salvado usted del verdugo. Pero ahora he perdido mi empleo con lady Mayfield a causa de sus acciones y, corno ya no soy de utilidad para usted, me veré obligada a buscar otro puesto.

-Emma...

-Y eso no será fácil porque lady Mayfield se niega a darme una referencia.

-Ah -la monosilábica exclamación estaba cargada de significado.

Emma entornó los ojos.

-Afirma que no la necesitaré, pues ahora soy su prometida. Y mal podría yo explicarle que, en realidad, no soy su prometida; eso destruiría mi coartada, ¿verdad?

Él adoptó una actitud pensativa.

-No.

-Me resultará imposible encontrar otro puesto en Londres cuando los invitados de Ware regresen a la ciudad y cuenten a sus amigos y compañeros que yo he estado prometida a usted, señor, y que, por si esto fuera poco, es probable que sea una asesina.

-Sí, ya veo que eso le crearía algunas dificultades.

-¿Dificultades? -el enfado que había estado bullendo en ella toda la mañana explotó - Eso es decirlo de manera muy suave, señor. En el mismo momento en que usted anuncie que nuestro compromiso ha terminado, estaré perdida.

-Comprendo que un compromiso roto, en estas circunstancias, causaría un escándalo.

-Sería un desastre. Gracias a su intento por proveerme de una coartada, todos están convencidos de que estoy viviendo una aventura con usted, sea o no la asesina. Sin la protección de un compromiso formal, me verán como algo sin más valor que un retal de muselina. Una mujer fácil. Nadie que conozca el incidente pensará en contratarme como su dama de compañía.

-Es verdad; el problema de la virtud.

-Es probable que me vea obligada a cambiarme de nombre, conseguir otra peluca y marchar al norte para obtener otro puesto. Quizá tenga que ir a Escocia.

-Un duro destino -coincidió él.

Una chispa de esperanza se encendió en Emma. Al menos, él no negaba su culpabilidad en la situación.

-Entonces, usted comprende que me enfrento a una situación en extremo desdichada, y que es por su culpa, señor.

Edison asintió.

-Sí, supongo que podría ponerse en esos términos.

Emma se reanimó, y no demoró en aprovechar su pequeño avance.

-Dadas las circunstancias, confío en que también aceptará que sería muy injusto si se negara a pagarme el salario que ha prometido.

-Muy injusto -dijo él sin rodeos.

-Ya le expliqué acerca de la matrícula de la escuela de mi hermana.

-Sí, lo hizo.

El alivio la inundó. Después de todo, él no se pondría difícil, de modo que bien podría dar un paso más.

-Pienso que, además, debe pagarme la cantidad que habíamos acordado, lo menos que puede hacer por mí es darme una referencia escrita.

Él arqueó las cejas.

-¿Una referencia?

-Sí. Con una referencia firmada por un hombre importante como usted, me será mucho más fácil encontrar empleo en el norte.

-Entiendo.

Ella se apresuró a alabar los detalles de su plan.

-Por fortuna, tengo copias de mis dos últimas referencias, que yo misma escribí. Se las prestaré, si quiere. Puede usarlas corno modelo. Debo decir que son excelentes.

-Brillantes, sin duda.

-Ciertamente; estoy muy satisfecha con ellas. Iré a buscarlas en cuanto volvamos al castillo.

-Muy amable de su parte.

-Pensaré un nuevo nombre para mí, que usted pueda usar en la referencia. Por un tiempo, no me atreveré a usar el mío. Los rumores suelen extenderse más allá de Londres; no tiene sentido correr riesgos.

-Si no le importa -dijo con vivacidad -, le agradecería mucho que la escribiese esta misma tarde. Sospecho que, con toda la excitación, muchos de los huéspedes de Ware decidan regresar muy pronto a la ciudad.

-Cierto. Todos estarán ansiosos de difundir los rumores sobre el asesinato de Crane.

-Tal cual. Es la clase de habladuría que entusiasmará a la sociedad durante unos cuantos días.

-En efecto -Edison la miró con ojos inescrutables. Agradezco su ofrecimiento de ayuda, señorita Greyson, pero no creo que sea necesario que yo copie una de sus referencias.

-¿Está seguro? Yo tengo alguna experiencia en la cuestión. Por ejemplo, he aprendido que hay ciertas palabras que funcionan muy bien.

Él pareció un tanto intrigado.

-¿Qué palabras?

Como hacía tiempo que las conservaba en la memoria, Emma las disparó con rapidez.

-Dócil, llana, tímida, humilde, discreta y con gafas.

-¿Con gafas?

-A los posibles patrones les encantan las gafas.

-Entiendo -Edison frenó a su caballo -Es extraño que las mencione. Da la casualidad de que había pensado preguntarle con respecto a ellas.

Emma frunció el ceño mientras la yegua se detenía por propia voluntad.

-¿Qué hay con ellas?

-¿Necesita usted gafas o las usa para perfeccionar su imagen de dócil, tímida, discreta, etcétera, etcétera?

Ella se encogió de hombros.

-No las necesito para ver bien, si a eso se refería. Pero, en lo que atañe a mi carrera profesional, pienso que dan el toque justo.

Él extendió la mano y le quitó las gafas con la mayor suavidad.

-No se confunda conmigo, señorita Greyson; yo encuentro que sus gafas son encantadoras. Pero en su nuevo puesto no deberá exhibir un aire de docilidad o timidez. Tampoco deberá preocuparse por ser discreta. Más bien, todo lo contrario.

Emma parpadeó.

-¿Cómo dice?

-Mi querida señorita Greyson, permítame ser franco al respecto. Yo acepté pagarle el triple del salario que habría de recibir de lady Mayfield por una quincena. Espero que continúe junto a mí, al menos, hasta haberme prestado un servicio equivalente al valor de mi dinero.

Emma sintió que se le abría la boca.

-Pero ya no estoy en condiciones de asistirlo. Acabo de decirle que lady Mayfield me despidió esta mañana.

-Tengo el pálpito de que, como novia mía, estará aun en mejores condiciones de ayudarme que cuando era acompañante de lady Mayfield -dijo él.

-¿Se ha vuelto loco, señor?

-Puede ser -la expresión de la muchacha le hizo sonreír -Pero ese no es problema suyo. A menos que tenga alguna objeción en trabajar para un loco.

-Una persona en mis circunstancias no puede ser muy quisquillosa en lo que atañe a sus patrones.

-Excelente. Entonces, estamos de acuerdo en esto. Usted hará el papel de mi prometida y seguirá siendo mi asistente hasta que yo termine mis investigaciones.

Estupefacta, Emma sacudió la cabeza.

-¿En realidad cree que su plan funcionará?

-No tengo muchas alternativas. En la excitación de anoche, no tuve tiempo de decirle que había registrado la habitación de Miranda y hallado ciertas hierbas. He llegado a la conclusión de que en verdad ella ha tenido en su poder la receta del elixir. Lo cual significa que podría conducirme al *Libro de los Secretos.*

-Y usted aún necesita de mi auxilio porque lady Ames piensa que el brebaje funciona conmigo.

-Sí.

La perspectiva de tener que beber más de ese horrible brebaje no era muy dichosa. Pero la de tener que buscar otro empleo era más desagradable todavía.

-Para ser justa, señor Stokes, debo decirle que no puedo garantizarle un buen trabajo -dijo Emma -Una cosa es que haga de dama de compañía. Después de todo, tengo cierta experiencia en ese terreno. Pero no tengo la menor experiencia como novia; no estoy segura de que pueda ocupar el puesto.

-Al contrario, señorita Greyson -se inclinó hacia ella y le tomó el mentón -Pienso que se adapta usted perfectamente al puesto. Sólo necesita un poco de práctica.

Comenzó a acercar su cabeza y ella comprendió, alarmada, que intentaba besarla.

-Una cosa más, señor -susurró ella, casi sin aliento.

El se interrumpió, con la boca a dos dedos de la de ella.

-¿Qué?

-Teniendo en cuenta la insólita naturaleza de mi empleo, en verdad debo insistir en que escriba usted mi referencia por adelantado.

La boca de Edison se curvó un poco.

-Me ocuparé de ello en un futuro cercano.

Emma notó el movimiento tras los gruesos árboles, detrás de él, en el preciso momento en que él comenzaba a bajar su boca hacia la de ella. Una conocida sensación le produjo carne

de gallina.

Las hojas se movieron. El sol brilló un instante sobre algo metálico.

-Señor. Una pistola.

Edison reaccionó de inmediato. Tomó el brazo de Emma, sacó los pies de los estribos y se echó hacia un lado arrastrando a Emma en su caída en el mismo momento en que un disparo sonaba entre los árboles.

10

Durante unos segundos, los caballos encabritados provocaron un provechoso caos. Los pájaros chillaron y levantaron vuelo, sumándose al barullo y a la confusión. Edison usó ese precioso tiempo para llevar a Emma al interior del denso follaje que había al costado del sendero.

Cuando la calma volvió al bosque, Edison tenía a Emma aplastada contra el suelo, tras una impenetrable masa de vegetación.

Un silencio fantasmagórico reinó en el bosque.

-Quédese aquí -susurró Edison -No se mueva hasta que yo vuelva.

-Por el amor de Dios, señor, no pensará perseguir a ese cazador furtivo ¿no?

-Sólo quiero echar un vistazo por ahí.

-No, Edison, no debe correr ese riesgo -Emma se incorporo sobre un codo y escupió una hoja -Vuelva aquí. Tal vez el cazador furtivo lo confunda con un guardabosques. No se puede saber qué hará. Estos cazadores pueden resultar muy peligrosos.

Edison la miró: estaba tendida en un lío de terciopelo azul turquesa, una pierna enfundada en su media asomando bajo el dobladillo de su vestido. El atrevido sombrerito azul había caído al suelo, arrastrando con él varias hebillas. Una nube de llameante pelo rojo se había volcado sobre sus hombros. Lo miraba con el entrecejo fruncido.

Le bastó un segundo para reconocer la ansiedad que brillaba en los brillantes ojos de Emma; entonces sintió una extraña calidez en las entrañas. Acababan de dispararle, de ser desmontada, de ser arrastrada hasta los arbustos, y ella se preocupaba por la seguridad *de él.*

Saber que ella estaba preocupada por él le resultó una indudable sorpresa, bastante agradable. A partir de la muerte de su madre, nadie, salvo Ignatius Lorring, había manifestadlo mucho interés por su bienestar.

-No hay problema -pronunció al fin.

Se alejó, agazapado para aprovechar la ventaja que le proporcionaban las gruesas ramas de los árboles y las enredaderas. No llegaba ningún ruido desde el bosque más allá del sendero.

Edison pensó que, con un poco de suerte, su presa se quedaría en el bosque, suponiendo que nadie iría en su persecución. ¿Quién sería el imbécil que reptaría entre la maleza para perseguir a un hombre armado que acababa de dispararle?

Un imbécil que no aprueba que le disparen. Y peor aún, que se ponga en peligro a una dama empleada por él.

Los ruidos suaves del bosque se reanudaron. Los pájaros gorjeaban y parloteaban arriba. Se oyó un roce entre las malezas cercanas. Una liebre, pensó Edison, distraído, O, quizás, una ardilla.

Cuando se sintió seguro de que estaba fuera de la línea de visión del que estuviese espiándolo desde el otro lado del sendero, Edison se incorporó y se dirigió rápidamente hacia el follaje que estaba en la parte más alejada. Se encaminó hacia el punto donde estaba la persona armada que había disparado.

Quédate donde estás, pensó Edison. *En unos minutos, te tendré.*

Al parecer, su presa le leyó la mente y percibió el peligro inminente. Se oyó bastante ruido cuando alguien salió corriendo.

Una vez más, los pájaros chillaron y aletearon expresando su protesta.

-Maldita sea.

Disgustadlo, Edison pensó que no tenía sentido ir tras él. Estaba demasiado lejos, y el bosque era demasiado denso como para permitirle ver al villano.

Salió de atrás del tronco. La frustración ocupó el lugar de la expectativa que lo había colmado instantes atrás.

-¿Señor? ¿Señor Stokes?

-Está bien, Emma. Se ha ido.

-Gracias a Dios -se puso de pie de un salto y corrió hacia el centro del sendero -Espero que no crea que soy una atrevida, señor, pero, en mi opinión, lo que acaba usted de hacer no

es nada inteligente.

Él se puso ceñudo mientras salía del bosque para reunirse con ella.

-Esa no es manera de hablar al único empleador que le queda.

-De todos modos, no tenía por qué arriesgar su pellejo de ese modo, señor. Hay que considerar que el sujeto tenía una pistola. Podría haber vuelto a cargar y dispararle.

Edison echó un breve vistazo por encima del hombro al sitio donde el villano se había escondido, luego miró a Emma.

-¿Un segundo tiro, quiere decir?

Los ojos de Emma se agrandaron mientras intentaba acomodarse el pequeño sombrero.

-Dios mío. ¿Usted cree que, en realidad, él intentaba dispararle a usted la primera vez? Seguramente debía de ser un cazador furtivo que confundió a los caballos con ciervos.

Edison lo pensó un momento y, al fin, decidió no hacer notar que la mayoría de los cazadores furtivos utilizaban trampas y lazos. Los pocos que usaban armas de fuego preferían armas largas más que pistolas, demasiado imprecisas para cazar.

Pero él sabía que, si entraba en una conversación más minuciosa acerca de por qué estaba seguro de que la bala había sido dirigidla a él, sólo lograría alarmarla más. De todos modos, aún no sabía por qué alguien podría querer matarlo.

Y no era que le faltasen enemigos. Ningún hombre podía llegar a una posición semejante en la vida sin haber hecho algunos enemigos. Pero no se le ocurría ningún motivo especial para que alguien lo siguiera desde el castillo Ware para matarlo. Hasta tanto no tuviese una respuesta para esa pregunta, no tenía sentido afligir más a Emma.

-Usted está en lo cierto, señorita Greyson. Sin duda, era un cazador furtivo..

-Claro que estoy en lo cierto.- Con gesto irritado, sacudió la tierra y las hojas que se habían pegado a su falda. -Este bosque pertenece al señor Ware. Los merodeadores son problema de él, no nuestro.

La observó por un momento, viendo como se sacudía la larga falda del vestido azul. Cuando ella alzó las manos para volver a sujetarse la melena de cabellos rojos, él se le acercó.

-Emma, no sé muy bien como decirle esto.

- ¿De que se trata, señor?

Edison avanzó otro paso. Estaba muy cerca de ella, pero, al parecer, no lo había notado. Tenía la cabeza inclinada hacia delante mientras manipulaba su pelo. Y él tenía muchas ganas de meter sus manos en ese fuego rojo.

-A decir verdad, jamás he tenido que agradecerle a una dama el haberme salvado la vida- comenzó diciendo con suavidad -Por eso, deberá perdonarme si no lo hago correctamente.

-¿Salvarle la vida?

Alzó la cabeza con un gesto tan repentino que el no tuvo tiempo de retroceder, y el alto pico de su sombrero le golpeó la barbilla. El choque hizo caer la pequeña prenda al suelo, y el pelo de Emma volvió a caer sobre sus hombros.

Esta vez, Edison no pudo resistir y extendió la mano para hundir sus manos en la brillante melena.

-Si no me hubiese advertido, yo podría haber recibido esa bala en la espalda.

Los ojos de la muchacha se dilataron.

-Por todos los cielos, ¿en serio piensa que el cazador podría haberle acertado su disparo?

Edison echó una mirada fugaz al agujero que había quedado en el árbol, directamente detrás de ella, e hizo un rápido cálculo.

-No fue un mal tiro considerando que él usaba una pistola. Ha pasado muy cerca. De todos modos debo darle las gracias..

Emma carraspeo.

-Si eso es lo que piensa, podríamos decir que ahora estamos a mano. Hay que considerar que anoche usted me salvó de la horca.

Edison esbozo una breve sonrisa.

-Parecería que hemos forjado una asociación sumamente útil, mi querida señorita

Greyson.

Apretó las manos en el pelo de ella, la apretó contra su cuerpo y la beso.

Ella exhaló un suave quejido y se aferró de los hombros de él con tanta fuerza que el hombre sintió sus dedos a través de la chaqueta.

-Señor Stokes -murmuró.

Hubo un momento de vacilación y luego, como por milagro, su boca se aflojó.

Saber que ella tenía tantas ganas de besarlo como él a ella ejerció un extraño efecto sobre sus sentidos. Una marejada de vehemente anticipación corrió por sus venas.

Sólo para saborearla, pensó, ciñendo los brazos con más fuerza en torno de ella. Sólo para saborearla un poco. Después de todo, estaban en medio de un sendero del bosque. No eran ni el momento ni el lugar adecuados para hacerle el amor a Emma.

Pero esa mañana su fuerza de voluntad no era tan fuerte como de costumbre. Aún estaba en su retina la imagen de ella tendida en medio de un lío de terciopelo, con los ojos brillantes; el recuerdo ardía en él.

Oyó otro suave gemido y así supo que tenía su mano sobre el pecho de Emma. Cerró los dedos apretando con mucha delicadeza, disfrutando del tierno volumen. Pensó que sería imposible ponerla de espaldas ahí, en medio del camino, pero gozarían de más intimidad si la llevaba donde el bosque era más espeso.

De golpe, Emma se soltó exhalando un jadeo, y dio un rápido paso atrás.

-De verdad, señor, no creo que esto esté bien, dadas las circunstancias

Edison no le encontró lógica a esas palabras; comprendió que el súbito ataque de deseo le había nublado el cerebro.

-¿Las circunstancias? -repitió, confundidlo.

-Usted es mi patrón, señor. Más aún, el único que tengo en este momento.

-¿*Y* entonces?

-Todos saben que es muy imprudente que una dama en mi situación establezca un vínculo íntimo con la persona que le paga su salario.

-Entiendo.

Emma se inclinó y recogió su sombrero del suelo.

-Podría escribirse un libro con los relatos sobre mujeres de mi profesión que se han arruinado por esa clase de relación -se encasquetó el pequeño sombrero -Cielos, en este momento estoy usando el dormitorio de una dama de compañía que, según me han dicho, cometió el desastroso error de involucrarse con el señor Ware cuando estaba al servicio de su tía.

Edison frunció el entrecejo.

-¿Dice usted que la anterior acompañante de lady Ware había tenido un romance con su marido?

-Es lo que dicen los criados -no lo miró mientras se ponía una hebilla en el cabello -Creo que se llamaba Sally Kent. Polly me contó que Ware la despidió cuando se volvió molesta.

Edison titubeó.

-Deduzco que el hecho de que usted y yo, a los ojos de la sociedad, estemos comprometidos no altera su percepción de los peligros de semejante vínculo.

-No, no la altera -lo miró de través -Más aún, creo que incluso complica más las cosas. Pero como, al parecer, no tengo muchas alternativas en materia de empleo, en este momento, tengo que hacer lo mejor que pueda en la presente situación.

Él hizo una leve reverencia.

-Muy valiente, señorita Greyson.

-Sí, es verdad. Bueno, no deberá haber más incidentes como éste -miró a su alrededor -Quizá tenga usted la bondad de encontrar nuestros caballos, señor. En verdad, tendríamos que volver al castillo, ¿no lo cree?

-Tiene razón. Después de todo, tengo la intención de que salgamos para Londres esta misma tarde. Si viajamos directamente, deberíamos llegar bastante antes de la medianoche..

Ella lo miró.

-¿Quiere regresar hoy a Londres? Creí que usted quería continuar su investigación aquí, en el castillo.

-Como ha señalado antes, la mayoría de los huéspedes de Ware estarán demasiado ansiosos por volver a la ciudad para divulgar los rumores frescos.

-¿Y que sucederá si lady Ames no regresa con los otros?

Edison sonrió.

-Algo me dice que Miranda la seguirá, mi querida señorita Greyson.

Ella entrecerró los ojos.

-¿Ha pensado usted dónde me alojaré en la ciudad mientras actúo como su prometida?

Edison sonrió.

-A decir verdad, tengo pensado hablar con su anterior ama para resolver esa pequeña cuestión.

-¿Lady Mayfield? -Emma se alarmó un poco -¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

-Voy a pedirle ayuda para presentarla a usted en sociedad.

Un auténtico espanto se encendió en los ojos de Emma.

-Oh, no; no pensará pedir a lady Mayfield que... que...

-¿Que la introduzca en los círculos sociales? ¿Por qué no? Es perfecta para eso. Conoce a todos. Y algo me dice que disfrutará mucho con esa tarea.

-¿En realidad lo cree necesario?

-Sí, lo creo -cuanto más lo pensaba, tanto más le gustaba -De hecho, es la solución perfecta. Mi plan le permitirá seguir ayudándome en mis investigaciones sin despertar sospechas.

Emma cerró los ojos.

-Yo sabía que usted resultaría difícil como patrón, señor.

-Pero pago muy bien, señorita Greyson -le recordó con tono sedoso. -Y, como ha afirmado usted misma, no tiene muchas opciones.

-De todos modos, este puesto tiene una naturaleza muy incierta. En realidad, debo insistir en que escriba mi referencia lo antes posible.

11

Dos horas después, Emma abandonó los preparativos de viaje para ir a la planta baja. Con gran alivio, vio que la biblioteca estaba vacía. Vio la pila de periódicos londinenses sobre la mesa y los recogió todos.

Los llevó al asiento junto a la ventana y comenzó a buscar, ansiosa, las novedades referidas a llegadas de barcos. No le llevó mucho tiempo repasarlos todos. Se había vuelto muy eficiente para localizar hasta el más pequeño artículo referido a los barcos que regresaban a puerto.

Pero diez minutos después se vio obligada a reconocer la derrota. Aún no había noticias del *The Golden Orchid.*

-Maldito barco.

Dobló el último periódico y lo puso sobre los otros. Distraída, tendió la mirada por la ventana y contempló la atareada escena en el patio delantero del castillo, donde se alistaban coches y troncos de caballos. La mayoría de los huéspedes partirían inmediatamente después del desayuno de media mañana. El resto partiría el día siguiente, con seguridad.

Pensó que debía subir a terminar sus preparativos para el viaje de regreso a Londres. No esperaba con ansias la jornada.

Trató de darse ánimos con la idea de que no tenía motivos para quejarse. Después de todo, no había gozado de su estancia en el castillo Ware. En los dos últimos días, había sido obligada a beber un horrible té, había sido despedida de un puesto muy conveniente y había escapado del verdugo por los pelos. Y, además, estaba el desagradable incidente con el cazador furtivo esa mañana, en el bosque.

.No cabía duda de que la vida en la ciudad resultaría un agradable tónico después de los peligros de la vida rústica.

Por el lado positivo, había obtenido un nuevo empleo del que obtendría muy buenas ganancias. Durante un momento, se permitió hacer planes para el futuro. Si lograba mantener su nuevo puesto el tiempo suficiente para cobrar sus ganancias, tendría dinero para alquilar una casa pequeña para ella y para Daphne. Y, si era cuidadosa, tal vez le quedara algo para invertir en otro barco.

No. Definitivamente; otro barco no, se prometió a sí misma. Esa vez, haría alguna otra inversión. Quizás en una empresa constructora. Un proyecto que ella pudiese seguir minuciosamente, a diferencia de este otro, que, sencillamente, se había desvanecido en el mar.

Iría a buscara Daphne al Colegio para Señoritas de la señora Osgood en cuanto tuviese el dinero en sus manos.

Sus dedos se tensaron sobre el almohadón del asiento junto a la ventana. Todos sus sueños dependían de conservar su nueva posición como prometida de Edison Stokes, no debía olvidarlo. No debía hacer nada para poner en riesgo este puesto. Tenía que mantener en todo momento un semblante profesional.

Con lo que Emma sospechaba debía de ser su típica eficiencia, Edison ya había hablado con Letty. Tal como él había previsto, lady Mayfield había aceptadlo encantada la perspectiva de introducir a Emma en la sociedad londinense. Sin duda, veía el proyecto como un nuevo y maravilloso entretenimiento.

-Tenemos que deshacernos de esos aburridos vestidos de inmediato -había declarado Letty -Estarás encantadora con algo más escotado. Mi modista sabrá bien qué hacer con tu busto.

Una cosa era cierta, pensó Emma mientras contemplaba, distraída, los carruajes. No habría más abrazos cálidos ni besos apasionados con su nuevo patrón. Por ese camino, llegaría al desastre; se prometió que ella no cometería esa clase de error por mucho que se acelerase su pulso cuando Edison estaba cerca.

-Señorita Greyson -dijo Basil Ware en voz baja, desde la puerta -Pensé que podría encontrarla aquí.

Emma se sobresaltó y se volvió rápidamente.. Compuso una sonrisa cortes..

-Buenos días, señor Ware.

El hombre escudriñó su semblante con sombría preocupación mientras entraba en la biblioteca.

-Entiendo que se marcha usted hoy, junto con la mayoría de mis huéspedes.

-Sí. Mi... bueno, mi novio ha decidido que debemos regresar a la ciudad -tendría que encontrar una solución a esa irritante tendencia a tartamudear con la palabra novio -Él debe ocuparse de ciertos asuntos urgentes.

La boca de Basil formó una curva amarga.

-No es necesario andarse con rodeos, señorita Greyson. Comprendo que el súbito anuncio de su compromiso creará complicaciones, digamos, en su vida.

A Emma se le ocurrió que ésa era una forma moderada de expresarlo. Pero conservó su sonrisa. Se le pagaba para cumplir un papel; lo haría lo mejor posible.

-No tengo idea de qué habla, señor.

-Vamos, señorita Greyson, entiendo muy bien por qué y cómo ha quedado usted en tan difícil situación.

Confundida, frunció el entrecejo.

-Yo no veo que sea una situación particularmente difícil.

-En ese caso, me temo que le espera un duro despertar, señorita Greyson.

-No tengo idea de lo que quiere decir, señor -dijo ella con rigidez.

-Yo creo que me comprende bien. Es usted una mujer inteligente, señorita Greyson. Debe saber que sus nuevas circunstancias son precarias, en el mejor de los casos.

Con un esfuerzo de voluntad, Emma logró mantener una expresión serena y vacua.

-¿A qué se refiere, señor?

Basil fue hasta la otra ventana y se puso a contemplar el ajetreo del patio delantero con expresión sombría.

-Todos huyen hacia Londres como las abejas a la colmena. Cada uno espera ser el primero en ofrece al resto de la sociedad un relato del asesinato de Crane y el súbito compromiso de Stokes..

-En el mundo galante florecen los rumores -dijo ella con tono neutro.

-Ciertamente -volvió un poco la cabeza y la miro con una mezcla de piedad y profunda pesadumbre -. Me culpo por su infortunada dificultad. Si yo hubiese sido un anfitrión mejor, me habría ocupado de que estuviese protegida de los indeseados avances de Chilton Crane. Y usted no se habría visto obligada a defenderse mediante un acto de violencia.

Emma lo miró estupefacta.

-¿Insinúa que yo maté al señor Crane_

-No se me ocurriría hacer semejante acusación -la mandíbula de Basil se puso tensa - Crane merecía lo que le pasó. En lo que a mí respecta, considero que se ha hecho justicia. Sólo desearía que usted no hubiese quedado atrapada en los entresijos de la situación. Ahora me temo que sufrirá por una cuestión de defensa propia.

-Yo no he quedado atrapada en ningún entresijo, señor. Le aseguro que no estoy involucrada en forma alguna. Mi coartada es tan sólida como los muros del castillo Ware. Yo estaba con el señor Stokes en el momento del crimen. Anoche, él lo explicó a sus huéspedes con bastante claridad.

Basil suspiró.

-Sí, claro. Su coartarla es firme. Y yo me alegro por usted. Sin embargo, debo serle franco y decirle que no comprendo por qué Stokes llegó tan lejos como para anunciar su compromiso con usted.

Emma arqueó las cejas.

-Yo diría que sus motivos eran obvios: estaba en juego mi reputación.

Basil movió la cabeza.

-Con Stokes, nunca nada es obvio. Ese hombre practica un juego propio. Me pregunto cuál será su juego en esta ocasión.

-¿Qué le hace pensar que es un juego, señor?

El hombre volvió la cabeza y la miro a los ojos por encima de su hombro. En su mirada no había otra cosa que una caballeresca preocupación. .

-Si lo que Stokes sintió fue el apremio de actuar en su defensa, le hubiese bastado con decir que usted estaba con él cuando Crane fue asesinado.

Emma trató de parecer escandalizada.

-Si él hubiese dicho semejante cosa, yo estaría arruinada. Estaba con ropa de dormir, señor. Sus huéspedes habrían pensarlo que yo no era mas que su... historia de una noche -abrió grandes los ojos, componiendo una expresión que, esperaba, fuese de horror -Habrían dado por sentarlo que yo era su amante.

Basil giró del todo hasta quedar de frente a ella.

-Señorita Greyson, por favor, por su propio bien; no crea que el señor Stokes en verdad piensa casarse con usted.

-Sin embargo, eso es precisamente lo que piensa hacer, señor -dijo animadamente -Usted mismo lo oyó.

Basil cerró los ojos, con aire de dolor.

-Es usted tan ingenua...

-Explíquese, señor. ¿Qué otro plan podría tener el señor Stokes?

-No lo sé, las cejas de Basil se unieron en un hondo ceño -Nadie conoce tanto a Stokes como para predecir sus acciones, y menos aún las razones que las motivan.

-¿Podría preguntarle por qué siente usted esta gran necesidad de advertirme acerca de las intenciones del señor Stokes?

-Mi conciencia me aguijonea, señorita Greyson. Sé que he fallado en mis deberes corno dueño de casa. Por mi culpa, usted quedó a merced de Chilton Crane; ahora está a merced de Edison Stokes.

-Qué extraño que diga eso -miró a Basil con expresión perpleja -No estoy a merced de ningún hombre. En realidad, me considero la más afortunada de las mujeres. Mi compromiso con el señor Stokes es como un sueño cumplido.

Basil titubeó, luego inclinó la cabeza.

-Muy bien, querida mía. No tengo mucho más que decir salvo que, si las cosas no resultaran como usted espera en esos sueños suyos, le ruego que se sienta libre de acudir a mí. Yo me ocuparé de que no quede desamparada, querida. Es lo menos que puedo hacer para compensarla por mi negligencia como anfitrión.

Antes de que Emma pudiese pensar una respuesta, percibió un movimiento en la entrada. Al volverse, vio a Edison ocupando todo el hueco de la puerta. No la miraba a ella. Su mirada helada estaba clavada en Basil.

-No me agrada encontrar a mi prometida conversando a solas con otros caballeros, Ware -entró en la habitación -¿Me he expresado con claridad?

-Con mucha claridad, Stokes -Basil dedicó a Emma una breve reverencia -Me disculpo si ha habido un malentendido entre nosotros, señorita Greyson. Le deseo un agradable viaje de regreso a la ciudad.

Caminó hasta la puerta de la biblioteca y salió al vestíbulo sin mirar atrás.

Edison miró a Emma.

De súbito, ella tuvo aguda conciencia del gran silencio que reinaba allí.

-¿Un sueño cumplido? -repitió Edison con grave interés.

-Me pareció que sonaba dramático. Quizá, cuando este asunto termine, piense en hacer carrera en las tablas.

Media hora después, Polly cerró la tapa del pequeño baúl de Emma.

-Ya está, señorita Greyson. Sus maletas ya están hechas, listas para la partida. Iré a buscar a uno de los lacayos para que las lleve abajo.

-Gracias, Polly.

Emma paseó la mirada por el pequeño cuarto vacío para asegurarse de no haber olvidado un cepillo, unas ligas o una sandalia. Una dama de compañía no podía permitirse ser descuidada con sus pertenencias.

Con cuidado de no mirar la mancha en el suelo. Los criados habían tratado de quitar la mancha de sangre de Chilton Crane, pero no lo habían logrado del todo. Giró lentamente sobre sus talones, observando el pequeño tocador y el lavabo.

Su vista pasó por la pequeña tela bordada enmarcada que colgaba de la pared. Miró el armario abierto y comprobó que estaba vacío. El puñado de vestidos descoloridos que poseía estaba en su baúl.

El único objeto personal que quedaba en el cuarto era la labor enmarcada de Sally Kent. Emma volvió a mirarla, pensativa. Una dama de compañía no podía permitirse ser descuidada con sus pertenencias.

Pensó que sólo otra mujer comprometida en la misma tarea tan solitaria y poco promisoria podría comprender lo extraño que resultaba que Sally hubiese dejado su labor al marcharse del castillo Ware.

-Polly...

-¿Qué, señora?

Polly se detuvo junto a la puerta.

-¿Crees que a alguien le molestaría si me llevara el cuadro de la señorita Kent? Dejaría el marco, por supuesto.

Polly miró el bordado con cierta sorpresa.

-¿En realidad le gusta?

-Sí, mucho.

Polly sonrió.

-Se lo preguntaré a la señora Gatten. Pero no creo que haya ningún problema. Aquí, en el castillo, a nadie le importa; sé que a la señora Gatten le encantará la idea de darle un pequeño presente de agradecimiento. Adelante, quítelo del marco.

-Gracias -dijo Emma.

Esperó hasta que Polly se hubiese marchado, fue hasta la pared y se estiró para bajar el pequeño cuadro. Le sorprendió que fuera tan pesado. Y tan grueso.

Separó con facilidad el marco de madera. Cuando quitó la placa trasera, cayeron al suelo una carta, varios billetes de banco, y un pequeño pañuelo de mano delicadamente bordado.

Atónita, se inclinó para recoger los billetes y los contó rápidamente. Y luego volvió a contarlos porque no podía creer que fuera cierto: *200 libras.*

-Una fortuna para una dama de compañía -susurró.

Era inconcebible que Sally Kent hubiese olvidado 200 libras por accidente. Ese dinero hubiese alcanzadlo para comprar una casa pequeña e incluso sobrado bastante para hacer alguna inversión. Con semejante suma, una persona previsora podría alquilar cuartos y vivir de la renta.

No era posible que Sally Kent hubiese olvidado 200 libras escondidas en el marco de un cuadro.

Emma leyó el destinatario de la carta: *Señorita Judith Hope.* Era una dirección de Londres. La misiva era breve y, sin duda, había sido escrita deprisa.

Mi querida Judith:

Por favor, perdona la brevedad de esta nota. Sé que estás muy preocupada por mí. Quédate tranquila; yo estoy perfectamente bien y a salvo. Mis planes están saliendo muy bien. Ya me he asegurado doscientas libras, y espero recibir otras cincuenta dentro de quince días. Es increíble. Piensa lo que podríamos hacer con doscientas cincuenta libras, querida.

No te impacientes. La perspectiva de que ambas escapemos de nuestras desdichadas carreras vale la pena cualquier riesgo.

No puedo esperar a que esto termine mi queridísima. Me reuniré contigo dentro de un mes. Buscaremos juntas una casa.

Sinceramente tuya, siempre

S.

PD. He hecho el pañuelo como un regalo para ti. Es para tu colección de flores insólitas. Cuando tengamos nuestra propia casa en el campo, podrás tener un jardín de verdad.

Estupefacta, Emma se quedó mirando la carta, hasta que un ruido de voces en el corredor la hizo salir de su breve trance. Polly regresaba con uno de los lacayos.

Se levantó la falda. Deprisa, metió la carta, el pañuelo y los billetes en los bolsillos que llevaba sujetos a la cintura, bajo el grueso bombasí gris de su vestido de viaje.

Dejó caer la falda, que retomó su lugar en el preciso momento en que Polly aparecía en la puerta. Tras ella se erguía un robusto mayordomo.

-Albert llevará su baúl abajo, señorita Greyson. Por cierto; la señora Gatten me dijo que puede llevarse el bordado, junto con sus bendiciones.

Emma carraspeó.

-Por favor, dile que aprecio mucho su bondad.

Una cosa es cierta, pensó, mientras veía cómo Albert levantaba su baúl. Fuera lo que fuese lo sucedido la noche que Sally Kent desapareció del castillo Ware, estaba segura de que ella no se había ocupado de sus pertenencias. En contra de lo que creían Polly y la señora Gatten, alguna otra persona lo había hecho. Alguien que no sabía que había dinero oculto en el marco.

Existían muy pocos motivos para que una dama de compañía que había sido despedida sin referencias dejara dinero olvidado; ninguno de esos motivos auguraba nada bueno acerca del destino de Sally Kent.

Emma se detuvo en la puerta de la pequeña habitación y la contempló por última vez. Su primera impresión había sido acertada. No sólo era deprimente, además, tenía una atmósfera de malevolencia.

Se apresuró a bajar la escalera, muy contenta de abandonar el castillo Ware.

12

-Yo sabía que esto sería muy divertido -Letty entró como una exhalación en su casa de la ciudad -¿No te dije que algo se podría hacer, querida?

-Creo que dijiste algo por el estilo -respondió Emma. Desató las cintas de su sombrero mientras seguía por el vestíbulo a su antigua patrona. Ir de compras con Letty exigía bastante resistencia. Ansiaba una taza de té.

-Mi modista sabía bien qué hacer con tu busto -dijo Letty con gran satisfacción -Estaba segura de que lo sabría.

-¿No te parece que piensa hacer mis vestidos demasiado escotados? -preguntó Emma, dubitativa.

-Tonterías. Los escotes profundos son la última moda, mi querida.

-Aceptaré tu palabra al respecto.

Emma pensó que la altura de sus escotes era la menor de sus preocupaciones.

Los vestidos habían costado más de lo que ella ganaría con sus pagas. Se preguntó si podría convencer a Edison de que le permitiese conservarlos cuando este asunto concluyese. Sin duda habría un modo de empeñar vestidos, como se hacía con las joyas y los candelabros.

-Como tú digas, Letty -Emma se dirigió hacia la escalera -Si no te importa, creo que haré llevar la bandeja del té a mi cuarto. Necesito descansar un poco. Me has agotado.

-Ve, mi querida. Tienes que descansar todo lo posible. Lo necesitarás. He aceptado, al menos, una docena de invitaciones para veladas sólo en la próxima semana. Y no hablemos de las visitas vespertinas que debemos hacer.

Mientras subía, Emma pensó que, por fortuna, no tendría que soportar durante mucho tiempo los rigores de la sociedad.

Giró en el rellano y avanzo por el pasillo hacia su habitación. Al abrir la puerta, tuvo una sensación de alivio. A diferencia de la triste habitación del castillo Ware, este cuarto, con su empapelado a rayas blancas y amarillas y sus cortinas blancas, tenía un aspecto alegre y acogedor. Incluso tenía una vista agradable del parque arbolado, al otro lado de la calle.

Se quitó su nueva pelliza verde y se sentó en la pequeña silla tapizada de satén que estaba junto a su escritorio. Oyó un golpe en la puerta. *Con suerte, será la bandeja del té,* pensó.

-Adelante, por favor.

Se abrió la puerta y apareció Bess, una de las criadas, y dos lacayos. Todos iban cargados de cajas.

-La señora dijo que tengo que guardar todas estas cosas encantadoras -Bess bullía de entusiasmo -Dijo que yo seré su doncella personal.

Una doncella personal, nada menos. No cabía duda de que su vida había cambiado en los últimos días. Emma se sentía como si estuviese viviendo un cuento de hadas.

Contempló las montañas de cajas que estaban entrando en su habitación. Aquí no descansaría gran cosa. Bess querría examinar cada nuevo par de guantes, cada sombrero, cada enagua, y lanzar exclamaciones en todos los casos.

Llegó a la conclusión de que una caminata a paso vivo sería más renovador que una taza de té. La necesidad de alejarse un rato de las continuas exigencias de su nuevo puesto era casi insuperable. Además, debía atender un asunto privado; ya lo había postergado en los últimos dos días, desde que habían regresado a Londres, a causa de sus compromisos con Edison.

-Está bien, Bess -Emma se puso de pie y fue hacia el armario a buscar la pelliza que había colgado hacía escasos minutos -Si lady Mayfield pregunta por mí, por favor dile que he ido al parque a caminar un poco.

-Señora, ¿quiere que alguno de los lacayos la acompañe?

-No, creo que puedo cruzar la calle sin ayuda.

La cara redonda de Bess se crispó de preocupación.

-¿Le parece conveniente salir a caminar sola, señorita?

Emma alzó las cejas mientras se cerraba la pelliza.

-¿Por qué no, por el amor de Dios? He dado muchos paseos en el parque.

Bess se sonrojó intensamente y pareció ponerse muy incómoda.

-Sí, pero eso fue antes de estar prometida al señor Stokes.

Emma se quedó mirándola.

-Cielos, Bess, ¿estás preocupada por mi reputación?

Bess se miró los pies.

-Bueno, se supone que las damas comprometidas deben ser discretas.

-No olvides que, hasta hace muy poco tiempo, yo era la dama de compañía de lady Mayfield, Bess. Te aseguro que soy muy discreta.

El tono punzante hizo encoger a Bess. Irritada consigo misma por haber respondido de mal modo a la muchacha, Emma suspiró, recogió su bolso y salió a paso rápido.

Encontrar la dirección le llevó más tiempo del que había esperado. Pero, por fin, Emma se detuvo ante una pequeña casa, de aspecto lúgubre, en Twigg Lane. Abrió su bolso, echó un vistazo a la carta dirigida a la señorita Judith Hope, y verificó la dirección. El número 11.

Ése era el lugar.

Subió los escalones y llamó. Mientras esperaba a que la atendiesen, miró el pequeño reloj que llevaba sujeto a la pechera de su vestido. No podría quedarse mucho tiempo aquí, en Twigg Lane.

Edison se enfadaría si ella no estaba lista a las cinco, para el paseo en coche por el parque. Los patrones exigen puntualidad a sus empleados.

Pasó un tiempo hasta que oyó unos pasos en el vestíbulo. Un momento después, se abrió la puerta. Un ama de llaves de aspecto agrio la miraba con aire de desaprobación.

-Por favor, diga a la señorita Judith Hope que la señorita Emma Greyson ha venido con un mensaje de una amiga.

Una torva sospecha arrugó las estólidas facciones del ama de llaves.

-¿Qué amiga podría ser?

-La señorita Sally Kent.

-Nunca oí hablar de ella.

La mujer empezó a cerrar, pero Emma tuvo la astucia de cruzar el umbral y poner una mano para impedir que la puerta se le cerrase en la cara. Al echar un vistazo al sucio vestíbulo vio una estrecha escalera.

-Informe a la señorita Hope que tiene una visita -dijo Emma secamente.

-Mire, aquí...

Una voz femenina, categórica y amenazante, llegó desde arriba.

-¿Pasa algo malo, señora Bowie?

La señora Bowie miró, ceñuda, a Emma.

-Sólo estoy acompañando a esta dama hasta la puerta. Se ha equivocado de dirección.

-He venido a visitar a la señorita Judith Hope y no me marcharé hasta que la vea -dijo Emma en voz alta.

-¿Desea verme? -la mujer que estaba en las sombras de lo alto de la escalera parecía perpleja.

-Si usted es la señorita Hope, la respuesta es sí. Mi nombre es Emma Greyson. Tengo un mensaje de Sally Kent.

-Dios mío. ¿Un mensaje de Sally? Pero... pero eso es imposible.

-Señorita Hope, si usted me recibiera sólo unos minutos yo se lo explicaría todo.

Judith vaciló.

-Hágala pasar, señora Bowie.

-Sabe bien que la señora no quiere ninguna visita -refunfuñó la señora Bowie.

-La señorita Greyson ha venido a verme a mí, no a la señora Morton-de repente, el tono de Judith se hizo más firme y decidido -Hágala pasar ya mismo.

La señora Bowie seguía con su actitud hosca. Emma le dirigió una fría sonrisa y empujó

con fuerza la puerta.

De mala gana, la señora Bowie retrocedió. Emma entró rápidamente en el oscuro vestíbulo y se volvió hacia Judith Hope. De inmediato llegó a la conclusión de que esa mujer llevaba un apellido equivocado, *Hope.* Probablemente, esta palabra había desaparecido de su vocabulario hacía ya mucho tiempo.

Judith parecía tener algo menos de treinta años, pero unas líneas de amarga resignación ya estaban hondamente grabadas en lo que sin duda había sido un rostro atractivo. Llevaba un opaco vestido pardo. Llevaba el pelo dentro de una sencilla cofia. Sólo su mentón daba idea de un interior orgulloso y de una torva determinación.

Cruzó el pequeño vestíbulo con la espalda muy recta.

-Por favor, pase a la sala, señorita Greyson.

Emma la siguió a una sala recargada de cortinas y se sentó en un sofá deshilachado. No había fuego en el hogar. Judith no corrió las cortinas ni encendió una vela. Simplemente, se sentó en actitud rígida, cruzó las manos sobre la falda y miró a Emma con expresión indescifrable.

-Perdóneme por haber venido sin ser invitada, señorita Hope.

Por primera vez, un leve atisbo de emoción chispeó en los ojos de Judith.

-Le aseguro que no tengo ningún inconveniente, señorita Greyson. Es usted la primera visita que recibo desde que he aceptado mi actual empleo, hace seis meses. A mi patrona no le agradan las visitas sociales. Tampoco salimos.

Emma echó una mirada al techo, indicando las habitaciones de arriba donde suponía que moraba la misteriosa señora Morton.

-¿Acaso su patrona objetará mi presencia aquí?

-Es probable. Pone reparos a casi todo, desde el gusto de la sopa hasta los libros que le leo -Judith se apretó las manos -Pero estoy dispuesta a enfrentar su ira si me trae noticias de Sally.

-No sé cómo empezar. La verdad es que no sé nada acerca de Sally. Jamás la he visto.

-Entiendo -Judith se miró las manos -No me sorprende. Hace ya varios meses que sospecho que está muerta.

-¿Muerta? -Emma la miró -¿Cómo puede estar segura de eso?

Judith miró hacia la ventana cubierta por la cortina.

-Sally y yo éramos amigas. Éramos.., muy íntimas. Si ella estuviese viva yo lo sabría.

-¿Qué le hace pensar que está muerta?

-No he tenido noticias de ella -dijo Judith con áspera simplicidad -Si aun estuviese sobre esta tierra, se habría puesto en contacto conmigo.

-Comprendo.

-Como ya le dije, nos queríamos mucho. Ninguna de las dos tenía familia, ¿sabe usted? Habíamos pensado ahorrar todo lo que pudiésemos y, llegado el momento, alquilar una pequeña casa en el campo. Pero ahora eso nunca sucederá.

La tranquila, estoica desesperación de Judith estrujó el corazón de Emma.

-Lo lamento muchísimo. - Judith se volvió hacia ella.

-¿Dijo usted que tenía un mensaje de ella?

-Por favor, permítame que le explique. Hace muy poco, fui contratada como dama de compañía. Unos días atrás, fui con mi patrona a pasar unos días en el castillo Ware.

El rostro de Judith se crispó.

-Allí fue Sally a trabajar como dama de compañía de lady Ware.

-Lo sé. Por casualidad, me asignaron el dormitorio que había sido de ella -Emma metió la mano en su bolso y sacó la carta de Sally - Encontré esto detrás de un cuadro. Está dirigida a usted.

-Cielos -Judith tomó la carta con vivacidad y la abrió como si temiera conocer su posible contenido. La leyó deprisa y luego levantó la vista. En sus ojos brillaban lágrimas - Perdóneme, pero ahora estoy segura de que está muerta. Él la asesinó.

Emma se quedó helada.

-¿Qué está diciendo? ¿Quiere decir que Basil Ware asesinó a Sally?

-Eso es exactamente lo que quiero decir -las manos de Judith se crisparon sobre la carta -Y nunca será llevado ante la justicia; está protegido por su riqueza y su posición.

-Pero ¿por qué haría semejante cosa?

-Porque ella se había vuelto molesta, desde luego. Sally era muy bella, ¿sabe? Estaba segura de poder manejar a Ware. Yo le advertí, pero no quiso escucharme. Pienso que ella permitiría que él la sedujera. Ella tenía un plan que no quiso confiarme.

-¿Qué clase de plan podría ser?

-Creo que ella le mintió; le hizo creer que estaba preñada. Tal vez tuviese idea de prometerle que se marcharía si él le daba algún dinero.

-Ya veo.

Judith miró la carta.

-Le advertí que no corriese un riesgo como ése. Pero ella estaba resuelta a que las dos dejáramos nuestras lamentables carreras. Por supuesto, sus exigencias enfurecieron a Ware, y la mató.

Emma suspiró. La lógica de Judith era muy poco convincente. Los libertinos de la alta sociedad no necesitan recurrir al asesinato para deshacerse de sus amantes inconvenientes. Sencillamente, las ignoran. Era evidente que Judith estaba tan alterada por la pena que sentía necesidad de culpar al seductor de Sally por la muerte de su amiga.

-Aun cuando Sally estuviese viviendo una aventura con el señor Ware -dijo Emma con suavidad -, él no tenía motivos para matarla, señorita Hope. Ambas sabemos cómo son estas cosas. A él le hubiese bastado con despedirla cuando empezó a estar harto de ella. Esto es, sin lugar a dudas, lo que sucedió.

-Si él la echó del castillo, ¿entonces, dónde está? -preguntó Judith con ferocidad -¿Por qué no me envió esta carta?

Emma titubeó.

-No tengo respuestas para todas sus preguntas; en cambio puedo decirle que la carta no es lo único que ha dejado.

-¿Qué quiere decir?

Emma echó un vistazo a la puerta de la sala para cerciorarse de que estaba cerrada, Luego, se alzó rápidamente la falda de su nuevo vestido de paseo de muselina. Metió la mano dentro de los bolsillos que usaba y sacó el apretado rollo de billetes y el pañuelo y los entregó a Judith.

-No entiendo -boquiabierta, Judith miraba los billetes. Luego, alzó hacia Emma su mirada perpleja -¿Cómo es que usted...?

-Silencio -Emma miró hacia la puerta con expresión significativa. Por si acaso el ama de llaves tuviese el oído pegado a la puerta, se inclinó más hacia Judith y bajó la voz -Yo, en su lugar, no diría nada de esto.

-Pero, esto es... es una fortuna -susurró Judith.

-Encontré los billetes y el pañuelo junto con la carta. Es obvio que Sally pensaba mandarle este dinero. Posiblemente se lo diera Ware; por lo tanto, era de ella y podía dárselo a usted.

-Pero...

Emma sacó el pañuelo de la mano de Judith y lo desplegó, revelando una extraña flor bordada con hilos púrpura y escarlata.

-Bonito trabajo, aunque no reconozco la flor. Tal vez pudo haberla visto en el invernadero de lady Ware.

Aturdida, Judith contempló la flor.

-Sally ha bordado todo un jardín de flores para mí. Sabía cuánto me gustaban a mí las flores poco comunes. Siempre decía que un día tendríamos un jardín de verdad, con flores reales.

-Entiendo -Emma se puso de pie. Alzó la voz hasta un tono normal de conversación. -Si me disculpa, debo marcharme, señorita Hope. Esta tarde, a las cinco, tendría que estar en el parque con mi... bueno, mi novio.

Judith se levantó lentamente.

-Sí, por supuesto -tragó saliva -Señorita Greyson, no sé cómo agradecerle.

-No es necesario -Emma volvió a bajar la voz -Sólo desearía que su amiga Sally estuviese aquí, y que juntas pudiesen buscar esa pequeña casa.

-Yo también -Judith cerró los ojos un instante -Mi maravillosa, temeraria Sally. Ah, si me hubiese hecho caso...

-Supongo que usted le aconsejó, muy sabiamente, que no se enamorase del señor Ware -Emma suspiró -Siempre es un error dejarse atrapar en una aventura romántica con el patrón.

-¿Enamorarse de él? -Judith abrió grandes los ojos -No sé qué puede haber pasado en el castillo Ware, pero le aseguro que Sally jamás amó a Basil Ware.

-¿Cómo puede saberlo?

Judith vaciló.

-Sin entrar demasiado en detalles, puedo decirle que a Sally no le gustaban los hombres, señorita Greyson. Es inconcebible que ella tuviese una aventura amorosa con Ware.

-Entiendo.

-Si le permitió que la sedujera fue porque esperaba sacarle algún dinero cuando la relación acabase. Siempre decía que teníamos que hacer algo para cambiar nuestros destinos.

-Sally se ha encargado de que usted tenga suficiente dinero para cambiar su destino, señorita Hope. ¿Qué hará ahora?

Judith alzó la vista al techo, luego sonrió por primera vez. Aunque era una sonrisa muy pequeña, muy triste, era una sonrisa auténtica.

-Bueno, creo que presentaré mi renuncia.

Emma sonrió.

-Algo me dice que eso es, precisamente, lo que Sally habría querido que usted hiciera.

-Has hecho grandes progresos, Edison -Ignatius Lorring entregó a Edison una copa de coñac y luego depositó su osamenta de pájaro en el otro sillón -Por supuesto, estaba seguro de que no me defraudarías. Jamás he tenido un discípulo como tú. Cuando imagino cuánto podrías haberte elevado en el gran Círculo de Vanza...

-Los dos sabemos que el camino de Vanza no me habría venido bien para siempre -dijo Edison.

La habitación estaba demasiado caldeada. Un gran fuego rugía en la chimenea de la biblioteca aunque el día era soleado y tibio. Edison no dijo nada al respecto. Ignatius tenía una bufanda de lana en el cuello como si estuviese en medio de una tormenta de nieve. Junto a él, había un pequeño frasco azul en la mesa. Edison sabía que contenía una mezcla sobre la base de opio. Láudano, tal vez.

Edison paseó la vista por la conocida habitación. Aquí había comenzado su transición de joven rebelde y alocado a hombre con control de sí mismo. En esta habitación de paredes cubiertas de libros había visto por primera vez a Ignatius.

En aquel entonces, Edison tenía dieciocho años y estaba desesperado por obtener un puesto, cualquiera que fuese. Había leído los escritos de Ignatius sobre Vanzagara y sabía que el intrépido estudioso estaba planeando hacer otro viaje a esa isla misteriosa.

Edison había hecho una propuesta a Ignatius. Si Lorring lo llevaba consigo en su viaje, como secretario, él trabajaría por la mitad del salario acostumbrado. Ignatius lo había contratado de inmediato. Ambos habían partido para Vanzagara, y desde entonces, nada volvió a ser igual.

-¿Cómo te sientes, amigo mío? -preguntó Edison con afecto.

-Tengo días buenos y días malos. Esta mañana me he sentido tan bien que he hecho una caminata. Pero ahora estoy muy fatigado.

-No pienso quedarme mucho tiempo. Tengo una cita para pasear en coche por el parque con mi prometida, esta tarde a las cinco.

-Ah, sí. Tu prometida -las cejas plateadas de Ignatius se alzaron y bajaron. Un destello de interés brilló en sus ojos claros -Lady Ames la quiere y tú tienes control sobre ella. Brillante, Edison. Muy brillante. Ella distraerá la atención de lady Ames mientras tú prosigues con tus investigaciones.

Edison hizo girar la copa en sus manos y contempló el tono dorado del licor.

-No pienso en la señorita Greyson en esos términos.

-Tonterías. Ella es un buen señuelo -Ignatius lo miró con perspicacia -Dime, ¿es verdad que ella disparó a Crane?

-Ella lo niega.

-Bueno, por supuesto, es lógico.

-Quizá. Quizá no. La señorita Greyson es bastante impredecible.

-Entiendo.

-Yo diría una cosa -siguió Edison -Si la señorita Greyson no disparó a Crane, surge una cuestión interesante.

Ignatius guardó silencio largo tiempo.

-Sí; sé a qué te refieres.

Edison contempló los infinitos espejos que rodeaban el hogar.

-Antes de movernos en alguna dirección, pienso que sería interesante averiguar cómo logró Miranda apoderarse de la receta descifrada.

-Sin duda -Ignatius se puso pensativo -No sé siquiera cómo es posible que una mujer pudiera enterarse de ella; ya no hablemos de conseguirla. No hay mujeres involucradas en la cuestión Vanza.

Edison recordó el tiro que alguien había disparado en el bosque vecino al castillo Ware.

-Dime, Ignatius, ¿te parece posible que haya otros tras la pista del *Libro de los Secretos?*

-No he oído rumores en ese sentido, pero no es imposible -las manos delgadas de Ignatius apretaron los apoyabrazos del sillón -¿Por qué lo preguntas?

-Todavía no estoy seguro. Pero en esta cuestión hay muchos aspectos oscuros. Algunos tendrían sentido si supiéramos que hay alguien más buscando el libro.

-Maldita sea -el rostro de Ignatius se puso tan tenso que sus facciones parecieron esqueléticas -Si hay alguien más buscándolo, bien podría concluir que tú estás tras su pista. Ten cuidado, ¿quieres? Odiaría perder al discípulo más prometedor que he tenido en mi vida, aunque haya dejado el Círculo.

-Por supuesto -Edison dejo su copa -. Después de todo, ahora que estoy a punto de ser un hombre casado, debo pensar en mi futuro.

-¿Qué demonios significa que la señorita Greyson no está en casa? -Edison miró, ceñudo, al ama de llaves de lady Mayfield -Ella sabía muy bien que hoy teníamos una cita para pasear por cl parque.

La señora Wilson se secó las manos en su almidonado delantal blanco.

-Lo siento, señor, pero salió a caminar hace un rato y aún no regresado.

-¿Adónde fue?

-No podría decirlo, señor.

Letty apareció en la escalera.

-¿Eres tú, Stokes? Me pareció reconocer tu voz. Estás buscando a Emma, ¿no es así?

-Sí -la miró -¿Qué es esto de que ha salido a caminar?

-Es cierto. Su doncella me dijo que se fue al parque de enfrente.

-Acabo de pasar por el parque y no vi a Emma.

Letty alzó un hombro.

-Quizá se fue un poco más lejos.

Una sensación de inquietud recorrió a Edison.

-Dijiste que su doncella había dicho que fue a dar un paseo. ¿Quiere decir que la muchacha no acompañó a Emma?

-Al parecer, Emma quería estar sola un rato -Letty bajo la escalera -Creo que se sentía un poco abrumada por tanta excitación. Ella no está acostumbrada, lo sabes.

Edison pensó que hacía falta bastante para abrumar a Emma. Pero era posible que se hubiese hartado de las exigencias de su nueva posición y se tomara la tarde libre. De todos modos, él le había enviado un mensaje con instrucciones específicas para que estuviese

preparada a las cinco.

Solo esta demorada unos minutos, pensó, echando un vistazo al reloj del vestíbulo. Quizá él estuviese exagerando. Había mujeres que consideraban imprescindible dejar esperando a un hombre. Sin embargo, le molestaba el hecho de que nadie supiera con exactitud donde estaba ella.

Por primera vez se le ocurrió que no sabía mucho con respecto a Emma Greyson. Bien podría suceder que tuviese amigos en la ciudad.

O un amante.

La idea lo golpeó con la fuerza de un trueno. ¿Y si Emma había ido a encontrarse con un hombre?

¿Y a él qué le importaba si tenía un amante? A pesar de las circunstancias, ella lo consideraba su patrón, no su novio. Edison se recordó a sí mismo que eso era, precisamente: su amo.

-Maldición -murmuró -No puede estar muy lejos. Iré a buscarla.

-Pero ¿dónde estabas? -exclamó Letty cuando se abrió la puerta principal. Se puso radiante -Ya está aquí.

Emma entró y se detuvo bruscamente al ver al pequeño grupo reunido en el vestíbulo.

-Caramba -murmuró, con exagerada inocencia -, ¿he llegado tarde?

-Sí -repuso Edison -¿Dónde diablos ha estado? -vio la ceja enarcada de Letty y lamentó haber usado ese tono. Los hombres recién prometidos no hablaban así a sus prometidas. Tenía que recordar su papel en esta comedia. Carraspeó -Estaba un tanto preocupado.

-Salí a caminar un poco -dijo ella, encaminándose a la escalera -Me temo que fui un poco más lejos de lo que había pensado. No se preocupe; en unos minutos me cambiare.. Estaré lista enseguida.

Edison la observó con atención mientras ella subía precipitadamente la escalera. Parecía un poco acalorada, quizá por sus esfuerzos. No cabía duda que debía haber apretado el paso para volver a la casa de Letty porque sabía que se le había hecho tarde.

Pero ese mismo acaloramiento podía haber sido causado por las caricias amorosas de un hombre. Así había sido su aspecto cuando él la había besado. Captó una vislumbre de sus botines de cabritilla mientras ella subía. Estaban manchados de un barro rojizo. Los senderos del parque, en cambio, estaban cubiertos de gravilla.

Dondequiera que hubiese ido, había sido un lugar bastante más lejos que el parque.

13

-Lady Mayfield tenía razón -la boca de Edison se curvó en una helada satisfacción mientras llevaba a Emma a la pista de baile, esa misma noche. -Por cierto, es usted una sensación.

-No se engañe, señor. La sociedad me considera fascinante sólo por las circunstancias de nuestro compromiso. La mayoría de los invitados de lady Ames creen que yo soy una asesina. No pueden imaginar por qué ha decidido usted salvarme de la horca.

Edison no pareció preocupado.

-Les dará algo de que hablar mientras nosotros continuamos nuestras averiguaciones.

¿Quién habría imaginado que un día estaría bailando en los brazos del hombre más fascinante que había conocido en su vida?, pensó Emma. Su vestido era una deliciosa creación de color verde pálido. Su pelo estaba sembrado de pequeñas hojas verdes hechas de seda. Otra vez, estaba como en un cuento de hadas.

Como siempre, Edison estaba devastadoramente elegante.

Se preguntó dónde habría aprendido la habilidad que le permitía tener un aspecto estupendo y, al mismo tiempo, estar perfectamente ataviado. Danzaba con una gracia poderosa y sin aparente esfuerzo. Su pelo oscuro relucía bajo la luz de los candelabros.

Emma estaba impaciente por escribir a su hermana, contándole todos los detalles de esa noche.

Era extraño y un poco desconcertante hallarse en la pista de baile en lugar de estar observando desde un costado del salón. Y más perturbador aún estar bailando con Edison. La situación habría sido mucho más placentera, hasta conmocionante si no fuese por el hecho de que su patrón estaba de mal humor. Y así había estado toda la tarde.

Había mantenido una expresión cortés durante el paseo ritual de la tarde, pero ella sabía que era para los curiosos. Después de unos pocos intentos de conversación amable, había desistido y lo había ignorado durante los cuarenta minutos que habían pasado exhibiéndose ante la sociedad, en el parque.

Su talante no había mejorado mucho cuando llegó al baile de Miranda y se unió a Letty y Emma.

La música subía con las saltarinas melodías del vals. Edison guiaba a Emma en un largo giro; ella tenía aguda conciencia de la mano fuerte y tibia en su espalda. Los lujosos vestidos de las damas que giraban en la pista parecían transparentes medusas atrapadas en las olas de un mar invisible.

De no haber sido por el sombrío humor de Edison, habría sido una velada mágica. A Emma se le agoto la paciencia.

-Le juro que no es usted mejor que ninguno de mis anteriores patrones -dijo.

-¿Cómo dice? -la detuvo de repente cerca de las puertas de la terraza-¿De qué está hablando?

-Bajo circunstancias normales, no habría importado. Nadie espera que un patrón sea amable con sus empleados -le dirigió una sonrisa acerada -Sin embargo, me siento obligada a señalarle que quizás esté arruinando la misma impresión que pretende dar.

Vio el brillo irritado de sus ojos y supo que la había comprendido perfectamente.

-Salgamos -la tomó del brazo -Siento que necesito aire fresco.

-Lo que usted diga, señor Stokes.

-Haga lo que quiera, pero no emplee ese tono de voz conmigo.

-¿Qué tono, señor?

-El que suena como si estuviese dirigiéndose a un idiota sin remedio.

-Señor, le aseguro que no le considero ni idiota ni sin remedio, ni nada de eso -murmuró ella, mientras él la remolcaba hacia la terraza -Difícil, malhumorado y en ocasiones grosero, pero jamás idiota.

Él la miró de reojo.

-Sólo un patrón difícil más en una larga sucesión de ellos, ¿no es así?

-Así es -sonrió con frialdad -Por cierto, ¿ha terminado usted mi referencia?

-No, no lo he hecho.

-Ha prometido hacerla sin demoras -dijo, en tono de reproche -No sé si recuerda que hemos hecho un trato.

La mano de Edison se apretó sobre el brazo de la muchacha.

-No he olvidado los términos de nuestro acuerdo.

-Me hace daño.

-Lo siento -la línea de su mandíbula estaba rígida. Pero aflojó su apretón y la obligó a detenerse en el borde de la terraza -He estado muy atareado desde que regresamos a la ciudad. Y aún no he tenido tiempo de escribir su referencia.

-¿Está seguro de que no quiere que le preste las copias de las que yo hice? Realmente, le harán la tarea mucho más fácil.

Edison contemplo el jardín envuelto en el aire de la noche.

-Señorita Greyson, si usted quiere tener mi firma en su maldita referencia, tendrá que permitirme que la redacte yo mismo.

Emma no dijo nada.

El se volvió un poco, apoyó una de sus botas, lustrosa como un espejo, en un murete de piedra y estudió a la mujer con ojos inescrutables.

-Ya que estamos aludiendo a nuestra relación como patrón y empleada, quisiera aprovechar la oportunidad para informarle que no quiero que salga sola otra vez, como hizo esta tarde.

Sin saber su origen, la cólera estalló en ella como una brillante lluvia caliente de fuegos de artificio que hubiesen enorgullecido al jardín Vauxhall.

-Señor Stokes, va usted demasiado lejos. Todo empleado tiene derecho a una tarde libre, al menos una vez por semana. Hasta el más ruin de mis anteriores patrones me permitía eso.

-No me dirá que puede quejarse de mí como empleador demasiado exigente. Dudo que haya estado tan bien vestida en ninguno de sus empleos anteriores -frunció el entrecejo, mirando el generoso escote de su vestido -Sin embargo, debo puntualizar que vestía mucho más modestamente antes de aceptar este puesto.

-Lady Mayfield me asegura que este vestido es lo que primero atrae la vista en materia de moda.

-*Atraer la vista* es una manera muy apropiada de decirlo, señorita Greyson. Esta noche, todos los hombres presentes en el salón han clavado la vista en su escote.

-Admito que la *librea* que me ha provisto para este puesto es superior a la que he usado en mis anteriores empleos, pero eso no...

-¿Librea? -echó una mirada significativa a la falda de seda de tonos que imitaban las piedras preciosas -¿Se atreve a llamar *librea* a esto? Librea es lo que usan los mayordomos.

-En lo que a mí respecta, librea es cualquier cosa que un empleador exige usar a un empleado. Los vestidos que debo usar en mi papel de prometida suya para mí constituyen una librea.

Edison se acercó más; Emma vio un brillo peligroso en sus ojos entornados, pero no quiso ceder a las ganas de retroceder.

-Señorita Greyson, ¿estoy en lo cierto si digo que el vestido que lleva esta noche me ha costado bastante más de lo que ha ganado en sus tres últimos empleos?

-Claro que sí, señor -alzó un dedo enguantado-. A decir verdad, eso me recuerda otro punto que quisiera tratar con usted. Deduzco que, cuando yo haya terminado con mis tareas, no tendrá usted necesidad de los vestidos y sombreros que ha comprado para que yo lleve.

-Desde luego que no los necesitaré.

-Entonces, me gustaría pedirle que me permitiera conservarlos cuando haya cesado en su servicio.

-¿Acaso cree que tendrá ocasión de usar un guardarropa completo de costosos vestidos de baile en su próximo empleo, señorita Greyson?

-Es muy poco probable -trató de no sucumbir al desdichado sentimiento que experimentaba cada vez que pensaba en la perspectiva de dejar de servir a Edison -Pero tal

vez pueda empeñar algunos de ellos.

-Maldición -parecía muy furioso -¿Ha pensado empeñar los vestidos que le he comprado?

-No tienen ningún valor sentimental, señor.

-Entiendo -le sujetó la barbilla con el canto de la mano -¿Qué clase de regalo tendría valor sentimental para usted?

-Señor, estamos apartándonos del tema...

-Responda a mi pregunta. ¿Qué clase de regalo sería sentimental para usted, señorita Greyson?

Él estaba aún más enfadado que ella. Emma no lo entendía pero tuvo la sensación de que la discreción sería lo más adecuado. Después de todo, él era su patrón, y ella no podía perder su trabajo.

-Bueno, supongo que un libro de poesía o un bonito pañuelo tendrían cierto valor personal, sentimental -dijo, cautelosa.

-¿Un libro de poesía?

-Disfruto muchísimo con Byron -se apresuró a agregar -También soy muy aficionada a las novelas de horror, sobre todo las escritas por la señora York. Le aseguro que escribe unas historias de misterio muy emocionantes...

Algo en los ojos de él la interrumpió de golpe. Durante un instante, pensó que había cometido un grueso error de cálculo. Valiente intento de tranquilizarlo; Edison parecía furioso.

Bajo la atenta mirada de Emma, él puso en juego toda su capacidad de autodominio.

-Tiene razón señorita Greyson -dijo, con tono demasiado calmo -Nos apartamos del tema. Creo que estábamos hablando de mis nuevas instrucciones. Desde ahora, usted no desaparecerá durante horas. Se asegurará que alguien la acompañe cada vez que sale de la casa e informará al ama de llaves el sitio donde va y la hora que regresará.

Sus sensatas intenciones de aplacarlo volaron por la ventana. No podía recordar si alguna vez había estado tan furiosa.

-No tiene derecho a darme órdenes de esa naturaleza. Mi tiempo libre es mío. Usted no es mi esposo, señor.

-No, no soy su esposo, soy su patrón -le dirigió una torva sonrisa -Y como usted necesita mucho este puesto, obedecerá mis órdenes. No creo que haya algo más para decir.

-Es verdad. Ha dicho más que suficiente.

Dio media vuelta y se dirigió hacia las puertas abiertas.

Él la tomó del brazo.

-¿Adónde cree que va?

-Al lavabo de señoras, señor Stokes. Espero que lo apruebe. ¿O acaso piensa prohibirme que satisfaga mis necesidades personales mientras esté a su servicio?

La boca de Edison se tensó. No había suficiente luz para que Emma pudiese ver que él se había puesto encarnado, pero ella pensaba que era posible. Se lo merecía.

Edison hizo una inclinación de cabeza muy formal.

-Cuando regrese, estaré esperándola al pie de la escalinata. Ya hemos pasado bastante tiempo aquí, esta noche. No quiero que Miranda piense que estamos demasiado ansiosos de recibir sus invitaciones. Es preferible que no lo sepa con certeza. Si está ansiosa es mucho más probable que se traicione.

-De acuerdo, Señor -*Malditos sean sus ojos,* pensó. Ella también podía ser formal y correcta -Lo buscaré cerca de la escalera.

Al entrar en el atestado salón, Emma no miró hacia atrás.

Unos minutos después, salió del lavabo y caminó hacia la escalinata principal. Estaba satisfecha consigo misma. Había vuelto a controlar sus emociones y sus pensamientos seguían otra vez un orden lógico.

La preocupaba comprobar que Edison tenía un efecto cada vez más perturbador sobre sus emociones. Pensó que no le convenía pasar a su servicio más tiempo que el necesario.

Cuanto antes completase sus investigaciones tanto más pronto recibiría ella su paga y

acabaría de una vez con este asunto. Por su propio interés, era conveniente hacer todo lo que pudiese para ayudarlo.

La música y el rumor de conversaciones subían desde el salón. Recorrió el pasillo con la vista y notó la oscuridad que envolvía la escalera de la servidumbre. Mientras observaba, vio una figura conocida que salía de un cuarto y desaparecía en esa penumbra: era Swan.

Sintió un poco de curiosidad.

Se preguntó por qué el devoto mayordomo de Miranda no se había molestado en llevar una vela para iluminar su paso por esa oscura escalera.

Se detuvo. Había sido como si Swan no quisiera que alguien lo viese. Y esto le suscitó la pregunta obvia: por qué intentaba ocultarse en la misma casa donde trabajaba.

Swan formaba parte del misterio que rodeaba a Miranda. Emma lo sabía con una certeza que desafiaba la lógica. Su comportamiento furtivo concitó la intuición de la joven. No vendría mal seguirlo y ver en qué andaba.

Vaciló un instante más, luego se decidió. Se volvió y echó a andar sigilosamente por el corredor. Al llegar a la escalera de la servidumbre, escudriñó en la oscuridad. No había señales de Swan. Había desaparecido en un pozo de sombras.

Aferró con firmeza la balaustrada y bajó con cuidado por los estrechos escalones. Cuando un peldaño crujió bajo su pie, se paralizó.

Pero Swan no salió de la oscuridad para enfrentarla.

Tras un momento, reanudó el descenso pasando la planta del salón de baile y siguió hasta la planta baja. Con la punta de su sandalia de baile tanteaba el borde de cada peldaño. Sería muy embarazoso caer en la escalera de la servidumbre en la casa de Miranda. Si eso sucedía, seguramente Edison se enfadaría.

Poco tiempo más tarde, salió al vestíbulo trasero. Había una puerta que daba al gran jardín. Por unas ventanas laterales pudo divisar los contornos de los setos.

Se detuvo otra vez en la sombra y escuchó atentamente.

Ahora, el salón de baile quedaba arriba de ella. Aún podía oír la música, aunque amortiguada por la distancia. Las voces de los invitados que llegaban y se iban resonaban desde el vestíbulo delantero. Se oían muy lejanas.

Por las ventanas entraba suficiente luz lunar para permitirle ver una puerta que estaba justo frente a ella. Quizá fuese la biblioteca. O un estudio. Precisamente el lugar donde uno escondería un libro valioso.

Se pregunto por que a Edison no se le había ocurrido registrar la casa durante el baile. Ahora que le asaltaba la idea, le parecía obvio hacerlo.

No existían razones para que no lo hiciera ella misma. ¿Acaso seria demasiado arduo registrar una biblioteca en busca de un antiguo manuscrito?

Antes de que pudiera perder el valor, cruzó el pasillo e hizo girar el pomo de la puerta. En caso de encontrarse con alguien dentro que objetara su intrusión, siempre podría aducir haberse perdido buscando el lavabo de damas.

Abrió la puerta y se escabulló dentro. Por un grupo de altas ventanas seudo clásicas se derramaban rayos de luna, proyectando dibujos geométricos sobre la alfombra. Los muros estaban hundidos en las sombras, pero el gran globo terráqueo, los clásicos bustos decorativos y el amplio escritorio le confirmaron que, en efecto, estaba en la biblioteca.

Había muy pocos libros en los anaqueles que se alineaban contra las paredes. Sin duda, Miranda seguía la moda actual según la cual los libros no constituían un componente demasiado importante en la decoración de una biblioteca.

Decidió comenzar su búsqueda por el escritorio, que estaba en un charco de plateada luz de luna, y parecía un lugar apropiada para ocultar un volumen robado.

Atravesó deprisa la habitación. Sus sandalias de baile no hicieron ruido sobre la blanda alfombra. Rodeó el escritorio y abrió el primer cajón. El desencanto fue inmediato cuando sólo vio una variedad de plumas y tinteros.

Los otros dos cajones no mostraron nada más misterioso que un anotador de papel de oficio, tarjetas de visita e invitaciones.

El último cajón, el más bajo, estaba cerrado con llave.

La excitación bulló dentro de ella. En el último cajón había algo importante. ¿Qué otro motivo podría tener Miranda para tomarse la molestia de cerrarlo con llave?

Levantó la mano hacia su elegante peinado y sacó con cuidado una de las hojas de seda verde. La hebilla que la peinadora había usado para sujetar el adorno podría servirle para abrir la cerradura.

No sería la primera vez que usaba una hebilla para abrir un cajón cerrado. Los últimos meses de su larga vida, la abuela Greyson se había vuelto cada vez más aturdida y olvidadiza. Había llegado a la firme convicción de que el vicario de la localidad estaba decidido a robarle sus pocos objetos de valor. Cada vez que él iba de visita, la abuela guardaba en el cajón de su escritorio con llave sus camafeos, su anillo de boda y las perlas que le había regalado su marido. Era inevitable que perdiese la llave. Y se afligía hasta que Emma forzaba la cerradura y recuperaba los objetos.

Emma metió la hebilla en la cerradura del escritorio de Miranda.

Y se quedo inmóvil al oír pasos en el corredor.

Alguien estaba al otro lado de la puerta de la biblioteca.

Ya era hora de que volvieras, Swan, la voz de Miranda era alta y colérica -¿Por qué has demorado tanto?

Hubo un rumor ininteligible como respuesta. Las palabras no se entendieron, pero el áspero gruñido de la voz de Swan fue inconfundible.

Un violento temblor sacudió a Emma. Era un poco tarde para percibir una premonición de peligro. Ya estaba en serias dificultades. Ese era el problema con su intuición: al parecer, nunca funcionaba bien cuando ella la necesitaba.

Se enderezó rápidamente. Miranda y Swan estaban por entrar en la biblioteca. Si uno de ellos encendía una vela, la verían de inmediato.

Desesperada, buscó un sitio donde ocultarse. La luz de la luna ahora apenas dejaba entrever los pesados cortinajes. Eran su única esperanza. Corrió hasta la última ventana y se metió tras una cascada de terciopelo oscuro. De inmediato, la envolvió una asfixiante y densa oscuridad.

Oyó que la puerta se abría un segundo antes de que las borlas de la cortina dejaran de balancearse.

14

-¿Cómo que no has encontrado nada? -preguntó Miranda, con una voz que parecía hecha de trozos de cristal -Has tenido tiempo suficiente para inspeccionar el estudio de Stokes. Allí debe de haber algo que me diga por qué se interesa tanto por la señorita Greyson.

-Yo hice como usted me indicó, señora -la voz áspera de Swan era como un río de piedras de amolar -Sólo encontré libros y papeles relacionados con sus estudios.

-Me has fallado, Swan.

-Hice como me ordenó -el tono de Swan era de patética desesperación -No puede culparme por no haber encontrado nada interesante en el estuche de Stokes.

-En la casa de ese canalla debe de haber algo que explique lo que ha hecho en el castillo Ware -espetó Miranda -Es inconcebible que se comprometiera con la señorita Greyson sólo porque quiere casarse con ella.

-Tal vez esté enamorado de ella -sugirió Swan.

Vaya, pensó Emma. *Eso es imposible.*

-Vaya -dijo Miranda en voz alta -Eso es imposible. Con su riqueza y su poder podría encontrar una mujer de posición mucho más elevada. Tal vez has pasado algo por alto. Vuelve y echa otro vistazo. Todavía hay tiempo. Él no regresará hasta el amanecer.

-Por favor, señora no es fácil entrar en esa casa sin ser visto. Esta vez ya escapé por poco.

-Volverás. Ahora mismo. Esta noche.

-Señora, si soy descubierto, me acusaran de robo con allanamiento de morada.

-En ese caso, deberás tener mucha cautela -dijo Miranda, sin la menor traza de simpatía-. Esta vez, inténtalo en la habitación de él. Busca cualquier cosa que me diga qué clase de juego está jugando. Cartas. Tal vez un indicio. Cualquier cosa.

-¿Su dormitorio? Jamás podría subir la escalera sin ser notado. Señora, le ruego, no me envié a esa casa otra vez. El riesgo es demasiado grande.

-¿Te niegas a obedecer mis órdenes?

-Por favor señora, no me pida esto.

-¿Te niegas?

-Sí, sí; no tengo más remedio ¿No lo entiende? Está mal. Si me sorprendieran podrían colgarme o deportarme. Por favor señora, hasta ahora he hecho todo lo que me ha pedido. No es justo que me pida semejante cosa.

-Muy bien, puedes considerarte despedido.

-Miranda.

Esa palabra sonó como un grito de angustia; Emma sintió una punzada de compasión.

-Recoge tus cosas y vete de esta casa ya mismo. Yo encontraré a otro que ocupe tu lugar. Un criado que esté dispuesto a obedecer.

La puerta se cerró tras ella.

Durante largo rato, sólo oyó silencio en la habitación. Luego, Emma oyó un extraño sonido gorgoteante. No lo reconoció de inmediato pero después de unos segundos comprendió que era el llanto de Swan.

Los horribles, conmovedores sollozos la sacudieron hasta el alma. A duras penas pudo contenerse y no salir para abrazar a ese hombre.

Cuando creía que ya no podría soportarlo más, los sollozos cesaron.

-Maldita, maldita, mil veces maldita -la angustia de Swan se había convertido en furia -Puta. Duermes con todos ellos, pero vienes a mí cuando quieres que alguien te satisfaga. Siempre vuelves a Swan, ¿no es cierto? Soy el único que sabe lo que necesitas, perra maldita.

Se oyó un golpe sordo. Emma se encogió. Supo que Swan había arrojado algo grande al piso. Un busto clásico o, tal vez, el globo terráqueo, pensó.

Se oyeron más crujidos y golpes sordos que indicaban la caída de otros objetos sobre la alfombra. Algunos rebotaban. Otros se rompían. Emma contuvo el aliento escuchando a Swan, que recorría metódicamente la habitación.

-Tendrían que colgarte como solían hacer con las brujas -bramo Swan en sordina.

Hubo una serie de ruidos amortiguados que parecían provenir del escritorio. ¿Una bota golpeando la madera?

-Bruja. Puta. Bruja. Puta -algo crujió con fuerza -Te enseñaré a amenazar a Swan como si fuese tu esclavo. Te daré una lección.

Emma oyó rozar de papeles. Después, el ruido agudo, ominoso de un fósforo al encenderse. Un temblor de pánico la asaltó. Dios querido, ¿ese hombre intentaría incendiar la casa? Danzaron ante sus ojos imágenes del repleto salón de baile envuelto en humo y llamas.

No podía esperar más. Debía actuar.

-Arde, bruja, arde en el infierno. Nunca más haré lo que me ordenes. ¿Me oyes, bruja? Nunca más. Quebraré tu embrujo aunque sea lo último que haga en mi vida.

Emma hizo una profunda inspiración y apartó la cortina. Vio llamas, pero, con alivio, comprobó que estaban confinadas al hogar. Swan sólo había encendido fuego en el hogar.

Por unos momentos, el hombre permaneció de pie, con la cabeza baja, contemplando las llamaradas. El intenso resplandor recortaba sus anchos hombros y su figura robusta. Después de un tiempo, se volvió y fue a zancadas hacia la puerta. Pasó a través del rectángulo de luz lunar, y luego a la sombra.

La puerta se abrió y se cerró tras él.

Emma esperó un instante, temerosa de que volviera. Pero sus pasos pesados se alejaron por el corredor.

Exhaló un suspiro de alivio. Se le ocurrió que debía salir de allí. Lo único sensato era abandonar la biblioteca lo más rápido posible. Pero no pudo resistir la tentación de acercarse al hogar para ver qué era lo que Swan estaba quemando en su ataque de furia. Atravesó deprisa la alfombra.

Al pasar ante el escritorio, vio que el último cajón, el que ella pensaba abrir con su hebilla, estaba hecho astillas. Lo que había estado guardado allí estaba ahora entre las llamas.

-Oh, Dios mío.

Se recogió la falda y corrió hacia el hogar.

Las dos mitades de una gran caja de cuero estaban caídas sobre la alfombra, ante el hogar. La pila de papeles que había estado guardada en la caja estaba a punto de ser devorada por las llamas.

El fuego acabaría con todos los papeles, pero Emma pudo distinguir parte de las palabras impresas en las páginas que se tostaban rápidamente.

La señorita Fanny Glflon en el papel de Julieta se presentó el lunes 9 de junio y la semana siguiente actuará en Otelo.

Una función brillante.

Una belleza divina que hace innecesarias las luces adicionales sobre el escenario...

Programas de teatro, pensó Emma. Y críticas. Todo convirtiéndose en humo.

Avanzó un paso y tomó el atizador. Tal vez pudiese salvar algo de las llamas. Algo crujió bajo su suela. Bajó la vista y vio que parte de los papeles había caído sobre la alfombra cuando Swan volcó el contenido de la caja en el fuego.

Dejó el atizador y levantó el puñado de papeles. Los enrolló apretadamente y los metió en su bolso adornado con cuentas.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

No hubo ningún ruido que le sirviera de advertencia. Tenía la mano sobre el pomo cuando lo sintió moverse bajo sus dedos.

Contuvo el aliento y saltó hacia atrás, mientras la puerta se abría sin el menor ruido. No tuvo tiempo de volver a ocultarse tras las cortinas.

Edison se deslizó silenciosamente en la biblioteca y cerró la puerta tras de sí.

-Me preguntaba dónde estaría, Emma.

Emma se sintió tan aturdida por el alivio que creyó que se desmayaría.

-Señor, si vuelve a asustarme de esa manera, le juro que me desmayaré.

-No sé por qué pero no la imagino desmayada -contempló el fuego que menguaba -De

todos modos, ¿qué diablos está haciendo aquí?

Emma pensó que algo raro pasaba con la voz de él. Carecía de toda inflexión. Se dijo que más tarde se preocuparía por eso.

-Es una larga historia -dijo -Y no creo que sea buena idea contarla aquí.

-Tal vez tenga razón -Edison apoyó el oído contra la puerta -Alguien viene por el pasillo.

-Oh, no; otra vez no.

-Silencio.

La aferró por el brazo y la llevó hacia las ventanas.

-Si pretende esconderse, puedo recomendarle las cortinas en el otro extremo del cuarto -susurró Emma -Son bastante espesas.

Edison la miró. El resplandor frío de la luna convertía sus facciones en una máscara. Aunque tarde, Emma se dio cuenta de que estaba furioso.

-Olvide las cortinas -dijo él -Vamos a salir de aquí.

Edison la detuvo y la soltó para correr el cerrojo de una de las ventanas. La pasó por la ventana sin mayores ceremonias, luego pasó él.

Emma hizo una mueca cuando sus delicadas sandalias se hundieron en la hierba húmeda.

-Y ahora, ¿qué se propone hacer?

-Daremos la vuelta por el costado de la casa hasta la terraza; volveremos al salón de baile. Si nos encontramos con alguno de los invitados, supondrá que estuvimos paseando por el jardín.

-¿Y después, qué?

-Después -dijo Edison con la misma voz neutra -, pediré mi carruaje y la llevaré a su casa.

-Pero yo vine con lady Mayfield en su coche. Y ella piensa quedarse hasta el alba.

-Letty puede hacer lo que se le antoje. Usted irá a casa conmigo. De inmediato.

Emma se crispó.

-No es necesario que emplee ese tono conmigo, señor. Sólo intentaba ayudarlo en sus investigaciones.

-¿Ayudarme? -le disparó una mirada acerada, de soslayo-. Yo no le dije que entrara en esa biblioteca.

-Me enorgullezco de ser una empleada que tiene iniciativa.

-¿Así es como la llama? A mí se me ocurren otra variedad de términos... -Edison se interrumpió -Maldición.

La apartó de un empujón y luego giró sobre sí.

-¿Qué diablos pasa?

Emma se tambaleó hacia atrás contra un seto; extendió una mano para sostenerse.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo y se volvió rápidamente. Al principio, no pudo ver nada. Y luego notó la sombra que flotaba alrededor de un arbusto recortado en forma de pájaro.

La silueta que avanzaba mostraba la elegancia definida de un depredador que va tras su presa.

Presa. Todo el impacto de la palabra golpeó de lleno a Emma. De pronto, con terrible certeza, supo que ése no era un intruso común o un salteador. Esa criatura trataba de cazar a Edison.

Ella se revolvió, con la boca abierta para gritar una advertencia.

El grito murió en su garganta. Estaba claro que Edison tenía pleno conocimiento del peligro.

Toda su atención se centraba en la sombra que avanzaba hacia él. Todo él estaba imbuido de una imposible calma que parecía no tener sentido en esas circunstancias.

Emma pensó en gritar pidiendo ayuda, pero temió que nadie la oyera debido al ruido del salón. Horrorizada, observó cómo los dos hombres se acercaban uno a otro.

Sólo entonces notó que Edison estaba moviéndose con la misma fluidez y elegancia que

su oponente. En ese momento, tenía un aire fantasmal, igual que su rival. No podía seguirlo. Aparentaba no hacer mucho esfuerzo y, sin embargo, cambiaba de posición en un parpadeo.

Los dos hombres se unieron en una mortal parodia de danza. El villano hizo el primer movimiento. Su pierna se proyectó en un arco corto. Edison se deslizó en el acto y eludió el golpe.

El atacante lanzó un suave grito ronco, saltó en el aire y disparó su pie por segunda vez. Edison estaba demasiado cerca para esquivarlo por completo. Se inclinó y recibió el golpe en el costado, en las costillas, no en el centro del pecho, pero bastó para hacerlo retroceder trastabillando.

Cayó al suelo. En un borrón de extraños saltos y giros, el oscuro fantasma avanzó como para matar.

-No. No le haga daño.

Emma se alzó la falda y echó a correr. No tenía idea de lo que haría para detener al atacante. Sólo sabía que debía hacer algo antes de que asesinara a Edison.

-Quédese donde está, Emma.

La orden de Edison la detuvo en seco; se quedó mirando fijamente cómo él lanzaba su pierna y acertaba a su rival en el costado del muslo.

El oscuro fantasma se tambaleó hacia atrás. Edison se levantó sin dificultad. Su expresión era hosca bajo la luz fría de la luna. Lo rodeaba un aura de peligro que ella todavía no había visto. En ese momento, se dio cuenta de que él era muy capaz de matar; esa idea la sacudió.

Al parecer, el villano también lo percibió y llegó a la conclusión de que la suerte de la batalla se había vuelto en su contra. Se volvió, saltó por encima de un seto recortado y se desvaneció en la noche.

Edison se movió un poco, y Emma temió que tuviese la intención de perseguir al fantasma.

-No, Edison.

Él ya se había detenido y dado la vuelta.

-Tiene razón. Es demasiado tarde. Me temo que él es bastante más joven que yo y seguramente me ganaría una carrera.

-¿Está bien? -preguntó, ansiosa.

-Sí.

Vio que él se pasaba los dedos por el pelo, se acomodaba un poco su nívea corbata y se enderezaba la chaqueta. Cuando hubo terminado, estaba tan elegante como antes de la pelea. Emma pensó que eso de vestir de negro tenía sus ventajas. Era un color muy apropiado para disimular las manchas de hierba.

La tomó del brazo y enfiló hacia el salón con largas zancadas que la obligaron a trotar. Pero Emma no se quejó.

Cuando llegaron a la terraza, él la miró con el entrecejo fruncido.

-Está temblando.

Ella lo miró y vio que, aunque parecía totalmente controlado, el fuego de la batalla aún ardía en sus ojos.

-No sé por qué. Quizá el aire esté algo frío.

15

Edison se contuvo hasta que el cochero cerró la puerta y subió al pescante. Cuando el vehículo dio una leve sacudida y luego echó a andar por la calle, cerró las cortinillas de un tirón, se hundió en un rincón del asiento y miró a Emma.

Ella también lo miraba con expresión de honda preocupación.

-¿Está seguro de que ese horrible villano no le ha hecho daño?

-No me ha hecho daño.

Nada grave, al menos, corrigió para sus adentros. Lo más probable era que al día siguiente tuviese un hematoma en las costillas, pero se lo merecía. Había reaccionado con cierta lentitud. Sin embargo, era preciso tener en cuenta que hacía años que no participaba de una escaramuza vanza. Desde luego, lo último que esperaba esa noche era un encuentro con un estudiante de ese arte marcial.

Aunque nada en este asunto podía ser considerado normal. Y menos que nada su nueva asistente.

Observó a Emma, consciente de una extraña sensación de anhelo que lo recorría. No entendía su actual estado de ánimo.

Tenía muy presente que una pelea violenta agitaba pasiones que luego era necesario controlar por medio de la fuerza de voluntad. Lo que estaba sintiendo, sin embargo, era nuevo para él. No lo comprendía, pero sabía que era peligroso.

La luz dorada de la lámpara del coche ponía chispas en el pelo de Emma y convertía sus ojos en dos gemas verdes. De repente, el deseo de extender los brazos y atraerla hacia él lo recorrió como un fuego en sus venas. Cerró una mano formando un puño y para serenarse se obligó a inhalar una profunda bocanada de aire.

Excepto el revelador estremecimiento que él había visto unos minutos antes en la terraza, Emma parecía tan serena como si no hubiese hecho nada más aventurado que bailar toda la noche. Su compostura lo irritaba, aunque no podía menos que admitir que la admiraba.

-La mayoría de las damas presentes en el baile a esta altura estarían histéricas -murmuró.

-Yo no puedo permitirme la histeria, todavía. Olvidé mis sales.

Su ligereza fue la gota que desbordó la copa. Durante toda la velada se había sentido roído por la posibilidad de que ella tuviese un amante con quien se había encontrado esa tarde. Cuando la encontró en la biblioteca, lo primero que pensó fue que la había sorprendido en otra cita secreta.

Tenía ganas de hacer jirones algo, de poder ser, la delicada seda de la falda verde de Emma. Y, mientras lo hiciera, arrancarle las pequeñas hojas verdes del pelo y ver cómo los vívidos mechones caían sobre sus hombros. Y, cuando la tuviese desnuda, quería hacerle el amor. Quería grabar en ella una huella tan profunda y completa que jamás deseara a otro hombre.

La deseaba pero, por lo que él sabía, quizá tenía un amante. Dentro de él se arremolinó una hirviente locura. La presencia de Emma le hacía imposible recurrir a la red invisible de calma interior que había sido su refugio y su armadura.

Percibió que estaba excitado y duro como una piedra.

-¿Está seguro de que está bien? -preguntó Emma, inquieta.

-Sí.

Cambió de posición intentando ponerse más cómodo. La joven frunció el entrecejo.

-En este momento tiene usted un aspecto muy extraño.

-¿Qué clase de aspecto?

-No sé cómo describirlo. ¿Quién era ese extraño que lo atacó?

-No tengo idea -Edison vaciló-. Lo único que sé con seguridad es que aprendió artes marciales en la misma escuela que yo.

-¿Dónde estaba esa escuela?

-En el templo del jardín de Vanzagara.

-¿Vanzagara? -cuando lo comprendió, sus ojos se dilataron -Entonces, es posible que ese villano que lo atacó esté involucrado en nuestro asunto, señor.

-Sí -Edison hizo un esfuerzo para pensar -Habrá estado vigilando la casa de lady Ames. Yo diría con bastante certeza que, en efecto, hay alguien más detrás de ese libro. Pero él parecía demasiado joven para ser la mente que ha pergeñado un plan tan elaborado.

-¿Cómo sabe que era joven? Si tenía el rostro cubierto por una máscara de tela.

Distraído, Edison se tocó las costillas.

-Estoy casi seguro. Se movía con la velocidad y la agilidad de la juventud. Por fortuna, aún no ha aprendido las tretas que uno va acumulando con la edad.

-Este asunto se vuelve cada vez más complicado.

-Sí-contempló la luz vacilante de la lámpara del coche, tratando de concentrarse -Pero aún no entiendo cómo lady Ames logró dar con un secreto tan bien guardado, aquí, en Inglaterra.

-¿No ha descubierto nada con respecto al pasado de ella?

-Nada, salvo lo que ella dijo a todo el mundo cuando apareció en escena, en el comienzo de la temporada. Afirma ser la viuda de un caballero anciano que murió en Escocia el año pasado.

-Cuántas dudas -susurró Emma -Aun así, yo podría ayudarlo a resolver algunas.

Edison pasó su mirada de la lámpara al rostro de la muchacha.

-Empiece por la más importante. ¿Qué diablos estaba haciendo en la biblioteca de Miranda?

Emma parpadeó.

-¿Cómo me encontró allí, señor?

Él se encogió de hombros.

-Decidí echar un vistazo en la biblioteca mientras usted estaba en el lavabo de las damas.

-Cielos; es un milagro que no nos encontráramos todos.

-¿Todos? -Edison sintió que un nervio temblaba en su mandíbula y que estaba apretando los dientes -¿Había allí alguien con usted, antes de que yo llegara?

-Como dije antes, es una larga historia -se inclinó hacia adelante con aire conspirativo y bajó la voz -Señor, tal vez no lo crea, pero hoy he descubierto algunas cosas de lo más extraordinarias.

A Edison no le gustó la excitación que veía en sus ojos.

Estaba casi seguro de que presagiaba algo malo.

-La escucho.

-Cuando salí de la sala de damas, advertí por casualidad que Swan se comportaba de una manera más bien sospechosa.

-¿Swan? ¿El lacayo de Miranda? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

-No lo sé. Ya le dije que su actitud me pareció extraña; por eso lo seguí cuando bajó la escalera de atrás.

-¿Siguió a Swan? -la cólera de Edison, que ya había estado recalentándose, estalló en llamas. Esto era casi tan malo como saber que se había encontrado con su amante en la librería. *Casi, pero no tanto* -¿Se ha vuelto loca? Podría ser muy peligroso. ¿Y si él hubiese descubierto que lo seguía? ¿Qué le habría explicado?

La boca de Emma se frunció en una expresión de enojo.

-¿Quiere oír mi relato o no?

Él también se inclinó hacia delante, las piernas separadas, las manos sobre las rodillas; procuro contenerse.

-Por favor, le ruego que me cuente el resto de esta absurda historia.

-Lo perdí de vista al llegar al pie de la escalera, pero vi la puerta de la biblioteca. Me pareció muy conveniente, y decidí hacer una inspección rápida aprovechando que estaba allí.

-Maldita sea -exclamó Edison.

-Claro que no me habría molestado de haber sabido que usted tenía la misma intención -unió las cejas en clara expresión de desaprobación -Debo insistir en que, de ahora en

adelante, me mantenga enterada de sus intenciones, señor. Así habrá menos probabilidades de que tropecemos entre nosotros cuando llevemos a cabo nuestras investigaciones.

-Señorita Greyson, permítame recordarle que usted trabaja para mí. Yo decidiré qué es lo que necesita saber y cuándo.

-Creo que cambiará de idea cuando sepa lo que he averiguado esta noche.

La expresión de Emma sólo podía calificarse de complacida consigo misma, a juicio de Edison.

-¿Qué es lo que ha descubierto?

-Que Miranda envió a Swan a registrar su estudio esta noche, aprovechando que usted estaba ausente. Está decidida a descubrir por qué usted se comprometió conmigo. No cree en absoluto que la nuestra sea una relación normal -se apoyó en el respaldo con el triunfo brillando en sus ojos -Ahí tiene, señor. ¿Qué piensa de esta noticia?

-Muy poco. No me sorprende en absoluto saber que Swan ha registrado mi estudio. He estado esperando algo por el estilo.

-¿Esperándolo?

-Sé bien que Miranda tiene mucha curiosidad con respecto a mí. Tenga en cuenta que, mientras estemos prometidos, yo me interpongo en su camino.

-¿Usted sabía que Swan iría a registrar su estudio?

Adoptó un aire abatido.

-Era inevitable que ella enviase a alguien. Y Swan era el candidato más apropiado para esa tarea -Edison la miró atentamente -Pero ¿cómo supo que lo había hecho esta noche?

-Swan y Miranda entraron en la biblioteca mientras yo estaba registrando los cajones del escritorio. No tuve más remedio que ocultarme tras la cortina mientras ellos hablaban.

Edison sintió que se le formaba hielo en el estómago. *Me volverá loco,* pensó.

Con mucho cuidado, con infinito control, levantó las manos de sus muslos y sujetó las muñecas de Emma.

-Escúcheme, Emma, escúcheme bien. Quiero que nunca más vuelva a correr sola por ahí como lo ha hecho esta noche. No volverá a correr semejantes riesgos mientras sea mi empleada. ¿Me ha comprendido?

-No, no lo comprendo -parecía muy ofendida y un tanto descorazonada -¿Por qué está tan enfadado?

-Por los riesgos que ha corrido, pequeña tonta. Podrían haberle hecho daño.

-Muy poco probable. Quizá me humillaran, pero no me harían daño. Fue usted el que corrió un peligro verdadero esta noche. Ese hombre espantoso del jardín intentó hacerle un daño terrible.

-¿Le habría importado si me hubiesen herido?

-Claro que me hubiese importado, señor.

-¿Por qué? -sonrió sin humor -¿Porque soy el patrón más generoso que ha tenido desde que comenzó su carrera y no quisiera perder su puesto antes de haber cobrado su dinero?

-No se trata únicamente del dinero...

-Ah, es cierto. Quizá su honda preocupación por mi salud y mi seguridad surge del hecho de que aún no ha obtenido de mí su preciosa referencia.

-Yo podría hacerle la misma pregunta, señor -sus ojos chispearon -¿Por qué le preocupa tanto que yo no corra riesgos innecesarios mientras sea su empleada? ¿Acaso porque me necesita en buenas condiciones para seguir usándome como cebo para lady Ames? ¿No soy más que un trozo de queso que quiere usar para atrapar a un ratón?

-Si fuera así, ciertamente es usted el queso más caro que he comprado en mi vida. Sólo espero que sea un buen queso.

-Señor, usted es, sin exagerar, el patrón más difícil que he tenido la desdicha de conocer en toda mi carrera.

-Insiste en decirlo. Pero lo importante es que pago muy bien, ¿no es así?

-¿Cómo se atreve a decir que mi interés en su bienestar es sólo mercenario?

Edison habría jurado que oía el fragor que hacía el muro de piedra de su paciencia mientras se derrumbaba. Era un estrépito tan fuerte como el crujir del destino.

-Descubramos hasta qué punto es poco mercenario su interés por mí, Emma.

Hizo un movimiento repentino, adelantándose sobre ella en el rincón del asiento del carruaje. No le costó nada inmovilizarla; inclinó la cabeza.

En cuanto su boca tocó la de ella, supo que la aparente calma de Emma era tan engañosa como la suya. Que ella estaba tan cerca como él del borde de ese precipicio.

Emma hizo un ruido ahogado y, después de un par de segundos de estupefacción, soltó sus manos y rodeó con ellas el cuello de Edison.

Las intensas pasiones que habían estado fluyendo entre los dos durante los últimos minutos explotaron. Edison se asombró de que los almohadones de los asientos no tomaran fuego.

Los labios de Emma se abrieron bajo los suyos. Sus dedos penetraron en el pelo de él.

Era muy probable que tuviese un amante en alguna parte de Londres, pero esa noche lo quería a él, pensó.

Libró una breve batalla con su chaqueta y, por fin, logró deshacerse de ella. Emma le soltó la corbata con varios tirones fuertes.

Edison apoyó con firmeza un pie en el piso del carruaje y aplastó más a Emma contra el asiento. Su sabor era embriagador, exuberante, picante y apremiante. No se parecía al sabor de ninguna otra mujer que él hubiese besado en su vida.

-Edison...

La falda de seda parecía espuma en torno de sus muslos. Forcejeó con el corpiño del escotado vestido hasta sentir la firme plenitud de sus pechos pequeños en sus manos. Sintió un pezón que se erguía en su palma. El dulce y cálido aroma de su cuerpo estaba perfumado de las hierbas de su jabón. Tuvo una súbita imagen de ella bañándose ante el fuego y estuvo a punto de perder el poco control de sí mismo que aún tenía.

Con un gemido, apartó su boca de la de ella y se inclinó para tomar un erguido pezón entre sus dientes. Emma tembló y se arqueó en sus brazos.

Edison tuvo la vaga sensación del balanceo del carruaje, de los sonidos ahogados de la calle y del repiquetear de los cascos de los caballos sobre, los adoquines. Pero todo parecía muy remoto, muy distante. Muy poco importante.

Emma se las ingenio para librar la camisa de los pantalones. Edison sintió que ella luchaba unos instantes con los cierres hasta desistir. En cambio, metió las manos en el interior de la prenda. Él exhaló un pesado suspiro cuando sintió los dedos de ella sobre su piel. Ella se detuvo repentinamente.

-¿Te he hecho daño? -preguntó -¿Aquí es donde ese villano te pateó?

Edison alzó la cabeza para contemplarse en el mar verde de sus ojos.

-No te preocupes; tu contacto cura mis magulladuras. Por favor, no te detengas.

-Pero, si él...

-No pares. Acaríciame -acercó la cabeza a la garganta de ella -Te lo ruego.

-Está bien dijo ella, sin aliento.

Con cautela, al principio, luego con renovadas ansias, apoyó los dedos sobre la piel de él.

-Te siento tan fuerte, tibio, tan sólido...

El tono de deslumbramiento embelesó a Edison.

-Y tú eres muy, muy suave.

Recogió un puñado de la tela de la falda y lo alzó hasta la cintura de Emma. Ella estaba mirándolo por debajo de los párpados entornados cuando el se movió un poco para contemplarla.

La luz de la lámpara daba un tono entre crema y dorado a la piel de sus muslos suavemente torneados. Brillantes gotas de humedad colgaban de los apretados rizos rojos que señalaban la unión de sus piernas, Edison oyó un ruido desgarrado y supo que era su propia respiración.

-Emma, si no quieres esto, dilo ahora.

La mujer sacó las manos de la camisa y tomo entre ellas el rostro de Edison; éste percibo un leve temblor en sus dedos. Durante un momento, lo miró hondamente a los ojos y

luego sonrió.

-Está bien -susurro.

Él no supo cómo interpretar sus extrañas palabras. El deseo que leía en los ojos de ella lo aturdió. Cerró un instante los ojos, convencido a medias de que había caído en alguna fantasía como las que induce el opio. Cuando levantó las pestañas vio que Emma aún estaba mirándolo con un temerario, intenso deseo que se correspondía con el suyo propio.

Una ávida desesperación lo invadió y se rindió a las poderosas fuerzas que había en juego en ese carruaje. Bajó las manos y se desabotono los pantalones para liberar su rígido miembro.

Tomo uno de los muslos de Emma y separo sus piernas. Ella jadeó cuando él la acarició. Estaba húmeda y sumisa bajo su mano.

No podía esperar más. Se acomodó y empujó a fondo, con fuerza en el interior del apretado y húmedo pasaje.

Emma lanzo un breve grito estrangulado de protesta y sus uñas se hundieron en la piel de los hombros del hombre, a través de la camisa.

Edison fue asaltado por una sacudida de reconocimiento.

-*Emma.*

Hasta entonces, nunca le había hecho el amor a una virgen, pero sabía con sobrecogedora certeza que eso era lo que estaba haciendo esa noche. Fuera quien fuese la persona que Emma había ido a ver esa tarde, no era su amante.

Ella lo miró, la pasión ya no nublaba sus ojos.

-Confío en que este tipo de actividad mejore con la practica-. Daba la impresión de estar hablando con los dientes apretados.

-Sí -a Edison le tembló la mano. Había convertido esto en algo demasiado apresurado-. Así sucede.

-Me temo que eres demasiado grande para tener en cuenta estas cosas.

-Oh, Emma.

Con gran esfuerzo de voluntad, se quedo muy quieto para dejar que ella se acostumbrase a sentirlo dentro de sí. Cuando le pareció percibir una leve relajación de los pequeños músculos que lo encerraban tan apretadamente, empezó a moverse.

Pero el cuerpo de ella se cerró otra vez sobre él arrastrándolo más hondo, atrapándolo en su húmedo calor.

Tuvo la vaga sensación de la transpiración entre sus omóplatos y sobre su frente. La camisa de hilo se le pegó a la piel. Sintió a Emma moverse debajo de él, a modo de experimentación.

-No, mi dulce; para...

Era demasiado tarde, estaba perdido. En el ultimo instante recupero cierto grado de control y logro salir de ella justo a tiempo para derramarse en su muslo.

.Las violentas convulsiones de su orgasmo lo sacudieron durante largo tiempo. Cerró los ojos, apretó los dientes, y se dejó arrasar por ese placer agotador. Cuando acabó, se dejó caer sobre un embrollo de seda verde. En el aire flotaba, denso, el perfume de la pasión consumida.

Sintió que el coche se detenía ante la casa de Lady Mayfield.

Vaya con el cuento de hadas, pensó Emma,, sombría.

Todavía se sentía trémula e irreal cuando entró precediendo a Edison en la biblioteca, unos minutos después. Agradeció que Letty aún estuviera ausente y que todo el personal estuviese acostado. No había nadie presente para ver su vestido arrugado y manchado, su pelo salvajemente desordenado, y, sospechaba, una extraña expresión en el rostro.

Estaba segura de que su aspecto era espantoso. No era así como había imaginado estar después de haber hecho el amor con el hombre que había esperado toda su vida.

Claro que, hasta esa noche, ella no sabía que Edison era ese hombre Más aún, nada en esa experiencia había sucedido como ella había soñado. No había habido un cortejo emocionante ni declaraciones de eterno amor.

Ni conversaciones sobre el futuro.

Pero ahí lo tienes, pensó. Cuando una seguía una carrera, no podía esperar que las cosas fueran como en los libros.

Melancólica, vio cómo Edison encendía el fuego. Él ya había recuperado su elegancia.

Era muy injusto el modo en que se había arreglado, con tanta rapidez y con tal descuidada facilidad.. No había vuelto a anudarse la corbata, pero, fuera de eso, tenía un aspecto inmaculado. No conocía a nadie que pudiese haber salido con tanto aplomo de una violenta pelea y de un encuentro apasionado.

Edison se sacudió las manos, se levantó y se volvió hacia ella. En sus ojos había una expresión perturbadora, sombría.

-Tenemos que hablar- dijo.

El tono de su voz, demasiado sereno, la alarmó como nada lo había hecho en ese momento, Y le dio fortaleza para recomponerse, al fin. Le dirigió una sonrisa que, esperaba, pareciera eficiente.

-Sí, por supuesto.

Él dio un paso hacia ella y se detuvo.

-Emma, no sé por dónde empezar.

Cielos, ahora se disculparía. Debía detenerlo. No podría soportar una disculpa.. El miedo de tener que oírlo decir que estaba muy arrepentido del apasionado intermedio que habían tenido la impulsó a dar un paso atrás, con cierta torpeza chocó con el escritorio de Letty. Su pequeño bolso, que todavía colgaba de su muñeca, golpeó contra la caoba.

De pronto, recordó los papeles.

-Sí –dijo-. Por supuesto, tenemos que hablar. Me alegro de que me lo haya mencionado, señor. Se apresuró a abrir el bolso y sacó de adentro el apretado rollo de programas y papeles -Todavía no he tenido ocasión de mostrarle lo que pude salvar de las llamas.

-¿Qué llamas? -Edison miro, ceñudo, los papeles que ella extendía sobre el escritorio-. ¿Quiere decir que alguien intentó quemarlos en la biblioteca de Miranda?

-Era Swan. Él y Miranda tuvieron una terrible discusión cuando descubrió que él no había podido encontrar nada de provecho en su escritorio. Lo despidió en el acto. Fue muy triste.

-¿Qué diablos quiere decir con que fue triste?

-Ni siquiera le pagó su quincena, por no hablar de las referencias -Emma observó el programa que estaba en la parte superior del montón -Lo echó sin aviso previo. Estoy segura de que al pobre le será bastante difícil encontrar otro empleo. Pero ésa no es la parte más desdichada.

Edison avanzó lentamente.

-¿Cuál es la parte más desdichada?

-Me temo que Swan ha cometido el error de enamorarse de su patrona -Emma carraspeó y se concentró con fuerza en el programa -Cuando ella se fue de la biblioteca, él se echó a llorar. Oírlo casi me destrozó el corazón.

-¿Él *lloró?*

-Y luego le dio un terrible ataque de rabia. Tomó una caja llena de papeles que estaba en un cajón cerrado con llave y los arrojó al fuego. Logré salvar unos pocos después que él salió.

Edison se detuvo junto a ella. No la tocó mientras examinaba los programas.

-Interesante.

Emma levantó la vista.

-La furia con que Swan trató de destruir estos papeles me hizo pensar que eran muy importantes para Miranda. Él intentaba vengarse por el modo en que ella lo había herido.

Edison hojeó la pequeña pila.

-Estos programas y estas críticas tienen algo en común: una actriz llamada Fanny Clifton.

-Hay otra cosa. Fíjese bien, señor. Ninguna de las actuaciones a las que se refieren estos programas han sido aquí, en Londres -volvió otra página -Hablan de una compañía

itinerante de teatro que, al parecer, ha actuado sobre todo en el norte.

Edison tomó el papel y leyó en voz alta:

La gloriosa señorita Clifton brindó una nueva interpretación de lady Macbeth. La expresión de terror de sus hermosos ojos azules fue notable incluso para aquellos que estaban en los asientos más alejados. Su cuerpo menudo y lleno de gracia es especialmente apto para el elegante traje que llevaba.

-Hermosos ojos azules -susurró Emma -Cuerpo menudo y lleno de gracia -miró a Edison -¿Ha llegado usted a la misma conclusión que yo?

-¿Que Miranda y Fanny Clifton son la misma persona? -Edison dejó el papel, cruzó los brazos y se sentó en el borde del escritorio -Eso explicaría por qué no he podido encontrar a alguien que la conociera antes de que ella apareciese en Londres, cuando empezó la temporada.

-Pero ella es muy rica. Las actrices no suelen serlo.

Edison arqueó las cejas.

-Algunas han logrado hacer excelentes matrimonios.

-Es cierto -Emma reflexionó un momento. Había habido una o dos actrices muy famosas que habían logrado atrapar a señores acaudalados y casarse con ellos -Con todo, los escándalos que siguieron a esos matrimonios han hecho necesario que las parejas abandonaran la ciudad.

Edison la miró.

-Quizá, Miranda y su misterioso y difunto lord Ames tuvieron que marcharse a Italia.

-¿Por qué mentiría diciendo que venía de Escocia?

-Tal vez, porque no quería que nadie sospechase una conexión con Italia -dijo Edison lentamente.

-Si puede demostrar que Miranda pasó un tiempo en Italia el año pasado, eso le daría un posible vínculo con ese tal Farell Blue que, según usted, descifró las recetas.

-Es cierto -Edison se interrumpió -Sin embargo, es posible que no haya existido ningún lord Ames.

-Es muy posible -Emma alzó las cejas -Después de todo, si yo puedo inventar mis referencias, supongo que otra mujer bien podría inventar un marido. Pero eso no explicaría su riqueza. Debe de tener otro origen.

-Sin duda. Y ese origen podría resultar muy interesante

-Edison se apartó del escritorio -Lo primero que haré mañana será comenzar a indagar en esa dirección. Entre tanto, usted y yo tenemos otros temas que tratar.

Emma se puso rígida.

-Si no le importa, señor, preferiría no continuar esta conversación. Es tarde y estoy muy cansada.

-Emma...

-Ha sido una velada llena de acontecimientos -se apresuró a responder -Me temo que no estoy habituada a los.., bueno, los rigores del mundo social. Estoy deseando ir a la cama.

Edison parecía dispuesto a discutir; Emma contuvo el aliento. Sin embargo, de repente dio la impresión de que Edison había arribado a su propia conclusión.

Inclinó la cabeza con terrible formalidad.

-Como prefiera. Pero no piense que podemos ignorar indefinidamente esta cuestión.

-Cuanto menos lo hablemos, tanto mejor -musitó --Buenas noches, señor.

Edison titubeó, y ella vio un atisbo de irritación en su mirada. Una vez más, temió que la obligase a conversar. En cambio, se volvió y fue hacia la puerta.

-Buenas noches, Emma -se detuvo, con la mano en el tirador. -Como empleador suyo, permítame decirle que esta noche ha ido mucho mas allá de lo que marcan sus deberes.. Quédese tranquila, que será debidamente recompensada por sus esfuerzos de esta noche.

Ella no podía creer lo que oía. Luego, la ira la dominó.

-*Recompensada.* ¿Dijo usted recompensada?

-Me siento impulsado a agregar unas libras a su salario, cuando termine su trabajo a mi servicio -continuó él, pensativo.

-¿Cómo se atreve? -tomó el objeto más cercano, un globo terráqueo pequeño, y se lo lanzó a la cabeza -¿Cómo se atreve a insinuar que yo sería capaz de aceptar dinero por ese... ese estúpido incidente en el carruaje? Es cierto que estoy obligada a trabajar para ganarme la vida, pero *no soy una ramera.*

Él atrapó el globo con un movimiento distraído de su mano.

-Por el amor de Dios, Emma. No quise decir que lo fuera..

No lo escuchó, pues estaba atrapada en una tormenta de furia. Miró alrededor en busca de otro objeto para arrojarle y tomó un jarrón lleno de flores.

-No aceptaré dinero por lo que sucedió entre nosotros. ¿Me ha oído? Preferiría morir de hambre en la casa de caridad antes que aceptar su dinero por eso.

Le arrojó el florero con todas sus fuerzas.

-Maldición, cálmese, Emma -logró atrapar el florero, pero no pudo eludir su contenido. El agua y las flores le cayeron en la cara. Hizo una mueca y sacudió la cabeza al mismo tiempo-. Me refería a recompensada por su investigación en la biblioteca de Miranda. Lo que usted ha descubierto puede ser muy útil.

-Tonterías -puso los brazos en jarras -No le creo.

La cólera asomó al semblante de Edison.

-Le digo la verdad, criatura enloquecida, terca, cerebro de mosquito.

Emma vio que, de súbito, él estaba desconcertado y le gritaba. Nunca lo había visto perder el control de ese modo.

-¿Puede jurarlo? -pregunto, sin ocultar su suspicacia.

-Por los dientes del diablo, mujer -la miró ceñudo, con el pelo mojado pegado a la frente, los ojos relampagueando de ira -Si estuviese buscando una querida, habría elegido a una mujer de carácter más complaciente y con más experiencia en las artes del amor que usted.

Emma se quedó boquiabierta.

-¿Ahora me insulta por no tener experiencia en ese tipo de cosas?

-Estoy tratando de dejar bien en claro que no considero una cuestión comercial lo que sucedió en el coche -con gesto de disgusto, quitó unos pétalos de la manga de su chaqueta -La recompensa de la que hablaba es por lo que descubrió acerca de lady Ames, o Fanny Clifton, como prefiera.

-Edison...

La miró, ceñudo, mientras abría la puerta.

-Y ya que hablamos de eso, déjeme informarle que si vuelve a correr esa clase de riesgos jamás le escribiré su maldita referencia.

-Edison, espere -se alzo la falda y corrió hacia la puerta -Quizá mis acusaciones fueran un poco precipitadas.

Él no se dignó a responder. La puerta de la biblioteca se cerró con firmeza en la cara de Emma en el preciso momento que llegaba.

16

Edison se armó de valor como lo hacía en las raras ocasiones en que se veía obligado a visitar a su abuela. Hasta el mismo acto de entrar en la mansión en que ella vivía le resultaba temible, aunque no hallara la razón de su reacción ante esa casa. Por lógica, debía satisfacer su gusto en la materia. Era una estructura grandiosa, de estilo clásicos, y cuartos bien proporcionados. Pero siempre se le antojaba deprimente y fría. Hacía mucho, la había bautizado para sus adentros como la fortaleza Exbridge.

Atravesó la sala de recepción en dirección al sofá donde estaba sentada lady Victoria Exbridge, como una reina solitaria. Eran las ocasiones como ésa las que hacían que Edison apreciara la utilidad de los buenos modales. Ambos eran como perro y gato en las terribles aunque civilizadas escaramuzas en que se enzarzaban.

-Edison -Victoria lo contempló con el aire austero e imperioso que formaba en ella una segunda naturaleza -, ya era tiempo que vinieras.

-Creo que en su nota me pedía que llegase a las tres, lady Exbridge -jamás la llamaba abuela, pues hacerlo habría significado ceder una minúscula fracción del terreno que había jurado defender. Ella nunca lo había querido como nieto, ni aun después que él hubo salvado la fortuna de los Exbridge en beneficio de ella. Que lo condenasen si admitía que deseaba tenerla por abuela -Son las tres, precisamente.

Estudió a su oponente al tiempo que inclinaba la cabeza con toda formalidad sobre la mano de ella; llegó a la conclusión de que, como de costumbre, ese día Victoria estaba en forma para la pelea, hasta quizás un poco más ansiosa que lo habitual.

La edad había puesto líneas y arrugas en lo que en otra época había sido un rostro asombrosamente bello, pero nada suavizaba el brillo rapaz de esos ojos castaño dorados. Esos ojos, Edison lo sabía, eran como los suyos.

Victoria se cubría con la capa de la elegancia y el estilo con tanta facilidad como si hubiese nacido con ella. Sin duda su costoso vestido mañanero de seda gris, de cintura alta, con su rígida gorguera y sus mangas abullonadas había salido del taller de alguna modista francesa. Armonizaba a la perfección con su pelo plateado.

Edison sabía que en otros tiempos el natural sentido de la elegancia de su abuela, junto con su posición en la vida y su riqueza, en su condición de esposa de un acaudalado vizconde, habían hecho de ella una anfitriona brillante. Sus *soirées* y bailes, sus elegantes salones habían sido la comidilla de la sociedad. Aun después de enviudar, cuando su hijo, Wesley, tenía catorce años, su presencia había seguido siendo prominente en los círculos sociales.

Pero todo eso había cambiado unos años después, tras la muerte de Wesley y a causa del impacto que le había producido saber que su hijo había perdido la fortuna familiar en el juego. Se había retirado de toda actividad social. Salía pocas veces, y prefería la soledad de su invernáculo y ocasionales visitas a un puñado de antiguos amigos.

Ni siquiera la recuperación de la fortuna familiar la había sacado de su auto impuesta reclusión. *¿Qué esperaba yo?* - se preguntaba Edison, *¿que me agradeciera por protegerla de la vergüenza* y *la ignominia de la ruina?* Como si semejante gesto por parte de su nieto bastardo pudiese compensarla por la pérdida de su hijo legítimo y heredero.

-Tendrías que haberme visitado para informarme de la novedad de tu compromiso no bien regresaste a la ciudad -dijo Victoria a modo de apertura -Has permitido que fuera Arabella Stryder quien me diera la información. Fue muy incómodo para mí.

Edison sabía que Arabella era una de las pocas amigas que Victoria seguía viendo con regularidad.

-Creo que aunque un volcán entrase en erupción en su propia sala usted no se sentiría incómoda, señora -sonrió sin humor -Ciertamente ninguna noticia relacionada conmigo lo conseguiría..

-Se podría pensar que, después de haber soportado tu desdén por los refinamientos sociales, ya debería haberme acostumbrado. De todos modos, esta vez has ido demasiado lejos.

-Es una extraña queja proviniendo de usted, señora. Según recuerdo, el mes pasado me

regañó por no haber encontrado una esposa apropiada.

Los ojos de Victoria se cerraron de golpe, con enfado.

-*Apropiada;* ésa es la palabra. De acuerdo con lo que sé, tu prometida difícilmente pueda considerarse apropiada, desde ningún punto de vista.

-Usted no está en condiciones de opinar al respecto porque aún no la ha conocido.

-He oído más que suficiente para llegar a la conclusión de que has hecho una elección desastrosa.

-¿Por qué lo dice? -preguntó Edison sin alterarse.

-Según Arabella, cuando conociste a tu señorita Greyson era dama de compañía de lady Mayfield. ¿Es cierto eso?

-Sí.

-Increíble. ¿Una acompañante profesional? En tu posición, podrías encontrar con facilidad una heredera en el mercado matrimonial.

-No creo que pueda ser tan selectivo, señora -Edison esbozó una pálida sonrisa -No tenemos que olvidar que yo mismo no soy una presa codiciada. No debe olvidar, tampoco, que he nacido fuera del lecho conyugal. Por otra parte, la ascendencia de la señorita Greyson es bastante respetable.

La expresión de Victoria relampagueó de cólera pero no mordió el anzuelo.

-También me han dicho que el motivo para que te comprometieras con la señorita Greyson, y nada menos que en mitad de la noche, fue porque ella corría peligro de ser acusada de haber asesinado al Señor Crane.

-Ese factor influyó en la oportunidad de mi decisión -admitió Edison.

-Todos los presentes en el castillo Ware creen que, en realidad, ella mató a Crane. La mayor parte de la gente de la sociedad piensa que te has comprometido con una asesina, nada menos.

-A mí me da lo mismo una cosa o la otra -Edison se encogió de hombros -Crane merecía que lo mataran.

Victoria lo miró asombrada

-Cómo te atreves a hablar con tanta indiferencia Estamos hablando del horrible asesinato de un hombre inocente.

-Nadie llamaría inocente a Chilton Crane.

-¿Has olvidado, acaso, que el señor Crane era un caballero altamente respetado en sociedad? Pertenecía a los mejores clubes. Se movía en los círculos más altos. Estaba emparentado con el marqués de Riverton por parte de su madre.

-Crane era un libertino completamente corrupto; en su lascivia perseguía a las jóvenes que no tenían quien las protegiera. Se especializaba en violar a camareras, gobernantas y damas de compañía. Además, era un jugador empedernido -Edison hizo una pausa-. Más aun, es probable que tuviese mucho en común con mi padre.

-¿Cómo te atreves a decir semejante cosa? -la voz de Victoria vibró de furia y esta vez picó el anzuelo -Te he dicho a menudo que Wesley no forzó a tu madre. Ella era una joven tonta que se involucró con un hombre comprometido, muy por encima de su condición, y pagó el precio por ello.

-Tonta -coincidió Edison, Cortés -Tan tonta como para creer a mi padre cuando él le aseguró que la amaba. Tan tonta como para creerle cuando le dijo que era libre para casarse con ella. Tan tonta como para pensar que se había entregado a un hombre de honor.

-Nunca olvides que ella vendió su propio honor en el proceso.

Edison apretó los dedos en la repisa de la chimenea y forzó una sonrisa cortés.

-Por supuesto, es un placer para mí comentar la historia familiar con usted, señora. Pero debo advertirle que no puedo quedarme mucho tiempo pues tengo otro compromiso a las cuatro. Si hay algo más que desee hablar esta tarde, tal vez debamos hacerlo ya.

La boca de Victoria era una línea recta. Edison la observó hacer una inspiración, conteniendo su furia, tal como él lo había hecho un momento antes. Se preguntó si se refugiaría en su jardín de invierno después de que él se marchara. Era lo que él hacía cuando necesitaba calmar las emociones sombrías y peligrosas que suscitaban tales conversaciones.

Vio que ella levantaba su taza de té y que la delicada porcelana temblaba un poco en su mano.

Edison debería haber extraído cierta satisfacción de saber que era capaz de hacerle perder el control. Pero, como de costumbre, saber que podía hacerlo no mejoraba su ánimo. Una vez más se preguntó qué era lo que pretendía de esa formidable mujer. ¿Por qué seguía adelante con esa áspera y desagradable forma de relación? ¿Por qué no ignoraba, sencillamente, su existencia? Después de todo, ella no pretendía ninguna atención de su parte.

-Sabes bien que te he pedido que vinieras hoy para poder oír de tu propia boca la verdad de tu presunto compromiso -dijo Victoria con tono helado.

-De presunto, nada. En verdad, estoy prometido.

-Me niego a creer que de verdad piensas casarte con esa... esa asesina.

-Tenga cuidado con el modo en que lanza esa palabra *asesina* -advirtió con mucha suavidad -Si es necesario, estoy dispuesto a testificar en la corte que la señorita Greyson estaba conmigo a la hora del asesinato de Crane.

-Crane fue asesinado en mitad de la noche. Arabella ha dicho que, cuando tú y la señorita Greyson aparecieron en la escena del crimen junto a los demás, ella llevaba camisón, cofia y bata. Daba la impresión de haberse levantado de la cama en ese mismo momento..

-¿Entonces? -preguntó Edison arqueando las cejas.

-Entonces, si no es asesina, si realmente estaba contigo en el momento en que Crane murió, es evidente que estaba en tu cama. Eso significa que no es mejor que cualquier otra casquivana. No tienes ninguna obligación de protegerla.

-Ni usted, ni ninguna otra persona -dijo Edison entre dientes -, está autorizada a llamar casquivana a mi prometida.

Victoria se quedó mirándolo..

-Puede no haber sido más que una aventura para ti.

-Es mi futura esposa -Edison sacó su reloj y abrió la tapa -Lamento decir que se me hace tarde -volvió a guardar el reloj en su bolsillo -Por mucho que odie cortar esta encantadora conversación, me temo que debo darle los buenos días, señora.

-Si de verdad estás pensando en casarte con la señorita Greyson -dijo Victoria -, debe de haber alguna ganancia para ti.

-¿Ganancia?

-Tu éxito en el ámbito comercial es legendario. No darías un paso tan significativo si no esperaras obtener grandes compensaciones pecuniarias. ¿Has descubierto que la señorita Greyson está por recibir una fortuna?

-Hasta donde yo sé, la señorita Greyson es pobre como un ratón de iglesia. Al parecer, ha perdido lo poco que poseía en una funesta inversión -Edison se detuvo un instante junto a la puerta e inclinó la cabeza en un mínimo gesto cortés de despedida -Pero siempre es esclarecedor saber exactamente lo que piensa de mí, lady Exbridge. Evidentemente, a medida que pasan los años, a sus ojos continúo fracasando en el intento de seguir el ilustre ejemplo de mi noble padre.

Poco después, Edison se hundió en una de las mullidas butacas que flanqueaban el hogar, en su club. Absorbió el reconfortante rumor de voces, el crujir de periódicos y el suave tintineo de las tazas de café. Esos pequeños ruidos brindarían intimidad a la conversación que estaba por tener.

Levantó la taza de café que acababan de dejar sobre la mesa junto a él.

Ignatius Lorring ya estaba sentado en la butaca de enfrente. Edison se alegró de comprobar que su viejo amigo todavía estaba en condiciones de hacer una visita al club.

Ignatius estaba más pálido que nunca; Edison notó que su silla estaba más cerca del fuego que en otras ocasiones.

De cualquier modo, cuando Ignatius dejó su ejemplar de *The Times* y sonrió a Edison, mostró una chispa del viejo y conocido brillo de sus ojos.

-Edison, tienes el aspecto de necesitar más una copa de coñac que una taza de café.

-Por Dios, tienes razón -Edison bebió un sorbo de su café -Vengo de hacer una visita a

mi abuela.

-Bueno, ahora se entiende. Sospecho que quería oír detalles de tu reciente compromiso. Es perfectamente natural.

-En lady Exbridge no hay nada de natural -Edison dejó su taza -Pero eso no tiene nada de nuevo, de modo que bien podríamos ocuparnos del motivo por el que te he citado aquí esta tarde.

Ignatius unió sus manos etéreas.

-Si esperas que te dé información relacionada con lady Ames, temo desilusionarte. No he tenido más suerte que tú. Da la impresión de que esa mujer hubiese saltado a la existencia como Atenas de la cabeza de Zeus, completamente armada y vestida para la temporada.

-Sus finanzas también son un misterio -admitió Edison -No he podido descubrir el origen de sus ingresos. De todos modos, mi asistente ha dado por casualidad con cierta información que nos permitirá indagar un poco más en el pasado de ella.

-Estoy impaciente por oírla.

Edison se arrellanó en su butaca, estiró las piernas y fijó la vista en el fuego.

-Tenemos motivos para creer que en otro tiempo lady Ames puede haber frecuentado las tablas, bajo el nombre de Fanny Clifton.

-¿Ha sido actriz? Eso explicaría muchas cosas -Ignatius se quedó pensando unos instantes y movió la cabeza -Sin embargo, yo he asistido al teatro londinense con asiduidad durante años. Más aún, es una de mis pasiones, como tú bien sabes.

Edison sonrió.

-Estoy bien enterado de tu amor por el teatro.

-Ah, sí. De haber nacido en otras circunstancias, creo que habría dedicado mi vida a las tablas. -Ignatius suspiró -Pero en ese caso, jamás habría descubierto Vanzagara y la filosofía de vanza, que me ha dado tantos deleites y satisfacciones. De cualquier manera, puedo asegurarte que jamás he oído hablar de esta Fanny Clifton.

-Seguramente porque ella jamás fuera algo más que integrante de una pequeña compañía itinerante que actuaba sobre todo en el norte. Y lo más probable es que su carrera fuera muy breve.

-Entiendo -Ignatius balanceó la cabeza como un petirrojo -Eso explicaría por qué su nombre no me resulta familiar. Muy interesante. Por cierto, esto dará una nueva dirección a nuestra búsqueda.

-Si logramos hallar una relación entre ella e Italia y Farell Blue, cuanto menos tendremos una idea de cómo pudo haberse apoderado de la receta. Entretanto, ha surgido otra cosa.

Ignatius ladeó la cabeza.

-¿En serio?

-Antes de contártelo, debo hacerte una pregunta.

-Sí, dime, ¿de qué se trata?

Edison lo miró.

-Anoche tuve un encuentro con un practicante del arte de vanza. Era bastante bueno. Y creo que bastante joven.

Las cejas de Ignatius se alzaron abruptamente.

-¿Quieres decir que fuiste atacado? ¿Por un discípulo de vanza?

-Sí.

¿Aquí mismo, en Londres? -Ignatius parecía estupefacto -Pero eso es sorprendente. Muy sorprendente. *Y* debería decir que bastante imposible. Yo soy el único Gran Maestro en Londres, en este momento. Como bien sabes, he dejado de aceptar nuevos estudiantes hace ya unos años.

-Dada tu reacción, ¿debo deducir que no estaba a tu servicio?

Ignatius resopló.

-Por cierto que no. ¿Qué diablos te llevó a creer eso?

Edison esbozó una leve sonrisa.

-El hecho es que, como bien señalaste, eres el único Gran Maestro de vanza en

Londres. Mi única intención era eliminar todas las posibilidades obvias. Se me ocurrió que tal vez pusieras a alguien que vigilara la casa de lady Ames y que él quizás ignorara que yo también estaba involucrado contigo en la cuestión.

-De haber hecho eso, te habría informado.

-Entonces -dijo Edison con calma -, debemos deducir que ese joven alumno de vanza está trabajando para algún otro que busca o bien la receta o bien el *Libro de los Secretos,* o ambas cosas.

-¿No lo interrogaste?

-Nuestro encuentro fue breve, por no decir más.

-¿Qué quieres decir?

-Cuando comprobó que yo también había estudiado esas artes, él abandonó la contienda.

-Ahá -Ignatius parpadeó mientras pensaba -¿Comprendes qué significa eso?

-¿Que haya otra persona buscando el libro? Sí. Sé lo que significa.

Ignatius se removió, como si la silla le resultara incómoda; lanzó a Edison una mirada inquieta.

-Debemos suponer que, quienquiera que sea, no busca la receta ni el libro por motivos altruistas. Si hubiese enviado a un alumno a la ciudad con propósitos honestos, se habría puesto de inmediato en contacto conmigo. Me habría informado que deseaba participar en la búsqueda del volumen.

-Sí.

-Que no lo haya hecho solo puede significar una cosa -dijo Ignatius en voz baja -Sea quien sea, ya no honra la tradición de vanza. Si existe y si desea ocultar su identidad, no será fácil de encontrar.

Edison Sonrió con amargura.

-Coincido en que no será sencillo encontrar a un practicante espurio de ese arte que desee permanecer oculto. Sin embargo, su joven discípulo es una cuestión muy diferente.

-¿A qué te refieres?

Edison depositó su taza vacía y se levantó.

-No debe de haber muchos jóvenes y ansiosos luchadores vanza vagando por Londres. No será difícil encontrarlo. Cuando lo haya hecho, tal vez sea posible descubrir la identidad de quien lo envió en busca del libro, quienquiera que sea.

-Bah, no pierdas tiempo, Edison. No podemos permitir que nos desvíen de nuestro objetivo principal. Ahora, lo importante es encontrar el libro antes de que lo haga este sinvergüenza -Ignatius unió las puntas de los dedos -Si fracasamos, habré fracasado en mi último acto de auténtico vanza.

17

-Dígame, señorita Greyson, ¿ha conocido ya al Dragón Exbridge?

Basil Ware sonrió, mientras ocupaba la delicada silla de terciopelo azul, cerca de Emma.

Tuvo que inclinarse hacia ella para hacerse oír por encima del estrépito de risas y conversaciones. En ese momento, el palco del teatro estaba repleto. Letty era la anfitriona. Durante el entreacto, habían aparecido varios decrépitos admiradores a presentarle sus respetos. Cada uno de ellos había llegado con una copa de champán para Letty. Estaban agrupados alrededor de su generoso busto que, esta noche, estaba enmarcado en satén escarlata.

El de Emma, más discreto, se insinuaba en un vestido verde de escote bajo adornado con gran cantidad de cintas doradas, varias de las cuales estaban colocadas de manera estratégica, como para disimular sus pezones. Cuando ella había sugerido la posibilidad de cubrir el escote con un poco de encaje, tanto Letty como la modista le habían asegurado que ese estilo era la última moda.

Emma había hecho a un lado sus escrúpulos. Después de todo, ¿qué sabía ella de esas cosas? Era una dama de compañía, no una mujer de mundo.

La aparición de Basil Ware en el palco unos minutos antes la había sorprendido. Cuando él llegó, ella estaba ocupada observando la escena que ocurría en el palco de Miranda, justo enfrente.

-¿Dragón? ¿Qué dragón?

Emma miro con sus gemelos de teatro y frunció el entrecejo al ver a Edison inclinado con excesiva galantería sobre la mano enguantada de Miranda.

Poco antes, cuando lo habían hablado, la idea le había parecido inteligente. En los entreactos, Edison visitaría a Miranda en su palco y conversaría con ella intentando sonsacarla sobre el tema de su pasado.

Todo transcurría de acuerdo con el plan, pero Emma había descubierto que no le agradaba el modo en que Edison se inclinaba sobre Miranda. No tenía necesidad de sentarse tan cerca como para que lady Ames pudiera rozarle el muslo con sus dedos. Daba la impresión de ser un gesto descuidado, pero para Emma no había habido nada de accidental en la leve caricia. Miranda estaba tejiendo otra de sus redes.

-Me refería a Victoria, lady Exbridge -Basil parecía divertido-La abuela de su prometido. Está aquí, esta noche; es de presumir que usted sea el motivo.

Sobresaltada, Emma bajó sus anteojos y se volvió hacia Basil.

-¿Qué quiere decir? ¿Dónde está ella?

-Está sentada en el tercer nivel de palcos, al otro lado -Basil inclinó la cabeza para indicarle la dirección -El cuarto contando desde la izquierda. No puede confundirla. Es la dama vestida de color lavanda claro, que tiene sus gemelos puestos en usted.

-Al parecer, medio teatro tiene sus gemelos puestos en mí -musitó Emma.

Y la otra mitad estaba observando a Edison y Miranda, pensó.

Aun así, miró el tercer nivel de palcos y contó el cuarto desde la izquierda. Vio a la mujer menuda, pero de aspecto imponente, enfundada en un costoso vestido de color lavanda y guantes del mismo color. En efecto, lady Exbridge tenía sus gemelos de teatro enfocados en Emma.

-Se dice -murmuró Basil -que ella y Stokes se desprecian. Por desgracia, después de que murió su hijo, a lady Exbridge no le quedó otro pariente que su nieto bastardo.

-Y él sólo la tiene a ella -murmuró Emma para sí.

-Han vivido en estado de guerra desde que su prometido intervino para salvar las propiedades de su familia de la bancarrota.

-Estoy enterada de que hay cierta tensión en las relaciones familiares -repuso con cautela.

-Eso es decirlo con suavidad -Basil alzó una ceja -El padre de Stokes no estaba muy interesado en cuestiones económicas ni en sus propiedades. De hecho, Wesley fue capaz de

quemar en el juego toda su herencia. Y luego, fue y se rompió el cuello en un accidente con un caballo.

-Sí, por supuesto; conozco la historia -dijo Emma con rigidez -En mi opinión, la actitud de mi... bueno, mi novio cuando rescató la fortuna familiar tras la muerte de su padre muestra su gran nobleza.

Basil rió entre dientes.

-No se puede decir que aquello haya sido un acto de virtuosa generosidad o de solidaridad familiar. Según piensa todo el mundo, lo hizo para humillar a lady Exbridge.

-¿Para humillarla? ¿Cómo es posible que un gesto de esa naturaleza pueda humillar a alguien?

-Me han dicho que él esperaba poder obligarla a hacerlo reconocer en los círculos elegantes. Claro que era lo último que ella desearía hacer, teniendo en cuenta que él es una vergüenza para ella. Prefirió retirarse del mundillo social en lugar de ponerse en una situación que la obligase a fingir que estaba complacida con el vínculo de parentesco entre ellos.

-Qué terrible.

-Dicen que Stokes es la viva imagen de su padre. Sin duda, cada vez que Victoria ve a su nieto, ve a Wesley, e imagina lo que pudo haber sido su hijo de haber tenido un carácter diferente. Seguramente, eso la amarga hasta lo indecible.

-Qué triste para ambos.

Basil rió.

-Vamos, mi querida señorita Greyson, es usted demasiado blanda de corazón. No entiende cómo funcionan estas cosas en sociedad. Le aseguro que ni Stokes ni lady Exbridge pierden tiempo en tristezas. Están demasiado ocupados disfrutando del combate.

Emma vio que lady Exbridge bajaba sus anteojos y se volvía para hablar con una robusta matrona sentada junto a ella. No pudo distinguir la expresión de la dama, pero había algo en el modo rígido, crispado en que se movía que le decía que Basil se equivocaba. A lady Exbridge no la complacía pelear con su nieto. No hacía falta mucha intuición para notar que era muy desdichada y, probablemente, una persona muy solitaria.

-Me pregunto si... -de repente, Basil se puso pensativo.

-¿Sí? -Emma lo miró -¿Decía...?

-Nada; de verdad. Olvídelo.

-Difícilmente pueda olvidarlo desde el momento en que actúa usted de una forma tan misteriosa. ¿Qué quería decir?

-Claro que no es asunto mío pero, bueno... -Basil suspiró -Tal vez sea justo que se lo advierta.

-¿Advertirme qué?

Basil bajó la voz y se inclinó hacia ella con aire de sinceridad.

-Por favor, no tome esto como otra cosa que la lógica preocupación de un amigo. Pero, de pronto, he visto que usted podría convertirse en un peón en la guerra entre Stokes y Exbridge.

-En el nombre de Dios, ¿qué quiere decir con eso? -Los ojos de Basil se entornaron un poco.

-Habrá oído usted que la madre de Stokes fue una gobernanta que se arruinó en su aventura con Wesley.

-Sí, lo sé. ¿Y eso que tiene que ver?

-Aunque a ella no le agrade, Edison Stokes es el único pariente de sangre que tiene. El vástago de su único hijo. Él es su única esperanza de que no desaparezca el apellido de su familia. Stokes ha logrado respetabilidad haciendo fortuna por sus propios medios. Su hijo, el futuro biznieto de ella, será aceptado en sociedad. Y ella sabe eso mejor que nadie.

-¿Adónde quiere llegar, señor?

-Acaba de ocurrírseme que nada en la faz de la tierra enfadaría tanto a lady Exbridge como ver que Stokes elige una esposa completamente inapropiada. Una mujer que, de hecho, ha ocupado en la vida una posición no muy diferente de la que tenía la madre de él. Tengamos en cuenta que esa mujer será la madre de su biznieto.

La impresión que le causaron esas insinuaciones dejaron a Emma sin respiración. Pero se recobró muy rápido. Después de todo, ella sabía cuál era el verdadero motivo que había impulsado a Edison a anunciar su compromiso con ella. No tenía nada que ver con el propósito de irritar a su abuela.

-Se equivoca, señor Ware.

-Es muy probable -convino él -Por favor, perdóneme. Sólo quería prevenirla de que podrían usarla con algún propósito poco claro.

-Nadie me usa, señor.

Por lo menos, no del modo que usted imagina, pensó Emma.

-Por supuesto que no -Basil echó una mirada general por el teatro y cambió de tema -Veo que Miranda está otra vez con sus tretas. En verdad, es una pequeña bruja muy decidida, ¿no es cierto? Con su belleza, es poco probable que esté acostumbrada a fracasar.

Emma concentró su atención en el palco de Miranda en el preciso momento en que Edison miraba en su dirección. Creyó verle fruncir el entrecejo al ver que Basil estaba sentado junto a ella, pero, a tanta distancia, era difícil estar segura. Vio que él se volvía para responder algo a Miranda.

Emma procuró recordar que él estaba investigando el pasado de ella; se le ocurrió que ella también podía practicar el arte de conseguir información..

-Tiene mucha razón, señor Ware. Lady Ames es encantadora -Emma tenía la esperanza de parecer indiferente -¿Hace mucho que la conoce?

-En realidad, no -Basil alzó un hombro -Fuimos presentados en el besamanos de Connerville, poco después del comienzo de la temporada. Me pareció bastante divertida; por eso la invité a la fiesta en mi casa de campo.

-¿Conoció usted a su esposo?

-Jamás conocí a ese hombre -Basil sonrió, perspicaz -Pero puedo imaginar la causa de su deceso.

-¿Cómo dice?

-Lady Ames es un poco agotadora, incluso para un hombre en la flor de la edad. Tengo entendido que su esposo era bastante mayor. Lo más probable es que no tuviera la menor posibilidad. Me animo a decir que ha expirado por un esfuerzo excesivo.

Emma sintió que el rubor subía en sus mejillas.

-Entiendo.

Vaya con mi talento detectivesco. Se aclaró la voz y volvió su mirada al panorama del teatro.

Al instante vio que Edison ya no estaba en el palco de Miranda y que otro hombre había ocupado su lugar.

-Bueno, será mejor que me vaya -Basil se puso bruscamente de pie e hizo una profunda reverencia sobre la mano de Emma -Al parecer, su prometido está volviendo deprisa a este palco. Quizá se haya ofendido al verme conversando con usted.

Por el brillo de satisfacción de sus ojos, Emma supo que Basil había logrado su propósito. Se había divertido a costa de ella. Para él, sólo había sido un episodio más del popular pasatiempo de flirtear con la mujer de otro hombre. Seguramente, la presencia de lady Exbridge le daba un sabor más picante al juego.

-Quédese, señor Ware -Emma le dedicó una sonrisa dura -Estoy segura de que Edison querrá hablar con usted.

-No tengo ningún interés en verme obligado a hacer una cita al amanecer -el buen humor desapareció de sus ojos, reemplazado por algo que podría calificarse de auténtica preocupación -Confío en que no olvidará lo que le he dicho en el castillo Ware, señorita Greyson. Si alguna vez llegara a verse en circunstancias, bueno, infortunadas, debe ponerse de inmediato en contacto conmigo.

-En verdad, señor Ware, no me imagino tales circunstancias.

-Le doy mi promesa de que yo me ocuparé de que no quede desamparada y sin amigos cuando Stokes haya terminado con sus juegos.

Antes de que Emma pudiese responderle, él se había marchado.

Unos minutos después, la pesada cortina de terciopelo en el fondo del palco volvió a moverse. Entró Edison, hizo un brusco saludo con la cabeza a los caballeros reunidos en torno de Letty y se sentó junto a Emma. No parecía complacido.

-¿Qué demonios estaba haciendo Ware aquí? -preguntó, sin preámbulos.

Emma compuso una expresión de sorpresa.

-Sólo vino a presentar sus respetos.

-No lo creo en absoluto. Está decidido a seducirla. No estará satisfecho hasta que haya logrado su propósito.

-Qué extraño -murmuró Emma -El señor Ware me ha hecho una advertencia parecida con respecto a usted y Miranda. Está convencido de que lady Ames ha echado sus redes y que no descansará hasta haberlo conquistado a usted. Quizás ha sacado la conclusión de que ella lo ha convencido a usted de estar en su palco esta noche.

Edison le lanzó una mirada torcida.

-Usted sabe muy bien qué estaba haciendo yo en el palco de Miranda.

-Así es, señor -le dedicó una sonrisa radiante -¿Ha tenido éxito?

-No -repuso, en tono de disgusto -Estoy convencido de que esa mujer es actriz. Tiene una habilidad para dar rodeos cuando se le hacen preguntas...

-Emma, querida -canturreó Letty desde el otro lado del palco -Permíteme una palabra, por favor.

Emma miró hacia donde estaba Letty, en medio de su racimo de canosos admiradores.

-¿Sí, señora?

-Bickle, aquí presente... -Letty echó una mirada cariñosa al fornido Bickle -, me ha invitado a acompañarlo en su coche después de la función. Me llevará a la *soirée* de Turley. ¿Te molestaría mucho si yo te abandonase al cuidado de tu adorable prometido? -Guiñó un ojo a Edison-Estoy segura de que te cuidará muy bien.

Emma se puso tensa. Un estremecimiento que era mitad temor, mitad expectativa, le recorrió los nervios. No había estado a solas con Edison desde hacía dos noches, cuando él había salido de la biblioteca cerrándole la puerta en la cara. No estaba muy segura de si tenía deseos o no de quedarse a solas con él.

Una parte de ella temía que él quisiera aludir a lo que ella había calificado como el incidente en el coche. Otra parte estaba aterrorizada de que *no* quisiera hablar de ello.

Estaba atrapada.

-Claro que no me molesta. Que lo pases bien, Letty.

-Oh, estoy segura que sí. -Letty miró a Bickle con expresión radiante, y él se puso de un extraño color rojo. -Su señoría es un compañero muy entretenido.

Emma no pudo menos que notar que su señoría estaba excitado. Sus anticuados pantalones dejaban poco librado a la imaginación.

Emma apartó la vista, pero no lo bastante aprisa. Edison captó su mirada y le dirigió otra, blandamente divertida. Pero ella se esforzó por ignorarlo hasta que se alzó el telón sobre el último acto de *Otelo.*

Cuando terminó la función, Emma esperó en el atestado vestíbulo del teatro mientras Edison iba a pedir su coche. Cuando volvió a buscarla, ella se dejó conducir afuera y ayudar a subir al carruaje. Percibió tensión en él; la transmitía con su mano cuando le tomó el brazo.

Que el Cielo la amparase; estaba decidido a hablar del incidente.

Edison subió con agilidad tras ella y se sentó en el asiento de enfrente.

-Tengo que hablar con usted.

Emma juntó valor. Pensó que estaba preparada. Su carrera como dama de compañía la había convertido en mujer de mundo. Podía moverse en una situación así. Decidió seguir adelante como si no hubiese sucedido nada significativo. Le pareció la actitud más sabia; más aún, la única sensata.

-Estoy bastante cansada, señor -dijo ella -Si no le importa, me gustaría volver a mi casa.

-Es una excelente idea -se respaldó, dando claras muestras de alivio -Estaba por

sugerirlo, pero temí que usted se opusiera.

Un súbito enfado corrió por las venas de la muchacha al ver el brillo de satisfacción en los ojos de él.

-Si piensa que estoy haciéndole una proposición... de tipo indecente, ya puede desengañarse. No tengo la menor intención de repetir el incidente de la otra noche en este carruaje.

Ah, qué bien, Emma. Ya has mencionado la cuestión del incidente.

Edison sonrió sin humor.

-Aunque tuviese la fortuna de recibir una invitación tan deliciosa de su parte, querida mía, esta noche me vería obligado a rechazarla.

-¿Qué dice?

-Acaba de ocurrir algo muy interesante.

Emma comprendió de inmediato que se refería a algo que no tenía relación alguna con el incidente.

-¿A qué se refiere?

-Hace unos minutos, cuando salí a buscar el coche, un pilluelo de la calle estaba esperándome. Tenía un mensaje.

-¿Qué clase de mensaje?

-Lo enviaba un antiguo socio mío, un contrabandista apodado Harry Una Oreja. Merodea por los muelles. En alguna ocasión durante la guerra, le he comprado información.

Emma estaba horrorizada.

-Por Dios. ¿Qué clase de información podría venderle un contrabandista?

Edison se encogió de hombros.

-Novedades acerca de las idas y venidas de los barcos en aguas controladas por Francia. Detalles del terreno cercano a la costa. Localización de fuertes militares. Lo de siempre.

Emma entornó los ojos.

-¿Y por qué motivo desea usted tal información, señor?

-Soy hombre de variados intereses comerciales -repuso -Y no podía dejar que mis negocios se interrumpieran sólo porque Napoleón quería conquistar el mundo.

-Desde luego que no podía -murmuró. Seguramente, sería mejor no continuar preguntando en esa dirección. No tenía la certeza de querer saber si Edison se había dedicado al contrabando durante la guerra con Francia -Es intolerable la idea de que Napoleón pueda cruzarse en el camino de los intereses *económicos* de uno.

Esa expresión de helada ferocidad divirtió a Edison.

-A veces, parte de la información que obtuve de Harry Una Oreja era útil también para las autoridades. Por supuesto yo la facilité a quien correspondía.

-Entiendo -de modo que había sido espía -Ha tenido una vida aventurera, señor. ¿Qué clase de información supone que tendrá este Harry Una Oreja para usted, esta noche?

-Ayer le mandé decir que pagaría cualquier información relacionada con el sujeto que nos atacó en el jardín de lady Ames. Harry suele andar en malas compañías.

-Ya veo -alzó las cejas -Y como, al parecer, usted está relacionado con Harry, deduzco que suele hacer lo mismo.

Edison esbozó una sonrisa fugaz.

-Un hombre de vastos intereses comerciales debe ser flexible.

-Supongo que ése debe de ser un modo de decirlo.

-De cualquier manera, tengo esperanzas de que Harry haya averiguado algo útil -Edison echó una mirada a la calle en sombras; su mandíbula se puso tensa -Lorring me dijo que no perdiera tiempo investigando en esa dirección, pero yo tengo el presentimiento de que podría darme algunas respuestas.

Emma sintió un escalofrío similar al que había experimentado al salir del teatro, un rato antes. Ya sabía que no tenía relación con la conversación acerca del incidente. Esa noche rondaba algo mucho más peligroso.

-¿Dónde se encontrará con este Harry Una Oreja?

-En una taberna llamada Red Demon, cerca de los muelles.

Otro estremecimiento de temor bajó por la espalda de Emma.

-Edison, no me gusta este plan suyo.

-No hay nada en él que pueda alarmarla.

Se esforzó por expresar con palabras lo que nunca había podido explicar.

-Tengo una desagradable sensación al respecto. Cualquiera sabe que la zona de los muelles es peligrosa; más aún a esta hora de la noche.

-Como siempre, su preocupación por la seguridad de su patrón es apreciada -sonrió sin alegría -No se preocupe, Emma, sobreviviré para pagarle su sueldo y escribir esa maldita referencia.

Emma explotó sin advertencia previa y apretó los puños sobre su regazo.

-Señor Stokes, ya estoy harta de sus sarcasmos. Ocurre que soy una persona bastante intuitiva; tengo una premonición acerca de su idea de encontrarse con este Harry Una Oreja. Mi única intención era advertírselo.

-Considere hecha la advertencia -se inclinó adelante y le sujetó la barbilla entre el pulgar y el índice -En compensación, yo le haré una.

-¿De qué se trata?

-No permita que Basil Ware la sorprenda sola, bajo ninguna circunstancia -su expresión era fría como una tormenta de invierno -Manténgase alejada de él, Emma. Él no ve en usted más que un trofeo del que podría apropiarse en un pequeño juego cruel. Si lo lograse, perdería todo interés en usted.

Emma sintió que le faltaba el aliento; combatió la enervante sensación por medio de la ira.

-¿Acaso cree que no sé qué clase de hombre es? Soy experta en sujetos como ése, señor. No necesito su consejo.

-De todos modos, como *patrón* suyo, me siento obligado a dárselo.

-Le aseguro que sé cuidarme. Usted ocúpese de hacer caso de *mi* advertencia, señor.

-Lo haré.

La soltó, se apoyó en el respaldo y desató rápidamente su corbata blanca. Con creciente inquietud, Emma vio cómo dejaba caer la corbata sobre el asiento y alzaba el cuello de su abrigo. Hizo otros arreglos menores, como ocultar su reloj de bolsillo.

Cuando hubo terminado esta sencilla transformación, estaba envuelto otra vez en oscuridad y sombras.

-Edison, lo digo en serio -susurró -Prométame que esta noche será muy cuidadoso.

La sonrisa del hombre tuvo un matiz feroz.

-¿Me dará un beso de buena suerte?

Emma titubeó, pero luego, pese a esa sonrisa ominosa, se inclinó adelante y rozó ligeramente la boca de él con la suya.

El fugaz gesto íntimo sorprendió a Edison, pero Emma se echó atrás en el preciso momento en que él comenzaba a reaccionar.

Durante un buen tiempo, él la observó con mirada enigmática.

-Usted comprenderá que no puede estar eludiendo eternamente el tema de lo que sucedió entre los dos -dijo, con tono casi indiferente.

Emma no le hizo caso.

-En cuanto a mis planes para esta noche, he cambiado de idea, señor. No iré a casa, después de todo. Puede indicar al cochero que me deje en la *soirée* de Smithton. Cuando haya terminado su cita en los muelles, puede reunirse conmigo allí. Querré un informe completo de lo que le comunique Harry Una Oreja.

18

En el Red Demon reinaba ese ambiente lleno de humo y malsano común en ese tipo de lugares. Los bancos de madera estaban ocupados por una colorida variedad de estibadores, villanos, prostitutas y otros seres semejantes que se ganaban la vida en los menesteres más desgraciados. Las mesas estaban repletas de jarras de cerveza y de restos de empanadas de carne.

Harry Una Oreja estaba sentado frente a Edison. Lo que quedaba de su oreja izquierda estaba a medias oculto por el largo pelo grasiento y por un pañuelo anudado en su cabeza. Edison había oído no menos de tres versiones diferentes del suceso en el cual Harry había perdido su oreja. En la primera, se aludía a una pelea con un marino borracho. En la segunda, a una prostituta furiosa que no había recibido la paga por sus servicios. La tercera estaba relacionada con una banda de ladrones que había intentado robarle un cargamento de coñac francés de contrabando.

Para Harry, Edison era un amigo, si bien nunca había permitido que esa amistad se interpusiera en el camino de sus negocios. Edison sabía algo que no debía olvidar: que el emprendedor contrabandista vendía información falsa con tanto afán como lo hacía con la verdadera. Sin embargo, se atenía a ciertas normas. Y él y Edison se conocían desde hacía mucho tiempo.

De todos modos, Edison sabía que no podía permitirse ser demasiado selectivo con respecto a sus fuentes de información en esta aventura.

-Lo primero que noté fue que él se movía como usted, señor Stokes -Harry recorrió con una mirada cautelosa el salón lleno de humo y luego se inclinó por encima de la mesa -Con fluidez y sigilo. Casi siempre se mimetiza con el ambiente. Incluso uno no sabe que está por ahí, a menos que él quiera ser visto. Y como usted, prefiere vestir de negro.

Edison trató de ignorar el rancio olor que flotaba por encima de la mesa. Estaba casi seguro de que las únicas ocasiones en que Harry se bañaba eran aquellas en que se embriagaba con coñac francés y se caía al río. Pero esas inmersiones no resultaban de gran utilidad, pues el Támesis estaba más sucio que Harry.

-¿Cuándo fue la primera vez que lo viste? -preguntó Edison. Harry frunció la cara en su versión personal de una expresión reflexiva.

-Hace unas dos semanas. Como usted bien sabe, aquí vigilamos a los extraños. Cuando supe que usted estaba buscando a alguien que usaba ropa oscura, era reservado y que estaba dispuesto a pagar por esa información, pensé en él.

-Descríbelo -dijo Edison.

-No podría describirle bien su aspecto. Nunca lo vi a la luz del día.

-¿Qué altura tiene?

Harry apretó los labios.

-Más o menos como usted, señor. Pero es más joven, diría yo. Mucho más joven.

-¿Robusto?

Harry pareció sorprendido.

-No, señor. Ahora que lo dice, es más bien esbelto. Un tanto delgado y nervudo. Se mueve como un gato.

-No pienso pagarte por una información tan vaga, Harry. Si no puedes describirme su aspecto ni decirme dónde encontrarlo, ¿qué quieres venderme?

Un brillo de codicia apareció en los ojos de Harry. Bebió un sorbo de cerveza, se limpió la boca con el revés de la manga y se inclinó más hacia delante.

-Creo que sé dónde se aloja.

Edison sintió la expectativa en sus entrañas. Pero, a lo largo de los años, había hecho bastantes acuerdos con Harry para saber que no debía dejar que él lo viera.

-¿Puedes decirme dónde vive?

-Sí. Anoche, cuando yo volvía caminando a mi cuarto, arriba de la Fat Mermaid, lo vi entrar por la puerta de la cocina de una pastelería en Oldhead Lane. La dueña es una viuda

que alquila habitaciones -Harry hizo una pausa -Al menos, pienso que era él.

-¿Por qué lo dudas?

-Porque se movía de una manera diferente que la vez anterior que lo vi. No se movía con tanta fluidez y facilidad. Como si estuviese herido -Harry se apretó sus propias costillas y gimió, a guisa de demostración -Como si lo hubiese pateado un caballo. O hubiese estado en una pelea.

Edison se apoyó en la silla y se puso a pensar en lo que había oído. Estaba casi seguro de que había dado al luchador vanza por lo menos un buen golpe en el muslo y otro en el hombro.

-¿A qué hora lo viste?

Harry se encogió de hombros.

-Es difícil decirlo, señor. Todo lo que sé es que era tarde-. Era posible que esta vez Harry estuviese ofreciéndole información fiable. Por otra parte, sonaba demasiado provechosa.

Edison pensó un momento en las posibilidades y luego se encogió de hombros.

-Está bien, Harry, te pagaré.

En el rostro de Harry floreció una amplia sonrisa desdentada.

-Gracias, señor. Espero que encuentre al bribón. Le juro que me da escalofríos. No me molestaría nada saber que se ha ido de este barrio.

Guardó en el bolsillo los billetes que Edison le pasó bajo la mesa, terminó su cerveza y se puso de pie. Se volvió, cruzó deprisa la repleta taberna, abrió la puerta y salió a la calle oscura.

Edison esperó un momento. Después se levantó, fue hacia el fondo como si su destino fuese el retrete, y se escabulló fuera. Inmediatamente, giró en la esquina de la taberna.

El resplandor amarillento de la linterna de Harry titiló en la niebla que había llegado desde el río. La luz desapareció, balanceándose en un negro callejón.

Edison la siguió.

Emma se frotó los brazos.

-Miranda, ¿no tiene frío aquí?

-No; nada -Miranda miró en torno del repleto salón de baile -Más bien hace calor. ¿Tiene frío?

-Un poco.

A decir verdad, se sentía perfectamente bien hasta hacía un momento. La sensación que le erizaba el vello de los brazos había llegado de manera inopinada, como si un viento helado hubiese entrado en el caldeado salón.

Miranda la observó con interés.

-Últimamente, ha tenido demasiada excitación. ¿Qué le parece si vamos a uno de los salones pequeños y nos sentamos unos minutos?

Si bien la idea no carecía de atractivos, Emma deseaba que hubiese sido otra persona la que la propusiera. Por otra parte, se dijo, procurando darse valor, había sido empleada para servir de señuelo. La oportunidad parecía perfecta para hacer su propio intento de sondear en el misterioso pasado de Miranda.

Sería grato sorprender a Edison con más información que la que él mismo había logrado obtener.

-Excelente idea -dijo Emma en tono cortés -Creo que me vendrá bien sentarme unos minutos.

-Es una pena que no tenga aquí ninguno de mis tés especiales. Son muy eficaces para prevenir enfriamientos y fiebres.

Emma tuvo que esforzarse para no dejar escapar un suspiro de alivio.

-Estoy segura de que las criadas de lady Smithton podrán traernos una tetera con té común.

-Sí, desde luego.

Se abrieron paso entre la muchedumbre hacia el vestíbulo. Uno de los lacayos las hizo pasar a un pequeño salón y fue a buscar el servicio de té.

-Pobre -murmuró Miranda mientras se sentaban ante el fuego-. No está acostumbrada a las exigencias del mundo social, ¿verdad? Supongo que todo esto está fatigándola.

-Por fortuna, soy de constitución fuerte -dijo Emma con animación -En mi anterior carrera, ésa fue una necesidad.

-Bien puedo imaginarlo. Sin embargo sospecho que las exigencias de su compromiso con Stokes le resultarán aún más rigurosas, aunque mucho más entretenidas que las que puede haber tenido como dama de compañía, ¿no es así?

-¿Cómo dice?

Miranda hizo un guiño y sonrió con aire de conocedora.

-Vamos, Emma. Ambas somos mujeres de mundo. Y no es un secreto que ya ha dado a probar a su novio, digamos, una muestra del género.

Emma sintió que el rubor encendía sus mejillas y se enfureció consigo misma por permitirlo. Por suerte, el atareado lacayo regresó en ese momento con el servicio de té, y ella aprovechó la oportunidad para recuperar el control de sí misma.

-No sé a qué se refiere, señora -dijo con vivacidad, en cuanto quedaron solas.

Miranda lanzó una breve carcajada trémula.

-Conque piensa representar el papel de novia virginal, ¿eh? Qué encantador. Pero debo decirle que parte del efecto se ha perdido por los acontecimientos en el castillo Ware. No olvide que todos la vieron allí en ropa de dormir y bata. Y que el propio Stokes aseguró a los huéspedes de Ware que usted estaba con él cuando Crane fue asesinado.

Emma pronunció una respuesta vaga y la disimuló con un sorbo de té.

Los ojos de Miranda brillaron.

-¿Dijo alguna vez que eso no era verdad?

Oh, no; bruja. No me harás tropezar en ese punto.

-Era la pura verdad, Miranda, aunque un poco violenta en lo que atañe a mi reputación -Emma sonrió con blandura -Claro que no tan violento como ser colgada por asesinato.

-Entiendo -Miranda apoyó su barbilla en la mano y observó a Emma con aire confidencial -En realidad, no hay necesidad de timideces. Dado que, en este momento, sólo estamos nosotras dos, no puedo resistir la tentación de preguntarle qué opina del tatuaje de Stokes.

Emma casi dejó caer la taza.

-¿Qué cosa?

Parte de la seguridad se desvaneció de los ojos de Miranda.

-Su tatuaje. Sin duda, lo habrá visto. Después de todo, ha estado con él en una situación íntima.

-Los caballeros no tienen tatuajes -dijo Emma con convicción -Los marinos y los piratas sí, o al menos eso es lo que me han dicho. Pero no los caballeros de la posición del señor Stokes.

Miranda conservó la sonrisa, aunque algo crispada.

-Tal vez no lo viera en la oscuridad.

-No tengo la menor idea de a qué se refiere.

Los ojos de Miranda se agrandaron.

-Dios mío, no me diga que él no se quita la camisa cuando le hace el amor. Qué decepción. Yo, por mi parte, disfruto contemplando un pecho masculino.

Emma no pensaba admitir que la única vez que Edison le había hecho el amor no se había tomado la molestia de quitarse la camisa. Apoyó su taza con precisión y miró a Miranda de frente.

-Sé bien que las costumbres de la sociedad son nuevas para mí, lady Ames. Le ruego que me perdone si me equivoco, pero tenía la convicción de que era considerado demasiado vulgar que una dama contara todo lo referido a esas intimidades.

-Perdóneme -dijo Miranda con expresión endurecida -¿Qué es lo que insinúa?

-No puedo creer que una dama de buena crianza comente cosas tales como tatuajes y pechos masculinos. Estoy segura de que sólo cierta clase de mujeres, me refiero a las de vida airada... -Emma hizo una pausa como para dar énfasis a sus siguientes palabras - o quizá las actrices, se jactarían de sus conquistas sexuales.

El efecto sobre Miranda fue instantáneo. Se quedó con la boca abierta. Se sacudió como si la hubiesen golpeado. Sus ojos se pusieron vidriosos de malevolencia. Su rabia era una fuerza tangible en el ambiente.

-¿Cómo se atreve a insinuar que soy vulgar? -su voz era un áspero susurro-. Usted sí que es vulgar como la suciedad. Antes de que a Stokes se le ocurriese salvarla de la horca, no era más que una acompañante a sueldo. Si yo fuera usted, empezaría a preguntarme por qué se ha tomado esa molestia. Por cierto, no es la clase de mujer con la que se casaría un hombre de su posición. Pero si usted no es mejor que...

Se interrumpió bruscamente, se levantó de un salto en medio de un susurro de satén y salió por la puerta como una exhalación. A su alrededor, el aire restallaba de furia.

Emma notó que Miranda ciertamente sabía cómo hacer una salida. Una prueba más de que en otra época había pisado las tablas.

Y era evidente que había tocado un punto sensible al referirse a las actrices mal educadas. *Eso te enseñará a no meterte con una dama de compañía,* pensó.

Entonces, cuando el entusiasmo del triunfo se desvaneció, cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer. Le había dicho a Miranda, lisa y llanamente, que conocía su pasado de actriz

¿Qué era lo que había hecho? Era muy probable que sus precipitadas palabras hubiesen puesto en peligro su maravilloso puesto. Si Miranda se dejaba ganar por el pánico y huía, Edison ya no necesitaría cebo alguno. Ya no me necesitará, pensó Emma.

Sintió un frío en la boca del estómago.

Apretó una mano formando un puño. Ah, si esa bruja no se hubiese referido al tatuaje de Edison... Era como admitir que habían tenido por lo menos una cita amorosa.

Se preguntó cuándo habría ocurrido. ¿En el castillo Ware? ¿O después, en la ciudad? Recordó el modo en que Edison se había inclinado sobre la mano de Miranda esa noche, en el palco del teatro. ¿Hasta dónde habría llegado en sus esfuerzos por saber más con respecto al misterioso pasado de la actriz?

Otro escalofrío bajó por su espalda sacándola de su sombría ensoñación. La sensación de que la tocaban unos dedos fantasmales no tenía nada que ver con sus desdichadas sospechas relacionadas con Miranda y Edison.

Edison estaba en peligro.. Estaba segura. Pero no podía hacer absolutamente nada.

El inconfundible hedor del Támesis era muy intenso esa noche. Edison habría sabido dónde estaba aunque le hubiesen vendado los ojos. El río había convertido a Londres en un gran puerto comercial. Y él era muy consciente de que debía al río buena parte de su fortuna. Pero también que era el sumidero de la ciudad. Cada día bajaban en sus aguas la porquería de las letrinas y los establos, con restos de animales muertos y las ocasionales víctimas de algún resbalón.

Se detuvo en la sombra de un portal envuelto en la niebla y oyó cómo Harry Una Oreja golpeaba la puerta de un cobertizo.

-Mejor será que estés ahí dentro con el dinero que me prometiste, bribón escurridizo - golpeó con más fuerza -He cumplido mi parte del trato; he venido a cobrar.

A esa hora, esa zona de los muelles estaba desierta. Los depósitos y los almacenes se alzaban, oscuros y silenciosos, en medio de remolinos de niebla. El murmullo quedo del agua negra sonaba hambriento, como si el río se anticipara a la caída de las presas. Barcos de diversos tamaños gruñían, crujían y suspiraban moviéndose con suavidad contra las amarras que los sujetaban.

La única luz era el débil resplandor de la linterna de Harry. Formaba un reflejo extraño

en la niebla, despidiendo una luminosidad fantasmagórica junto a la puerta del cobertizo.

Harry golpeó las tablas de madera.

-Hemos hecho un trato, maldita sea tu estampa. He venido por mi dinero. Nadie engaña a Harry Una Oreja.

Los goznes chirriaron. Desde donde estaba, Edison vio que la puerta del cobertizo se entreabría dejando ver una cuña de profunda negrura, una voz surgió de las sombras.

¿Te encontraste con Quien Salió del Círculo?

-Mira, yo no sé nada de ningún circulo. Me encontré con Stokes, tal como habíamos acordado.

- ¿Le dijiste exactamente lo que yo te indique?

-Sí. Y ahora he venido a por mi dinero. ¿Dónde está?

-Si has cumplido con tu deber, ya no me sirves más.

-¿Qué quieres decir? -Harry retrocedió rápidamente, y la linterna se balanceó locamente en su mano -Bueno, mira, teníamos un trato.

-Claro que sí, señor Harry Una Oreja- la puerta se abrió del todo. -Has traicionado a tu amigo, ¿no es así?

-Esa es una condenada mentira -protestó Harry, verdaderamente ofendido -Yo no traicioné a Stokes. ¿Por qué haría tal cosa? Él y yo somos amigos. Hemos sido socios de vez en cuando.

-De todas maneras, esta noche lo has traicionado.

-Sólo lo alivié de parte de su dinero; Eso es todo. No lo echará de menos. Tiene más que suficiente; así es. Fue un negocio, nada más.

-Al contrario. Lo has convencido de venir aquí, donde tendrá la derrota de su vida.

-Nada de eso -replicó Harry -Yo no lo convencí de nada. Los dos sabemos que no hay ninguna pastelería en Oldhead Lane y menos aún un cuarto en la planta alta.

-Él no es ningún tonto. Él es Quien Podría Haber Sido Gran Maestro. No irá a Oldhead Lane. Te habrá seguido hasta aquí. Y aquí la leyenda quedará destruida para siempre.

-Mira, espera un maldito minuto -Harry retrocedió otro paso y levantó una mano -Si crees que le dije esas cosas para hacer que me siguiera y que tú pudieras ponerle tus condenadas manos encima, estás loco como una cabra.

-No estoy loco, señor Harry Una Oreja. Soy un iniciado del Gran Círculo Vanza. Esta noche, he utilizado la Estrategia del Engaño para atraer a Quien Pudo Haber Sido Gran Maestro.

-¿Para qué querías hacer eso? -dijo Harry con voz plañidera.

-Cuando le derrote en honorable combate, le demostraré a mi maestro que soy digno de pasar al siguiente Nivel de Dominio.

-Por la Sangre de Dios, estás hablando tonterías.

-Basta. -La oscura silueta cambió de posición en las sombras de la puerta. Un instante después, se encendió una segunda linterna -No tengo tiempo para perderlo discutiendo esas grandes cuestiones contigo, que jamás podrías comprenderlas.

Edison salió de su escondite acortando la distancia entre él y la silueta oscura que estaba en la puerta del cobertizo.

-Creo que es hora de que te vayas, Harry -dijo Edison con calma.

-¿Qué diablos... ? -Harry alzó la linterna volviéndose a medias para escudriñar en la niebla -¿Stokes? ¿Qué diablos está... ?

La puerta del cobertizo se abrió más. De ella salió un hombre, todo él vestido de negro, su rostro oculto con una máscara de tela.

El luchador vanza dio dos pasos rápidos, saltó en el aire y proyectó su pie. El golpe dio en las costillas de Harry.

Harry lanzó un gruñido ahogado y se tambaleó hacia atrás, sobre el borde del muelle. Se oyó una fuerte salpicadura cuando llegó al agua. La linterna que llevaba se hundió como una piedra y la luz se apagó.

Recortado contra el resplandor de la lámpara que había encendido, el luchador vanza hizo una formal reverenda a Edison.

-Oh, Legendario Que Has Salido del Círculo. Oh, Grande Que Podría Haber Sido Gran Maestro, me honrarás esta noche, dándome la victoria.

Edison hizo una mueca.

-¿Siempre hablas así?

El joven se puso rígido.

-Me dirijo con respeto a quien todavía es una leyenda.

-¿Quién diablos te ha dicho que yo era una leyenda?

-Mi maestro.

-No soy una leyenda -dijo Edison con suavidad -Soy un ex practicante de vanza. Hay una gran diferencia.

-Mi maestro me dijo que usted podría haber sido Gran Maestro.

-Para convertirse en Gran Maestro, uno debe llamar a otro hombre Maestro. Y yo nunca fui bueno para eso.

La ausencia de ruidos en el agua estaba comenzando a preocupar a Edison. Fue hasta el borde del muelle.

-Mi maestro dice que usted podría haber sido el mejor Gran Maestro de Vanza en toda Europa.

-Muy poco probable. -Edison aventuró una mirada por sobre el costado del muelle. La luz de una linterna que apartaba la niebla le bastó para distinguir a Harry aferrándose ya sin fuerzas a una anilla fijada a la piedra del muelle.

-Ya que lo mencionas, ¿quién es tu maestro?

-No puedo decirlo -la voz del joven se volvió reverente -He hecho voto de secreto.

-,¿Un maestro vanza secreto? Qué extraño. Bueno, yo puedo decirte algo con respecto a él.

-¿Qué? -preguntó el luchador.

-No es un buen maestro. Cualquier verdadero practicante de este arte te hubiera dicho que no es nada valiente ni honorable golpear a alguien corno Harry Una Oreja y hacerlo caer al río.

-¿Está preocupado por Harry Una Oreja? -la voz del joven reveló incredulidad -¿Cómo es posible? Se dice su amigo y lo ha traicionado. Es indigno de su confianza, oh, Grande Que podría Haber sido Gran Maestro.

Más abajo, en el agua, Harry gimió. Era obvio que no tenía fuerzas para llegar a tierra por sus propios medios.

Edison metió la mano en el bolsillo y sus dedos se cerraron sobre una pistola que había llevado consigo.

-De todos modos, como te ha dicho Harry, él y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Realmente, tendré que sacarlo del agua.

-Déjelo -el joven se agazapó en posición de lucha y comenzó a describir un círculo -Esta noche, usted y yo nos encontraremos en honorable combate.

Edison sacó la pistola y apuntó al luchador vanza.

-Basta. No tengo tiempo para eso, al menos esta noche.

-¿Qué es eso? ¿Una pistola? -el joven se detuvo de repente; su voz temblaba de indignación -. ¿Usaría una pistola? Eso no es vanza.

-No, pero es eficaz. Una de las razones por las que salí del Circulo es que algunas de las enseñanzas vanza me parecen muy poco prácticas.

-No quiero que me sea negada la victoria.

-Vete, o los dos descubriremos si puedes o no triunfar sobre una bala.

El luchador vanza titubeó unos segundos.

-Habrá otro encuentro entre nosotros -refunfuñó, al fin -Lo juro como Uno Que es Vanza.

-Uno de estos días te cansarás de hablar como si estuvieras en un escenario, ¿sabes?

Pero Edison estaba hablando a la niebla. El luchador vanza se había desvanecido en un callejón oscuro.

19

El alivio de Emma al recibir el mensaje del lacayo fue tal que ni siquiera se quejó por el modo en que lo recibió. Lo único que importaba en ese momento era que al parecer Edison estaba a salvo. Por fin había llegado a la casa de los Smithton y la esperaba en el carruaje. En ese momento, no tenía mayor importancia el hecho de que el caballero esperaba en el vehículo y enviase a un criado a buscar a su prometida al baile; decididamente una grosería.

Se sujetó la capa en el cuello y bajó corriendo la escalinata hasta el coche que la aguardaba. Notó que las lámparas en el interior estaban apagadas. Un lacayo abrió la portezuela y la ayudó a subir. Edison estaba dentro, como una vaga silueta en la oscuridad..

-Señor, he estado muy preocupada... -se interrumpió y frunció la nariz, mientras se sentaba -Por Dios, ¿de dónde sale ese olor espantoso?

-Una colonia destilada del agua del Támesis -Edison cerró las cortinillas y encendió una de las lámparas -Dudo que llegue a hacer furor.

-¿Qué le ha pasado?

Cuando, al fin, la lámpara chisporroteó y se encendió, lo miró, apabullada.

Por una vez en su vida, Edison no mostraba la menor elegancia.

Tenía el aspecto y el olor de quien ha caído en una cloaca. Estaba embutido en el asiento de enfrente, envuelto hasta el cuello con la manta del coche. Emma se convenció de que no tenía el menor deseo de examinar muy de cerca los extraños restos pegados en el pelo mojado. Tenía una mancha de aceite en la mejilla que parecía un ojo amoratado.

Los bien cortados pantalones, la camisa, el chaleco y la chaqueta con los que se había vestido para la velada estaban hechos un indigno lío de ropa mojada, en el suelo. De ellas emanaba buena parte de la pestilencia que llenaba el interior del vehículo.

Dijo la primera pregunta que le vino a la mente.

-,¿Qué pasó con su abrigo?

-No tuve más remedio que prestárselo a un amigo que se cayó al río.

-Dios mío.

Se impresionó al ver sus pantorrillas y sus pies descalzos. Notó que tenía pies grandes.

-Le pido disculpas por la forma descortés en que le hice dejar el baile -dijo Edison -Como ve, no estoy vestido como para la fiesta de lady Smithton.

Emma cobró conciencia de que estaba mirándole fijamente los pies y, con un esfuerzo, apartó la vista de ellos y lo miró a la cara.

-Tiene un aspecto como si hubiera sido usted el que cayó al río.

Edison se arropó mejor con las mantas.

-No me caí, precisamente

-¿Quiere decir que alguien lo empujó? Buen Dios, mi sensación de peligro era acertada. Alguien lo atacó, ¿no es así? ¿Fue el hombre con quien se encontró, Harry Una Oreja, quien le hizo esto?

-En verdad, Yo mismo me lo hice mientras intentaba sacar a Harry del Támesis.

-Ah, entiendo -fue un alivio saberlo. Pero entonces se le ocurrió algo-. Pero ¿cómo se cayó él?

-Tuvimos un encuentro con el luchador vanza -dijo Edison en voz baja.

-Cielos, ¿está seguro de que se encuentra bien?

-Muy seguro. No he sufrido daño alguno que no pueda remediarse con un baño. Pero el practicante de vanza tuvo que marcharse porque yo me vi obligado a ocuparme de Harry.

-¿Averiguó algo útil esta noche?

-Todo lo que saqué de este asunto fueron más preguntas -Edison hizo una pausa -Y confirmé mi sospecha de que en efecto hay un maestro vanza corrupto que opera en algún punto de Londres. Estoy seguro de que él también anda en pos del libro.

-¿Qué hará ahora?

-He estado pensándolo mucho. Creo que sería interesante encontrar a este maestro e interrogarlo -dijo Edison con tono más bien indiferente.

Un nuevo escalofrío recorrió a Emma.

-¿Cómo hará eso?

-No debe de ser demasiado difícil atraer otra vez al luchador joven. Al parecer, soy un obstáculo a su promoción en la carrera. Quiere probarse a sí mismo desafiándome a un combate ritual.

-¿A un duelo, quiere decir? -las manos de Emma se enfriaron dentro de los guantes -Edison, ni siquiera debe pensar, en algo semejante. Podría quedar herido o muerto.

-Vamos, señorita Greyson. Tenga un poco de confianza en su patrón. Admito que no soy tan joven como antes, pero, con los años, me he vuelto más diestro. Tengo esperanzas de hacer un buen papel.

-Edison, no es ocasión para bromas. Esto me parece muy peligroso. No me gusta.

-Le aseguro que no hay motivos de preocupación -Edison despegó de su pierna algo cenagoso y verde y se hundió aún más en el asiento-. ¿Y qué me dice de usted? Estoy seguro de que no desaprovechó la oportunidad de interrogar a Miranda en la fiesta de los Smithton.

Emma dio un respingo.

-¿Cómo sabe que fue eso precisamente lo que intenté?

La boca de Edison tembló.

-Porque, desde luego, quería demostrar que podía tener éxito allí donde yo fracasé. ¿Tuvo suerte?

Emma se sonrojó. No tengo alternativas, pensó, cuadrando los hombros. Tenía que decirle la verdad.

-No sólo fracasé, sino que lo hice de manera espectacular.

-¿Cómo dice?

Emma titubeó.

-Señor; esto no le agradará, pero debo informarle que tal vez haya arruinado su plan de usarme como cebo para lady Ames.

Edison arqueó las cejas.

-¿Arruinado?

-Debo decir, en mi defensa, que no es mía la culpa de que todo se estropeara. Fui provocada.

-Provocada -repitió él -¿Por quién? ¿Por Miranda?

-Sí.

-Tal vez es mejor que me lo cuente todo -dijo él.

Emma fijó la vista en los botones de los almohadones que había detrás de él.

-No hay mucho que contar. Baste decir que lady Ames hizo ciertas referencias poco delicadas a nuestro compromiso.

-¿Y de qué naturaleza fueron esas referencias poco delicadas?

-Insinuó que usted y yo habíamos intimado.

-¿Y qué? -preguntó, sin el menor rastro de confusión o embarazo-. Da la casualidad de que es cierto. Y nosotros mismos lo divulgamos la noche que Chilton Crane fue asesinado en su dormitorio.

Emma se prometió no dejarse desconcertar. Ella también podía parecer fría e indiferente. Apretó con fuerza las manos y se concentró resueltamente en los botones.

-La cuestión es que hizo algunas preguntas.

Ella se dio cuenta inmediatamente de que por fin había captado el interés de Edison porque había entornado los ojos de esa manera atenta que ella había aprendido a reconocer.

-¿Preguntas?

-Acerca de usted. Debo agregar que eran de carácter íntimo.

-Ya veo -sus ojos se iluminaron con un brillo divertido-. Siempre me ha intrigado saber si las mujeres suelen chismorrear sobre ese tipo de cosas.

La cólera se encendió otra vez dentro de Emma.

-Creo que fueron preguntas formuladas con el propósito de insinuar que ella y usted habían tenido un encuentro amoroso.

-¿Qué preguntas, específicamente?

-Me preguntó si había notado cierto tatuaje, nada menos, en su persona.

-Demonios.

Emma levantó la barbilla.

-Ella pretendía sugerir que lo había visto cuando ustedes... bueno, cuando los dos... -se interrumpió, incapaz de llegar al final. Hizo un ademán como indicando lo obvio.

Edison ya no parecía divertido.

-¿Un tatuaje? ¿Lo describió?

-No; lo cierto es que no -Emma estaba indignada -Y yo no le propuse que lo hiciera. Todo eso fue muy violento para mí, señor.

-Me imagino.

Un brillo sacrílego asomaba a sus ojos.

-Esas preguntas tan personales me pusieron en una posición muy difícil.

-Desde luego.

Emma se irguió.

-Por eso, no consideraría del todo justo que usted me despidiese sólo porque hice un comentario accidental acerca de las actrices.

Edison se puso pensativo.

-¿Usted aludió a ese tema?

-Sí, lo hice.

-No fue un enfoque muy sutil -dijo con sequedad.

-Tengo la impresión de que cualquier sutileza sería una pérdida de tiempo con lady Ames.

-,¿Qué dijo exactamente acerca de las actrices? -preguntó Edison con grave interés.

La joven se aclaró la voz.

-Algo así como que sólo las mujeres de carreras vulgares, como las actrices, por ejemplo, se jactarían en público de sus conquistas sexuales, como lo hacía ella.

-Entiendo -dio la impresión de que Edison estaba un poco ahogado, y una comisura de su boca tembló -Sí, por supuesto, las actrices.

Emma lo miró con expresión suspicaz.

-¿Está riéndose de mí, señor?

-No se me ocurriría.

-Está riéndose.

Edison sonrió.

-Perdóneme, Emma, pero hubiese dado cualquier cosa por ver la cara de Miranda cuando usted la acusó de comportarse como una vulgar actriz.

-Señor, tal vez ahora le parezca divertido, pero estoy segura de que cambiará de parecer cuando piense en los resultados.

-¿A qué se refiere?

-¿No entiende? Después de mi comentario, sin duda ella sospecha que estamos tras sus pasos. Podría ocurrir que sus planes estén arruinándose en este mismo momento.

Edison alzó un hombro.

-Al contrario. Podría ser un momento excelente para aplicar ciertos elementos de la Estrategia del Cambio de Dirección.

-¿Qué dice?

-Sin saberlo, ha usado usted una de las Estrategias de Vanza, Emma. Le ha dejado ver a Miranda que, tal vez, esté en conocimiento de ciertos hechos que ella creía haber mantenido en secreto.

-¿Y entonces?

-Entonces, ha aplicado una presión que bien podría obligarla a moverse en otra dirección. Tales cambios inesperados de plan suelen derivar en errores de parte de un oponente. Será interesante ver qué hace a continuación.

Emma lo miró en silencio.

Edison, a su vez, la miró con aire inquisitivo.

-¿Quiere decirme algo más?

-No.

-¿Hay algo que desee preguntarme?

Ella vaciló; luego apartó la vista de esos ojos resplandecientes.

-No.

-¿Está segura?

-Completamente segura.

-Bueno, pero sólo para aclarar las cosas entre usted y yo, puedo asegurarle que Miranda jamás ha tenido ocasión de ver el signo de Vanza en mi pecho.

Emma lo miró fijamente.

-¿Dice, entonces, que tiene un tatuaje?

-Esa marca forma parte de la iniciación vanza.

-¿Está seguro de que Miranda nunca lo ha visto?

-Creo que lo recordaría si hubiese existido tal incidente entre lady Ames y yo.

Emma sintió un gran alivio.

-Ah. Bueno, no sé por qué ella ha insinuado que ocurrió.

-No cabe duda de que intentaba que usted le confirmase si yo era miembro de la Sociedad Vanzagariana -Edison se puso ceñudo -Lo cual significa que ella conoce la existencia de la sociedad y está familiarizada con la marca.

-¿Usted quiere decir que puede haber visto ese tatuaje en otro?

-Sí.

Emma le escudriñó el semblante.

-¿Quién podría ser?

Edison sonrió sin humor.

-Se me ocurre que podría ser Farrell Blue.

-Sí, naturalmente. -Emma pensó rápidamente -Una relación íntima entre Miranda y Farrell Blue explicaría muchas cosas, ¿no es así?

-Sí. Nos brindaría una explicación del modo en que ella se apoderó de la receta del elixir. Puede habérsela robado.

Emma se mordió el labio inferior mientras pensaba.

-Usted dijo que Farrell Blue había vivido en Roma y que murió allí, en un incendio. Si Miranda estaba vinculada con él, es probable que ella también viviera hace poco tiempo en Italia.

-Es cierto.

-Pero ella dice haber venido de Escocia. Aunque esté mintiendo con respecto a que ha vivido allí con su marido, esos programas y esos recortes que hemos encontrado indican que ha vivido en el norte de Inglaterra, no en Italia.

-Los programas y las críticas tenían fechas de hace más de dos años -recordó él -¿Quién sabe dónde ha estado desde entonces?

-Excelente observación. Quizás haya ido a Italia.

-Quizá -convino Edison -Todavía surgen muchas preguntas de todo esto, pero ahora que usted ha sondeado a Miranda, no me extrañaría que hiciera un movimiento precipitado. Y esa acción podría darnos una pista.

Emma se relajó un poco.

-¿Eso significa que aún sigo en mi empleo?

-Pienso que la conservaré un tiempo.

-Gracias, señor. No se imagina lo aliviada que me siento al saber que no piensa despedirme.

Edison refunfuñó.

-Supongo que no será un momento conveniente para hacerle recordar mi referencia -dijo Emma, con un tono que esperaba fuese de una gran delicadeza.

-No.

Se hizo silencio.

Emma se miró las manos un momento; luego empezó a hacer girar los pulgares.

El silencio se prolongó.

-¿Qué diablos está pensando? -preguntó él.

La mujer carraspeó.

-Estaba pensando qué motivo podría tener un caballero para hacerse tatuar.

-En aquel momento, yo tenía diecinueve años -repuso él con sequedad -Me parece suficiente explicación para cualquier comportamiento extraño.

-Sí, desde luego -murmuró ella.

Edison sonrió de un modo que hizo palpitar el corazón de Emma.

-¿Le gustaría ver mi tatuaje?

Se movió un poco, como si fuera a quitar la manta, y Emma se sintió presa del pánico.

-No -lo miró con severidad -No sea ridículo, señor. Por supuesto que no quiero ver su tatuaje. No es asunto mío; además, no sería correcto. Después de todo, usted es mi patrón.

-¿Por qué será que lo olvido una y otra vez?

Para Emma fue un alivio percibir que el coche estaba aminorando la marcha. Por fin, estaba en su casa. Podría subir a la planta alta, meterse en la cama y dormir.

Y hacer un gran esfuerzo por no permanecer despierta pensando cuánto le habría gustado ver el tatuaje de Edison.

20

-¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? -Ignatius contemplaba el fuego con expresión melancólica -Si lo que dices es cierto, no sólo resultaría que un miembro de la Sociedad que goza de confianza habría salido del Círculo. Además, habría formado su propio Círculo.

-Así parece.

Edison miró por las ventanas de la biblioteca. Una de ellas estaba abierta de par en par; comprendió que había estado abierta desde antes de que él llegase, en un intento de ventilar la habitación. Pero aún olía el débil residuo de humo mezclado con opio.

En los últimos tiempos, Ignatius usaba cada vez más la droga y había comenzado a consumirla de diversas formas. Edison pensó que el dolor debía de haber aumentado.

-Es algo deplorable -los ojos de Ignatius centellearon de indignación -Y deberán encargarse de ello como es debido los responsables de la Sociedad Vanzagariana. No debe permitírsele que ponga sus manos sobre el *Libro de los Secretos.*

-Dudo que esté más cerca del libro que nosotros -Edison se respaldó en su silla -Por eso ha enviado a su discípulo a que me espíe.

Había decidido no mencionar la complicación provocada por el desafío ritual del joven luchador. Ignatius ya tenía bastantes preocupaciones en ese momento.

-Se me ocurre -dijo Ignatius con lentitud -que este maestro corrupto podría estar usando la Estrategia de la Distracción para interferir con nuestra búsqueda...

Se interrumpió con un ronco gemido, cerró los ojos con fuerza y se llevó una mano al estómago. Duras líneas de dolor rodearon su boca.

Edison se puso rápidamente de pie.

-¿Quieres que llame para que alguien te traiga otra dosis de tu medicamento?

-No, gracias -Ignatius abrió los ojos e hizo una trémula inspiración -Esperaré a que te vayas. No puedo pensar con claridad cuando estoy bajo la influencia de esa sustancia. Y ahora, ¿dónde estábamos? Ah, sí, el maestro bribón. Buen Dios, ¿y si él se apoderase del libro antes que nosotros?

-Cálmate, Ignatius. No debes agitarte.

-Si sucediera algo así, la Sociedad quedaría avergonzada ante los ojos de los monjes de los templos vanzagarianos. Sería la peor de las traiciones -Ignatius se apoyó en el brazo de su silla -No debe suceder.

-Te juro que, sea quien sea ese maestro corrupto, no pondrá sus manos en el *Libro de los Secretos.*

Edison pensó que era hora de marcharse. Ignatius necesitaba su medicina.

Media hora después, Edison subía la escalinata del frente de la casa de lady Ames y golpeaba el llamador. Mientras esperaba a que el ama de llaves lo atendiese, miró al azar por encima del hombro.

Con sus grupos de árboles y sus extensos setos, el parque que estaba al otro lado de la calle ofrecía abundantes sitios para que se ocultara cualquiera que estuviese siguiéndolo. Se preguntó si el luchador Vanza estaría observándolo en ese momento, al abrigo de algún matorral.

Se le ocurrió que toda la cuestión parecía girar en torno de trampas y cebos de una u otra clase. En el presente, él y Emma desempeñaban papeles similares.

Sonrió para sí al recordar cuánto se había acalorado la noche pasada, cuando él había ofrecido mostrarle su tatuaje. Hasta le había parecido ver un resplandor de deseo femenino y lúdica curiosidad en sus brillantes ojos.

Se abrió la puerta y la señora Wilton le hizo una reverencia. Parecía cautelosa.

-Buenos días, señor Stokes.

-A usted, señora Wilton. ¿Tendría la bondad de decir a la señorita Greyson que estoy aquí?

La señora Wilton carraspeó.

-Bueno, señor, en cuanto a eso, me temo que, en este momento, la señorita Emma no esta.

-¿Salió? ¿Otra vez? -la agradable impaciencia que había estado sintiendo se evaporó en un instante -Maldición. Ella sabía muy bien que yo pensaba visitarla esta tarde.

-Lo siento, señor, pero ha sucedido algo inesperado.

-¿Adónde diablos ha ido?

-Hace una hora recibió un mensaje de una persona llamada lady Exbridge, pidiéndole que fuera a visitarla esta tarde -dijo la señora Wilton -La señorita Emma dijo que usted comprendería.

Lo primero que se le ocurrió fue que no había entendido bien el apellido. Luego, sintió que se helaba.

-¿Lady Exbridge? ¿Está segura?

-Sí, señor.

-Diablos -el enfado se apoderó de él. Buena parte de eso iba dirigido a él -Tendría que haber imaginado esa movida. Como la vieja lechuza no podía llegar a ella a través de mí, ha dado un rodeo a mi alrededor.

En su cerebro surgió una tremenda imagen de Emma obligada a enfrentar a su formidable abuela. Victoria era capaz de ser despiadada; Emma, pese a todo su ánimo y su determinación, no tendría la menor posibilidad de enfrentarla con éxito.

Edison dio media vuelta y bajó deprisa la escalinata. Aún le quedaba la esperanza de llegar a tiempo para salvar a Emma de lo peor de la ira de Victoria.

Veinte minutos más tarde, golpeaba con furor la puerta principal de la fortaleza Exbridge. Jinkins, el mayordomo, abrió con su eterna expresión de crispado disgusto, con la que Edison estaba familiarizado. Siempre había sospechado que Jinkins había copiado esa expresión del repertorio de su patrona, reservado para su único pariente.

-Diga a lady Exbridge que deseo verla de inmediato, Jinkins.

Jinkins no se molestó en ocultar el brillo triunfal de sus ojos.

-Lady Exbridge me ha dado estrictas instrucciones de decir a las visitas que no está en casa.

-Fuera de mi camino, Jinkins.

-Mire, señor, no puede irrumpir sin más en una casa particular.

Edison no se tomó el trabajo de responder. Traspuso la puerta, obligando a Jinkins a hacerse a un lado.

-Señor, vuelva ya mismo aquí.

Jinkins persiguió a Edison por el vestíbulo.

Cuando llegó ante la puerta de la sala, Edison le echó una mirada.

-No se meta, Jinkins. Esto es entre lady Exbridge y yo.

Jinkins titubeó, presa de incertidumbre, aunque sabía que había perdido la escaramuza. Y aunque permaneció, fastidiado, detrás de Edison, no hizo más intentos de detenerlo.

Edison contuvo el impulso casi irresistible de irrumpir en la sala y arrebatar a Emma de las garras de Victoria. Se cubrió con esa capa de control duramente obtenida y abrió la puerta de manera tranquila, contenida.

Fue un esfuerzo inútil. Ninguna de las dos lo oyó entrar. Sentadas en el extremo más alejado de la habitación, estaban concentradas una en la otra. La tensión entre ambas llenaba el ambiente de amenazadora electricidad.

.....nada más que una dama de compañía -dijo Victoria con tono frío -¿Cómo es posible que Edison haya pensadlo en serio en el matrimonio? Es evidente que está usándola en algún oscuro plan.

-Teniendo en cuenta que es usted su abuela, deduzco que la felicidad de Edison es su principal preocupación.

-Tonterías. La felicidad es fugaz y efímera, por decir lo mínimo. No es una meta que

estimule el sentido del deber y la responsabilidad. Su persecución produce esa clase de comportamiento frívolo, licencioso que destruye familias y fortunas.

-Ah -Emma bebió un sorbo de té y adoptó un aire meditativo-. Entiendo.

Victoria se crispó de manera visible.

-,¿Qué es lo que cree entender, señorita Greyson?

-Lady Exbridge, su preocupación con respecto al sentido del deber y la responsabilidad en lo que atañe a Edison es completamente sana. Debe saber, tanto como yo, que él no es un derrochador y libertino como era su padre.

Se hizo silencio.

-Cómo se atreve -susurró Victoria; su taza hizo ruido al entrechocar con el platillo-. ¿Quién se cree usted que es para hablar así de Wesley? Él descendía de algunas de las mejores familias de Inglaterra. Era un noble y se movía en los círculos más exclusivos.

-Es triste comprobar que el linaje de un hombre tiene tan poca influencia sobre su sentido del honor.

La indignación de Victoria se hizo palpable.

-¿Dice usted, acaso, que Wesley Stokes no era un caballero honorable?

Emma se alzó de hombros.

-Por lo que he sabido, la idea que tenía su hijo del honor era muy similar a la de otros caballeros de sociedad.

-Yo diría que sí.

-En otras palabras, él no permitía que el honor se interpusiera en el camino de sus placeres -concluyó Emma.

La boca de Victoria se puso en movimiento.

-¿Cómo dice?

-Lady Ames me informó que, en el curso de su vida, breve pero muy activa, Wesley se las ingenió para perder las propiedades de la familia, participar en un par de duelos por lo menos, acostarse con las esposas de varios de sus amigos y perseguir a mujeres jóvenes que no tenían la protección de sus patrones y de sus familias.

-Usted no sabe nada de mi hijo.

-Oh, sí. Lady Mayfield, por ejemplo, lo recuerda bien.

-Y yo la recuerdo a ella -replicó Victoria -Hace treinta años, lady Mayfield no era más que una aventurera de bajo origen, que logró seducir a ese viejo tonto de Mayfield y casarse con él.

-Perdóneme, señora, pero, hasta hace poco, lady Ames fue un ama generosa y buena. No le permitiré que hable mal de ella. Es una dama que se preocupa por su personal; puedo asegurarle que eso la convierte en un modelo de virtud ante mis ojos.

-Eso no hace más que probar la bajeza de su concepto de la virtud.

-Debo admitir que mi carrera de dama de compañía me proporciona, me proporcionaba, quiero decir, una perspectiva poco común del mundo -dijo Emma -Muy pronto aprendí a conocer la verdadera naturaleza de los demás, sobre todo de los libertinos, los bribones y todos aquellos con tendencia a la crueldad y la corrupción.

-¿Ah, sí? -preguntó Victoria con acento helado.

-Ya lo creo -Emma inclinó la cabeza corno para hacer una confidencia -Mi supervivencia depende de tales observaciones, ¿entiende? Por inocente que sea la empleada, siempre es la que sufre cuando hay un problema. Ah, pero estoy segura de que usted está al tanto de eso, puesto que sabe qué le sucedió a la madre de Edison.

El semblante de Victoria adquirió un violento matiz de rojo.

-No permito que se mencione ese tema en esta casa.

-Lo entiendo. Le habrá destrozado el corazón saber que había criado un hijo tan irresponsable.

-Irresponsable.

-Estoy segura de que usted aún se lo reprocha. Y luego, saber que su único nieto estaba condenado a la ilegitimidad...

-Cállese. Le prohíbo que diga una palabra más.

-Debe de haber sido un enorme alivio para usted -continuó Emma -saber que Edison se asemeja más a usted que a su padre.

La boca de Victoria se abrió y se cerró como la de un pez fuera del agua. Le llevó unos segundos recuperarse.

-¿Edison? ¿Que se parece a mí?

Emma se las arregló para parecer atónita.

-En mi opinión, la semejanza es obvia. Sólo un hombre de profunda fortaleza y decisión podía salir adelante en la vida y amasar una fortuna a partir de la nada. Sólo un hombre con un sentido del honor y la responsabilidad hondamente arraigados podía rescatar las propiedades familiares de sus acreedores.

-Vea, Edison recuperó las propiedades de la familia para vengarse. No tuvo nada que ver con el honor.

-Señora, si usted piensa eso es porque ha permitido que la pena la ciegue con respecto a la verdadera naturaleza de su nieto -dijo Emma con suavidad -Si Edison hubiese buscado venganza, habría dejado que sufriese la humillación de la ruina. En cambio, usted está hoy aquí, en su bella mansión, con su ropa elegante y sus criados.

Victoria examinó a Emma como si se hubiese vuelto loca.

-Lo que él quiere es que yo me sienta en deuda con él. Por eso me salvó de la ruina. Fue un acto de arrogancia. Una manera de demostrarme que no me necesita a mí ni a las relaciones familiares.

-Eso es un disparate -Emma apoyó su taza -Sin embargo, esa afirmación es una prueba contundente de que son ustedes muy parecidos, en otro sentido. Los dos tienden a ser asombrosamente tercos.

-Qué audacia. Vea, señorita Greyson...

Edison decidió que ya había oído suficiente. Se apartó del marco de la puerta y entró en la sala.

-Perdónenme por interrumpir este delicioso *téte-a-téte,* pero ocurre que Emma y yo teníamos una cita esta tarde.

-Edison -Emma se volvió con vivacidad y sus ojos se encendieron con un tibio resplandor de placer -No oí que el mayordomo lo anunciara.

-Eso se debe a que Jinkins no lo anunció -Victoria miró, ceñuda, a su nieto -¿Qué le has hecho al pobre?

-Sólo me limité a decirle que se apartase de mi camino -Edison sonrió al tiempo que se detenía junto a Emma -Es un consejo que suelo dar a quienes se interponen entre mi persona y lo que yo deseo. ¿Está lista para partir, Emma?

-Sí.

Se levantó y le escudriñó el rostro, preguntándose cuánto habría oído de la discusión.

Edison, por su parte, pensó que la dejaría con la duda durante un tiempo. Se lo merecía, por remover en él esas extrañas sensaciones con su apasionada defensa del honor de él.

-Entonces, marchémonos.

La tomó del brazo y salieron juntos de la fría casa de su abuela.

21

-¿Volverá a hablarme alguna vez, señor? -dijo Emma, mientras desataba las cintas de su sombrero al entrar en el vestíbulo de Letty -¿O piensa permanecer sumido en ese silencio mientras dure mi trabajo?

Edison no dijo nada y entró a zancadas tras ella.

-Le aseguro que me recuerda usted a un personaje de una novela de horror -dijo ella.

Estaba provocándolo adrede. Sin duda sería un error, pero había llegado a hartarse de ese humor de sombría amenaza.

La entrevista con la abuela ya había hecho bastante para ensombrecer su espíritu para el resto del día. Pocas veces había visto una imagen tan triste como la de la austera y elegante lady Exbridge sentada como una reina, perdida en un castillo, en medio de una elegida soledad.

Se estremeció y recordó a Daphne. Ella y su hermana eran infinitamente más afortunadas que Edison y su abuela. Ya que, si bien era cierto que ella y Daphne siempre habían sufrido por falta de dinero, al menos podían consolarse mutuamente. No estaban solas en el mundo. No existía entre ellas ese muro impenetrable como el que había entre lady Exbridge y Edison.

Este arrojó su sombrero a la señora Wilton.

-Hoy no tendría que haber ido a ver a lady Exbridge, Emma.

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habían salido de la casa de su abuela. Emma no sabia si se había contenido para no reñir con ella en el trayecto de regreso a la casa de Letty por la presencia del cochero o porque su cólera lo dejaba sin palabras.

-Asombroso-dijo Emma, entregando su sombrero a la señora Wilton-. Al fin habla.

-Demonios - dijo Edison.

-¿Qué se supone que debería haber hecho cuando recibí la llamada de su abuela?

-Debería haberla ignorado.

-No podía hacer tal cosa, señor. Después de todo, es su abuela. Tenía derecho a conocerme y como usted no se había tomado la molestia de acordar una presentación apropiada.

-No había necesidad de presentación.

Emma sintió que el calor subía a su rostro. Desde luego, no había necesidad de presentarla como era debido a su única pariente. Después de todo, no estaban realmente comprometidos.

-Señor, tal vez usted y yo lo sepamos, pero la sociedad tiene una visión diferente del asunto-dijo con altivez..

De golpe tuvo conciencia de la presencia de la señora Wilton.

Los ojos de Edison se entornaron, amenazadores.

-Me importa un comino lo que opine la sociedad

-Lo ha dejado bien en claro.

Emma hizo esfuerzos desesperados Por hacerle una señal con los ojos, para recordarle de la presencia de la señora Wilton. Después de todo, él había tenido la idea de mantener esa ficción de compromiso ante todos, incluyendo al personal de la casa.

Edison disparó una penetrante mirada al ama de llaves que se removió, inquieta, con el sombrero de Emma en las manos. Luego, se volvió hacia ella.

-Mientras estemos prometidos, Emma, obedecerá mis instrucciones. Tenga en cuenta que soy su futuro marido. Sería conveniente que se acostumbre a obedecerme.

Aquello era demasiadlo. Emma condenó a la señora Wilton a la perdición.

-Señor, va usted demasiado lejos.

-Al parecer, no lo suficiente, puesto que no he dejado perfectamente claras mis instrucciones en relación con mi abuela. De aquí en adelante, le ordeno que no se acerque a lady Exbridge.

Emma abrió las manos, exasperada más allá de su entendimiento..

-¿Qué es lo que lo preocupa?

-Ella es un dragón -dijo Edison con brutalidad -Si tuviese la menor oportunidad se la comería viva.

-Le aseguro que soy capaz de cuidarme, señor.

-De todos modos, no quiero que la vea a solas. ¿Entendido?

-Ahora está muy bien que me dé indicaciones, pero hace dos horas, cuando llegó el mensaje de lady Exbridge, usted no estaba aquí y por eso no veo como puede reprochármelo.

La señora Wilton tosió.

-Le pido que me disculpe, señora, hay un mensaje para usted.

Emma frunció el entrecejo.

-¿Otro?

-Sí, señora -la señora Wilton levantó la bandeja de plata que estaba sobre la mesa del vestíbulo. Sobre ella había una hoja de papel doblada. -Llegó hace un par de horas. Inmediatamente después de que usted se marchara. El muchacho que la trajo me pidió que le dijese que era urgente.

-Me pregunto quien puede haberlo enviado.

Emma tomo la nota, sabiendo que Edison aún estaba furioso.

Lo ignoró mientras abría la misiva.

La leyó di prisa.

Señorita Greyson:

A raíz de sus comentarios de la otra noche acerca de las actrices, deduzco que usted sabe más acerca de este tema de lo que yo había supuesto. He estado pensándolo mucho desde que hablamos por última vez. Es obvio que la subestimé. Ambas somos mujeres de mundo. He decidido ser franca con usted.

Es imperioso que hablemos en privado en cuanto pueda. Debo explicarle ciertos hechos.

Señorita Greyson, le aseguro que seria altamente conveniente para usted encontrarse conmigo. Tengo que hacerle una proposición que usted encontrará muy interesante y provechosa.

Por favor, venga sola a mi casa tan pronto reciba esta nota. Debo advertirle que cualquier demora podría resultar peligrosa. No diga a nadie que piensa visitarme. Estaré en mi casa el resto del día, esperando su visita.

Suya

M.

-Cielos -Emma alzó la vista y vio que Edison la observaba con atención. -Es de lady Ames.

-¡Demonios! Déjeme verla.

Edison le arrebató la hoja de la mano y leyó el mensaje. Cuando levanto la vista, Emma vio en sus ojos ese brillo que conocía.

Sospechó que debía de haber una excitación similar en su propia expresión. Ambos sabían lo que significaba esa nota. Era evidente que Miranda había sucumbido a la presión de saber que Emma conocía su carrera de actriz.

Consciente de que la señora Wilton estaba allí, Emma conservó la expresión cortés y compuesta.

-Interesante, ¿no es así, señor?

-Mucho. Al parecer, ha funcionado la Estrategia del Cambio de Dirección.

Emma echo un vistazo al reloj.

-Aún no son las cuatro y media. Aun había hay tiempo de visitar a lady Ames.

-Un momento, por favor -dijo Edison -Quisiera pensar detenidamente en esto antes de que salga corriendo.

-No hay tiempo de pensar demasiado -Emma tomó su sombrero de manos del ama de

llaves y se lo encasquetó -Discúlpeme, señor, pero debo marcharme.

-Maldición, Emma, espere- echó una mirada inquieta a la desdichada ama de llaves-. Aún no he decidido cuál es la mejor manera de abordar esta situación.

-Acompáñeme a la casa de lady Ames -dijo Emma, mientras salía por la puerta -Podemos hablar de eso en el camino.

-Puede estar bien segura de que la acompañaré -dijo con tono ominoso, mientras la seguía por los escalones -Hay una cantidad de cosas que quisiera conversar con usted antes de que hable con Miranda.

-Sí, por supuesto, señor -Emma observó la calle. Primero tenga la bondad de detener un coche de alquiler.

-¿Para qué quiere sufrir la molestia de usar un sucio coche publico? -dirigió la mirada enfrente, donde su cochero esperaba junto al resplandeciente faetón, con su tronco -Usaremos mi carruaje.

-No, Miranda podría verlo en la calle y lo reconocería.

-Y qué?

-En su nota especifico que debía ir sola. Si usted me acompaña hasta su casa, debe permanecer fuera de su vista. El coche debe ser anónimo.. Si se queda usted en el interior, ella no lo vera.

Aunque Edison pareció dudar, Emma estaba segura de la sensatez de su argumento. Y él no tardaría en comprenderlo.

¿Por qué cada vez que me convenzo de ser el que da las ordenes pasa algo como esto? –murmuro.

De todos modos, se apresuro a hacer señas a un coche de alquiler que pasaba y ayudo a Emma a subir. El olor, una mezcla de vómito viejo, ya seco, y vino agrio le hizo fruncir la nariz. La experiencia le había enseñado a no examinar demasiado a fondo las manchas que había en el piso de cualquier coche de alquiler.

Edison subió tras ella y se sentó. Observó el interior con mal disimulado disgusto, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Miró a Emma. La excitación de ella era tan burbujeante que le llevó unos segundos notar la sombría expresión de los ojos de él.

-Escúcheme, Emma. Es lógico suponer que Miranda está aterrada -dijo.

-Sin duda -Emma pensó en las posibilidades -Cree que conozco su pasado pero no sabe en qué medida lo conozco.

-Eso significa que ha llegado a la conclusión de que usted no es un simple peón -dijo él -Se ha vuelto potencialmente peligrosa para ella. Debe tener sumo cuidado cuando hable con ella esta tarde. ¿Me ha comprendido?

-Creo que tiene razón cuando dice que Miranda ha llegado a la conclusión de que no puede manipularme con facilidad, pero dudo que me considere peligrosa. En su nota se refiere a una proposición. Quizá desee convertirme en su socia en su plan para usar el elixir.

-Eso tiene sentido.

-Quizá pretendía esta sociedad desde el principio. No puede esperar drogarme para que gane con los naipes una fortuna que disfrutará ella. Tarde o temprano tendría que confiarme su secreto.

Edison vaciló.

-Hay otra posibilidad.

-¿Cuál?

-Antes de explicársela, debo hacerle una pregunta directa. Y debe responderme la verdad.

-¿Qué pregunta?

Él le sostuvo la mirada:

-¿Disparó usted a Chilton Crane?

Emma se indignó de tal modo que casi no pudo hablar.

-Ya le dije que yo no lo maté. No lamento que haya muerto, pero, por cierto, no fui yo

quien le disparó.

La contempló durante largo rato y, al final, inclinó la cabeza como dándose por satisfecho.

-Muy bien. Si eso es verdad, podemos asegurar que Miranda nunca tuvo la intención de hacer de usted una socia en igualdad de condiciones. Creo que intentaba obligarla a que la ayudase a hacer trampas con los naipes.

-¿Qué tiene que ver eso con que yo haya matado o no a Crane? -Emma frunció el entrecejo -¿Cómo podría ella obligarme a hacer trampas con las cartas?

-Chantajeándola.

-¿Chantajeándome? -Emma estaba perpleja -Para hacer eso tendría que haber encontrado algo con que amenazarme. Algo que me hiciera temer el desafiarla.

-Es probable que haya encontrado algo por el estilo -dijo Edison -Pero yo le arrebaté ese arma de las manos.

-¿De qué está hablando, señor?

-Chilton Crane.

Emma sintió que se quedaba con la boca abierta.

-¿Chilton Crane?

Edison se echó adelante y apoyó los codos en los muslos con expresión fría y decidida.

-La muerte de Crane nunca me preocupó, pero el momento y el lugar me despertaron ciertas dudas. ¿Qué pasaría si hubiese sido Miranda quien sugirió a Crane que fuese esa noche a su habitación? Tal vez tuviese la intención de que los sorprendiesen juntos.

Emma se echó a temblar.

-Sin duda, en ese caso, yo habría sido despedida por lady Mayfield.

-Habría estado desesperada. Tal vez, hasta el punto de permitir que Miranda la obligase a participar de su plan.

-Pero no resultó así. Yo no estaba en mi cuarto cuando Crane llegó. Ya le dije que alguien lo siguió por el corredor y lo mató.

-Si usted no le disparó... -comenzó a decir Edison, pensativo.

-Le juro que no lo hice.

-Entonces, lo hizo otro -concluyó.

Lo miró:

-¿Miranda?

-Puede ser.

-¿Por qué habría de matarlo?

-Quizás esa noche lo siguió con la intención de ser ella quien lo descubriese en su cama. Pero las cosas salieron mal. Usted no estaba y no pudo comprometerla.

Emma tragó con dificultad.

-¿De verdad cree que cuando ella supo que yo no estaba en mi dormitorio, disparó a Crane? ¿Acaso quiere decir que ella esperaba que yo quedase bajo sospecha de asesinato?

-Es posible que, al ver que su plan fracasaría, se le ocurriera otra forma de alcanzar su objetivo. Sabía que usted sería la primera sospechosa si Crane era hallado muerto en su dormitorio..

-¿Le parece que puede haber pensado en ofrecerme una coartada para salvarme de la horca?

-Si hubiese hecho algo semejante, usted estaría obligada a hacer lo que ella quisiera.

Esa lógica tan serena y bien pensada la hizo temblar. Se abrazó a sí misma como si todas esas terroríficas posibilidades invadiesen su mente. Si no hubiese acudido a Edison esa noche, si él no hubiese dicho ante todos que ella había estado en su cama cuando ocurrió el crimen...

-Espere -Emma se volvió bruscamente hacia él. -De acuerdo con su versión de los hechos, Miranda habría ido a mi dormitorio esa noche dispuesta a matar a Crane. ¿Cómo podía saber que todo se echaría a perder porque yo no estaba en el cuarto? ¿Está diciendo que ella había llevado la pistola consigo, pensando en la posibilidad de que las cosas no salieran de acuerdo con su plan?

-Me parece muy probable que Miranda tenga la costumbre de llevar una pistola en su bolso -repuso. Cuando yo registré su habitación aquella noche, en el castillo Ware, encontré el estuche de una pistola. Había una reserva de pólvora y algunos proyectiles, pero el arma no estaba.

-En ese caso es probable que la tuviera consigo murmuró Emma.

-Sí. Es probable que después de disparar a Crane bajara y esperara que descubriesen el cadáver.

-Por eso se impaciento y envió a la criada a mi cuarto con el servicio de té, para apresurar el descubrimiento..

-Así parece -dijo Edison.

Emma tamborileo los dedos sobre el asiento.

-¿Cuándo se le ocurrió la idea de que Miranda podría ser la asesina?

El se encogió de hombros.

-En aquel momento la posibilidad se me cruzó por la cabeza, cuando vi que faltaba la pistola. Pero había otras explicaciones verosímiles de la muerte de Crane.

Emma le lanzó una severa mira de soslayo.

-¿Entre ellas la de que yo disparara? -Edison sonrió sin ganas.

-Ya le dije que no tenia grandes objeciones a la idea de que usted hubiese matado a Crane, aunque presentara ciertas dificultades. Primero y principal, tuve que asegurarme que usted no se descubriese y arruinase la coartada que yo le proporcionaba. Admito que concentré mi atención en eso hasta que estuvimos bien lejos del castillo Ware.

-¿Por qué me cree cuando digo que yo no maté a Crane? -La miró con ojos resplandecientes

-No creo que me mienta ahora. Sobre todo, después de lo sucedido entre nosotros, que usted, de manera tan encantadora, llama incidente.

Emma se quedo mirándolo.

-¿Afirma, acaso, que puede confiar en mi solo porque hemos... hemos estado en situación intima?

-En realidad, creo que he llegado a confiar en usted antes de que hiciéramos el amor -dijo, pensativo -Y no le he preguntado otra vez acerca de la muerte de Crane porque no tuve necesidad de convencerme de que usted no lo mato. Hasta ahora, quiero decir.

-¿O sea que nunca le preocupó la posibilidad de haber empleado a una asesina?

Edison sonrió..

-No, en tanto la víctima fuese Chilton Crane.

Emma se sintió invadida por una inesperada calidez.

-Estoy conmovida, señor. Muy... muy conmovida. , en verdad. Le aseguro que es usted único en mi larga lista de patrones.

Él se encogió de hombros.

-Siempre he tenido cierta tendencia a la excentricidad. -La agradable calidez se desvaneció.

-Entiendo. De modo que sólo su naturaleza excéntrica explica por qué emplea a una posible asesina.

-Ahá.

Enfadada, insistió.

-¿Daría lo mismo cualquier asesina? ¿O sólo está dispuesto a emplear a cierta clase de asesina?

Los ojos de Edison chispearon.

-Soy muy selectivo.

Emma llegó a la conclusión de que era preferible abandonar la cuestión.

-Volvamos al asunto central. Todavía no puede estar seguro de que Miranda realmente mató a Crane. Después de todo, estamos hablando de asesinato. Seguramente, Lady Ames no se arriesgaría a cometer un acto tan peligroso para... para...

-¿Asegurarse una fortuna? Al contrario, pienso que es posible que Miranda sea una oportunista que ya ha asesinado para apoderarse de la receta descifrada del *Libro de los Secretos* e incluso del propio libro.

-¿A Farrell Blue?

-Sí. Si eso fuera cierto, ¿por qué no habría de matar por segunda vez?

Emma se volvió otra vez hacia la ventanilla, con sus ideas hechas un torbellino.

-Recuerdo lo asombrada que pareció cuando usted anunció nuestro compromiso esa noche, allá en el pasillo. Yo supuse que había sido porque le parecía una unión inverosímil. Pero es lógico pensar que puede haber tenido esa expresión al ver, de repente, que sus planes se habían estropeado por segunda vez, esa noche.

-Se había arriesgado a cometer un asesinato y había sido en vano. Se quedó sin premio.

Emma hizo una mueca.

-No me considero un premio, señor.

Edison se puso incómodo.

-No quise decirlo en ese sentido -musitó-No es la palabra apropiada.

-Sí, es verdad -suspiró y se enderezó en el asiento -De cualquier modo, no es peor que considerarme un cebo.

Las cejas de Edison formaron una línea torva.

-Emma...

-Volviendo a nuestro problema -lo interrumpió sin alterarse -, a mi juicio, nada de lo que usted ha dicho cambia el modo en que yo debo tratar con Miranda.

-Creo haber expresado con claridad que ella es peligrosa. Muy probablemente, ya haya asesinado dos veces.

-Sí, pero piense un poco, señor -Emma le dirigió una sonrisa brillante -Yo soy la única persona que no se atrevería a matar. Necesita mi ayuda para su plan.

Edison resopló lentamente, sin apartar jamás la vista del rostro de ella.

-Sin duda, ese hecho le asegura a usted cierta inmunidad contra su veneno. Pero no debe correr riesgos innecesarios, Emma. Escúchela. Oiga su propuesta. Averigüe todo lo que pueda, pero no la provoque.

-Señor, créame; ahora que la sospecha de que puede haber cometido dos asesinatos se consolida, procuraré no hacer nada tonto o temerario.

-Me sentiría mucho más tranquilo al respecto si no sintiera que nuestras respectivas definiciones de la palabra *temerario* son muy diferentes.

-Ningún hombre que se asocia con conocidos contrabandistas y que no vacila en encontrarse con un villano cerca de los muelles, en mitad de la noche, está en condiciones de aleccionarme sobre el tema.

Edison sonrió, a su pesar.

-En verdad, es usted demasiado impertinente para trabajar con éxito como dama de compañía, ¿sabe?

-Con un poco de suerte, mi economía pronto se recuperará y no será necesario que vuelva a servir -miró por la ventanilla -El coche está aminorando la marcha. Hemos llegado a la calle de Miranda.

Edison observó la hilera de elegantes casas.

-Sé que empiezo a sonar como usted cuando tiene una de sus premoniciones, pero esto no me agrada.

-¿Qué podría pasar?

-Preferiría no pensar en la lista de cosas malas que podrían pasar, si no le importa. Es demasiado extensa -la mandíbula de Edison se puso rígida -Muy bien. Esperaré aquí, en el coche, mientras usted se encuentra con ella. Pero debe prometerme que si siente cualquier clase de inquietud no vacilará en marcharse de inmediato.

-Le doy mi palabra

El coche se detuvo a varias puertas de la casa de Miranda, como Edison había ordenado. Emma se apeó y caminó el resto del trayecto.

Esa tarde, el lugar tenía un aspecto muy diferente del que había tenido la noche del baile. Emma recordó, que en aquella ocasión, la calle estaba llena de carruajes.. En la escalinata de la casa de Miranda se apiñaban los invitados lujosamente ataviados. Las luces brillaban en todas las ventanas de la casa. Del salón de baile llegaba la música. La escena

había estado animada por una actividad casi febril.

Ese día, no existía una atmósfera tan animada en la residencia, pensaba Emma, mientras subía los peldaños y golpeaba el llamador. Más aún, parecía demasiado tranquila.

Un escalofrío la sacudió.. Sintió que le sudaban las palmas de un modo familiar. No, por favor, pensó. Otra premonición, no. Ya he tenido demasiadas, últimamente.

Echó una mirada por encima del hombro mientras esperaba que atendiesen su llamada. Las otras casas parecían apagadas y silenciosas. Desde luego, eran casi las cinco de la tarde, recordó, la hora en que la gente se paseaba por el parque para ver y ser vista.

A esa hora, la mayor parte del mundo elegante montaba espectaculares caballos o iba en el interior de elegantes coches, desfilando por los caminos del parque. Era la clase de escena que seguramente Miranda adoraba. Que hubiese preferido quedarse en su casa toda la tarde esperando que fuese atendida su exigencia indicaba a las claras su urgencia en relación con la situación.

Nadie llegó para abrir la puerta. Emma apretó sus manos dentro de los guantes para aliviar el cosquilleo, pero no resultó.

Golpeó otra vez y esperó, agudizando el oído para captar el ruido de pasos en el vestíbulo.

Unos minutos después, no tuvo más remedio que concluir que nadie abriría. Pensó que, tal vez, Miranda hubiese salido, después de todo. Aun así, alguien tendría que haber atendido la puerta. Aunque también es posible que el personal doméstico hubiese aprovechado la oportunidad para disfrutar de un poco de tiempo libre.

Los molestos cosquilleos siguieron fastidiándola. Dio unos pasos hacia atrás para observar las ventanas: todas las cortinas estaban corridas.

Suspiró. Era imposible ignorar la sensación de temor. En la casa de Miranda había ocurrido algo malo.

Se volvió y corrió hacia el coche que aguardaba. Era hora de emprender una acción más enérgica. Esperaba que Edison no se lo pusiera difícil.

22

Edison frunció el entrecejo.

-¿Entrar en la casa de Miranda? ¿Se ha vuelto loca?

-Pienso que ha pasado algo malo -Emma miró por la ventanilla del coche de alquiler. La escalinata del frente de la casa aún seguía desierta. Nadie había llegado ni se había marchado durante los minutos que llevaba discutiendo con Edison -Ni siquiera están los criados en la casa. Miranda tiene muchos, como usted recordará. Seguramente, tendría que haber una doncella o un lacayo.

-Maldición -con todo, Edison se inclinó hacia adelante para observar la escena -Yo sabía que ésta era una mala idea.

-¿Y bien, señor? ¿Vamos a investigar o no?

Edison vaciló un minuto más. Luego, volvió su atención a ella. Entonces, Emma vio su expresión sombría y comprendió que estaba tan preocupado como ella.

-Nosotros no haremos nada -dijo él -Usted esperará en el coche. Yo iré a ver si hay alguien en el jardín.

-Yo lo acompañaré -dijo Emma con firmeza -Si ha sucedido algo malo, será mejor que estemos los dos para enfrentarlo.

-No, Emma.

Hizo el gesto de abrir la portezuela.

-Espere -lo sujetó de la manga -Escúcheme, si va solo, alguien podría confundirlo con un asaltante.

-Que es lo que seré si las cosas son como usted las describe. No quiero que se involucre.

-Tonterías. Si nos mantenemos juntos, podremos afirmar que estábamos invitados a hacer una visita social y que, al ver que nadie atendía la puerta, nos hemos preocupado por la seguridad de Miranda. Y sería la pura verdad.

-Olvídelo -Edison abrió la puerta y se apeó. Se volvió para mirarla -Quédese aquí, ¿me entendió?

Cerró de un portazo sin esperar respuesta y echó a andar hacia la esquina.

Emma esperó hasta que él estuvo fuera de su vista, luego lo siguió.

En cuanto estuvo en la esquina se dio cuenta de que había esperado demasiado. Ya no veía a Edison por ninguna parte. Ya se había esfumado por el sombrío callejón que corría entre los muros de los jardines. Las ramas de los árboles se alzaban sobre el callejón, a ambos lados. El follaje del final de la primavera era espeso y pesado, y formaba un verde entoldado por encima.

Se apresuró a recorrer el oscuro callejón y se detuvo, tratando de orientarse. Desde ese lado era difícil discernir cuál era la puerta que daba al jardín de Miranda. Trató de recordar cuántas casas había pasado cuando fue a llamar a la puerta, unos minutos antes. ¿Cuatro? ¿O cinco? No las había contado.

Se detuvo ante la cuarta puerta y dudó otra vez. Se le ocurrió que podría suceder algo extremadamente desagradable si entraba, por accidente, en el jardín equivocado.

-Se podría pensar -dijo Edison en voz baja desde arriba de la pared del jardín -que ya debería saber que usted no acepta órdenes.

La muchacha saltó hacia atrás y alzó la vista.

-Edison.

Lo buscó, frenética, entre el follaje; le llevó unos minutos encontrarlo. Era casi invisible en medio del verdor de las plantas que pasaban por encima de la pared.

Cuando al fin lo vio, lo miró con severidad.

-No vuelva a hacer eso, señor. Me dio un susto terrible.

-Se lo merece. Bueno, ya que está ahí, podría entrar en el jardín. Sin duda, es más prudente tenerla cerca, donde pueda vigilarla, que dejarla librada a sus propias maquinaciones.

Desapareció y un instante después la puerta se abrió con un leve chirrido. Emma se escabulló rápidamente en el interior del jardín. Los setos le tapaban la vista de la parte trasera de la casa.

-Sígame -dijo él.

La condujo por un laberinto de vegetación, evitando los senderos, hasta que salieron cerca de la puerta de la cocina. Luego, inspeccionó un momento la casa.

El silencio tenía una cualidad ominosa que emanaba de las profundidades de la casa. Emma se dio cuenta de que, aunque ella había insistido en llegar hasta allí, ahora no quería entrar.

-Quédese aquí -susurró Edison.

Esperó a la sombra de un seto y lo vio subir los escalones para probar la puerta trasera.

Ésta se abrió con facilidad; Edison echó una mirada a Emma. Ella se dio cuenta de que él tenía intención de entrar. Aspiró una gran bocanada de aire para darse ánimos y subió corriendo los peldaños para reunirse con él.

El silencio amenazador que se percibía en el exterior no era nada comparado con el interior penumbroso. La cocina estaba desierta, aunque reinaba en ella una sensación general de orden. Las mesas de trabajo estaban recién fregadas. Una cesta con vegetales estaba dispuesta para preparar la cena. En una cazuela había unas cuantas palomas limpias y desplumadas.

-No da la impresión de que hubiese decidido de repente cerrar la casa y dejar la ciudad -observó Emma.

-No.

Edison, seguido de Emma, atravesó la cocina hacia el corredor trasero. Ella reconoció de inmediato el ambiente. Había estado allí la noche que siguió a Swan por la escalera del fondo. Echando una mirada por el pasillo, vio que la puerta de la biblioteca estaba cerrada.

Otro escalofrío terrible la sacudió. No podía apartar su vista de la puerta.

-Edison, la biblioteca.

Él la miró con extrañeza pero no hizo preguntas. Cruzó el corredor y abrió la puerta.

Al ver el caos que había dentro, Emma contuvo el aliento. La biblioteca estaba completamente revuelta, pero no fue eso lo que le hizo sentir que el estómago se le subía a la garganta.

El olor de la muerte era inconfundible.

Retrocedió, tambaleante. Con gesto instintivo, buscó en su bolso un pañuelo para llevárselo a la boca. Respiró a través de él, contemplando horrorizada el cuerpo desmadejado y caído sobre la alfombra de la biblioteca.

-Oh, Dios mío, Edison. ¿Es... ?

-Sí, es Miranda -Edison entró en la habitación y se detuvo junto al cuerpo -Muerta de un disparo.

Sin mucha convicción, Emma dio un paso hacia el interior. No podía apartar la vista de la mancha de sangre que empapaba el corpiño del vestido de Miranda.

-¿Cómo ha podido suceder esto en su propia casa? -pregunto -Los criados tienen que haber oído el disparo. Y ya que los menciono, ¿dónde están? ¿Por qué nadie dio la alarma?

-Tal vez ella les dijera que se marcharan antes de que llegase el asesino -Edison se acercó a una mesa y examinó los objetos esparcidos por el suelo junto a ella -Sin embargo, da la impresión de que había estado esperándola a usted.

Emma apartó la vista del cuerpo de Miranda y la concentró en los objetos sobre la alfombra, entre los resplandecientes zapatos de Edison. Había un frasco con hierbas, una tetera y una única taza. Cerca del servicio de té había una baraja de cartas caída y desparramada sobre la alfombra.

-Al parecer, pensaba hacerme otra de sus pruebas -Emma lo miró -Pero ¿por qué habría de hacerlo, si ya estaba convencida de que yo era una candidata apropiada para el elixir?

-Sí, pero si pensaba convencerla de que se asociara con ella, necesitaría persuadirla de que realmente podía adivinar los naipes bajo la influencia del brebaje.

-Tal vez eso explique por qué hizo que se marcharan los criados durante toda la tarde -dijo Emma marcando las palabras -Si pensaba hacerme una demostración de los efectos del elixir y exponerme los detalles de su plan, le parecería mejor hacerlo en privado.

Edison examinó lentamente el revoltijo. Los pocos libros con que Miranda había decorado los anaqueles estaban en el suelo. Había papeles esparcidos sobre la alfombra. El globo terráqueo se había desprendido de su soporte. Los cajones del escritorio estaban abiertos.

-Supongo que esto pudo haber sido la consecuencia de un asalto -dijo.

-No parece muy convencido.

-No lo estoy -fue hasta el escritorio y echó un vistazo a los cajones -Si tenemos en cuenta las circunstancias, debemos suponer que quien haya hecho esto estaba buscando la receta del elixir o el *Libro de los Secretos.*

-¿Cree que habrá encontrado algo?

-No tenemos manera de saberlo -Edison examinó la habitación -Aunque es probable que encontrara algo, ya que evidentemente llegó a la conclusión de que no necesitaba más a Miranda.

-Por Dios, Edison. ¿Qué debemos hacer ahora?

-La respuesta es obvia. Debemos salir de aquí lo más rápidamente posible.

La tomó de la muñeca, y ella se alarmó.

-¿Edison?

-Lo último que necesitamos ahora es que quede relacionada con un segundo crimen.

El estómago de Emma dio un vuelco.

-Pero ¿cómo es posible que alguien me relacione con este crimen?

-No sé, y no tengo intenciones de averiguarlo -la guió por la puerta hacia el corredor -Tenemos que salir de aquí antes de que regrese alguno de los criados.

-No pienso discutir con usted, señor.

-Es un cambio bastante agradable.

Se alejaron de la casa por el mismo sendero que habían recorrido para entrar. Emma no se dio cuenta de la tensión que sentía hasta que llegaron al callejón y comprobaron que continuaba desierto. Entonces, se apoderó de ella una sensación de mareo.

-¿Está bien? -Edison la miró preocupado -Está un poco pálida.

-Por supuesto que estoy bien. Ya he visto otro asesinato antes. Es el segundo que veo en menos de dos semanas -inspiró una bocanada de aire -A este paso, pronto me acostumbraré.

-Que afortunada, querida mía. Yo, por mi parte, tal vez tenga que recurrir a las sales.

Anduvieron deprisa por el callejón y salieron a la calle. Emma vio el coche que esperaba en la esquina. El cochero estaba sentado en su asiento, roncando apaciblemente. El caballo también dormitaba, con un casco recogido.

Edison golpeó el coche del lacio del conductor.

-Despiértese, cochero. Sus clientes han vuelto. Queremos partir de inmediato.

El cochero se despertó con un sobresalto.

-Sí, señor -tomó las riendas, dando un suspiro como quien ya ha sufrido demasiado -Típico de los de su clase -murmuro al caballo -Siempre están cambiando de idea. Primero, te dicen que esperes y, cuando al fin te acomodas para hacer una bonita siesta, te despiertan y te dicen que tienen mucha prisa por llegar a otro sitio.

Edison abrió con brusquedad la portezuela y empujó a Emma dentro. Subió tras ella, cerró la puerta y corrió las cortinillas.

Emma se rodeó con los brazos.

-¿Quién querría asesinar a Miranda?

-Yo no ducho de que hay muchas personas, entre las cuales se cuentan algunas esposas celosas, que lo habrían hecho con gusto -Edison se apoyó en el respaldo y miró a Emma -Pero, en esta circunstancia, pienso que podríamos suponer que quien la mató estaba relacionado con este maldito asunto del libro desaparecido y de la receta.

-Sí -Emma se masajeó las sienes -Pero, Edison, usted mencionó los celos como

motivo.

-¿Y con eso, qué? No creo que, en este caso, sean una explicación posible.

-Se olvida de alguien que tenía buenos motivos para estar celoso de los numerosos amantes de Miranda.

Hubo una breve y áspera pausa.

-Es cierto -dijo Edison en voz baja -Sería mejor que nosotros encontráramos a Swan antes que las autoridades lleguen a la misma conclusión. Necesito hacerle algunas preguntas.

-¿Por qué piensa que las responderá?

Edison sonrió con aire enigmático.

-Le ofreceré un trato. A cambio de darme la información que busco, relacionada con el pasado de Miranda, le prestaré ayuda para eludir a las autoridades, en caso de que decidiesen arrestarlo por el asesinato de esa mujer.

Emma se paralizó.

Edison la miró.

-¿Qué sucede?

-Nada.

-Maldición, Emma, no estoy de humor para juegos. Dígame qué es lo que la molesta de mi plan.

-No tiene mucha importancia, señor. De repente, se me ocurrió que el trato que piensa ofrecer a Swan se asemeja mucho al que ha hecho conmigo.

El hombre se mostró, a un tiempo, irritado y abatido.

-Eso no es verdad.

La mujer se alzó de hombros.

-Salvarme de la horca a cambio de ayuda en sus averiguaciones. Me suena muy familiar. Pero debo advertirle que no creo que resulte en el caso de Swan.

En la mirada de Edison chisporroteó fugazmente el enfado. Pero éste desapareció casi de inmediato, oculto bajo la capa de helado control que él ejercía con tanta facilidad.

-En lo que estoy proponiendo no hay nada similar a los arreglos hechos entre usted y yo -dijo con tono apacible -Dejemos eso y dígame por qué cree que no resultará.

-Creo que realmente la amaba -susurró -Tal vez la matara. Pero no creo que le venda ninguna información acerca de ella que pudiese enturbiar su memoria, ni siquiera para evitar la horca.

-Parece muy segura.

Emma apretó las manos sobre el regazo.

-Lo estoy.

-Su fe en el verdadero amor es bastante conmovedora. Pero, según mi experiencia, la mayoría de las personas se comportan de manera muy práctica en todo lo que se refiere a la vida, la muerte y el dinero.

-Recuerde lo que le digo -dijo Emma -No podrá sobornar a Swan. Pero, si no ha sido él quien la mató, tal vez pueda obtener su ayuda haciéndole una promesa.

-¿Qué promesa?

-Júrele que tratará de encontrar a la persona que asesinó a la mujer que él amaba.

23

-Quizá no lo creas, Emma, pero todos dicen que Swan, ese criado tan extraño, regresó a la casa ayer por la tarde y mató a Miranda de un tiro -anunció Letty con repulsivo deleite.

Emma apartó el montón de periódicos que había estado hojeando con la esperanza de descubrir novedades de *The Golden Orchid.* Como de costumbre, no había información alguna sobre un barco demorado que regresara con una fortuna para sus inversores. Observó a Letty, resplandecía de excitación.

La noticia de la muerte de Miranda había llegado al mundillo elegante poco antes del desayuno. A Emma se le ocurrió que era insólito el modo en que los rumores se difundían en la sociedad.

-¿Las autoridades están seguras de que Swan fue quien la mató? -preguntó, cautelosa.

Había preguntado exactamente lo mismo a Edison y no estaba satisfecha con la explicación. De hecho, cuanto más pensaba en la posibilidad de que Swan fuera el asesino de Miranda, tanto menos creía en esa posibilidad.

No es que sea incapaz de imaginar a Swan matando a Miranda en un arranque de rabia, pensó. Ya se sabía que las intensas pasiones provocaban reacciones peligrosas en las personas inestables. El problema era que una respuesta tan inmediata no le parecía cierta, en este caso. Le sonaba demasiado sencilla y demasiado oportuna, teniendo en cuenta el extraño asunto del *Libro de los Secretos.*

Sospechaba que Edison era de una opinión parecida, aunque estuviese resuelto a encontrar a Swan y a hablar con él.

-Desde luego. A decir verdad, Calista Durant me informó que Basil Ware estaba hablando de contratar a un detective para buscar a Swan y llevarlo ante la justicia.

Letty se sirvió otra taza de té y se sentó en el sofá amarillo.

Se había quitado el sombrero hacía unos minutos, después de haber entrado como una exhalación por la puerta principal, traída por la noticia del asesinato. Pero estaba tan ansiosa por divulgar los últimos rumores que no se había detenido a cambiarse. Todavía llevaba el vestido que se había puesto para ir a hacer sus visitas de la tarde. Era una creación de muselina morada y amarilla, con un escote tan profundo que buena parte de su busto amenazaba con escaparse de él.

Emma había pasado el día en la casa, esperando con impaciencia una palabra por parte de Edison. Eran casi las cinco; sin embargo aún no había llegado para contarle cómo le había ido en su búsqueda de Swan.

-¿Dicen por qué el sirviente de Miranda querría matarla? -preguntó Emma.

Los ojos de Letty brillaron.

-Según su ama de llaves, no era un secreto que Miranda retozaba regularmente con él. Cuesta creerlo, ¿no?

-No tanto -repuso con sequedad -Cuando empecé mi carrera de dama de compañía, me asombró saber la cantidad de damas de sociedad que echaban una cana al aire con algún apuesto lacayo.

-Sí, claro, querida, eso lo sabe todo el mundo. Sin embargo, Swan era cualquier cosa menos apuesto -Letty se interrumpió y apretó los labios, mientras pensaba en el asunto -Sin embargo, debo admitir que él tenía algo de temible que podría atraer a una mujer como Miranda.

-¿Una mujer como Miranda?

-Siempre me pareció que sus gustos en la materia tendían a ser un tanto perversos.

Emma alzó las cejas. Recordó que, no hacía mucho, Letty había ensalzado a Miranda como "lo mejor de lo mejor", y "un verdadero ejemplo de estilo y elegancia". Daba la impresión de que los hambrientos chacales del Mundo Elegante ya se habían vuelto sobre su víctima más reciente. Ni siquiera podía uno morirse sin convertirse en sujeto de desagradables comentarios en la alta sociedad.

-Letty, ¿estabas diciendo que Miranda y Swan tenían una aventura?

-Bueno, yo no llegaría al punto de dignificar esa clase de juegos llamándolo aventura,

querida. Pero, al parecer, ella lo invitaba a su cama de vez en cuando, si no tenía a mano un amante mejor.

-Eso no explica por qué la habría matado.

-Se dice que ella se había enfadado con él y que lo habría despedido sin más, la noche del baile. Al parecer, lo echó sin referencias. Según informan los criados, él hizo sus maletas y se fue de la casa antes del amanecer. Todos afirman que estaba furioso.

-Entiendo.

-La conjetura es que Swan habría estado merodeando cerca de la casa de Miranda desde entonces, esperando su oportunidad para vengarse. Ayer, cuando vio que los criados se tomaban la tarde libre, entró corriendo, disparó a Miranda y robó la platería.

-Ahá -con esfuerzo, Emma se sirvió una taza de té, esperando parecer calma y serena -¿Por qué Miranda habrá dado la tarde libre a todo su personal? Es un poco extraño, ¿no crees?

-Mira, no es un gran secreto. El mayordomo dijo a las autoridades que Miranda había dado permiso a su personal para que fuesen a la feria.

-Vaya, qué generosa -murmuró Emma -Muy insólito en ella.

Letty rió entre dientes.

-Si quieres saber mi opinión, sospecho que Miranda quería recibir en privado a su nuevo amante, y por eso se deshizo de los criados.

-¿Qué motivo tenía para querer tanta intimidad en una cita amorosa? Jamás procuró ocultar a ninguno de sus amantes. Para ser más precisa, al contrario, solía jactarse de sus aventuras.

-Quizá fuera el nuevo amante quien insistió en el secreto -dijo Letty.

No cabía duda que las murmuraciones de la sociedad ya habían encontrado explicaciones satisfactorias para todo el asunto. El pobre Swan estaba perdido, pensó Emma. Ojalá se hubiese marchado de la ciudad, por su propio bien.

Y, sin embargo, tal vez aún no supiera que su amada Miranda estaba muerta. En ese caso, Edison podría encontrarlo antes que el detective de Basil Ware.

-¿Por qué diablos tendría que creerte esta vez?

Cruzándose de brazos, Edison se respaldó en su silla y miró a Harry Una Oreja con escaso entusiasmo.

No le enfadaba tanto que Harry lo hubiese vendido al luchador vanza; conocía bien a su antiguo socio para saber que podía esperar de él cosas por el estilo de vez en cuando. Esa tarde estaba irritado porque Harry venía de los muelles y había traído consigo una considerable cantidad de barro y estiércol, que dejaba caer sobre la costosa alfombra oriental que cubría el suelo de la biblioteca.

Horas después de divulgarse la noticia de que no sólo el detective del tribunal de la calle Bow estaba buscando al antiguo sirviente de lady Ames, Harry había aparecido en la puerta de la casa de Edison.

Removiendo los pies al otro lado del escritorio, tuvo la decencia de parecer avergonzado.

-Sé que tal vez esté un poco enfadado por lo sucedido la otra noche. Pero le juro otra vez, señor Stokes, jamás me imaginé que ese bribón pensaba asesinarlo. Fue sólo un acuerdo de negocios, ¿sabe?

-Desde luego.

-Sabía que usted entendería -Harry compuso una débil sonrisa, que exhibió su ausencia de dientes -Sólo estaba intentando vender un poco de información a dos facciones que tenían interés una hacia la otra. Cómo podía saber yo que ese tipo quería hacerlo pedazos.

-Olvídalo, Harry. No tengo tiempo que perder en tus disculpas, por muy sinceras que sean.

-Sí que lo son; lo juro por el honor de mi madre.

-Bueno, creo que eso es un adelanto con respecto al de tu hermana. ¿Todavía sigue ganando tanto dinero con ese burdel que abrió el año pasado?

-Le va muy bien -aseguró Harry -Gracias por preguntar por ella. Toda la familia está orgullosa de Alice. De todos modos, sé que estoy en deuda con usted por haberme sacado del río. Un hombre tiene que pagar una deuda como ésa; por eso estoy aquí.

-Supongo que has venido en respuesta a mis averiguaciones.

-Tiene razón. Y no le cobraré por la información; eso debería confirmarle que cuando hablo de aclarar las cosas entre nosotros lo digo en serio.

Edison se interesó.

-¿Qué tienes para mí?

-Oí decir que estaba buscando a un tipo de apellido Swan, que solía trabajar para una señora muerta.

-¿Y bien?

-Creo que sé dónde está -dijo Harry, con tono sincero -Al menos, dónde estaba esta mañana temprano.

-¿Dónde?

-Por los muelles. Andaba por ahí, pidiendo trabajo. En ese momento, no lo relacioné con nada. Le dije que no necesitaba trabajadores. Pero después, cuando supe que usted estaba buscándolo, traté de volver a encontrarlo.

El instinto y la experiencia de Edison le decían que, esta vez, Harry estaba diciéndole la verdad.

-¿Lo lograste?

-No exactamente. Pero Moll, del Red Demon, me dijo que lo había visto más tarde. Dijo que tenía un aspecto muy raro, como si estuviese enfadado y triste al mismo tiempo. Swan dijo a Moll que se marcharía inmediatamente de la ciudad. Que había sucedido algo malo y que era muy probable que lo culpasen a él.

Edison frunció el entrecejo.

-¿Dijo adónde se marchaba?

-No -hizo girar su grasienta gorra entre los dedos -Pero le dijo a Moll que, antes de marcharse, tenía que ver a una dama.

Edison apoyó las manos sobre el escritorio.

-¿Mencionó algún nombre?

-No. Sólo dijo que era una dama.

Un escalofrío recorrió a Edison; se puso lentamente de pie.

-¿Cómo supo ella que Swan hablaba de ir a ver a una *dama* antes de marcharse de la ciudad?

-Porque Swan le dijo que en una ocasión había prometido no volver a arriesgar el pellejo por ninguna otra mujer mientras viviera, pero que este caso era diferente. Dijo que ella había sido buena con él. Y que ella estaba en peligro.

A última hora de la tarde seguía sin saber nada de Edison., Emma se retiro a la intimidad de su dormitorio para releer la carta que había llegado con el correo de la mañana. Mientras lo hacía, crecía en ella una sensación de inquietud. Conocía bien a su hermana menor. Daphne estaba a punto de hacer algo precipitado.

Mi queridísima Emma:

En tu última carta me dices que pronto tendrás todo el dinero que necesitamos. Ojalá tengas razón,

Porque te juro que no puedo quedarme mucho más aquí,, en el Colegio para Jóvenes de la señora Osgood.

Debo decirte que la señora Osgood está cada vez más rara. No creerías lo que sucedió la otra noche. Como no podía dormir, bajé a buscar un libro. (La última novela de horror de la señora York ha llegado ayer; nos hemos turnado para leerla en voz alta.)

Mientras iba por el pasillo hacia la biblioteca, noté que ha puerta estaba cerrada y

vi un resplandor que salía de debajo. Apoyé mi oído en ella y oí un ruido de lo más peculiar. Parecía como si hubiesen entrado animales salvajes y estuvieran revolcándose ahí dentro, entre los libros.

Se oían los más espantosos gruñidos y gemidos.. Y luego, oí un chillido escalofriante. Temí que estuviesen asesinando a la señora Osgood y, animándome, abrí la puerta.

El espectáculo que apareció ante mis ojos fue más asombroso aún que los fuegos artificiales que vimos hace dos años, en Vauxhall Gardens.

El señor Blankenship, un viudo respetable, dueño de una granja en el vecindario, estaba en el sofá. Estaba tendido sobre la señora Osgood..... imagínate. Tenia los pantalones por los tobillos y su gran trasero desnudo al aire. Las piernas, también desnudas, de la señora Osgood estaban extendidas una cada lado.

Por suerte, ninguno de los dos notó mi presencia. Puedes estar segura de que me apresuré a cerrar la puerta y volví a subir corriendo.

Querida hermana, debo decírtelo, sospecho que lo que he presenciado es eso que se conoce como hacer el amor. Si es así, me temo que toda esa encantadora poesía y esas novelas que hemos disfrutado, incluso los excitantes relatos de Byron, nos han inducido a error a ambas. Puedo asegurarte que era una escena es de lo más ridícula.....

Emma volvió a plegar la carta y miro por la ventana hacia el parque, al otro lado de la calle. Nostálgica, pensó que no se había sentido en absoluto ridícula en brazos de Edison. Ese momento de pasión en el coche le evocaría calidez durante el resto de su vida.

Un golpe en la puerta de su dormitorio la sacó de su ensoñación..

-Entre -dijo en voz alta.

Se abrió la puerta y Bess, la doncella, hizo una vivaz reverencia y le extendió una pequeña hoja de papel.

-He recibido un mensaje para usted, señora. Hace un momento lo ha traído un niño a la puerta de la cocina.

Dentro de Emma bulló la excitación. Si era afortunada, serían noticias de Edison. Quizás había hecho algún progreso. Se puso de pie de un salto y atravesó corriendo el cuarto para tomar la nota.

-Gracias, Bess.

Abrió el papel y leyó el breve mensaje, escrito con escasa elegancia.

Señorita Greyson:
Por favor, venga al parque. Tengo que hablar con usted. Está en grave peligro.
Suyo
Swan

-Dios mío -Emma levantó la vista -Bess, saldré a dar un paseo por el parque. Si viene el señor Stokes, te ruego le digas que me espere.

-*Sí,* señora.

Emma salió deprisa. Bajó corriendo la escalinata, tomó su sombrero del perchero y salió a la calle. Bajó los escalones, cruzó la calle entre dos carros llenos de heno y caminó con agilidad hacia el parque. Una estimulante brisa agitaba las hojas.

Se detuvo al comprender que no tenía forma de saber dónde estaba Swan. Supuso que estaría oculto entre el follaje. Lo más probable era que hubiese estado observando la casa, y la hubiera visto bajar los escalones hacía un momento.

-Señorita Greyson.

Al oír la característica voz ronca, se volvió.

-Swan.

Frunció el entrecejo al verlo allí, al abrigo de un árbol frondoso. Ofrecía una triste imagen. Ya no llevaba la espectacular librea azul de la casa de Miranda. En cambio, estaba cubierto de una vieja camisa harapienta y de una chaqueta y pantalones igualmente raídos.

Tenía un saco colgando sobre un hombro. Emma supuso que contendría todas sus pertenencias terrenales. También se veía que llevaba varios días sin afeitarse.

Pero lo que le estrujó el corazón fue la expresión desesperada de sus ojos.

Avanzó rápidamente hacia él y, cediendo a un impulso, se detuvo delante y le puso la mano sobre una manga manchada.

-¿Está usted bien?

-Han puesto a un detective tras mis pasos, señorita Greyson -se pasó el dorso de la mano por la frente -Pero creo que podré mantenerme fuera de su vista hasta que esté en camino hacia el norte.

-¿Mató usted a Miranda?

-Que Dios me ayude; cuando ella me echó, lo pensé por un momento -apretó los ojos un instante. Cuando los abrió, unos segundos después, su mirada era sombría -Pero le juro que no lo hice. Alguien la asesinó.

-Ya veo.

-Usted fue muy bondadosa conmigo en el castillo Ware, señora. No era como las otras señoras. No se rió de mí ni le pidió a Miranda que me prestara por una noche. Por eso he venido a advertirle, señorita Greyson.

-¿Advertirme de que?

-Está en grave peligro. Debe creerme.

-¿Yo? -Emma lo miró fijo -¿Por qué habría de estar en peligro?

Antes de que Swan pudiese responder, se oyó crujir los arbustos detrás de él. Swan ahogó una exclamación de sobresalto y giró en redondo. Su saco resbaló del hombro y cayó al suelo.

Edison salió del escondite de un frondoso matorral. Sus ojos eran fríos y escudriñadores.

-Sí, Swan. Dinos por qué la señorita Greyson está en peligro.

-Yo no maté a Miranda, lo juro -Swan retrocedió. Extendió una mano temblorosa como para mantenerlo apartado. -Por favor, debe creerme, señor. No soy un asesino. No merezco la horca.

Emma dirigió a Edison una mirada dura. Él debía entender que si asustaba a Swan no averiguarían nada. Pero Edison no le hizo caso. Siguió clavando en Swan una mirada inflexible que intimidaba al joven.

-Tú tenías lo que se podría llamar un excelente motivo, ¿no es así? -preguntó, con exagerada indiferencia.

Emma pensó que así no llegarían a ninguna parte. Avanzó un paso y se interpuso entre Swan y Edison.

-El señor Stokes le cree-. Swan dedicó al primero una mirada enfadada -¿No es así, señor?

Edison titubeó, pero luego se alzó de hombros.

-Estoy dispuesto a considerar otras posibilidades. En tanto sean convincentes.

Swan no pareció tranquilizarse. Emma miró de soslayo a Edison, luego dirigió a Swan una sonrisa resuelta.

-El señor Stokes encontrará al verdadero asesino -dijo. Los ojos de Swan se dilataron.

-¿Es verdad?

-Sí. Ahora, debe ayudarnos respondiendo unas preguntas que él le hará.

Edison mantuvo la vista fija en Swan.

-Yo no te pregunté si mataste a Miranda. Te pregunté por qué piensas que la señorita Greyson está en peligro.

-Pero eso era lo que estaba tratando de explicar a la señorita, señor -las grandes manos de Swan se abrieron y cerraron con movimientos espasmódicos -Me temo que la misma persona que asesinó a Miranda atacará a la señorita Greyson.

-Pero ¿por qué querría matarme? -preguntó Emma.

Swan le echó una mirada fugaz.

-Usted no me entendió, señora. No creo que quiera asesinarla. Al menos, no por ahora. Pienso que tratará de usarla de algún modo.

-Muy tranquilizador -dijo ella con sequedad.

-Maldición, hombre -Edison aferró a Swan por el cuello de su gastada camisa -¿Quién está tras la señorita Greyson?

-De eso se trata, señor -tartamudeó Swan, desesperado-. No sé bien quién es. Sólo sé que Miranda le temía y ahora está muerta; pienso que él quiere secuestrar a la señorita Greyson.

-¿Por qué? -preguntó Edison.

Swan pareció a punto de desmayarse. Emma no pudo soportar el pánico que vio en sus ojos y tocó la mano con que Edison aferraba el cuello del joven.

-Suéltelo, señor. Como puede ver, está poniéndolo demasiado nervioso.

-Me importa un comino de sus malditos nervios. Quiero respuestas.

-Bueno, de este modo, jamás las obtendrá -Emma apretó con sus dedos el brazo de Edison -Por el amor de Dios, le está apretando el cuello. Usted le impide respirar; menos todavía podrá hablar en esas condiciones. Suéltelo; entonces hablará con usted. ¿No es cierto, Swan?

-Sí.

El aludido no apartaba sus aterrados ojos de Edison.

Edison vaciló pero luego, con una mueca de disgusto, sacó la mano del cuello de Swan.

-Muy bien. Estás libre. Habla. Y hazlo rápido.

Emma sonrió a Swan para tranquilizarlo.

-Será más fácil si empieza por el principio. Háblenos de Miranda.

Swan parpadeó varias veces; por fin apartó la vista de Edison y miró a Emma.

-¿Qué puedo decir? Fui un tonto al creer que ella me amaba. A mí, su lacayo, nada

menos -se enjugó la frente con el dorso de su gran puño -Ahora, cuando miro hacia atrás, a ese tiempo con ella, es como si me viese a mí mismo metido en una pesadilla.

-¿Cuándo la conoció? -preguntó Emma con gentileza.

-Cuando empezó la temporada. Cuando ella llegó a la ciudad, no tenía ningún criado. Contrató un equipo completo de sirvientes por medio de una agencia; yo era uno de ellos -suspiró -Sólo aspiraba a trabajar en la cocina o en el jardín. Me quedé atónito cuando me dio una elegante librea y me dijo que sería su lacayo personal.

-¿Cuánto tiempo pasó hasta que te tomó como amante? -preguntó Edison con brutalidad.

-No mucho -Swan se miró los pies, calzados con gastadas botas -Creo que me enamoré de ella en el instante mismo que la vi. Era tan hermosa... Sólo ansiaba servirla. Cuando me invitó a su cama, pensé que estaba en el cielo, con un ángel.

-Yo diría que tenía más en común con una bruja -comentó Edison.

Swan no alzó la vista.

-Tiene razón, señor. Pero yo no lo comprendí hasta mucho más tarde. Me llevó mucho tiempo comprender que el único motivo que tenía para favorecerme era que la divertía. Como si fuera un perro faldero, no sé si me comprende.

-Oh, Swan -susurró Emma.

El interrogado alzó sus ojos hacia ella.

-Sólo me quería en su cama cuando estaba aburrida de sus finos caballeros amantes. Tendría que haber sabido que no debía enamorarme de una dama.

-Oh, Swan -repitió Emma -Nosotros, los que somos servidores, debemos ser muy prudentes con esa clase de cosas.

Edison le lanzó una mirada irritada y luego se volvió hacia Swan.

-Pasemos a temas más importantes que el estado de tu corazón. ¿Cómo descubriste que Miranda había sido actriz?

Swan pareció auténticamente asombrado.

-¿Conoce lo referido a su carrera teatral?

-Un poco -respondió -Cuéntanos todo lo que sepas al respecto.

-No hay mucho que contar -dijo Swan -Ella no quería que alguien lo supiera, estoy seguro. Pero una noche cuando volvió a la casa después de una fiesta, estaba de un talante extraño. Había bebido demasiado champán. Habló mucho de lo tontos que eran los hombres de la sociedad. De lo fácil que era engañarlos.

-¿Fue entonces cuando le dijo que había sido actriz?

-No exactamente -Swan se ruborizó -Primero, quiso que le hiciera el amor. Ahí, mismo, en la biblioteca, sobre el escritorio. ¿Pueden creerlo?

Emma lo miró de hito en hito.

-¿Sobre el *escritorio?*

-A veces, la gente de clase alta tiene ideas extrañas -explicó Swan.

-Sí, pero ¿sobre el escritorio?

-Una vez, insistió en que lo hiciéramos en la escalera -confesó Swan, poniéndose más rojo aún.

-Dios mío.

-Fue muy incómodo -admitió.

-Me imagino. Con esos peldaños tan duros. Quiero decir, cómo es posible que uno...

-Creo que estamos desviándonos del tema -interrumpió Edison, con aire hosco. ¿Qué pasó después del..., bueno, del incidente en el escritorio, Swan?

-Como ya dije, esa noche estaba de un humor extraño. Quería hablar con alguien. Aunque tenía a todos esos amantes finos y sus encumbrados amigos, creo que se sentía solitaria.

-Solitaria como una araña acechando a su presa -musitó Edison.

Emma le lanzó otra mirada de reproche.

-Continúe, Swan.

-Me dijo que, en una época, había sido una gran actriz. Habló mucho de que todos la

amaban cuando estaba sobre el escenario. Me dijo que no había nada comparado con el sentimiento que experimentaba cuando el público estallaba en frenéticos aplausos. A continuación, abrió la cerradura de un cajón del escritorio y me mostró una caja llena de antiguos programas y críticas.

-¿Le dijo cómo había hecho para pasar de actriz a dama de sociedad? -preguntó Emma.

Swan titubeó y frunció la frente mientras pensaba.

-Todo fue bastante vago, en realidad. Pero me dio la impresión de que un rico caballero se enamoró de ella y se casó, contrariando los deseos de su familia. Se fueron a vivir a Escocia porque el padre de él lo había dejado sin un penique. Pero después, cuando los padres de él murieron, él los heredó.

-¿Sería el difunto y nada lamentado lord Ames? -preguntó Edison.

Swan asintió.

-Sí. De todos modos, Miranda dijo algo así como que él había muerto poco después de recibir su herencia.

-Muy conveniente -observó Edison -Y, en efecto, el relato es bastante vago. He hecho ciertas investigaciones y no pude encontrar ninguna familia relacionada con Miranda. Hay un lord Ames en Yorkshire, pero no tiene ninguna relación.

-Miranda me dijo que su esposo no tenía otros parientes.

Edison arqueó las cejas.

-De modo que ella se quedó con toda la herencia, ¿no es así?

-Dijo que había usado el dinero para regresar a Inglaterra y ocupar su lugar en la sociedad -Swan lo miró -Eso es todo lo que sé con respecto a su pasado, lo juro. Excepto...

-¿Excepto qué? -lo instó Emma.

Swan frunció el entrecejo.

-No creo que haya heredado una gran fortuna. Sólo lo suficiente para vivir durante una temporada, de hecho.

-Eso explicaría por qué no pude obtener ninguna información con respecto a sus inversiones -musitó Edison -Es porque no tenía ninguna.

-¿Por qué piensa que sólo poseía fondos suficientes para una temporada social, Swan? -preguntó Emma.

-Porque estaba obsesionada por urdir un plan para hacer más dinero -respondió -Tenía idea de que, si resultaba, nunca más tendría que volver a preocuparse por su economía. No conozco los detalles de su plan, pero sé que la involucraba a usted, señorita Greyson.

Edison quedó pensativo.

-¿Cuándo llegaste a la conclusión de que la señorita Greyson era necesaria para el plan de Miranda?

-Durante la fiesta en el castillo Ware -dijo -Allí sucedió algo que convenció a Miranda de que pronto sería más rica que Creso. No sé de qué se trataba, sólo sé que ella estaba convencida de que necesitaba a la señorita Greyson para hacerlo funcionar.

Edison echó una mirada a Emma y luego volvió su atención a Swan.

-¿Mencionó Miranda alguna vez un libro o un manuscrito especial?

Swan volvió a fruncir la frente.

-No. A Miranda no le interesaban los libros ni cosas parecidas.

-¿Qué sabe usted acerca de su té especial? -preguntó Emma al instante.

Swan hizo un ademán, como desechando la idea.

-Sólo sé que ella siempre lo servía a sus nuevas amigas cuando las invitaba a jugar a los naipes. Afirmaba que era un excelente tónico, pero creo que ella nunca lo bebió, para decir la verdad.

-¿Dijo de dónde había sacado la receta? -preguntó Edison.

-No. Tal vez fuese algo que conoció cuando vivió en Escocia. He oído decir que allí comen y beben cosas extrañas.

-¿Crees que Miranda y su esposo viajaron al Continente? -preguntó Edison.

-Ella decía que jamás había tenido dinero para viajar -frunció de nuevo el entrecejo-. Pero una vez dudé...

-¿Con respecto a qué? -preguntó Emma con tono alentador.

-En realidad, no es nada. Pero, una vez, Miranda se encolerizó con una doncella que había volcado un poco de té sobre una de sus amigas. Maldijo a la muchacha en un idioma que yo jamás había oído. Después, la invitada se rió y la felicitó por su excelente dominio del italiano.

Emma vio aparecer en los ojos de Edison un brillo conocido. Sabía lo que estaba pensando; movió un poco la cabeza advirtiéndole que guardara silencio. Sonrió a Swan.

-Mucha gente aprende italiano, como también francés y griego.

-No creo que haya muchas actrices que sepan tantos idiomas -comentó Edison -Menos aún entre aquellas que siempre han trabajado en compañías itinerantes.

Emma no le prestó atención.

-Swan, ¿dedujo usted que Miranda había vivido un tiempo en Italia sólo porque conocía algunos insultos en italiano?

-Cuando su invitada se burló, Miranda dijo algo en el sentido de que había tenido un tutor siendo niña. Pero la invitada le respondió que ningún tutor enseñaría un lenguaje tan soez. Miranda se limitó a reír y cambió de terna. Pero yo sé que la pregunta la había puesto incómoda. En aquel momento, me hizo pensar -Swan hizo una pausa -¿Por qué mentiría acerca de haber viajado al extranjero?

-Realmente, ¿por qué? -repitió Edison en voz baja -Dime, ¿qué buscabas esa noche que registraste mi estudio?

Swan palideció; el pánico asomó otra vez a su semblante.

-¿Lo sabía? Le juro que no robé nada, señor. Sólo miré un poco por ahí.

-Sé que no robaste nada. ¿Qué esperabas hallar?

-No lo sé. Ése era el problema, no sé si me entiende.

-Es un modo bastante extraño de buscar -reflexionó Edison.

Swan se pasó la lengua por los labios y miró a Emma con expresión suplicante. Luego, volvió a Edison.

-Ya le dije que, de vez en cuando, a Miranda se le ocurrían cosas extrañas. Cuando regresarnos del castillo Ware, estaba obsesionada con la idea de emplear a la señorita Greyson en su plan. Pienso que fue demasiado lejos al tratar de obligar a la señorita a servirla. Pero ella dijo que usted se interponía en su camino, señor. Quería saber más acerca de usted.

-¿Mató a Chilton Crane intentando que la señorita Greyson perdiera su puesto con lady Mayfield? -preguntó Edison.

Una expresión desdichada crispó has facciones de Swan.

-En aquel momento me dije que mi bella Miranda no se rebajaría a asesinar para llevar adelante sus planes. Pero ahora no estoy tan seguro. Sé que aquella noche estaba furiosa, después de que usted anunciara su compromiso con la señorita Greyson, señor. El día siguiente me dijo que usted había arruinado todo, aunque no dijo cómo.

-Estaba convencida de que el compromiso era falso -dijo Emma -Por eso lo envió al estudio del señor Stokes, a buscar alguna prueba.

Swan exhaló un denso suspiro.

-Cuando regresé sin ningún dato útil, tuvo un ataque de rabia y me dijo que yo no servía para nada. Fue entonces cuando me despidió.

-¿Fue usted quien me disparó aquel día, en el bosque cercano al castillo Ware? -preguntó Edison con aire indiferente.

-¿Dispararle a usted? -fue evidente que la pregunta asombraba a Swan -No, señor, he juro que jamás hice semejante cosa.

Emma lanzó una rápida mirada a Edison. Éste quedó pensativo un instante y luego inclinó ha cabeza, como satisfecho por cierta lógica interna.

-Entonces, lo más probable es que haya sido Miranda -dijo, como si el incidente del bosque no fuese más que un breve y fastidioso encuentro con un insecto molesto -Un esfuerzo desesperado por librarse de mí, antes de que regresáramos a la ciudad.

-Sabía algo sobre pistolas -concedió Swan -Siempre llevaba una consigo, aunque a la larga no le sirvió de mucho. Una vez le pregunté si tenía miedo de asaltantes o forajidos. Y

me dijo que, en esos días, le preocupaban otra clase de villanos.

-¿Describió qué clase de villanos? -preguntó Edison.

Swan negó con la cabeza.

-No. Pienso que no sabía quién era. Sólo insinuó que tal vez alguien deseaba algo que ella poseía. Después de todo, tenía razón en temer, ¿no es cierto? Él la mató.

Edison pareció dudar, pero no dijo nada.

-Es verdad; lo juro, señor. Nunca quiso hablar de eso. Es cierto que yo quería protegerla, pero no podría pretender que me lo dijera, ¿verdad?

Edison lo observó con atención.

-¿Por qué piensas que ese misterioso villano podría estar tras la señorita Greyson ahora que Miranda está muerta?

Swan dudó.

-Dímelo -presionó Edison.

-Bueno, señor, es que después de haberme enterado de la muerte de Miranda, me puse a pensar. Lo único que a ella le importaba era su plan para hacer fortuna.

-¿Y entonces? -urgió Emma.

Fue Edison el que respondió.

-Swan ha llegado a una conclusión obvia, Emma. Si Miranda la necesitaba para que su plan funcionara, es lógico pensar que el que la mató a ella para apoderarse del secreto también la necesite a usted.

Esa maldita receta del té, pensó Emma.

-Ya veo.

Swan la miró con expresión desdichada.

-Lo siento, señorita Greyson.

Ella le puso la mano en la manga.

-No tiene por qué sentirse culpable por esto, señor Swan. La culpa no es suya.

-Tendría que haber hecho caso a los demás -dijo, apesadumbrado -Todos, desde el mozo de cuadra hasta el ama de llaves, me dieron el mismo consejo, pero yo no les presté atención.

-¿Qué consejo? -preguntó Emma.

-Todos me dijeron que no había nada más tonto o sin esperanzas que enamorarte de tu patrón.

25

Poco después, Emma, con los brazos cruzados, se hallaba a la sombra de un árbol viendo como Swan desaparecía por uno de los senderos arbolados del parque. En un momento, se había perdido de vista.

-Teníamos razón. En Italia, ella debió de ser la querida de Farrell Blue -dijo Edison en voz baja -Es probable que lo matara después de que él consiguiera traducir la receta del elixir.

-Siendo su amante, sin duda habrá averiguado lo suficiente acerca de Vanza para sospechar que algún día alguien llegaría en busca del libro.

Edison asintió.

-Por eso inició el incendio y arrojó el libro a las llamas, procurando cubrir sus pasos. Todo coincide.

Emma prestó oídos al susurro de las hojas en las ramas, muy consciente de la presencia de Edison junto a ella. Él había apoyado una mano en el tronco, cerca de la cabeza de ella, la otra estaba debajo de la chaqueta, apoyada en la cadera; también tenía la vista fija en el lugar por donde había desaparecido Swan y una expresión muy pensativa.

Emma lo miró.

-Fue muy bondadoso al enviar a Swan a su propiedad de Yorkshire.

-¿Bondadoso? -Edison frunció la frente -No hubo nada de bondad en ello. Alejarlo era la única actitud práctica que cabía.

Ella ocultó una sonrisa pasajera.

-Sí, claro, señor; cuando le dijo que se fuera a su propiedad, ¿cómo no supe de inmediato que como de costumbre usted estaba adoptando la actitud más práctica?

Él la miró de soslayo, irritado.

-En Windermere, Swan estará a salvo hasta que yo resuelva las cosas aquí, en la ciudad. Y, sobre todo, no me estorbará.

-Eso significa que no tendrá que preocuparse por él mientras atiende sus propios asuntos.

-No necesito más distracciones de las que ya tengo -tamborileó con un dedo en el tronco -Así como están las cosas, ya están bastante complicadas.

-Sí, claro -carraspeó-Y hablando de complicaciones...

Emma juntó valor.

-Acaba de ocurrírseme que yo me he convertido en una de ellas.

-¿Qué diablos quiere decir con eso?

-Usted me empleó para actuar como señuelo, para retener la atención de Miranda mientras buscaba el libro perdido -dijo de un tirón -Ahora que ella murió, ya no tengo ninguna utilidad para usted. Supongo que ya no me necesita..

-Maldición, Emma...

-Yo lo entiendo, señor -aseguró-Es que nuestro acuerdo ha terminado de una manera inesperada.

-Supongo que lo inesperado es el asesinato.

-Lo cual significa que ciertos detalles a los que antes no había prestado la debida atención ahora se han vuelto apremiantes.

-¿Apremiantes?

-Usted repitió varias veces que se ocuparía de ellos -dijo con tono de reproche -Pero nunca lo hizo. Y ahora que nuestra asociación ha terminado, yo debo insistir en que cumpla su parte del acuerdo.

Volvió la cabeza hacia ella con una luz amenazadora en sus ojos.

-Si se refiere a su maldita referencia...

-Prometió escribirla.

-Al contrario de lo que usted ha deducido, no ha completado aún las tareas que le encomendé.

-¿Cómo dice?

Sin quitar la mano que tenía apoyada en el árbol junto a la cabeza de ella, se inclinó hasta quedar muy cerca.

-Todavía la necesito.

Su boca estaba a unos milímetros de la de ella; de repente, a Emma le costó trabajo respirar.

-¿Es verdad?

-Sí, señorita Greyson; le aseguro que la necesito.

Quitó la mano de la cadera y rodeó con ella la nuca de la mujer. Se movió con tal rapidez que ella no adivinó su intención hasta que se sintió empujada contra el tronco del árbol. Ya era demasiado tarde para protestar, aunque hubiese querido hacerlo. Su boca se apretó contra la de ella con pasión y urgencia.

La explosión de sensaciones fue tan aguda e intensa como las otras veces que la había besado; Emma pensó: *Vaya con la teoría de que te acostumbrarás a* estas cosas. Lanzó un suave suspiro y enlazó sus brazos alrededor del cuello de él.

Edison le apretó los muslos entre sus piernas y ahondó el beso. A Emma le temblaron las rodillas. Un momento después, al terminar el beso, jadeó. Cuando abrió los ojos, vio que él la contemplaba con sus ojos oscuros y enigmáticos.

-Ahora, lo único que tengo que hacer es encontrar un modo de protegerla -dijo.

Emma sintió que abría y cerraba la boca un par de veces antes de poder recobrarse. Ciertamente, los besos de él tenían un efecto devastador sobre su cerebro.

De repente, se le ocurrió una idea espantosa. Cuando su empleo terminase y ya no tuviera los besos de Edison para entibiar sus sentidos, la vida sería mucho menos excitante. No quiso pensar en esa perspectiva.

-¿Protegerme?

Supo que sonaba como una idiota, pero todavía no podía ordenar bien sus pensamientos.

-Es posible que quien asesinara a Miranda también esté buscando el *Libro de los secretos;* en ese caso puede ser que no esté en peligro. Pero también es posible que el asesino sólo quisiera la receta descifrada. Y si ése es el caso...

-Y si conoce los experimentos que Miranda hacía conmigo, el criminal podría pensar que todavía puedo ser útil -frunció la nariz -Maravilloso. Pero usted ha dicho muchas veces que las recetas no son otra cosa que tonterías esotéricas sin sentido. ¿Quién podría creer que realmente funcionan?

-Aparentemente Miranda, para empezar.

Emma gimió.

-Sí, supongo que sí. Pero ¿acaso habría alguien tan ingenuo como para creer en una sabiduría tan arcaica?

-Un miembro de la Sociedad Vanzagariana -dijo Edison con franqueza.

-Pero ellos deben de ser caballeros educados como usted, señor. Seguramente sabrán que esa receta no es otra cosa que un interesante dato de historia antigua. No creo que alguno de ellos cometa un asesinato para obtenerla.

-No conoce a los caballeros de la Sociedad Vanzagariana. La mayoría no son más que discípulos entusiastas de Vanza. Pero algunos están tan imbuidos de esa filosofía que han perdido toda perspectiva. Tienen una asombrosa inclinación a creer en todas esas tonterías esotéricas -Edison miró hacia la casa de Letty -Y en este caso uno de ellos ha llegado hasta el asesinato llevado por sus convicciones.

Emma reprimió la inquietud que sentía. Desde luego, no necesitaba más premoniciones de peligro, pensó con pesadumbre. Ya estaba bastante preocupada.

-Bueno, debemos ver el lado bueno de la cuestión. Si esta misteriosa persona mató a Miranda por la receta y piensa que me necesita a mí para poder usarla, es bastante improbable que trate de asesinarme.

-Es verdad, pero bien podría concebir un plan para raptarla.

-Oh -Emma se quedó pensando -¿Y usted encuentra que eso podría ser un poquitín molesto?

La boca del hombre formó una mueca.

-Algo más que un poquitín -la sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido -La cuestión es que no creo poder mantenerla a salvo más tiempo en casa de lady Mayfield.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Pensaba contratar a un par de detectives para que la vigilen. Pero eso sería imposible sin informar a lady Mayfield de lo que está sucediendo.

-¿Qué problema hay con eso? -Emma puso los ojos en blanco -Ya conoce a Letty; estará encantada con una situación tan excitante.

-Es posible que ella lo disfrute, pero sería incapaz de mantener el secreto. Cuando llegara la medianoche, el rumor estaría circulando por toda la ciudad. Si se conocieran mis investigaciones, el asesino sería advertido y desaparecería antes de que yo pudiera encontrarlo.

Emma se encogió. Él tenía razón. Muy pronto, Letty se dejaría dominar por su afición a las habladurías y rompería cualquier promesa de mantener discreción que hubiese hecho.

-Ya entiendo a qué se refiere.

-Tengo que encontrar un sitio más seguro donde dejarla.

-Preferiría que no hablase de mí como si fuera una chuchería valiosa que debe guardar en una caja de seguridad -musitó.

-Bueno, en efecto; usted es una mercancía muy valiosa, señorita Greyson. Y no tengo intenciones de perderla.

Emma no sabía si estaba bromeando o no; optó por ignorar el comentario.

-¿Propone enviarme a una de sus propiedades, como hizo con Swan?

Él movió la cabeza.

-No, eso no serviría. Si la alejase, el asesino sabría que estoy tras sus huellas. Y es muy probable que eso lo empujara a hacer algo precipitado, o incluso irse del país.

Emma abrió las manos.

-Da la impresión de que me he convertido en una seria complicación para usted. ¿Qué piensa hacer conmigo?

-Lo más práctico -dijo él, marcando las palabras -sería que se mudara a mi propia casa.

Ella se puso rígida.

-No; eso es imposible. No hablará en serio, señor.

La miró con expresión especulativa.

-¿Por qué no?

-¿Por qué no, me pregunta? ¿Se ha vuelto loco? Un caballero no instala a su prometida en su casa. A los ojos de la sociedad, me convertiría en su querida. Ese estigma no podría borrarlo ni con la más brillante de las referencias.

-Emma...

-¿Por qué? Me vería obligada a cambiarme el nombre, teñirme el pelo e inventarme un pasado completamente nuevo. Eso significaría una cantidad de dificultades. Después de todo, tengo que pensar en mi hermana. No puedo desaparecer de la faz de la tierra, así como así.

-Emma, escúcheme.

-No, no le escucharé si trata de convencerme de que acepte un plan tan espantoso. No me importa cuánto dinero esté dispuesto a ofrecerme. No me mudaré a su casa, y ésta es mi última palabra.

-Si le perturba que la consideren mi amante -dijo él, en un tono extrañamente neutral -, podría instalarse como mi esposa.

-¿Su *esposa?* -alzó las manos, exasperada más allá de toda medida -Desde luego, usted es un candidato pera el manicomio.

-Pienso que la idea tiene posibilidades.

Emma lo tomó de las solapas y se puso de puntillas para mirarlo con irritación a los ojos entornados.

-Trate de pensar con claridad, señor. No es posible que sea tan obtuso. Cuando este asunto termine, si yo desempeñara el papel de su esposa, sería absolutamente imposible disimular mi identidad.

-¿Y si convirtiésemos la ficción en una realidad? -preguntó él con mucha suavidad.

Emma sintió una cólera tan intensa que no se atrevió a hablar. ¿Cómo se atrevía a hablar tan a la ligera de semejante tema?

Su corazón corría el riesgo de romperse, y él tenía la audacia de bromear.

Con gestos deliberados, abrió los puños y dio un paso atrás. Le dio la espalda y clavó la vista en la calle.

-Señor, no es un momento apropiado para bromear; de ninguna manera -dijo con mucha frialdad -Estamos hablando de un asunto serio.

A sus espaldas, él mantuvo silencio largo rato.

-Le pido perdón -dijo, al fin -Tiene razón, desde luego. No es un momento para hacer bromas.

-Me alegra que lo comprenda.

-Seguimos teniendo el problema de encontrar un lugar para que usted se instale hasta que termine esta cuestión.

Emma reprimió el enfado y el dolor que habían amenazado con tragársela. *Piensa,* ordenó a su acosado cerebro. *Si no piensas rápidamente, no se sabe qué absurdo propondrá a continuación.*

La idea brotó en su mente súbitamente. En un momento dado, no existía, y al siguiente estaba allí, completa y obvia. Y daba una impresión tan grande de ser la mejor idea que ella supo que había surgido de su parte intuitiva. La sopesó un instante, examinándola por todos lados, y luego se volvió hacia Edison.

-Lady Exbridge -dijo.

-¿Qué hay con ella?

-Iré a quedarme con ella.

-¿Qué?

-Piénselo, señor. Es lo único obvio. Por cierto, ¿qué podría ser más apropiado a los ojos del mundo que instalar a su prometida en casa de su abuela?

Ahora fue de él el turno de mirarla como si hubiese perdido el juicio.

-Es la idea más loca, más absurda, más escandalosa que he oído jamás.

-¿Por qué? Puede decirle exactamente qué es lo que esta pasando. Ella no lo divulgará. Su sentido de la responsabilidad familiar nos dará la certeza de que será discreta.

-No tiene idea de lo que está diciendo -dijo -Aun cuando yo estuviese de acuerdo, ella rechazaría el plan.

Emma se encogió de hombros.

-Pregúnteselo.

Con las manos enlazadas a la espalda, Edison estaba junto a la ventana de la sala, en la casa de su abuela. Extendió la vista más allá del patio delantero, hacia el macizo portalón que custodiaba la entrada a la fortaleza. Tenía aguda conciencia de Emma, sentada muy tranquila, con las manos unidas sobre el regazo, en actitud modesta.

-Entiendo -dijo Victoria tras un largo rato de meditación.

Era la primera palabra que pronunciaba desde que Edison le había explicado la situación.

Todavía le costaba creer que Emma lo hubiese convencido de pedir ayuda a su abuela; incluso se había preparado para la negativa de Victoria. Seguramente, se negaría de plano. La idea de que colaborase con él para proteger a Emma era ridícula.

Todo habría sido mucho más sencillo si Emma hubiese aceptado ir a vivir a su casa. Pero se había negado a pensarlo siquiera.

Ver el susto que asomó a su mirada cuando él había sugerido la idea de casarse lo había dejado extrañamente frío y vacío por dentro. Un momento antes de eso, ella había retribuido su beso con una pasión que había estado a punto de derretirle los huesos. Y en el instante siguiente, ni siquiera había querido pensar en el matrimonio.

Se preguntó cuándo había empezado a considerar esa posibilidad. Era como si la idea

hubiese estado presente, escondida en alguna parte de su cerebro desde el momento mismo en que la había conocido.

-Sin duda, es posible que sea un gran alivio para usted saber que mi compromiso con su nieto es un engaño, lady Exbridge -dijo Emma, tranquilizadora -Sólo he estado desempeñando un papel para ayudarlo a atrapar a un ladrón.

Edison contuvo el fuerte impulso de cruzar la habitación, levantarla de la silla con ambas manos y decirle que no había nada de engañoso en la pasión que sentían.

-Por razones obvias -siguió diciendo Emma -, cuando usted me invitó a tomar el té, yo no podía explicarle estos detalles. Pero con la muerte de lady Ames, las cosas se han puesto un poco insostenibles.

-Por no decir más -dijo Victoria con tono muy seco.

Edison se volvió con brusquedad.

-Maldición, le dije que esto jamás resultaría, Emma. Venga, debemos irnos. No tenemos más tiempo que perder.

La joven no hizo gesto de levantarse.

-Señor, lo menos que puede hacer es conceder a su abuela unos minutos para pensar en la situación. Nos hemos abalanzado sobre ella sin previo aviso. Necesita unos momentos para pensarlo.

Victoria la miró con extrañeza.

-¿Dice usted que mi nieto la contrató para ayudarlo a encontrar el libro perdido?

-Sí, señora, yo sería el cebo -sonrió con pesar -En aquel momento, yo tenía urgencia por conseguir un nuevo empleo; por eso lo acepté, a cambio de una buena retribución y una perfecta referencia.

Victoria frunció el entrecejo.

-¿Una referencia?

-Estoy muy segura de que una referencia dada por un caballero como el señor Stokes me abriría muchas puertas, y como no sé cuánto tiempo más tendré que esperar para conocer el resultado de cierta inversión que he hecho, es posible que necesite buscar otro empleo...

-Emma -dijo Edison entre dientes -, está desviándose del tema.

-Sí, es cierto -concedió -Bueno, señora, como le decía, todo se ha convertido en un gran enredo. Y ahora, el señor Stokes dice que necesitamos la ayuda de alguien en quien podamos confiar para seguir adelante con nuestro plan. Como es natural, pensamos en usted.

Edison lanzó un bufido.

-Lady Mayfield es una persona de buen corazón y, sin saberlo, ha sido de gran ayuda -prosiguió Emma -Pero no nos atrevemos a confiar en ella. Estoy segura de que usted entiende.

Victoria resopló.

-Letty no podría guardar un secreto ni aunque su vida dependiera de ello. Es una chismosa inveterada.

-Me temo que tenga usted razón, señora.

Victoria lanzó a su nieto una mirada enigmática.

-¿Podría preguntarle por qué han decidido acudir justamente a mí en busca de ayuda en este asunto?

-El señor Stokes sintió, con justo motivo, que podía confiar un secreto de tanta importancia a un familiar -Emma hizo una pausa -Y como usted es la única pariente que le queda, vinimos directamente a usted.

Edison se volvió de nuevo hacia la ventana, esperando que Victoria anunciara con tono vibrante que ella no tenía ninguna obligación de ayudarlo en ningún aspecto.

-Lo primero que debemos hacer -dijo Victoria -es conseguir una buena modista para usted, señorita Greyson. Hay un defecto de Letty que es aún peor que su inclinación al chismorreo; hablo de su gusto para vestir. El escote del vestido que usted lleva es demasiado bajo.

26

-Le dije que nos ayudaría -dijo Emma, mientras sonreía complacida consigo misma y rodeada por los brazos de Edison, la noche siguiente.

-Es verdad.

Él echó un vistazo al otro lado del atestado salón de baile; allí estaba Victoria, en compañía de un grupo de señoras de lujosos atavíos.

Emma siguió su mirada. Victoria estaba resplandeciente, con su vestido de satén plateado, adornado con flores de plata y un turbante del mismo color. Mientras Emma la miraba, ella movía un abanico plateado bellamente decorado.

-Juro que ese vestido le queda espléndido -dijo -Sobresale entre todas las damas que están cerca. Ciertamente, su abuela tiene talento para vestir.

-Eso se lo concedo -Edison alzó las cejas y echó una mirada significativa al escote de Emma -Yo sabía que esos vestidos que elegía Letty eran demasiado escotados.

-No debe criticar a Letty. Ha sido de gran ayuda. Ella hizo exactamente lo que usted le pidió, aunque no supiera nada del plan.

Letty había quedado atónita al saber que Victoria había invitado a Emma a vivir con ella.

-¿Quién habría pensado que esa vieja estirada llegaría tan lejos? -había comentado, divertida, esa tarde, cuando Emma le explicó la situación -Es una maravillosa noticia para ti, querida. Estoy impaciente por contar a todo el mundo que, por fin, el abismo que había entre Victoria y su nieto se ha cerrado. Te juro que será el tema en todas las veladas y fiestas de esta noche.

Se había dado prisa en salir para divulgar la flamante noticia mientras Emma era llevada a la casa de la modista para subir los escotes de sus vestidos. Edison había salido a atender uno de sus misteriosos asuntos. Había desaparecido durante el resto de la tarde y sólo reapareció a tiempo para acompañar a Emma y a Victoria al baile de Broadrick.

-Y ahora que me ha instalado en lo de su abuela, ¿qué piensa hacer, señor? -preguntó Emma, mientras giraban en la pista.

-He contratado a dos detectives para que vigilen la casa día y noche. Además, uno de ellos debe acompañarla si sale sin mí.

-¿No cree que el villano notaría la presencia de un par de sabuesos merodeando por ahí todo el tiempo?

-Cuando trabajen estarán disfrazados de mozos de cuadra.

Emma lo pensó.

-¿Y usted, señor? ¿Cómo piensa continuar sus investigaciones?

-Ahora que tengo a alguien que la cuide, el próximo paso es sacar de su madriguera al luchador vanza. Cuando le ponga las manos encima, le obligaré a darme el nombre del maestro al que sirve.

-Usted cree que ese maestro corrupto es el asesino, ¿no es cieno?

-Aún no estoy seguro de que sea el asesino, pero estoy convencido de que está muy involucrado. Creo que cuando conozca su identidad tendré la clave que me falta para resolver el resto de la cuestión.

Emma le echó una mirada inquieta.

-Algo me dice que no será tan sencillo.

-Al contrario; yo creo que funcionará muy bien. Así sucede con la mayoría de las cosas cuando se planean y se llevan a cabo de manera lógica e inteligente.

-Le rogaría que me dijera qué debo hacer yo mientras usted se dedica a ese peligroso juego con el luchador vanza.

-Nada.

-¿Nada? -Emma frunció el entrecejo -Se supone que debo ayudarlo. Para eso me ha contratado. Insisto en que me permita cumplir con mi deber.

-Su deber consiste sólo en no meterse en dificultades -dijo Edison -No quisiera tener

que preocuparme por usted mientras busco a ese maldito luchador vanza.

El modo informal que él empleaba para relevarla de sus responsabilidades en la investigación era intolerable para Emma.

-Mire, Edison, soy una persona muy profesional. No toleraré que se me trate como a una maleta que queda guardada en un armario hasta que usted la necesite. Usted bien sabe que, hasta ahora, le he sido extremadamente útil.

-Muy útil.

Su tono condescendiente le hizo ver todo rojo.

-Maldición, Edison; si no me permite cumplir con las tareas para las que fui empleada, renunciaré de inmediato.

-No puede renunciar. Todavía no tiene su referencia.

-No estoy bromeando, señor.

Él la hizo detenerse a unos pasos de donde estaba Victoria; en sus ojos no había un ápice de humor.

-Su deber consiste en actuar como si fuera mi prometida -dijo él -Le sugiero que se concentre mucho en esa tarea, porque todavía no la desempeña como es debido.

La indignación de Emma fue tal que a duras penas pudo contenerse para no gritarle como si fuera una verdulera. A tiempo recordó que estaban en medio de un concurrido salón de baile.

-¿Que no lo desempeño como es debido? -susurró, furiosa -¿Que no lo hago como se debe? ¡Cómo se atreve, señor! He cumplido una actuación deslumbrante en calidad de prometida.

-Ahí está, ¿lo ve? -movió la cabeza con aire apesadumbrado-. En cuanto a mi novia, tendría que ser todo brillo y sonrisa, dulzura y levedad. En cambio, cualquiera que nos observe en este momento se llevaría la impresión de que a usted le gustaría estrangularme.

Emma le dedicó su más radiante y encantadora sonrisa.

-Cualquiera que se llevara esa impresión acertaría, señor.

Dio media vuelta y fue a reunirse con Victoria.

Una hora después, cuando salió para su club, Edison todavía estaba lamentando la disputa. No entendía cómo había sido posible que la tormenta estallase sin advertencia. Esa noche estaba dispuesto a cualquier cosa menos a enzarzarse en una amarga discusión con Emma. Su único objetivo era mantenerla a salvo hasta que él encontrase al asesino.

Una niebla tenue flotaba en la calle de St. James. Edison no se tomó el trabajo de escudriñar la niebla para buscar a quien, con seguridad, estaba allí observándolo. Sentía la presencia del otro como un frío cosquilleo en la nuca. Lo sentía desde hacía dos días. El joven luchador estaba siguiéndolo.

Las luces de los coches brillaban en la niebla. Edison echó a anchar, percibiendo vagamente los ruidos familiares de la agitada noche londinense. El traqueteo amortiguado de los cascos de los caballos, el tintineo de las campanillas y el crujido de los arneses de cuero resonaban en la oscuridad. Las risas ebrias de varios juerguistas de elegantes trajes irritaban sus oídos.

Por el rabillo del ojo vio cómo los dandies desaparecían por un estrecho callejón. Él sabía que pasarían el resto de la noche en diversas formas de corrupción y desagradables entretenimientos. Internándose por esas callejuelas y callejones, encontrarían turbios garitos y burdeles que les ofrecerían todas las formas de la perversión.

Edison sintió que la antigua cólera atenazaba sus entrañas. Su padre había vivido esa clase de vida, indiferente, inútil, igual que esos jóvenes libertinos que se habían perdido en las fauces de ese callejón. La búsqueda permanente de placeres huecos, repugnantes había sido lo más importante para Wesley Stokes.

Pensó en algo que le había oído decir a Emma la tarde que Victoria la había llamado para el té. *Es probable que le haya destrozado el corazón saber que había criado un hijo tan irresponsable.*

Emma tenía razón. Victoria sabría la ineludible verdad acerca de su padre. Era

demasiado inteligente para ignorar que Wesley, en el fondo, era un jugador empedernido y un derrochador indolente. Por mucho que lo hubiese adorado, la conciencia de que su hijo y único heredero de la familia estaba dominado por sus pasiones incontrolables la apenaría profundamente.

Pensó que también tenía razón en las demás cuestiones. Seguramente, Victoria sentiría el peso de su culpa. Cada vez que contemplaba el retrato de Wesley que colgaba en su sala se enfrentaría con su fracaso.

Del mismo modo, él también se culparía si su propio hijo se echara a perder.

Su propio hijo.

Dejando vagar la mirada en la niebla, vio un futuro que, de pronto, ansió concretar, un futuro en el que veía a Emma con el hijo de ambos en los brazos.

La imagen era tan real que lo obligó a detenerse. Se sacudió para librarse de la visión y miró alrededor. Lo sorprendió un poco notar que había llegado más lejos de lo que pensaba. La sorpresa lo hizo volver al asunto que tenía entre manos.

Durante un momento, casi había olvidado qué propósito lo movía esa noche. Distracciones así podrían resultar peligrosas. No había salido en medio de la noche para reflexionar sobre el pasado, el presente o el incognoscible futuro. No era bueno para el alma regodearse en lo que no podía ser modificado. Creía haber aprendido esa lección bastante tiempo atrás.

Vio un coche de alquiler que pasaba y pensó en detenerlo. Antes había utilizado un coche público para ir a la calle St. James, pues había dejado su coche a Emma y Victoria. Los dos detectives que había contratado esa tarde servirían de cochero y mozo, respectivamente. Ellos llevarían a salvo a las dos mujeres, cuando la fiesta acabara.

Entretanto, él seguiría sus propios planes, que exigían toda su atención.

Giró en la esquina y echó a andar por un callejón envuelto en la neblina. Al final del estrecho pasaje, vio el resplandor turbio que emergía de las ventanas de los garitos. En un portal cercano, un hombre gemía roncamente, apresado en las garras de la compulsión sexual. La prostituta que tenía aplastada contra la pared le murmuraba algo para darle ánimos. Sus risillas sonaban crispadas y falsas.

Edison siguió caminando hacia las luces del bajo mundo que se veían al final del callejón. No se volvió para mirar sobre el hombro. No era necesario. No oía pasos tras él pero sabía que quien lo vigilaba lo había seguido hasta allí.

El luchador vanza sería incapaz de desaprovechar esa oportunidad. Era demasiado joven; aún no había tenido tiempo de aprender la Estrategia de la Paciencia.

Mientras se encaminaba sin vacilar hacia los fuegos del infierno, Edison iba desabotonando su abrigo. Quitó los brazos de las mangas y colgó de los hombros la pesada prenda, a modo de capa.

El joven luchador era bueno. Cuando llegó el ataque, fue veloz y casi silencioso. Edison pensó que, si no hubiese estado esperándolo, podría habérsele escapado el sonido revelador de una leve aspiración de aire.

Pero, como estaba atento, ese suave sonido le indicó la posición exacta del luchador.

Edison se deslizó hacia el costado y giró en redondo. Las luces del garito resplandecían en la niebla brindando la suficiente iluminación para permitirle ver a la figura enmascarada que se acercaba desde el costado.

Sabiéndose descubierto, el luchador lanzó un veloz puntapié con su pie abotinado.

Edison se apartó de su alcance.

-,¿Qué es esto? ¿Esta vez no hay desafío formal? Estoy ofendido. ¿Dónde está tu sentido de la tradición?

-Como usted no honra la antigua tradición, yo no lo desafío al modo antiguo.

-Una decisión muy práctica. Felicitaciones. Todavía hay esperanzas para ti.

-Se burla de mí, oh, Grande que Ha Salido del Círculo. Pero no lo hará por mucho tiempo.

-Me harías un gran favor si dejaras de dirigirte a mí como si yo perteneciera a una antigua leyenda.

-Su leyenda terminará esta noche.

El luchador se acercó bailoteando; trazó con su pierna un arco brutal que no llegó a su destino.

-Quítese el abrigo -dijo entre dientes -¿O esta noche también tiene intenciones de usar la pistola para igualar las cosas?

-No, no pienso usar una pistola -Edison dio un paso atrás y dejó caer el abrigo.

-Yo sabía que, al fin, aceptaría el desafío -dijo, satisfecho -Me han dicho que, aun cuando ha salido del Círculo, su honor sigue siendo vanza.

-En realidad, mi honor es mío.

Edison eludió otra patada pero avanzó por debajo de ella. Soltó un golpe que acertó al otro en el tobillo. El hombre ahogó una exclamación y se precipitó hacia un lado, en un movimiento desequilibrado que lo dejó en situación vulnerable.

Edison aprovechó la oportunidad. Prodigó una serie de golpes cortos y enérgicos que no tenían como objeto causar daño sino mantenerlo aturdido.

El joven luchador renunció al esfuerzo por mantener el equilibrio. Se arrojó al suelo y rodó hacia Edison.

Fue una rápida recuperación, que impresionó a Edison. Era un antiguo movimiento proveniente de la Estrategia de la Sorpresa.

Optó por un movimiento que seguía la misma línea. En lugar de caer hacia atrás, saltó sobre el cuerpo que rodaba, se revolvió en el aire y cayó del otro lado.

El luchador supo, demasiado tarde, que su ataque había sido desbaratado. Trató de ponerse de pie pero ya no quedaba tiempo.

Edison saltó sobre él. Aprisionó al joven contra los adoquines húmedos con una llave inquebrantable, como indicaba la Estrategia de la Contención. Percibió el temor y la rabia que estremecían a su víctima.

-Todo ha terminado -dijo Edison con suavidad.

Hubo un instante de tensión durante el cual creyó que el joven luchador no se rendiría. Si el joven llegaba a tal decisión, él se vería con otro problema entre manos. Trató de pensar en una fórmula que permitiera a su rival aceptar una tregua que salvara su honor.

-Aunque yo he salido del Circulo, ningún integrante de la Sociedad de Vanzagara cuestiona mi honor –dijo-. Te exijo el respeto que un discípulo debe tener con un verdadero maestro. Ríndete.

-Me... rindo.

Edison titubeo unos segundos y luego soltó a su cautivo. Se puso de pie *y* lo miró.

-Levántate. Sácate ese antifaz ridículo y acércate más a la luz-. A desgana, el luchador se puso en pie. Cojeando lentamente, se acercó al resplandor que salía por las ventanas de los garitos. Luego, se detuvo y se quitó la máscara.

Edison lo miró y exhaló un hondo suspiro. Había adivinado. El luchador no debía tener más de dieciocho o diecinueve años, como máximo. No era mayor de lo que había sido él cuando se marchara hacia Oriente con Ignatius Lorring. Contemplando los ojos de expresión hosca y desesperada, se topo con el espejo que reflejaba su propio pasado.

-¿Cómo te llamas? -preguntó en voz baja.

-John. John Stoner.

-¿Dónde vive tu familia?

-No tengo familia. Mi madre murió hace dos años. No tengo a nadie más.

-¿Y qué me dices de tu padre?

-Soy bastardo -dijo John con llaneza.

-Debí haberlo adivinado -la historia era tan similar a la suya que lo hizo temblar -¿Cuánto tiempo has estudiado vanza, John Stoner?

-Casi un año -se percibía un desesperado orgullo en su voz -Mi maestro dice que aprendo con rapidez.

-¿Quién es tu maestro?

John se miró los pies.

-Por favor, no me lo pregunte. No puedo decirlo.

- ¿Por qué no?

-Porque él me dijo que usted es su enemigo. Aunque usted me ha derrotado en honorable combate, no puedo traicionar a mi maestro. Hacerlo sería sacrificar lo que me queda de mi propio honor.

-¿Sería más fácil para ti si yo te dijese que tu maestro es un bribón? No te ha enseñado el auténtico Vanza

-No -John alzó la cabeza mostrando sus ojos sombríos -No puedo creer eso. He servido con lealtad a mi maestro..

Edison pasó revista a sus opciones. Era probable que pudiera sacar a John el nombre del renegado, pero así privaría al joven de la única cosa valiosa que le quedaba: su honor. Recordaba muy bien cómo era contar con eso como única posesión.

Contempló la escena que se veía por las ventanas de los garitos.. El intenso resplandor revelaba las siluetas de los corruptos que estaban dentro, hombres que bebían y arriesgaban demasiado. Eran individuos que no tenían nada que perder, ni siquiera el honor. Sería demasiado fácil que John se convirtiese en uno de ellos tras su fracaso de esa noche.

Edison se resolvió.

-Ven conmigo.

Dio media vuelta y caminó hacia la entrada del callejón, envuelta en la bruma. No miró atrás para comprobar si John lo obedecía.

Cuando Edison llegó a los muelles con John a la zaga, la niebla se había levantado. La luz fría de la luna destacaba las siluetas de los barcos que se mecían suavemente en el agua. El conocido olor del Támesis llenaba el aire.

Sólo hubo una breve detención, para recoger todas las pertenencias de John, que estaban en un lamentable cuartucho sobre una taberna.

-No entiendo -John cargó su bulto al hombro y clavó la vista, azorado, en los mástiles del *Sarah Jane* -¿Por qué hemos venido aquí?

-Aunque por momentos has sido un fastidio para mí, me has convencido de que tu intención de aprender el verdadero Vanza es sincera, John. Supongo que no habrás cambiado de idea en la última hora.

-¿Cambiar de idea? ¿Con respecto a Vanza? Jamás. Esta noche he fracasado, pero nunca dejaré de buscar el equilibrio que brinda el conocimiento.

-Excelente -le dio una suave palmada en el hombro -Porque voy a darte la oportunidad de aprender Vanza del único modo que debería aprenderse. En los Templos del Jardín de Vanzagara.

-¿Vanzagara? -John giró con tal brusquedad que casi se le cayo su atado. La linterna que llevaba reveló su expresión atónita -Eso no es posible. Está al otro lado del mar. ¿No le basta con haberme derrotado? ¿Piensa seguir burlándose de mí?

-El *Sarah Jane* es uno de mis barcos. Cuando amanezca zarpará hacia el Lejano Oriente. Uno de los puertos que tocará es Vanzagara. Te daré una carta para un monje llamado Vora. Es hombre de gran sabiduría. Él se ocupará de que recibas instrucción en el verdadero conocimiento Vanza.

John lo miró como temiendo creerle.

-Lo dice en serio.

-Muy en serio.

-¿Por qué quiere hacer esto por mí? No me debe nada. Ni siquiera le dije lo único que quería saber, el nombre de mi maestro.

-Tu ex maestro -corrigió Edison -Y te equivocas; te debo algo. Me recuerdas a alguien que conocí cuando era muy joven.

-¿A quién?

-A mí.

Edison se ocupó de que el eufórico John se embarcase en el *Sarah Jane.* Habló unas

palabras con el capitán informándole que el nuevo pasajero desembarcaría en Vanzagara, luego volvió al pequeño cuarto que John había considerado su hogar durante el último año.

Había quedado muy poca cosa en la minúscula habitación. Pero aún quedaban los restos de la última vela de meditación vanza que había utilizado John, en un platillo sobre la mesa. Y aunque Edison lo había notado en su primera visita, se había abstenido de hacer algún comentario.

Ahora cruzó la habitación y alzó la linterna para iluminar los trozos de cera derretida. La vela había sido teñida de color escarlata oscuro. Edison levantó uno de los trozos y olió su fragancia.

Para conocer al maestro, mira las velas del discípulo.

Cuando hallara al sujeto que había dado a John unos cirios escarlata, encontraría al maestro renegado.

27

-De modo que ha logrado imponerse al Dragón Exbridge -la boca de Basil formó una curva irónica mientras hacía detener a Emma al borde de la pista de baile -La felicito, señorita Greyson. Usted debe de ser algo así como una hechicera.

-Qué tontería -Emma echó una mirada a Victoria, que estaba hablando con dos mujeres como si fueran viejas amigas -Lady Exbridge tuvo la bondad de invitarme a su casa para que me quede hasta la boda.

Basil permaneció pensativo.

-Hasta esta noche, nadie en la sociedad hubiese creído que el Dragón se dignaría reconocer a la novia de su nieto bastardo.

Emma levantó el mentón:

-Después de todo, es su abuela, señor.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y se alejó de Basil. Para empezar, no había querido bailar con él. Más aún, no había querido volver a la pista de baile después de que Edison se marchara. Estaba preocupada por el desarrollo de los planes que él tenía para esa noche.

Pero Basil se había materializado en cuanto Edison se marchara, y lady Exbridge la había instado a aceptar la invitación que él le hacía de bailar el vals.

En realidad, pensó Emma mientras volvía a abrirse paso entre la gente, era muy difícil tratar de complacer a Victoria. En el breve tiempo compartido con ella se había enterado de que sus vestidos no sólo eran muy escotados sino también demasiado fruncidos. Le había comunicado que ese matiz de verde que Letty eligiera para buena parte de las prendas de su guardarropa no era el apropiado. Además, le informó que lady Mayfield le había permitido aceptar demasiadas invitaciones de personas inadecuadas del mundillo elegante.

En síntesis, Emma se alegraba mucho de no haber sido contratada por Victoria como dama de compañía. No tenía dudas de que lady Exbridge habría resultado ser una patrona tan difícil como su nieto.

Pasó un mayordomo con una pesada bandeja, y Emma se sirvió un vaso de limonada, luego se detuvo junto a un tiesto con una palmera para beber el contenido del vaso. Había descubierto que bailar le producía sed.

También hacía que se preocupara por Edison. Miró por la ventana. Ahí fuera estaría él, llevando adelante su plan para hacer salir de su escondite al luchador vanza. Todavía estaba enfadada con él por no haberla llevado.

Estaba buscando un sitio donde dejar su vaso vacío cuando oyó la voz de Victoria que llegaba por entre las hojas de la palmera.

-No sé de qué estás hablando, Rosemary. ¡Una asesina, vamos! Es absurdo.

Emma se paralizó.

-Sin duda, sabrás que Crane fue hallado muerto de un tiro en el dormitorio de ella -dijo

la llamada Rosemary.

-Yo te aseguro -replicó Victoria -que si la prometida de mi nieto realmente disparó a ese Chilton Crane, es porque se lo merecía.

Rosemary lanzó una exclamación horrorizada.

-Supongo que estás bromeando, Victoria. Estamos hablando del asesinato de un caballero de la sociedad.

-¿En serio? -la voz de Victoria era de frío asombro -Si lo que dices es cierto, entonces ha sido un suceso memorable. Es precisó tener en cuenta que hay muy pocos auténticos caballeros en la sociedad. Sería una pena perder a uno solo de ellos. Sin embargo, no creo que, en este caso, haya motivos de alarma.

-¿Cómo es posible que digas semejante cosa? -preguntó la tal Rosemary, escandalizada.

-Por lo que he oído, Chilton Crane no era ningún caballero ni ha sido una gran pérdida para el mundo.

Hubo una pausa cargada de estupefacción, luego Rosemary cambio de táctica.

-Debo admitir que me ha asombrado comprobar que has aprobado a la prometida de tu nieto. Aunque uno pase por alto el hecho de que su apellido está vinculado con un asesinato, no hay modo de hacer lo mismo con la cuestión de su actividad profesional anterior..

-¿Su actividad profesional anterior? -repitió distraídamente Victoria.

Rosemary, decidió batir el hierro en caliente.

-Cielos. ¿Acaso nadie te ha dicho que la señorita Greyson se ganaba la vida como dama de compañía hasta la noche en que se convirtió en la prometida de tu nieto?

-¿Y qué hay con eso?

-Yo pensé que hubieses preferido una nuera proveniente de un estrato más elevado. Una heredera, digamos.

-Lo que yo prefiero -respondió Victoria con acritud -es exactamente lo que tengo. Una futura nuera que muestra todos los indicios de estar en condiciones de contribuir a vigorizar el árbol familiar.

-¿Cómo dices?

-La herencia que pasa a través de la sangre en las familias no es muy diferente que en los caballos, ¿sabes? Para que la descendencia siga siendo fuerte y robusta, uno debe buscar presencia de ánimo e inteligencia en una futura nuera, tal como lo haría con una yegua.

-No puedo creer...

-Mira a tu alrededor -dijo Victoria -¿No te parece una pena que en tantas familias de la alta sociedad se manifiesten señales de debilidad en su descendencia? Físicos escuálidos, una lamentable tendencia a frecuentar los garitos e inclinación al libertinaje. Gracias a mi nieto y a su prometida, a la familia Stokes le será ahorrado ese destino.

Emma logró contenerse hasta que ella y Victoria estuvieron en el coche, de regreso a casa. Una vez que el vehículo se puso en marcha en medio del tráfico de las últimas horas de la noche, llevado por dos robustos detectives, miró a la anciana.

-¿Debilidad en la descendencia? -murmuró.

Victoria arqueó las cejas de una manera que le recordó mucho a la de Edison.

-De modo que nos oíste, ¿eh?

-Es una pena que Edison no haya estado presente. Se habría divertido mucho..

Victoria giro la cabeza como para mirar por la ventana. Su mandíbula mostraba un contorno rígido. Sus hombros estaban rectos y muy erguidos.

-No me cabe duda.

Hubo un breve silencio, durante el cual Emma contempló los dedos de Victoria, fuertemente apretados en su regazo.

-Señora, es muy bondadoso de su parte prestarle su ayuda en esta empresa -dijo Emma con voz queda -Para él es muy importante, porque siente una gran deuda de gratitud hacia su amigo, el señor Lorring, y hacia los monjes de Vanzagara.

-Qué extraño.

-Puede ser. Como quiera que sea, él se ha comprometido a encontrar al villano que robó

el libro y la receta del elixir. Después de los acontecimientos de hoy, no tenía a quién recurrir, salvo a usted.

-Sorprendente -Victoria seguía con la vista fija en la oscuridad exterior -Te aseguro que hasta ahora Edison jamás había necesitado mi ayuda.

-Oh, sí la había necesitado.. El problema era que no sabía cómo pedirla. Y lamento decirle que usted no es muy hábil para ofrecerla.

Victoria giró con brusquedad la cabeza; la expresión a la vez feroz y desesperada de sus ojos inmovilizó a Emma.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Ya le dije que ambos son muy semejantes en lo que se refiere a la tozudez y el orgullo -dijo Emma, sin amedrentarse -. Seguramente, serán esos rasgos encantadores que usted ha mencionado. Esos que en las familias se trasmiten por medio de la sangre.

La boca de Victoria formó una línea apretada; Emma se preparó para un indignado regaño.

-¿Ama usted a mi nieto? -preguntó, en cambio, la dama.

Esta vez le tocó a Emma el turno de ponerse rígida y mirar por la ventanilla.

-Hace poco, un conocido me recordó que no hay nada tan imprudente por parte de un servidor que enamorarse de su patrón.

-Eso no responde a mi pregunta. Emma le miró.

-No, supongo que no.

Victoria le escudriñó el rostro.

-Usted *está* enamorada de él.

-No se preocupe, señora. Le aseguro que no cometeré el error de suponer que él me ama a mí -Emma suspiró -Así es como suelen producirse los desastres, ¿entiende? A raíz de las falsas suposiciones.

Todavía no había amanecido cuando Emma oyó un leve y rápido *pam, pam, pam* en la ventana de su dormitorio. Aún estaba completamente despierta. Sus pensamientos habían estado dando vueltas y vueltas desde que se había acostado. Una parte de ella estaba esperando, aunque ella no supiera por que.

Pam, pam, pam.

Pensó que sería la lluvia. Pero no podía ser, porque afuera brillaba la luna. Durante las dos horas pasadas había estado siguiendo el movimiento de la franja de plata que se desplazaba lentamente por la alfombra.

pam, pam, pam.

No era lluvia: eran guijarros.

-Edison.

Saltó de la cama, recogió su bata y corrió hacia la ventana. La abrió sin demora, se asomó y miró hacia abajo.

Edison estaba en el jardín, debajo de su ventana. Llevaba su abrigo colgando sobre un hombro. Su corbata colgaba suelta del cuello y llevaba la cabeza descubierta. La luz de la luna proyectaba frías sombras en tomo de él mientras miraba hacia la ventana.

El alivio de verlo sano y salvo fue tan grande que se sintió un poco mareada.

-¿Está bien? -preguntó en voz baja.

-Sí, claro. Baje al jardín de invierno. Quiero hablar con usted.

Algo malo había sucedido. Lo percibía en su voz.

-Bajaré de inmediato.

Cerró la ventana, ajustó el cinturón de su bata y fue hasta la mesa para tomar una vela.

Salió al pasillo, pasó de puntillas ante la puerta de Victoria y bajó por la escalera del fondo que desembocaba en el vestíbulo de la cocina. Sin hacer ruido, se acercó a la puerta del jardín de invierno y la abrió. De inmediato percibió que ya no necesitaría la vela.

La luz de la luna penetraba por el cristal con una intensidad que hacía que las plantas

parecieran talladas en plata. Las hojas de las palmeras se recortaban contra el telón de fondo de la noche que se divisaba por las ventanas. Anchas hojas dibujaban sombras extrañas. Macizos de flores, despojadas de sus exóticos colores, bordeaban los canteros. Flotaba en el aire una mezcla de olores también exóticos.

-¿Edison?

-Aquí estoy -él se apartó de un lugar oscuro entre dos árboles de grandes hojas y avanzó hacia ella por un estrecho pasadizo iluminado por la luna -Hable en voz baja. No quisiera despertar a todos los habitantes de la casa.

-No, claro que no -apagó la vela y la dejó a un lado -¿Qué ha sucedido? ¿Encontró al luchador vanza?

Edison se detuvo ante ella y arrojó su abrigo sobre el banco que tenía más cerca.

-Lo encontré.

El tono neutro de su voz la alarmó sobremanera.

-¿Qué ha pasado? -inquieta, tragó saliva con dificultad -¿Acaso... tuvo que... tuvo que matarlo?

-No.

-Gracias a Dios. ¿Qué hizo con él?

Edison se apoyó en una de las columnas que sostenían el techo de cristal. Cruzó los brazos y tendió la mirada hacia la oscuridad, más allá de Emma.

-Lo embarqué rumbo a Vanzagara.

-Ah -Emma titubeó -¿Era tan joven como sospechaba?

-Sí.

-Conque ése es el problema. Le hizo recordar a usted mismo cuando tenía esa edad.

-A veces es demasiado perceptiva, Emma. Es un hábito irritante en una empleada.

-Era una conclusión lógica -dijo a modo de disculpa.

-Es verdad -Edison lanzó un prolongado suspiro -Me recordó que yo no era el único que siendo joven estaba a la deriva en el mundo. También me recordó la desesperación con que los jóvenes buscan maneras de demostrarse a sí mismos que son hombres. Cómo los que hemos nacido bastardos buscamos cierta apariencia de honor personal. Sí, me recordó a mí mismo a esa edad.

Emma le tocó el brazo.

-¿Qué lo preocupa ahora? ¿No está seguro de haber hecho lo correcto?

-¿Enviando a John a Vanzagara? Sí. Si hay una esperanza para él, está allí. Por mucho que desdeñe el discurso metafísico que expresan los miembros de la Sociedad Vanzagariana, debo admitir que mi experiencia en la isla me dio lo que necesitaba para encontrar mi lugar en el mundo.

-¿Descubrió la identidad del maestro corrupto de este John Stoner?

-No. Pero lo conoceré cuando lo encuentre. Ahora, sólo es cuestión de tiempo.

Daba la impresión de estar poco preocupado por ese aspecto de la situación. Comprendió que esa noche sus pensamientos habían quedado enganchados al pasado. El encuentro con John

Stoner había despertado muchos recuerdos. Ella ansiaba reconfortarlo, pero no sabía cómo hacer para trasponer el muro que él había erigido hacía mucho para protegerse.

-Lo siento -susurro.

Él no dijo nada; se limito a mirarla.

-Siento mucho que esta noche mirara en ese espejo y se viera como el muchacho que fue.

Por un momento, el hombre no reaccionó.

-Todavía no me considero tan viejo -dijo, al fin, con tono más bien neutral.

-Oh, Edison.

Emma no supo si reír o llorar, y cediendo a un impulso le rodeó la cintura con los brazos y le apoyó la cara en el pecho. Con un movimiento brusco, casi espasmódico, él la envolvió estrechamente con sus brazos.

-Emma.

Su boca cayó sobre la de ella como si el mundo fuera a acabarse en los siguientes cinco minutos.

Emma comprendió que no era consuelo lo que él buscaba. Era otra cosa, algo más primitivo y mucho menos civilizado. Ella fue, entonces, la que vaciló. Era la segunda vez que se detenía al borde de ese precipicio. La primera vez había llegado a percibir lo peligroso que sería caer en él.

Pero la avidez de Edison encendió un fuego en ella. El tierno deseo de reconfortarlo se convirtió en una desesperada necesidad de responder al deseo de él.

Sin apartar su boca de la de ella, él la levantó. Con una mano, atrajo la parte inferior del cuerpo de la mujer contra el suyo. Su erección era notable.

-Tenía que verte esta noche -susurró Edison, ronco, contra la boca de ella.

-Sí -echó la cabeza hacia atrás y le pasó los dedos por el pelo -Sí, está bien, Edison. Me alegra que hayas venido a mí.

-Oh, Emma, por Dios.

La bajó lentamente, como si sentirla fuese a la vez un placer y una tortura. Luego, tomó su abrigo y lo extendió en el suelo. Se volvió de nuevo hacia ella, se quitó la chaqueta y la dejó a un lado. La miró a los ojos.

-¿Emma?

-Sí. Oh, sí, Edison.

Dio un paso hacia él. Edison la acerco aún más emitiendo un gemido ronco, Luego la hizo tenderse. El abrigo de grueso paño de lana no podía disimular la dureza del suelo de piedra, pero era cálido y de allí salía un vago atisbo del perfume de Edison. Emma inhaló profundamente y la excitación y el deseo inundaron su ser.

Edison la atrajo hacia sí.

Esto está bien, pensó ella, sintiendo que el calor del cuerpo del hombre la envolvía. *Tiene que estar bien.*

Emma tembló cuando sintió que la mano de él se deslizaba entre sus muslos.

-Esta vez -susurró -, tendrás la gentileza de sacarte la camisa.

-Esta vez -prometió él mientras tiraba de los cierres -, haré cualquier cosa que me pidas.

Se desabotonó la camisa blanca plisada, pero, antes de que pudiera quitársela, Emma extendió los dedos sobre su piel desnuda. Emma no podía verle el pecho porque él estaba inclinado sobre ella y sus anchos hombros impedían el paso de la luz de la luna, sólo podía sentirlo. La textura áspera de su bello y el movimiento de sus músculos la fascinaron.

-Eres espléndido -dijo en voz suave -Fuerte y bello.

-Oh, Emma. No sabes lo que haces. Me prometí a mí mismo que esta noche me controlaría.

Emma sonrió.

-Sin duda, tu entrenamiento en el arte de Vanza te enseñó algún ejercicio que puedas aplicar en una ocasión como ésta.

-Uno de los grandes defectos del arte de Vanza -musitó él con la boca pegada al cuello de ella -es que enseña que deben evitarse todas las grandes pasiones.

-Entonces, ya entiendo por qué no te adaptas a esa filosofía. Eres un hombre de grandes pasiones.

-Lo raro es que yo no conocía la intensidad de mis pasiones hasta que te conocí.

Volvió a besarla, su boca cálida y áspera sobre la de ella. Pero sus manos se movían de un modo increíblemente tierno. El contraste cortó el aliento de Emma.

Sintió que los dedos de él cubrían ese sitio tan exquisitamente sensible entre sus piernas y un gran calor creció en su interior.

-¿Edison?

-Esta vez, no nos apresuraremos -prometió -Esta vez, quiero que sientas parte de lo que yo sentí la vez pasada. Incluso no dudo que una porción de ese placer te ayudará a comprender.

-¿A comprender qué?

Él no respondió. En cambio, redobló la fuerza del abrazo y la acarició lentamente, penetrando más dentro de ella a cada movimiento. La inundó un torrente de pasión tan intenso que se estremeció. Se pegó a él al percibir cómo crecía dentro de su cuerpo la dolorosa sensación de anhelo, de deseo. Era vagamente consciente de su respiración, que le pareció trabajosa e irregular.

Cuando ella comenzó a retorcerse bajo su mano, en una súplica muda de respuesta a ese intenso deseo, Edison soltó un suave gemido ronco. Pero no se desabotonó los pantalones, ni se acomodó entre las piernas de ella como ella esperaba.

En vez de eso, él se deslizó hacia los pies de ella, separó bien sus piernas y apartó la falda de su camisón de linón. Luego, una asombrada Emma sintió que la boca de él buscaba la calidez de su vulva.

-Edison.

Emma supo que su grito de sorpresa y estupefacción podría haber despertado a todos los moradores de la casa, a todo el vecindario, si no hubiese sido atrapado y ahogado en su garganta.

La extraña caricia la dejó atónita. Atónita, asombrada y conmovida. La parte inferior de su cuerpo se puso muy tensa. Extendió los, brazos buscando algo, cualquier cosa, para sujetarse. Sus dedos rozaron los soportes de hierro de los bancos de trabajo que estaban a ambos lados del estrecho pasillo y se aferró a ellos como si pudiesen mantenerla anclada a la tierra.

Pero unos segundos después, cuando el orgasmo empezó a anunciarse en su cuerpo, supo que nada podría sujetarla al suelo frío. Estaba volando.

De súbito, Edison estuvo sobre ella, aplastándola contra el tibio abrigo. La penetró y gimió al sentirla contraerse alrededor de él. Aquello era muy grande pero a ella no le importo. Lo único que importaba era ligarlo con ella, hacerlo suyo durante todo el tiempo que los hados lo permitiesen.

-Abrázame

Se movió dentro de ella, penetrándola más con cada empuje.

Edison arqueó la espalda y se puso rígido.

La energía recorría en ondas sus tensos músculos mientras él se derramaba en ella.

Emma se abrazó a él con todas sus fuerzas.

Parecía haber pasado un tiempo infinitamente largo cuando por fin Edison abrió los ojos y se encontró con el intenso resplandor de la luna. Al ver que él y Emma aún estaban bajo su luz, se dio cuenta que en realidad había pasado muy poco tiempo. Sólo que él había tenido la sensación de flotar durante toda una eternidad.

Apretó sus brazos en torno de Emma. Ella se agitó contra su pecho. Sintió que su mano se apoyaba sobre el estómago de él y sonrió. Había alcanzado a desabotonarse la camisa pero no a quitársela del todo..

La próxima vez, se prometió para sus adentros.

La próxima vez.

Habría una próxima vez. Muchas. Su futuro estaba con Emma. Estaba seguro de que ahora ella lo comprendería.

-¿Emma?

-Cielos -Emma se incorporó de golpe y miró en torno con expresión aturdida -Estamos en el jardín de invierno de tu abuela, nada menos. Debemos salir de aquí antes de que alguien nos descubra.

-Cálmate, cariño -puso un brazo detrás de su cabeza para estar más cómodo y la miró -Ya no eres una respetable dama de compañía que debe preocuparse constantemente por el problema de la virtud.

Se le ocurrió que ella hacía una imagen deliciosa. Su pequeña cofia blanca estaba torcida. Su pelo era como una nube en torno de su rostro. Su bata estaba abierta y el corpiño

de su camisón también

-Aun así, sería muy embarazoso que nos sorprendieran aquí, señor.

El *señor* la hizo crisparse; recordó que los viejos hábitos tardaban en morir.

-Hasta ahora, nadie nos ha sorprendido. Pienso que podremos salir de esta situación sin ser descubiertos.

-No deberíamos correr más riesgos.

Se puso en pie. Edison encontró divertidlo ver que ella se tambaleaba y extendía una mano para recuperar el equilibrio. La observó un momento, mientras ella se esforzaba por enderezarse.

-Dese prisa, señor -lo miró con severidad -Falta poco para el amanecer. Pronto se levantarán los criados.

-Está bien -Edison se levantó a desgana. Cuando se disponía a abotonarse la camisa, captó que ella estaba mirándolo con expresión extraña -¿Qué pasa?

-Nada -dijo deprisa. Demasiado deprisa.

Edison frunció el entrecejo.

-¿Estás bien?

-Sí. Sí, claro. Lo que sucede es que acabo de advertir que aún no te he visto sin camisa.

Edison esbozó una lenta sonrisa.

-Permíteme que te muestre el tatuaje.

Encendió la vela que ella había llevado, hizo una reverenda burlona y abrió su camisa.

-Edison.

El nombre acudió a sus labios como una exclamación ahogada. Se quedó mirándolo como si él se hubiese convertido en un monstruo ante sus ojos..

Él alzó las cejas.

-Es evidente que no estás tan impresionada como yo esperaba.. La próxima vez, no me quitaré la camisa.

-Oh, Edison, por Dios.

Apesadumbrado, notó que se sentía herido al ver que ella no apreciaba demasiado su pecho desnudo; dejó de sonreír.

-Te recordaría que, hace unos minutos, no te quejabas.

Comenzó a abotonarse otra vez la camisa.

-Espera. Tu tatuaje.

Tomó la vela y se acerco.

-Confío en que cuidarás de no quemarme el vello -murmuró.

La joven no le hizo caso. Se quedó con la vista fija en ese lugar cerca del hombro donde años atrás le habían tatuado la marca de Vanza..

La miró.

-Es la Flor de Vanza. ¿Quizás esperabas un dibujo más interesante?

Emma alzó sus ojos atónitos hacia él.

-Esperaba un dibujo completamente desconocido para mí. Él se quedó helado.

-¿De qué estás hablando?

-He visto antes esta flor, Edison.

-¿Dónde?

-En el pañuelo bordado de Sally Kent.

Edison estaba como perdido.

-¿Quién?

-La dama de compañía que atendió a lady Ware los últimos meses de su vida. En ocasión de la fiesta en el castillo Ware, me dejaron la habitación que había sido de ella, ¿recuerdas?

-Perdóname, Emma, pero no consigo seguir el hilo de esta conversación.

Ella se pasó la lengua por los labios y soltó un suspiro.

-Sally Kent bordó esa flor en un pañuelo que dejó en un marco en el que escondió doscientas libras. Yo encontré el dinero, el pañuelo y una carta para Judith Hope, la amiga de Sally, en la habitación que había sido de ella.

-Sigue.

-Era evidente que Sally tenia la intención de que el dinero y el pañuelo fueran a parar a las manos de la señorita Hope. Yo entregué todo a esta persona poco después de que regresáramos a Londres.. Recuerdas el día, ¿no es así? Estabas bastante enfadado conmigo porque había tardado un poco en regresar a la casa de lady Mayfield.

Edison miró a Emma.

-Con respecto a esta Sally Kent...

-Edison, ella desapareció después de haber tenido una aventura con Basil Ware.

-Maldita sea.

Se hizo silencio mientras Edison pasaba revista a las piezas del rompecabezas y las ensamblaba.

Emma lo miró, inquieta.

-Supongo que estás pensando que debería haber mencionado a Sally Kent y a su bordado hace mucho tiempo.

-No; estaba pensando -repuso Edison- que somos victimas del problema de la virtud.

-¿Qué quieres decir?

-Habrías notado mucho antes la semejanza entre mi tatuaje y el bordado de la señorita Kent si hubiésemos hecho el amor hace tiempo y más a menudo.

28

Había llegado demasiado tarde. La casa estaba vacía. Sólo quedaba el ama de llaves. Edison estaba solo en el estudio del hombre que se hacía llamar Basil Ware.

Fue hasta el escritorio y examinó los trozos de cera derretida que había en el fondo del candelabro.. Eran de color escarlata, del mismo matiz de rojo que los restos de vela que había descubierto en la habitación de John Stoner.

Arrancó un pequeño trozo y lo acercó a su nariz. Había sido aromatizado con las mismas hierbas. *Para conocer al maestro, mira las velas de* los discípulos..

Emma oyó a Edison en el pasillo poco después de la una de esa misma tarde. Dejó su pluma, aparto la carta que intentaba escribir a su hermana y se levantó de un salto.

-Él ha vuelto, al fin, lady Exbridge.

-Tengo plena conciencia de ello, querida -Victoria levantó la vista de su libro, se quitó las gafas y miró hacia la puerta de la biblioteca -Espero que traiga novedades que aquieten tus nervios.

-A mis nervios no les pasa nada malo.

-¿En serio? Es un milagro que hoy, con tus ansiosos presentimientos y tus idas y venidas, no me hayas enviado al manicomio. Durante toda la mañana te has portado como la heroína de una novela de terror.

Emma le lanzó una mirada sombría.

-No puedo evitar mi inclinación a las premoniciones y los presagios.

-Tonterías. Estoy segura de que podrías reprimir esa tendencia con un poco de fortaleza y aplicando la fuerza de voluntad.

Se abrió la puerta antes de que Emma tuviese tiempo de pensar una respuesta y Edison entró sin espera a que el sufrido Jinkins lo anunciara. Sus ojos buscaron los de Emma. Luego, hizo una breve inclinación de cabeza hacia su abuela.

-Buenos días a ambas -dijo.

-¿Y bien? -Emma rodeó el extremo del escritorio -¿Qué has descubierto, Edison?

-Basil Ware ha hecho las maletas y ha abandonado la ciudad.

-De modo que se marchó. Claro, sabe que estamos sobre su pista.

-Es posible -Edison caminó hasta el escritorio, se sentó en él apoyando las manos a los lados -El ama de llaves me informó que Ware ha salido de la ciudad y se ha ido a su propiedad de campo a pasar una temporada. He enviado a uno de los detectives al castillo Ware, pero dudo que lo encuentre allí.

Victoria frunció el entrecejo.

-Emma me ha contado todo lo que ha sucedido en las últimas horas. ¿Qué crees que pasará ahora?

-Todavía no conozco todos los detalles -repuso Edison -Pero creo que podríamos asegurar que Ware ha sido, en otro tiempo, miembro de la Sociedad Vanzagariana. ¿De qué otro modo se explicaría que Sally Kent viera el tatuaje de la Flor de Vanza?

-Pobre Sally Kent -susurró Emma -Me pregunto si él la mataría porque ella descubrió el tatuaje.

-No lo creo -dijo Edison -Ese tatuaje no significaba nada para ella.

-Sin embargo, por algún motivo estaba chantajeándolo -dijo la joven -Tal vez lo extorsionaba para conseguir algún dinero haciéndole creer que estaba embarazada, aunque esa treta estuviera destinada a fracasar. De todas maneras, logró sacarle algún dinero; es posible que supiera algo acerca de él, algo mucho más perjudicial... -se interrumpió, recordando el relato de Polly -Sí, desde luego.

-¿Qué hay? -quiso saber Edison.

-Asesinato. Pienso que ella fue testigo de un asesinato. Por Dios.

Victoria le clavó la vista.

-¿De quién?

-De lady Ware -la lógica de su deducción apareció de repente en la mente de Emma -

Eso lo explica todo. Polly, la doncella, me contó que la noche que lady Ware murió, vio a Basil salir del dormitorio. Él le dijo que su tía acababa de fallecer, luego fue al vestíbulo para informar a todo el personal de la casa. Polly fue a la habitación y vio el cadáver de lady Ware. Mientras la cubría con la sábana, Sally salió corriendo del vestidor con la expresión de quien ha visto un fantasma y huyó.

Edison la miró.

-¿Piensas que vio a Basil cuando mataba a su tía?

-A mi patrona anterior le asignaron el dormitorio de lady Ware cuando nos quedamos en el castillo -respondió -El vestidor está contiguo, de tal modo que sería muy posible que alguien estuviese allí sin que alguien presente en el dormitorio lo advirtiese. Apostaría a que Sally estaba allí dentro la noche en que Basil fue a ver a su tía por última vez.

-Si ella vio que Ware hacía algo para precipitar la muerte de la mujer, quedaría explicado el chantaje -comentó Edison, marcando las palabras.

-Exactamente. Ninguna otra cosa lo explicaría. Según mi experiencia, es raro que las damas de compañía que cometen la tontería de enredarse en incidentes con sus amos o con algún familiar de ellos consigan algún dinero por sus deslices. Es mucho más frecuente que sean despedidas -Emma echó a Edison una mirada de soslayo -Sin ninguna referencia; menos aun doscientas libras.

Edison se puso ceñudo.

-No es momento para aludir a ese tema.

Victoria tuvo la cortesía de parecer confundida.

-,¿Qué pasa aquí?

-Nada muy importante -musitó Edison -Lo único que tenemos, hasta ahora, son especulaciones y deducciones. Quizá sepamos más cuando el detective regrese del castillo Ware. Entre tanto, he tomado algunas precauciones más.

Emma lo miró.

-¿Qué precauciones?

-Tengo cierta influencia en algunas zonas de los muelles. He ofrecido una recompensa al capitán de cualquier barco que informe con respecto a un hombre que responda a la descripción de Ware y que haya adquirido pasaje para cualquier nave, tanto en Londres como en Doler. He avisado a varios miembros de la Sociedad Vanzagariana que estén atentos a la posible aparición de Ware.

-¿Y si viajara al norte? -preguntó Emma -¿O si cambiara de apariencia o de nombre?

Edison se encogió de hombros.

-No dije que sería fácil encontrarlo. Pero en algún momento daremos con él.

Emma lanzó una queda exclamación de duda y tamborileó con los dedos sobre la pulida caoba.

-Es un hombre muy astuto. Y como ya sabe que estamos tras su pista, hará todo lo posible para desaparecer.

-Estás dando por cierto que se ha ido de la ciudad porque comprendió que estábamos acercándonos a él -dijo Edison -Pero hay otra razón por la cual podría haber decidido desaparecer en este preciso momento.

-¿A qué te refieres?

-Puede haber logrado su objetivo -dijo Edison sin alzar la voz -Quizás haya encontrado la receta o el *libro de los secretos.* Todavía no sabemos cuál de las dos cosas quería.

Victoria miró a Edison a los ojos.

-¿Crees que todavía podría querer raptar a Emma?

Edison no respondió de inmediato. Se volvió para observar a la aludida como si fuese un interesante problema de lógica erudita.

A Emma no le gustó la expresión de sus ojos. Dio un paso atrás y extendió una mano.

-No, espera un momento. No nos dejemos llevar por locas fantasías. En este preciso momento, Basil Ware puede estar o bien huyendo hacia el continente con su libro robado o bien pensando en el modo de eludirte. Como quiera que sea, tiene muchas más cosas en que pensar que en raptarme a mí.

-No creo que podamos confiar en eso -repuso él.

Emma cerró los ojos y se dejó caer en la silla más cercana.

-No puedes mantenerme siempre encerrada en esta casa, lo sabes. Me volvería loca.

-Hay otra alternativa -dijo él, como al descuido.

Emma abrió un ojo.

-¿Cuál es, por favor?

-Podríamos encerrarte en mi casa.

-No lo creo -abrió el otro ojo -Quisiera conservar lo poco que queda de mi reputación, por tambaleante y desgarrada que esté.

-Bien dicho -Victoria cerró el libro de un golpe -Pero yo soy libre de ir y venir; pienso que podría ser muy útil a los dos en este pequeño problema.

Emma y Edison la miraron de hito en hito.

-¿Cómo? -preguntó Edison.

Victoria le dirigió una fría sonrisa, aunque en sus ojos había un resplandor de anticipación.

-Los rumores fluyen en la ciudad como el agua en una alcantarilla. ¿Qué tal si voy esta tarde a hacer algunas visitas formales? Quizás averigüe algo provechoso. ¿Quién sabe? A Basil Ware puede habérsele escapado algún atisbo de sus intenciones ante alguien de los círculos sociales, alguien que no tenía idea de su significado.

Edison titubeó, pero luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-Vale la pena probar. Yo también iré a mi club a ver si puedo recoger alguna información por ese lado.

Emma hizo una mueca.

-¿Y yo?

-Tú puedes terminar la carta para tu hermana -Victoria se puso de pie con entusiasmo -Y ahora, si me disculpan, iré arriba a cambiarme el vestido. Para este tipo de cosas, debes vestirte de manera apropiada.

Emma aguardó a que la puerta se cerrara tras Victoria y se volvió hacia Edison.

-Estoy segura de que tu abuela está disfrutando con esta aventura.

La boca de Edison trazó una leve curva.

-Tal vez tengas razón. Es sorprendente.

-Es evidente que el gusto por la aventura es una característica familiar.

Mi queridísima Daphne:

Tengo noticias; una buena y alguna mala. Primero, la buena. Al parecer, mi actual patrón no necesitará mucho más tiempo de mis servicios.

Se detuvo bruscamente y miró con tristeza lo que había escrito. La perspectiva del inminente fin de su empleo con Edison no era una buena noticia. Era la más desdichada que se podía imaginar. Casi no soportaba pensar en la vida solitaria que se vería obligada a llevar sin él.

Por Dios, se había enamorado de ese hombre.

Basta, se dijo. Debía sobreponerse, aunque más no fuese por el bien de Daphne. Decidida, mojó la pluma en la tinta azul.

Tengo la certeza casi absoluta de recibir la parte final de mis honorarios dentro de pocos días. Me cuesta un poco lograr que me dé una referencia, pero creo que, a la larga, lo conseguiré. Por favor, trata de seguir un poco más de tiempo allí, en la Escuela para Jóvenes Damas de la señora Osgood.

Y ahora, las menos alegres. Todavía no he leído en los periódicos novedades con respecto al Golden Orchid. Por lo que se sabe hasta ahora, es posible que se haya perdido en alta mar, pero yo no puedo abandonar la esperanza de que el barco regrese en algún momento. Tal vez sea que no puedo convencerme de haber sido tan tonta como para invertir en un...

Las ruedas de un carruaje traqueteaban en el camino de entrada. Emma sintió un estremecimiento desagradable que la asombró por su intensidad. Levantó la vista de la carta que escribía y echó una mirada al reloj de pie. Eran casi las cinco.

Miró por la ventana de la biblioteca y alcanzó a ver fugazmente un carruaje rojo oscuro y negro, tirado por un tronco de hermosos tordillos. Era el coche de lady Exbridge. Victoria había regresado de sus visitas vespertinas.

Por supuesto, es el coche de la casa Exbridge, pensó Emma. Edison había dado instrucciones estrictas de que no se permitiera trasponer el portón a ningún otro coche hasta que él regresara. Ni siquiera el carro del lechero y del pescadero habían podido entrar ese dila. La cocinera había tenido que ir hasta la calle para comprar los artículos necesarios para la cena.

Seguramente, Victoria llegaría con interesantes chismes. Emma trató de suspirar aliviada pero el suspiro se atascó en su garganta.

Era absurdo. No había motivos para esa sensación de pánico. Edison había dejado a uno de los detectives vigilando la casa, y ese hombre no dejaría pasar a nadie.

Afuera, el coche se había detenido sobre el adoquinado de entrada. La sensación premonitoria de Emma se intensificó. Trató de escribir otro par de líneas a Daphne mientras esperaba a que Victoria llegase a la biblioteca.

Apretó la pluma con tanta fuerza que la rompió sobre el papel. Irritada, la arrojó a un lado. Pensó que se asustaba de las sombras. La tensión de los últimos días había comenzado a afectarle los nervios.

Victoria ya debía estar en el pasillo. Aguzando el oído para captar el saludo del mayordomo, Emma abrió el cajón central del escritorio para buscar otra pluma. Entonces vio el pequeño cuchillo que Victoria usaba para afilar las plumas de escribir. Le quitó la tapa y vio que la hoja era de buen acero y estaba bien afilada.

Un murmullo de voces resonó en el pasillo. La voz del mayordomo sonaba ansiosa.

-Señor, debo insistir en que se retire. Lady Exbridge me ha dado instrucciones de no permitir que nadie entre en la casa, salvo los familiares y el personal.

-Cálmese, buen hombre. Le aseguro que la señorita Greyson me recibirá -Basil Ware abrió la puerta de la biblioteca -¿No es así, señorita Greyson? Tenga en cuenta que lady Exbridge sentiría mucha pena si usted no quisiera reunirse con ella en el coche.

-Señor Ware.

Emma se quedó mirándolo, y supo que su premonición había sido certera.

-Diga que vendrá, señorita Greyson -los ojos de Basil brillaron de malicia pero su sonrisa no se alteró -Son casi las cinco. Vamos a ir a dar un paseo por el parque. Su futura suegra piensa que lo más oportuno sería mostrarle a la sociedad que cuenta usted con su aprobación.

-¿Cómo diablos me dices que le has dejado que entre en la casa y que se la lleve? -Edison empujó al desdichado detective contra la pared de la biblioteca. -Se suponía que debías cuidarla. Te he pagado para protegerla.

El rubicundo sujeto se llamaba Will. Lo habían enviado desde el tribunal de la calle Bow con enfáticas recomendaciones, pero en ese momento Edison estaba a punto de estrangularlo.

-Lo siento, señor -dijo Will, sincero-**.** No tengo la culpa de que se hayan llevado a su señora. Usted no entiende. La señorita Greyson insistió en irse con lady Exbridge. Y yo no tenía instrucciones en relación con el señor Ware.

Edison llegó a la conclusión de que la culpa era suya. Jamás se le había ocurrido que Basil pudiese presentarse ante la puerta principal. La Estrategia de lo Obvio.

-Lo menos que podrías haber hecho es seguir a ese condenado carruaje -gruñó Edison.

-Bueno, no creo que sea muy difícil encontrar un carruaje tan lujoso -dijo Will, con

intenciones de tranquilizarlo -Alguien habrá notado en qué dirección iba.

-Idiota, es probable que haya abandonado el coche de mi abuela en la primera esquina. Habrá cambiado a un coche de alquiler u otro vehículo igualmente anónimo, estoy seguro.

-¿Y abandonar un coche tan fino? -Will le miro como si se hubiese vuelto loco -Pero si vale una fortuna.

-Nada podría importarle menos que ese maldito coche

-Edison apretó las manos en el cuello de Will-Él quería tener a la señorita Greyson. Y ahora la tiene, gracias a tu maldita incompetencia.

El semblante de Will reflejó perplejidad.

-¿Qué quiere decir incompetencia, señor, si no le importa que le pregunte?

Edison cerró los ojos un instante y suspiró. Aunque a desgana, soltó a Will. Luego se alejó un paso del detective y se volvió.

No lograría nada si no recuperaba el control de sí mismo. En el presente, sus únicas esperanzas eran la lógica y la estrategia. Tenía que empezar a pensar como Basil Ware. Y eso significaba que tenía que pensar al modo Vanza.

Desdoblo la nota que le habían dejado en la mansión de Victoria y releyó el mensaje.

Stokes:

Ambas están a salvo y no sufrirán daño, siempre que usted disponga entregarme la receta. En las próximas horas le serán enviadas instrucciones en cuanto al lugar y el momento oportuno.

Edison recordó que estaba enfrentándose con un estudioso de Vanza, mientras estrujaba la nota en su puño. Con un hombre tan consustanciado con la Estrategia del Engaño que había eludido la identificación como antiguo miembro de la Sociedad Vanzagariana. *Tan imbuido de la filosofía Vanza que, evidentemente creía en la eficacia del esotérico elixir.*

Basil Ware depositaría su fe en las Estrategias. Trazaría todos sus planes según esa orientación.

Edison pensó que enviar mensajes referidos a la entrega de un elemento valioso mientras se ocultaba otro como rehén no era tarea fácil. Ciertamente, no sería fácil manejarlo desde lejos. El tiempo era uno de los factores. Una vez que el juego comenzara, Ware querría que las cosas sucedieran lo más rápidamente posible. Cuanto más tiempo demorase todo el proceso, tanto más crecían los riesgos para él.

En consecuencia, Ware estaría todavía en algún lugar de Londres. En ese momento, probablemente llevara adelante la Estrategia del Ocultamiento.

Esa estrategia indicaba que el mejor lugar para esconderse era aquel que el rival consideraba que sería el menos probable, por la sencilla razón de que él suponía que lo controlaba perfectamente.

-Es usted un tonto, Ware -dijo Emma, mirando a Basil con disgusto.

El indefinido coche de alquiler en el que viajaban había estado esperando en un callejón cercano. Basil había cerrado las cortinas, pero, unos minutos antes, Emma había percibido una tufarada del río. El hedor le indicó que estaban cerca de los muelles.

-Usted no tiene por qué hablar, querida -Basil estaba sentado en el asiento de enfrente. Había dejado su pistola después de que uno de sus hombres atara las manos de Emma y de Victoria a sus espaldas -Si hubiese aceptado mi oferta en el castillo Ware, podría estar gozando de una posición agradable en calidad de asociada, digamos. En lugar de eso, prefirió quedarse con Stokes.

La comprensión sacudió a Emma.

-Usted es quien disparó a Chilton Crane en mi habitación, no Miranda.

-Yo vigilé de cerca a Miranda mientras estuvo en el castillo Ware. Cuando ella trató de involucrar a alguien de mi personal en su plan para enviar a Crane a su dormitorio aquella

noche, yo adiviné sus intenciones.

-Ella quería que me encontrasen en la cama con Crane.

-Así es. Estaba convencida de que si usted quedaba muy comprometida podría controlarla ofreciéndole un puesto. Pero es usted una mujer muy decidida, señorita Greyson. Estaba casi seguro de que encontraría el modo de salir de un enredo tan simple.

-Usted siguió a Crane hasta mi cuarto, vio la oportunidad y lo asesinó, para que yo enfrentase la amenaza de la horca, no sólo de la pérdida de mi trabajo a causa de una reputación mancillada.

Basil inclinó la cabeza.

-Soy Vanza. Estoy persuadido de que esas cosas hay que hacerlas bien.

-Miranda debe de haber concluido que yo, realmente, mate a Crane -dijo Emma.

-Es probable. Pero quedó atónita, por no decir furiosa, cuando Stokes la salvó de un modo tan galante. Y sacó la conclusión de que él estaría buscando la receta -el hombre sonrió -Confieso que yo llegué a la misma conclusión.

Victoria adoptó una expresión severa e imperiosa.

-¿Para qué habría de necesitar mi nieto una ridícula poción que sólo podía usarse para hacer trampas a los naipes? Si puede ganar más dinero con uno solo de sus prósperos embarques que pasando varios meses en una timba.

-Además -agregó Emma -, Edison es hombre de honor. Él jamás haría trampas con los naipes.

Basil se encogió de hombros, impávido ante la insinuada acusación.

-Quizá crea que la receta lo conducirá al *Libro de los secretos.*

-¿No está usted interesado en el libro? -preguntó Emma.

-No mucho. No creo que exista. Sospecho que ha sido consumido por el fuego en la villa de Farrell Blue. Y aunque hubiese escapado a las llamas, a mí no me sirve.

-¿Por qué lo dice? -preguntó Emma.

-Ahora que Blue está muerto, no creo que quede nadie con vida, capaz de descifrar otra receta. Por otra parte, sólo estoy interesado en este elixir muy especial.

-Y en mi futura nuera -dijo Victoria, torva.

A Emma le sorprendió oírse llamar nuera, pero supo que no era el momento oportuno para interrogar a Victoria acerca del motivo que había tenido para usar esa expresión.

-Oh, sí -la boca de Basil se torció en una mueca irritada -Me temo que necesito de sus servicios, al menos hasta encontrar a otra mujer que responda a los efectos del elixir. Por desgracia, las mujeres con esa característica no abundan sobre la tierra, como descubrió Miranda. Le llevó meses encontrarla, señorita Greyson.

-¿Cómo descubrió usted que Miranda tenía la receta? -preguntó Emma.

-Yo había pasado unos años en América, pero había permanecido en contacto con mis conocidos de la Sociedad Vanzagariana. Cuando regresé, como es lógico, supe de los rumores con respecto al robo del *Libro de los secretos.* Sin embargo, no les presté mucha atención porque estaba concentrado en mi propio proyecto.

-¿Apresurar la muerte de su tía? -dijo Emma.

-Caramba; está usted muy enterada -rió Basil -Tiene mucha razón. Era obvio que no tenía intenciones de darse prisa en esa cuestión de morir, por eso una noche tomé el asunto en mis propias manos. Tal vez debería decir que tomé la almohada en mis propias manos.

Emma hizo una profunda inspiración.

-Sally Kent lo vio todo. Y luego trató de chantajearlo por eso.

El hombre inclinó la cabeza a modo de confirmación.

-Muy astuta, señorita Greyson. Le di algo de dinero a esa tonta para que guardase silencio mientras yo pensaba en el mejor modo de deshacerme de ella. Y luego me ocupé de que desapareciera.

-¿Para qué quería la receta del elixir? -preguntó Emma -Si acababa de recibir una herencia.

-Desafortunadamente, sólo después de la muerte de la vieja descubrí que la propiedad Ware estaba al borde de la bancarrota -admitió Basil -Había dinero suficiente para conservar

las apariencias por un tiempo, pero no mucho. Por eso me vi obligado adoptar nueva medidas..

-Supongo que se dispuso a conseguir una viuda rica o una heredera -dijo Victoria -Ése es el modo habitual en que los caballeros rehacen sus arruinadas economías.

-De hecho, prefería una viuda a una heredera. No quería tener que pasar por negociaciones y acuerdos comerciales con el padre de una joven, ¿entiende? En ese caso, podría ponerse en evidencia el estado real de mis cuentas.

De súbito, Emma entendió.

-Limitó su búsqueda a las viudas, y Miranda figuraba en su lista.

-Al principio, parecía probable -admitió Basil -Pero yo no tenía intenciones de convertirme en víctima de otra persona que estuviese practicando el mismo juego que yo. Como es natural, llevé a cabo una investigación discreta aunque muy concienzuda de sus antecedentes.

-Y se topó con el hecho de que ella era una aventurera -dedujo Victoria.

-Estaba por borrarla de mi lista cuando, por casualidad, tropecé con el hecho de que ella había vivido un tiempo en Italia y que, en la actualidad, tenía la costumbre de servir un té bastante desagradable a todas sus conocidas. Uní esa información con los rumores acerca del robo del *Libro de los Secretos* y, de pronto, todo me resultó claro.

-Debo decir que fue muy hábil la idea de Miranda de inventar la identidad de lady Ames e introducirse sin mas en la sociedad -comentó Victoria -Debe de haberle robado ciertos elementos valiosos a este Farrell Blue. Lo suficiente como para cubrir al menos el costo de una temporada en Londres.

Basil sonrió sin alegría.

-Pero no le alcanzaría para una segunda o una tercera. Tenía que hallar un modo de hacer funcionar el elixir. Me pareció mejor dejar que ella corriese el riesgo de llevar a cabo los experimentos. Para mí, que soy un caballero, sería mucho más difícil encontrar un modo de hacer probar el brebaje a una serie interminable de mujeres poco advertidas.

Emma entornó los ojos.

-Usted mató a Miranda, ¿no es cierto?

-A decir verdad, no lo hice.

-Está mintiendo -dijo Emma -Sólo usted puede haber sido.

-Admito que tenía toda la intención de deshacerme de ella. Aquella tarde, cuando supe que había dispuesto que sus criados no estuvieran en la casa, fui a su casa. Sospeché que había comenzado a sentir pánico.

-¿Sabía que me había enviado un mensaje? -preguntó Emma.

-La persona que contraté para que vigilara la casa me advirtió del hecho. Temí que fuera a decirle todo a usted, quizás incluso a ofrecerle ser su socia en la empresa. Y yo no podía permitirlo. Pero cuando llegué allí ella ya estaba muerta. Y la receta no aparecía por ninguna parte.

-No entiendo -Emma le clavó la vista -Sólo usted tenía un motivo para matarla. No hay nadie que...

-Sí, señorita Greyson; hay uno: su prometido.

Emma se indignó.

-Él no mató a Miranda.

-Por supuesto que sí -los ojos de Basil brillaron -Aún hay más; creo que encontró la receta. La biblioteca había sido escrupulosamente registrada.

Emma supo que no tenía sentido seguir discutiendo con él.

-Usted cree que Edison le dará la receta del elixir a cambio de lady Exbridge y mi persona, ¿verdad?

-Sí. Pienso que hará eso, precisamente. A diferencia de mí, a él lo debilitan sus ideas vanza con respecto al honor.

Victoria se removió en su pequeño asiento de madera tratando de cambiar de posición.

-Estoy segura de que Edison me culpará a mí por haber permitido que ese despreciable

Basil Ware te secuestre.

-Ware nos secuestró a ambas, no sólo a mí -Emma probó la fuerza de los nudos que le sujetaban las muñecas a la espalda -. Pero tiene razón, Edison no se sentirá complacido. No le gusta cuando las cosas no salen como él pretende.

Después de todo, pensó Emma, todo había sido muy simple para Ware. Les había ordenado a dos de sus hombres que aturdiesen al cochero y al mozo de Victoria de sendos golpes en la cabeza mientras aguardaban a su señora en la puerta de una casa elegante. Cuando Victoria hubo concluido su visita, los villanos, disfrazados con la librea de la casa Exbridge, se la habían llevado antes de que advirtiese lo que había sucedido.

Mientras el coche pasaba por el portón de la mansión, Basil había amenazado a Victoria con una pistola. Uno de los mozos de cuadra no reconoció al cochero; entonces Basil ordenó a la dama que le dijera que no era asunto suyo si ella quería emplear a un nuevo cochero.

Basil no tuvo dificultades para entrar en la casa; sólo necesitó obligar a Victoria a que diera las órdenes.

Emma dejó de forcejear. La cuerda que el hombre de Ware había empleado para atarla era sólida y estaba bien anudada. Miró a Victoria.

-¿Sus ataduras tienen alguna parte floja, señora?

-Un poco, porque ese hombre espantoso no me quitó los guantes cuando me ató las manos -Victoria calló un instante para retorcerse dentro de sus ligaduras -No están tan apretadas como para entumecerme los dedos, pero no creo que pueda soltarme.

Emma paseó la mirada a su alrededor. Los hombres de Ware habían encerrado y mantenido bajo custodia a las dos mujeres en un cuarto encima de una miserable tienda, hasta la caída de la noche. Entonces, las habían llevado en un carruaje anónimo hasta los muelles. Poco después, las habían dejado en la segunda planta de un almacén abandonado; ahora estaban solas.

En las sombras, alrededor de Emma, se apilaban grandes cestos y barriles. Rollos de gruesas cuerdas descansaban en el suelo como grandes serpientes. Todo estaba cubierto por una capa de polvo. Los cristales de las ventanas estaban tan sucios que impedían el paso de la luz de la luna.

Aunque no pudiese decirlo con certeza, Emma sabía que hacía varias horas que ella y Victoria habían salido de la mansión Exbridge.

-¿Por qué nos habrá traído a la zona de los muelles? -reflexionó Emma, mientras intentaba acercarse a Victoria.

-Tal vez porque él piense partir tan pronto como se apodere de la receta. Al parecer, está convencido de que Edison la tiene.

-No puedo creer que Ware piense realmente que Edison matara a Miranda para apoderarse de un absurdo trozo de sabiduría esotérica.

-Eso plantea la cuestión de quién es el verdadero asesino de Miranda -Victoria hizo una pausa -¿Qué estás haciendo?

-Estoy tratando de ponerme detrás de usted para que pueda meter la mano en el bolsillo de mi falda.

-¿Qué tienes en tu bolsillo?

-El cuchillo que saqué de un cajón de su escritorio. Tal vez podríamos usarlo para cortar estas cuerdas.

-Sorprendente -dijo Victoria -Por Dios, ¿cómo se te ocurrió traer un cuchillo de afilar plumas?

-Se me ocurrió cuando oí la voz de Basil en el pasillo.

-Ojalá se quedara sentado dijo Harry Una Oreja -Está mareándome con tanto caminar de acá para allá. Parece una bestia enjaulada esperando su alimento. Tenga; beba un poco de cerveza. Eso lo calmará.

Edison lo ignoró. Se detuvo ante la estrecha ventana y miró hacia el callejón. Hacía

horas que él y Harry esperaban en el cuarto oscuro y pequeño que estaba sobre Red Demon. Por fin, una hora antes, uno de los hombres de Harry había vuelto con una noticia útil.

Pero Edison seguía aguardándolo. La Estrategia de los Tiempos le indicaba que, cuanto más impaciente estuviese uno, tanto más debía demorar el ataque. Con todo, no se atrevía a esperar demasiado. El mensaje de Ware había sido muy específico.

Debería dejar la receta en el callejón indicado, en el otro extremo de la ciudad, en el término de una hora.

Ware habría apostado a sus hombres en el lugar, lo cual significaba que habría pocos guardias vigilando a sus prisioneras.

-¿Cuántos hombres cree que tendrá consigo? -preguntó Harry, como al pasar.

-Uno o dos, como máximo. Es demasiado arrogante para preocuparse por un par de mujeres -Edison sonrió con aire torvo -Ese imbécil no tendrá la sensatez de comprender que está tratando con Emma y con mi abuela, nada menos.

-Son difíciles, ¿no?

-Ni la mitad de lo que imaginas. Pero ése es uno de los motivos por los que tenemos que rescatarlas mientras Ware esté entretenido con su ansiedad por apropiarse de la receta. Si esperamos demasiado, es muy probable que Emma y Victoria tomen el asunto en sus manos.

-Yo estoy listo; saldremos cuando usted lo ordene. Cuanto antes mejor, en lo que a mí concierne.

Edison sacó su reloj del bolsillo y lo abrió.

-Es la hora.

-Gracias a Dios -Harry dejó su jarro con un golpe y se puso de pie -No se ofenda, pero creo que no podría quedarme mucho tiempo más en este cuarto con usted. Está empezando a ponerme nervioso.

Edison cerró el reloj y fue hacia la puerta. Sacó las pistolas de los bolsillos de su abrigo para examinarlas por última vez. Las dos estaban cargadas. La pólvora estaba seca.

29

Emma sintió que Victoria estaba cortando las últimas fibras de la cuerda; la euforia se apoderó un instante de ella.

-Lo logró, señora; estoy libre.

-Gracias a Dios. Pensé que nunca cortaría esas ligaduras.

Emma estiró cautelosamente los brazos y luego los frotó con vivacidad. Estaba entumecida e inflamada por haber estado atada tanto tiempo pero podría arreglárselas. Se volvió deprisa y levantó el cuchillo.

-En un momento la libraré de estas cuerdas.

-No lo dudo -dijo Victoria con sequedad -Pero ¿tienes idea de qué haremos después? La única forma de salir de este cuarto es volver a bajar la escalera. Y Ware y sus hombres estarán esperándonos.

-Hay otra salida dijo Emma, mientras pasaba la pequeña hoja por las gruesas hebras -La ventana.

-¿Piensas llegar hasta la calle bajando por allí?

-Aquí hay mucha cuerda. Podemos usarla para bajar hasta el pavimento.

-No estoy muy segura de poder acometer semejante hazaña. Pero, aunque las dos lográsemos escapar, estaríamos en una de las zonas más peligrosas de Londres. Es muy probable que dos mujeres vagando por los muelles, de noche, se topen con un destino muy desagradable.

-¿Tiene otra idea?

-No -dijo Victoria -Pero hay algo mas...

-¿Qué?

-Mi nieto es bastante conocido por aquí -dijo, con calma -Hace muchos negocios en esta zona.

-Sí, por supuesto -de inmediato, Emma sintió que se animaba -Podríamos invocar su nombre en caso de ser molestadas. Y también el de su amigo, Harry Una Oreja.

Victoria lanzó un suspiro de pesar.

-¿Cómo se le ocurre a Edison asociarse con individuos que portan nombres tales como Harry Una Oreja? Ah, si yo me hubiese ocupado de ese muchacho hace años... Dime la verdad, Emma. ¿Crees que lo hubiese arruinado como arruiné a Wesley?

Había tanto dolor en esa simple pregunta que a Emma se le encogió el corazón. Para responder, eligió sus palabras con tanto cuidado como si estuviese manipulando un frágil capullo.

-Mi abuela era una mujer muy sabia. Una vez, ella me dijo que no se puede echar a los padres toda la culpa ni conceder toda la gloria por la calidad de sus descendientes. A la larga, dijo, todos nosotros debemos asumir la responsabilidad de nosotros mismos.

-Edison ha salido bueno, ¿no es así?

-Sí -respondió Emma -Así es.

En el preciso momento en que Emma terminó de cortar las ligaduras de Victoria, sonaron pasos en la escalera.

-Alguien viene -susurró la mujer mayor -Seguramente, inspeccionará nuestras cuerdas y verá que estamos sueltas.

Emma dio media vuelta y recogió el pesado taburete sobre el que había estado sentada.

-Quédese donde está, señora. Si abre la puerta, trate de distraerlo un momento.

-¿Qué piensas hacer?

-No tema. Soy muy hábil para esta clase de cosas, aun que estoy más acostumbrada a usar un calentador de camas que un taburete.

Atravesó corriendo el cuarto, casi sin hacer ruido con sus suaves zapatos de cabritilla sobre el suelo de tablas. Llegó a la puerta justo en el momento en que los pasos se detenían al otro lado. Hizo una inspiración profunda, levantó el banco sobre su cabeza y esperó.

La puerta se abrió de golpe y brilló una vela.

Desde las sombras, en tono imperioso, como si estuviese regañando a un criado, Victoria dijo en voz muy fuerte:

-Ya era hora de que viniera. Espero que nos haya traído algo para comer. Hace horas que estamos sin comer ni beber.

-Dese por satisfecha de estar aún con vida -el sujeto entró en el cuarto y levantó la vela -¿Dónde diablos está la otra?

Emma estrelló el taburete en su cabeza con todas sus fuerzas. El bribón ni siquiera soltó un quejido. Cayó blandamente al suelo con un ruido sordo. Su mano soltó la vela, que rodó por el polvo.

-Emma, la vela -dijo Victoria, precipitándose hacia delante.

-Ya la tengo -Emma la levantó y la apagó-. Ahora, debemos darnos prisa. Alguien vendrá a buscarlo.

-Sí -Victoria había tomado un rollo de cuerda y ya estaba arrastrándolo hacia la ventana -Pero no sé si seré capaz de descolgarme por la cuerda.

-Le haremos unos nudos. Nuestros guantes nos protegerán las manos. Sólo estamos a una planta del suelo, Victoria. Podremos hacerlo. Yo bajaré primero, de modo que si llegara a deslizarse yo podría amortiguar su caída.

-Muy bien -Victoria abrió la ventana y arrojó fuera un extremo de la cuerda -Podemos intentarlo. No veo a nadie abajo. Eso debe de ser una buena señal.

-Muy buena señal -dijo Emma -Tenía miedo de que Ware hubiese dejado más guardianes.

Hizo dos grandes nudos en la pesada cuerda pero no se atrevió a perder tiempo haciendo más. Sujetó el otro extremo a un pesado barril.

Cuando terminó, se recogió la falda, pasó una pierna por el alféizar, asió la cuerda con ambas manos enguantadas, y se dispuso a descender hacia la estrecha callejuela. Entonces comprobó que la distancia hasta el pavimento era mucho mayor de la que cabía esperar.

-Ten cuidado, querida -susurró Victoria, apremiante.

-Sí -dijo Edison en voz baja, desde algún punto que estaba sobre la cabeza de Emma -Ten mucho cuidado. No me he tomado tantas molestias sólo para que te quiebres un tobillo a esta altura de la partida.

A duras penas, Emma consiguió ahogar un grito de sorpresa; alzó rápidamente la vista. Arriba no vio nada; sólo el cielo nocturno. Luego, descubrió que una sombra colgaba justo encima de ella.

-Dios mío. Edison.

-Silencio. Vuelve adentro. No tiene sentido hacerlo del modo más difícil si podemos evitarlo.

-Sí, es verdad.

Emma entró otra vez y se volvió para ver cómo él la seguía. Pensó que, si no hubiese sabido que estaba allí, le habría sido imposible verlo.

Todo vestido de negro, no era más que una silueta oscura que se recortaba contra la noche. La cuerda que había usado para bajar desde el tejado colgaba en la abertura, a sus espaldas.

Emma corrió hacia él y le rodeó la cintura con los brazos.

-Ya era hora de que llegara, señor.

-Lamento la demora. No pude evitarlo.

La abrazó un instante.

Victoria lo miró, atónita.

-¿Cómo nos encontraste?

-Es una larga historia. Quizá baste decir que uno de los aspectos menos prácticos de Vanza es que si uno ha aprendido las Estrategias y después sale del Círculo, lo más probable es que pueda predecir qué hará otro discípulo de estas artes. Ware supuso que yo razonaría que este barrio de Londres sería el último que él elegiría como escondite.

Emma frunció el entrecejo.

-Yo habría pensado que Ware podría anticiparse a la posibilidad de que tú adivinases

sus intenciones.

-Por las dudas -repuso Edison con sequedad -, hice correr la voz de que estaba dispuesto a pagar una buena suma por información relacionada con su paradero o con el de sus secuaces. En esta zona de la ciudad, nada es tan elocuente como el dinero.

-Sí, ciertamente. Muy astuto, señor, si me permite decirlo.

-Gracias -Edison vio al hombre tendido en el suelo, en un charco de luna -Veo que has estado practicando tus viejas tretas, Emma.

-Victoria y yo formamos un buen equipo -Emma miró hacia la puerta -Me alegra muchísimo verte, Edison, pero en realidad creo que deberíamos salir de aquí.

-Estoy de acuerdo. Pero pienso que sería más fácil para todos marcharnos por la escalera y no por una cuerda -atravesó el recinto, yendo hacia la puerta -Esperen aquí. Volveré en un momento.

-Edison, no debes hacerlo -dijo Emma.

-Está bien -repuso él -En este momento, Ware está siendo víctima de la Estrategia de la Distracción. No puede concentrarse en todo al mismo tiempo. Por lo que pude discernir antes, Ware dejó aquí a sólo dos hombres. Y ustedes han estado magníficas, encargándose de uno de ellos. Mi amigo Harry y yo nos hemos ocupado del otro. El resto de los secuaces de Ware está en el otro lado de la ciudad, esperándome.

-De todos modos -susurró Victoria -, el propio Ware está abajo, y tiene una pistola. Te encontrarás cara a cara con él.

-Piénsalo desde el punto de vista de que él estará cara a cara conmigo.

Edison abrió la puerta y salió al corredor.

Emma miró a Victoria.

-En verdad, es el patrón más difícil que he tenido en toda mi carrera. Tal vez, tendría que haberlo obligado a escribir mi referencia antes de dejarlo bajar.

Edison pensó que nunca había confiado demasiado en las Estrategias, pero debía admitir que la de los Tiempos tenía cierto mérito, aunque más no fuera por el elemento sorpresa.

Tomó la pistola que llevaba en el cinturón y avanzó en las sombras. Fue hasta la puerta de la habitación que hacía las veces de oficina; allí brillaba una lámpara. Dentro, Basil caminaba de un lado a otro. Una pistola colgaba flojamente de su mano.

-Lamento haberlo hecho esperar, Ware -dijo Edison.

Basil se estremeció violentamente y se volvió. Al ver a Edison, su boca empezó a esbozar furiosas muecas.

-Maldito sea, Stokes -levantó la pistola y apuntó hacia Edison -Malditos sean sus ojos.

Tiró del gatillo sin vacilar un segundo; la explosión resonó como un trueno en la pequeña habitación.

Edison ya estaba en movimiento. Se deslizó hacia el costado de la puerta y oyó cómo la bala se incrustaba en la pared, a sus espaldas. Luego, se desplazó otra vez hacia la abertura. Ware estaba junto al escritorio, tomando la segunda pistola que él había traído.

Edison no tuvo más remedio que cambiar otra vez de posición; la segunda bala de Ware astilló algo de madera, en algún punto en la oscuridad.

-¿Dónde están mis hombres? -gritó Basil, autoritario -Él está aquí, imbéciles.

Edison sintió una remota sacudida en el suelo de madera bajo sus pies.

-Maldición.

Supo demasiado tarde que él y Harry habían cometido un error de cálculo: Ware tenía a un tercer hombre cuidándole las espaldas.

Edison se dejó caer al suelo, pero sin la suficiente velocidad. Desde el espacio oscuro tras el vano de la escalera surgió un relámpago de luz. Sintió que un fuego le cortaba las costillas con la misma limpieza que la hoja de un cuchillo.

-Mátalo -aulló Ware -Asegúrate de que esté bien muerto.

Edison se volvió de espaldas y disparó al bulto que se adivinaba en las sombras. El hombre se sacudió y cayó hacia atrás, contra la escalera. Su pistola se estrelló en el suelo.

El suelo de madera volvió a moverse; Edison supo que Ware se acercaba por detrás, en la mejor tradición de la Estrategia de la Sorpresa. Según las enseñanzas, la respuesta

apropiada era rodar de costado y aprovechar la oportunidad para ponerse de pie.

Pero él giró otra vez, sin hacer caso del dolor que lo traspasaba. La bota de Ware trazó un arco en el aire en dirección a su cabeza; Edison agarró el pie en el aire. Tiró de él con violencia y retorció el tobillo con todas sus fuerzas. Ware gritó, se tambaleó hacia atrás y cayó con fuerza.

Edison se levantó de un salto y se lanzó hacia su presa.

Basil ya había logrado ponerse de rodillas, y miraba más allá de Edison, entrecerrando los ojos.

-Dispara, idiota -gritó-. Ya mismo.

Era una vieja treta. Quizá la más vieja de todas. Pero una sensación perturbadora cosquilleó la espalda de Edison. No se molestó en volver la cabeza para comprobar si era cierto que había alguien con una pistola detrás de él. Se tiró hacia un costado y rodó hasta quedar detrás de un pilar.

El dolor se renovó en su herida. Empuñó la segunda pistola en su bolsillo.

El villano herido se había puesto de pie y empuñaba una pistola, que rugió desde la oscuridad.

Edison sacó por fin la segunda pistola de su chaqueta, pero de inmediato vio que no tendría necesidad de dispararla.

El arma cayó de la mano del villano. Se apretó la herida del hombro y miró con fijeza a Edison, parpadeando varias veces.

-Mire lo que me ha hecho hacer. Se ha movido, maldito canalla. Ahora, nunca tendré mi dinero.

Cayó al piso cuan largo era.

Edison se puso de pie aferrándose al pilar. Vio que Basil yacía boca abajo en un charco de sangre. La bala que había sido dirigida a Edison le había dado en el pecho.

-Edison, ¿estás bien?

Era Emma, que bajaba corriendo la escalera en un revuelo de falda.

Victoria la seguía de cerca.

-Buen Dios, hubo disparos. ¿Ware está muerto?

Emma corrió hacia él.

-Me pareció que habías dicho que todo estaba bajo control.

Edison se llevó una mano a su costado.

-Cometí un ligero error de cálculo. De todos modos, ha sido rectificado.

-Buen Dios, Edison.

La exclamación angustiada era de Victoria.

Él vio que su abuela le miraba azorada con una mano en la garganta.

-Estás sangrando.

Emma se detuvo frente a él, con los ojos muy dilatados.

Su exclamación de horror recordó a Edison el fuego que sentía en el costado. Se miró. La luz de la lámpara de la oficina brillaba sobre la mancha húmeda que se extendía en su camisa blanca. Percibió que empezaba a sentirse mareado; luchó con esa sensación utilizando cada partícula de fuerza de voluntad que pudo.

-Me pondré bien. No es más que un rasguño. Creo. Salgan a llamar a Harry. Está esperando mi señal.

-Yo iré a buscarlo -antes de correr hacia la puerta, Victoria dirigió a Edison una mirada asustada -Edison, estás sangrando mucho...

-Ve a buscar a Harry, abuela -repuso, con mucha firmeza.

Victoria salió deprisa.

-Siéntate, Edison.

Emma levantó su falda de muselina y empezó a desgarrar una banda de su enagua.

-Te dije que estoy bien -musitó él.

-Y yo dije que te sentaras.

Se acercó a él con expresión dura y decidida.

Él se sentó en el segundo peldaño, sorprendido por la súbita debilidad que sentía.

-Supongo que estarás preocupada, pensando que tal vez no sobreviva para escribir esa maldita referencia.

-No es por eso, señor -le quitó con cuidado la camisa desgarrada para dejar al descubierto la herida -Es que tengo que mantener mi nivel profesional. En el curso de mi carrera, he tenido que enfrentar algunas situaciones infortunadas, pero hasta ahora no he perdido a ningún patrón. Y espero que no sea usted el primero.

30

Veinte minutos después, Edison se instalaba entre los almohadones del coche de alquiler que Harry había conseguido. Él estaba en lo cierto: la herida de su costado era superficial pero dolía como el diablo.

Victoria, sentada enfrente, lo observaba con ojos graves.

-¿Te hace mucho daño, Edison?

La evidente ansiedad de su abuela lo puso incómodo.

-Puedo tolerarlo, señora.

La mayor molestia no era el ardor que sentía en el costado sino la extraña sensación de ingravidez en la cabeza que estaba experimentando. Apretó los dientes y se prometió que no sufriría la humillación de desmayarse.

Emma entró en el coche siguiendo a Victoria y se sentó junto a él. Harry Una Oreja trepo al pescante, al lado del cochero. El vehículo se puso en marcha con una sacudida.

-La hemorragia ha cesado -dijo Emma, arreglándole el improvisado vendaje -En cuanto lleguemos a la casa, tendremos que conseguir un poco de láudano.

-Olvídate del condenado láudano -Edison sostuvo el aliento y procuró soportar el balanceo del vehículo -Para este tipo de cosas, prefiero coñac.

-¿Qué pasará con esos villanos que dejamos atados dentro del almacén?

-Tarde o temprano se soltarán. -A Edison le daba vueltas la cabeza y le costaba pensar -Y una vez que lo logren, desaparecerán nuevamente en los barrios bajos.

-Tendríamos que habernos asegurado que fueran llevados ante la justicia -dijo Victoria.

-No me importa que será de ellos -Edison respiro hondo, tratando de disipar la oscuridad que amenazaba invadir su cerebro-. Ware está muerto. Eso es lo único que importa.

-Hablando de Basil Ware -dijo Emma -, tu abuela y yo tenemos mucho que decirte acerca de él. Nos dio muchos detalles de su plan. A propósito, él asesinó al herborista para cubrir las huellas de Miranda, pero negó haberla matado a ella. Yo no le creí, pero sería extraño que mintiera con respecto a ese crimen después de haber confesado por propia voluntad los otros asesinatos.

-Yo le creo.

Edison cerró los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del asiento. No podría soportar mucho tiempo más. Lo invadía una gran debilidad.

-¿Qué significa que le crees? -preguntó Victoria -¿Por qué no mentiría...?

-Cielos -exhalo Emma -Miren.

-¿Qué? -preguntó Victoria.

Edison no pudo abrir los ojos.

-Ese barco. El segundo amarrado al muelle.

Edison la sintió moverse en el asiento; cuando ella habló, sus palabras llegaron amortiguadas como si hubiese asomado la cabeza por la ventanilla.

-Es el *Golden Orchid* -exclamó alegremente -No puedo creerlo. ¿Lo ven?

-Sí, sí -respondió Victoria con brusquedad -Ya casi amanece. Me basta con la luz que hay para leer el nombre del barco:

-*Golden Orchid.* Bueno, ¿qué?

-Detenga el coche -gritó Emma al cochero -Quiero verlo más de cerca.

Edison gimió.

-No es más que un barco, Emma. Si no te molesta, realmente necesito un poco de coñac.

-Sí, claro, lo siento. ¿En qué estaría pensando yo? Harry, diga al cochero que continúe la marcha; vamos a la casa de lady Exbridge. Vendré más tarde a cerciorarme -se acomodó en el asiento otra vez, provocando una nueva sacudida-Yo sabia que regresaría, lo supe desde el principio..

-¿Por qué la conmociona tanto ese barco? -preguntó Victoria.

-Ese barco -anuncio Emma -es el maldito barco en el que yo invertí todo el dinero que

obtuvimos mi hermana y yo con la venta de nuestra casa de Devon. ¿No lo ve, lady Exbridge? El *Golden Orchid* está de regreso, sano y salvo. Después de todo, no se hundió en alta mar. Ahora soy rica.

-¿Rica? -repitió Victoria.

-Bueno, tal vez no sea rica como Creso, ni como usted o Edison. Pero puedo asegurarle una cosa, señora: nunca más estaré obligada a trabajar como dama de compañía -el entusiasmo de Emma burbujeaba y desbordaba como el más fino champán -Tendremos dinero suficiente para que haya una docena de pretendientes a los pies de Daphne. Podrá elegir esposo. Tendrá la libertad de casarse con quien le dicte su corazón. Y nunca tendrá que trabajar de gobernanta o de dama de compañía.

-Sorprendente -musitó Victoria.

Edison se removió pero no abrió los ojos.

-Tal vez lady Mayfield te haya mencionado que esta temporada yo tenía la esperanza de conseguir una buena esposa.

-¿De qué está hablando? -se alarmó Victoria nuevamente.

-Quizás esté sufriendo alucinaciones -Emma apoyo la mano sobre la frente de Edison -El dolor, sumado a la conmoción de los sucesos de la noche, deben de haberle afectado el cerebro.

-Ahora que eres rica y ya que estamos convenientemente prometidos... -se interrumpió para recobrar fuerzas. Era muy grata la sensación de la mano de Emma sobre su frente pero, al parecer, no podía abrir los ojos -No se me ocurre ningún motivo que nos impida seguir adelante y casarnos.

-Alucinaciones, sin la menor duda -susurró Emma -Está peor de lo que yo pensaba. Cuando lleguemos a casa, tendremos que llamar a un médico.

A Edison se le ocurrió que su voz expresaba mucha más ansiedad que la que había mostrado la noche que creyó que seria ahorcada por el asesinato de Chilton Crane.

-Es inútil discutir con un hombre que está sufriendo alucinaciones -señaló-¿Quieres casarte conmigo?

-Muy cierto -dijo Victoria -No discutas con él, Emma. Es imposible saber qué clase de efecto podría tener sobre su salud, mientras se halle en este estado. Tenemos que procurar que no se agite. Bien podrías decirle que te casarás con él.

Hubo una tensa pausa durante la cual Edison tuvo aguda conciencia del paso de la eternidad. Después de un momento que pareció infinito, bajo la impresión de que nada sucedería, gimió y se llevó la mano a las costillas vendadas.

-Está bien -se apresuré a decir Emma -Me casaré contigo.

-Gracias, querida. Es un honor.

Se dejó resbalar en la invitante oscuridad.

Las voces atenuadas de las dos mujeres lo siguieron hacia las sombras

-No creo que recuerde nada de esto mañana por la mañana -dijo Emma.

-Yo, en tu lugar no estaría tan segura, murmuro Victoria

-De cualquier manera señora, quisiera que me dé su palabra de que no se encargara de recordarle que esta noche me ha propuesto matrimonio.

-¿Por qué no?

-Porque podría sentirse obligado a cumplir su palabra -lo extraño era que Emma parecía desesperada-. Le aseguro que no quiero que por su honor se sienta obligado a casarse conmigo.

-Ya es hora de que se case con alguien – dijo Victoria, con ese sentido práctico que Edison no podía menos que admirar-. Y en mi opinión, usted sería la persona adecuada, señorita Greyson.

-Prométame que no le dirá nada de esto, lady Exbridge.

-Está bien -la tranquilizó Victoria -No diré nada, pero no creo que eso cambie algo.

-Al contrario. Cuando despierte, lo habrá olvidarlo todo.

No lo creo, pensó Edison. flotando en el borde mismo de la inconsciencia.

-Me pregunto por qué el hecho de haber mencionarlo yo a ese condenado barco le

habrá provocarlo las alucinaciones -reflexionó Emma.

-Supongo que se debe al hecho de que él es el dueño de ese condenarlo barco -dijo Victoria.

Despertó de inmediato cuando Emma vertió coñac en su herida.

-Por el amor de Dios, no lo malgastes todo en ese maldito agujero-, extendió la mano hacia la botella -déjame algo para beber.

Emma le permitió beber**,** luego le quitó la botella.

-Duerme .

Se recostó de nuevo sobre las almohadas y se cubrió los ojos con un brazo.

-No lo olvidaré, ¿sabes?

-Todavía tienes alucinaciones -terminó de asegurar el vendaje -Tienes un poco de fiebre, pero la herida es limpia y curará bien. Duerme

-Prométeme que aún estarás aquí cuando yo despierte, en el remoto caso de que en realidad esté lúcido.

Emma trató de ahogar el anhelo que amenazaba con llenarle los ojos de lágrimas.

-Estaré aquí.

Él buscó a tientas la mano de ella. Ella vaciló un instante, luego se la dio. Edison la aferró con fuerza, como si temiera que ella se escapase.

Emma esperó hasta estar segura de que estaba dormido.

-Te amo, Edison -susurro.

No hubo respuesta. *Tiene sentido,* pensó ella. *Después de todo, él ya esta dormido.*

El ruido de las mantas que eran apartadas y un breve juramento contenido la despertaron poco antes del mediodía. Abrió los ojos y vio que el cuarto estaba lleno de sol. Ella estaba acalambrada y entumecida por haber pasado tantas horas enroscada en el sillón de lectura.

Edison estaba sentado en el borde de la cama, observándola con su conocida expresión enigmática. Tenía una mano posada con cierta cautela sobre el vendaje que cubría sus costillas lastimadas pero su color era normal. Sus ojos eran claros y atentos como siempre. Estaba desnudo hasta la cintura. La sábana colgaba sobre sus muslos.

Emma tuvo un repentino ataque de timidez. La irritó sentir un calor en las mejillas. Carraspeó.

-¿Cómo se siente, señor?

-Dolorido -sonrió un poco -Pero, por otra parte, muy bien, gracias.

-Excelente -se levanto con vivacidad del sillón y trató de evitar una mueca cuando sus piernas envaradas se doblaron. -Pediré un poco de té y tostadas para usted.

-¿Has estado sentada en ese sillón desde que llegamos al amanecer?

Inquieta, Emma se miró en el espejo y gimió al ver su vestido arrugado y su pelo revuelto.

-Se nota, ¿verdad?

-Sé que te hice prometer que estarías aquí cuando yo despertara, pero no quise decir que tenías que dormir en esa silla. Me habría bastado que te quedaras en la casa.

Emma abrió la boca pero no dio con las palabras. Esperó unos segundos y volvió a intentarlo.

-Té y tostadas -logró decir -Supongo que tendrá hambre.

Él le sostuvo la mirada.

-Anoche no tenía alucinaciones, Emma. Y no he olvidado nada. Aceptaste casarte conmigo.

-¿Por qué? -preguntó ella, directamente.

Por primera vez, él pareció perplejo.

-¿Por qué?

-Sí, ¿por qué? -Emma levantó las manos y comenzó a pasearse de un lado a otro, frente a la cama -Está muy bien que diga que quiere casarse conmigo, pero debe entender que tengo derecho a saber por qué quiere hacerlo.

-Ah.

-¿Es porque se siente obligado a hacerlo? -le dirigió una mirada ceñuda -Porque, en ese caso, le aseguro que no es necesario. Gracias al regreso del *Golden Orchid,* ya no tengo dificultades económicas.

-No, ya no -admitió.

-Y mi reputación no es demasiado importante porque no pienso moverme en los círculos de sociedad. Lady Exbridge ha tenido la bondad de ofrecerse a patrocinar a mi hermana Daphne durante una temporada. Pero yo me quedaré en segundo plano y todos olvidarán mi breve período como sospechosa de asesinato y como prometida.

-Mi abuela te aseguró que tan ínfimos pecadillos podrían barrerse bajo la alfombra, ¿no es cierto?

-En efecto -Emma se detuvo en el extremo más alejado de la habitación -Así que, como ve, no es necesario que se sienta obligado a casarse conmigo por el honor o algo semejante.

-Bueno, sin duda eso limita un poco las razones.

-¿Qué quiere decir?

Él sonrió.

-Al parecer, sólo me queda un motivo para el matrimonio.

-Si piensa convencerme de que en realidad necesita las ganancias de mi pequeña inversión en la carga del *Golden Orchid* ahórrese el aliento, señor. Sea cual fuere el monto de mi inversión, no debe de ser más que una gota en el mar para un hombre de sus recursos.

-Te amo.

Emma se quedó mirándolo.

-Edison.

-Y espero sinceramente que el sentimiento sea mutuo.

-Edison.

-Poco antes de quedarme dormido por segunda vez, hubiese jurado que te oí decir algo así corno que me amas -hizo una pausa -¿O estaba delirando otra vez?

-No -dejó de pasearse y corrió hacia él -No, no estabas delirando.

Lo rodeó con los brazos y lo abrazó con todas sus fuerzas.

-Edison, te amo tanto que me duele.

Él contuvo el aliento.

-Sí -dijo-. Duele.

-Por Dios, tu herida -lo soltó y retrocedió, horrorizada por lo que había hecho-. Lo lamento mucho.

Él sonrió.

-Yo no. Valió la pena: ya no tendré que escribir esa maldita referencia.

El capitán del *Golden Orchid* llegó a la mañana siguiente a presentar su informe. Emma no tuvo más remedio que contener su impaciencia esperando con Victoria en la biblioteca, mientras él se encerraba con Edison.

-Tengo ganas de decirle cuántos problemas me ha causado -rabió, mientras servía el té.

-Ten en cuenta la parte positiva, querida -Victoria la miró por encima de la montura de sus gafas de lectura -Si no hubiese sido por los problemas del capitán Frye en el mar, jamás habrías conocido a Edison.

-¿Está segura de que considera eso como algo positivo, señora?

-Puedo asegurarte -dijo Victoria con calma -que nada tan positivo me había ocurrido desde hacía años.

Emma sintió que la recorría una oleada de calidez.

-Me alegra mucho que usted y Edison se hayan acercado en los último tiempos, señora.

.

-Sí, es verdad -dijo el aludido desde la entrada -Nada como un robo, un asesinato y un secuestro para unir a una familia; yo siempre lo he dicho.

Emma se levantó de un salto.

-No deberías haberte levantado.

-Cálmate, querida. Me siento absolutamente bien -hizo una mueca al entrar en la habitación -O casi.

Recién afeitado, con una crujiente camisa blanca cubriéndole el vendaje, las botas bien lustradas, estaba tan elegante como siempre. *Es muy injusto,* pensó ella. *Si no lo supiera, podría pensar que él no ha hecho nada más pesado durante los dos últimos días que ir a su club de la calle St. James.*

-Bueno -rezongó Emma -, ¿qué dijo el capitán Frye en su descargo?

-Que el *Golden Orchid* fue desviado de su ruta por una tempestad, luego estuvo encalmado varios días y tuvo que entrar en un puerto que no estaba previsto para aprovisionarse de comida y agua.

Emma cruzó los brazos.

-Me gustaría hablar unas palabras con Frye. Ese hombre me ocasionó problemas sin fin.

Edison tomó la taza de té que le ofrecía Victoria.

-Frye me asegura que el contenido de la carga compensará con creces cualquier inconveniente que puedan haber sufrido los inversores. De hecho, los beneficios exceden mis propias expectativas.

Emma decidió que era preferible no mantener la queja contra Frye.

-Es una noticia maravillosa. Debo escribir inmediatamente a mi hermana.

-Estoy impaciente por conocerla -dijo Edison.

-Yo también -murmuro Victoria -Debe de ser entretenido guiar a una joven en su primera temporada. Será una nueva experiencia para mí.

Edison enarcó las cejas.

-Si Daphne se parece a Emma, no me cabe duda que la experiencia será memorable -dejó su taza -Ruego me disculpen; debo salir.

-¿De qué rayos estás hablando? -preguntó Emma -No pensarás seguir con tus asuntos habituales. Tienes que descansar.

Él la miró a los ojos. La ligereza que había manifestado un momento atrás había desaparecido, reemplazada por una torva resolución.

-Descansaré cuando haya acabado con el asunto del libro desaparecido.

-¿Acabado? -durante un momento, Emma no entendió. Luego recordó-. Ah, sí; dijiste que tendías a creer que Basil Ware había dicho la verdad cuando negó haber matado a Miranda.

-Sí -Edison se volvió y fue hacia la puerta -Hasta que ese tema no esté resuelto no podemos decir que el asunto haya acabado.

De súbito, Emma supo adónde iría.

-Espera, iré contigo.

Él se detuvo en el vano de la puerta.

-No.

-He estado tan involucrada como usted, señor. Insisto en seguir hasta el final.

Edison pareció pensarlo a fondo y por fin inclinó la cabeza.

-Tienes derecho -concedió.

Victoria los miró de hito en hito.

-¿Qué está pasando aquí? ¿A quién irán a ver?

-Al hombre que asesinó a lady Ames -respondió su nieto-. Y que además provocó las muertes de varias otras personas.

31

-Perdone que no me levante señorita Greyson dijo Ignatius Lorring, sin levantarse de su silla pero inclinando la cabeza con una elegancia que desmentía la fragilidad de su estado-. Este no es uno de mis mejores olías. De todos modos, es un gran placer conocerla. Hace mucho que siento curiosidad por ver que clase de dama elegiría Edison, llegado el momento.

-Señor.

A pesar de lo que sentía y a todo lo que Edison sospechaba con respecto a este hombre, Emma cedió al hábito e hizo una breve reverencia.

Creyó haber estado preparada para el encuentro, pero de todos modos se sintió consternada ante la evidente dolencia de ese hombre. Pensó que Edison tenía razón. No cabía duda de que a Ignatius no le quedaba mucho tiempo de vida. Estaba tan pálido que parecía transparente.

Ignatius le dirigió una sonrisa pesarosa cuando ella se irguió después del saludo.

-Sí, querida mía. Es verdad que estoy muriéndome. Supongo que debería agradecer el privilegio de haber vivido una vida larga y llena de acontecimientos. Pero no puedo aceptar con ecuanimidad mi inminente fallecimiento.

Edison fue a pararse ante el fuego.

-¿Fue por eso que llegaste a tales extremos en tu afán de apoderarte del *Libro de los Secretos?* ¿Esperabas hallar en ese maldito manuscrito el mágico elixir que te prolongaría la vida?

-De modo que lo has deducido todo, ¿no es así? -Ignatius se hundió más en su sillón y contempló los infinitos anaqueles que se reflejaban en la pared cubierta de espejos -Me imaginé que sería así hace unos minutos, cuando mi mayordomo te anunció. En respuesta a tu pregunta, tanto yo como muchos otros miembros de la Sociedad Vanzagariana estamos convencidos de que los misterios de las antiguas ciencias ocultas no son mágicos en sí. Están basados en una ciencia diferente de la que practicamos en el presente, pero no constituyen magia.

-Tú no podías ignorar que, tarde o temprano, yo adivinaría que estabas utilizando la Estrategia de la Distracción.

-Muy cierto. Yo sabía que sólo era una cuestión de tiempo que llegaras a comprender que yo estaba en el centro del asunto. Dime, ¿qué fue lo que me delaté?

-La cuestión de las velas -dijo Edison -Ware no era la clase de sujeto capaz de tomarse la molestia de entrenar a un discípulo. Y, de haber tomado uno, jamás le habría dado las velas de meditación fabricadas con las mismas hierbas y colores que las suyas. Corría un riesgo demasiado grande. Debemos tener en cuenta que estaba aplicando la Estrategia del Disimulo. Debía saber que otro practicante de Vanza podría establecer sin dificultades la relación entre él y Stoner.

-Para conocer al maestro, mira las velas del discípulo -citó Ignatius, asintiendo.

-Alguien había dado sus velas a Stoner y luego puso restos de las mismas velas en el estudio de Ware -Edison lo miró-. Sólo alguien que supiera que yo ya sospechaba de Ware hubiese dejado ese rastro para que yo lo encontrara.

-Me preocuparon un poco las velas. Pero pensé que podría eludir el problema el tiempo suficiente para apoderarme del libro.

-¿Creíste que podrías descifrar las recetas del *Libro de los Secretos?*

-Oh, sí. -Ignatius le lanzó una mirada cargada de humor helado-. Si Farrell Blue pudo descubrir la clave de las recetas, yo también podría hacerlo. Lo aventajo ampliamente en el estudio de la disciplina vanza.

- ¿Por qué me involucraste en la búsqueda del libro, para empezar?

-Ese fue un serio riesgo -Ignatius hizo una mueca -Pero tú eras mi última esperanza de encontrarlo. Fuiste el mejor alumno de Vanza que he tenido en mi vida. Conozco tu capacidad mejor que tú mismo. Sé lo peligroso que eres. Pero valía la pena la apuesta. No tenía nada que perder, ¿entiendes?

-Tú pergeñaste todo el asunto -Edison lo miró-. Tú organizaste el robo del libro en el templo. Pero, quienquiera que sea la persona que contrataste para hacerlo, te traicionó.

-Claro. El canalla vendió secretamente el libro a Farrell Blue. Mi gente estaba cerca, pero, cuando ellos llegaron a Roma, Blue estaba muerto y su villa hecha cenizas. Y no había rastros del libro.

-Lo más probable es que se haya quemado.

Ignatius apretó su pálida mano formando un puño tembloroso.

-No podía creer eso. Hacerlo habría sido como abandonar toda esperanza.

-Exploraste Roma en busca de rumores; así averiguaste que por lo menos una de las recetas había sido descifrada.

-Charlas de criados. Pero era lo único con que contaba. Llegué a la conclusión de que el incendio no había sido accidental. Deduje que había sido provocado para ocultar el asesinato de Blue y el robo del libro, o al menos de la receta -Ignatius alzó brevemente uno de sus frágiles hombros -Pero yo estaba debilitándome día tras día. Necesitaba la ayuda de alguien que fuese lo bastante inteligente para continuar la búsqueda en mi beneficio. Procurarme tu ayuda fue un riesgo calculado, Edison. Yo era un hombre desesperado.

-¿Por qué mató a lady Ames? -preguntó Emma..

-El tiempo estaba agotándose. Edison me había dicho que ella tenía la receta, pero él quería aplicar la Estrategia de la Paciencia a la situación. Por desgracia, ése era un lujo que yo no podía permitirme. Estaba seguro de que ella poseía el libro o sabía dónde estaba. Fui a verla aquella tarde, inmediatamente después de que ella le envió ese mensaje a usted, querida mía.

Edison lo miró, incrédulo.

-¿Ella te abrió la puerta? ¿A ti, un desconocido?

Los ojos pálidos de Ignatius brillaron.

-No había perdido todas mis habilidades. Te aseguro que esa pequeña aventurera jamás me oyó entrar en su casa. No tuvo noción de mi presencia hasta que me encontré con ella y le exigí que me entregase la receta y el libro.

Edison levantó la vista del fuego.

-Ella te dio la receta pero no pudo darte el libro porque no lo tenía.

-Me dijo que se había quemado cuando se incendió el estudio de Farrell Blue, pero yo no le creí -la ira dio al rostro de Ignatius un breve vestigio de color, pero no duró mucho. Su cuerpo delgado se contrajo. Jadeó, luego sufrió un ataque de arrasadora tos -Yo sabía que ella me mentía. Tenía que estar mintiendo.

Emma vio que Edison se ponía tenso pero no abandonaba su posición ante el hogar.

Por fin, la espantosa tos cesó. Ignatius tomó de su bolsillo un níveo pañuelo de lino y se limpió la boca.

-Estaba segurísimo de que me mentía -repitió-. Confieso que perdí, en parte, el control de mí mismo cuando se negó a dármelo.

-Dominado por la frustración y la cólera, le disparaste -dijo Edison -. Y luego, revolviste su biblioteca con la esperanza de encontrar el maldito libro.

-Sí -Ignatius suspiró-. Tanto la biblioteca como el dormitorio de ella. Mi búsqueda quedó interrumpida con la llegada de Basil Ware. Tomé la receta del elixir y me retiré al jardín para seguir vigilando. Ware no se quedó mucho tiempo adentro. Y cuando salió, no dio la alarma. Entonces comprendí que él estaba jugando su propio juego.

Emma se indignó.

-Usted debe de haber sabido que Ware podía estar buscando la receta. Y, sin embargo, no advirtió a Edison de ello.

-Por aquel entonces las cosas se habían complicado -admitió Ignatius -Edison ya había adivinado que había algún canalla metido en el asunto.

-Tú -dijo Edison, sin rodeos.

-Sí. Fue para mí un alivio saber que mi joven discípulo, John Stoner, no me había traicionado. De todos modos, me pareció conveniente proporcionarte otra distracción, Edison.

-Llevaste a la casa de Ware los restos de una vela de meditación de las que habías

hecho para Stoner. Dejaste los trozos derretidos en su estudio para que yo los encontrara -dijo Edison.

-Tenía la esperanza de confundirte, al menos por un tiempo.

-Las velas que preparaste para Stoner no eran del mismo color ni perfume que las que usabas cuando yo era tu alumno. ¿Cuándo cambiaste la fórmula?

Ignatius torció la boca.

-Cuando comencé a explorar los secretos más recónditos de Vanza. Quería nuevas velas para iluminar mi nuevo camino.

-¿Por qué robó a Miranda la receta del elixir? -preguntó Emma -Aunque sirviera, no era la clase de preparación que pudiera servirle a usted.

-Es muy cierto, mi querida señorita Greyson. Lo último que necesitaba yo a esta altura era más dinero. Me apropie de la receta con la débil esperanza de atraer al que tuviese el *Libro de los Secretos* y hacerlo salir al descubierto. Después de todo, el libro aún está por ahí; quienquiera que lo tenga, debe de tener grandes dificultades para descifrarlo, sin ninguna duda.

Emma frunció el entrecejo.

-¿Creyó poder convencer al que lo tuviese de que usted contaba con cierta clave para las otras recetas?

-Valía la pena intentarlo -dijo Ignatius. Apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla y cerró los ojos, sumido en una inexpresable fatiga -Pero, al parecer, mi tiempo se ha terminado.

-¿Dónde está la receta? -preguntó Edison.

-Aquí.

Ignatius abrió los ojos y se incorporó lentamente.

Abrió un diario forrado en cuero que estaba sobre una mesa a su lado y sacó una hoja de papel.

-Tómala. Es obvio que a mí ya no me sirve.

Edison recibió la hoja. Demoró un tiempo leyendo lo que estaba escrito en ella, luego sacudió la cabeza con infinita tristeza.

-Una completa imbecilidad -dijo-. Ignatius, últimamente tú no eres el que eras. De otro modo, habrías sabido que tu plan era inútil. No hay nada de valor en el *Libro de los Secretos.* No es otra cosa que una curiosidad histórica.

-No estés tan seguro de eso, Edison -Ignatius volvió a respaldarse y a cerrar los ojos -Los más recónditos secretos de Vanza han estado encerrados en ese libro durante generaciones. ¿Quién sabe lo que se podría aprender de ellos?

Se produjo un largo silencio. Después de un rato, Edison levantó la mano de la repisa y cruzó la habitación hacia donde estaba Emma.

-Ven -le dijo-. Es hora de marcharnos.

-Por cierto -murmuró Ignatius desde las profundidades de su sillón -, ¿qué has hecho con mi joven y ansioso acólito?

-¿Te refieres a John Stoner? -Edison hizo una pausa -Lo embarqué con rumbo a Vanzagara. Allí podrá estudiar la verdadera sabiduría Vanza.

-Me alegra que no lo hayas matado -Ignatius sonrió sin fuerzas -Me recordaba a ti cuando tenías su edad.

Edison tomó a Emma del brazo.

-Ya tenemos las respuestas que buscábamos. El asunto está acabado.

-¿Qué es esto? -Ignatius no se molestó en abrir los ojos -Sin duda, querrás acusarme de asesinato. ¿Dónde está tu sentido de la justicia, hombre?

-Tú eres un maestro de Vanza -dijo Edison, sereno -Y te estás muriendo. La justicia será ejecutada sin mi intervención.

Ignatius no dijo nada. Siguió con los ojos cerrados. Su pecho no parecía moverse.

Edison la guió hasta la puerta. Algo hizo que Emma se volviese para mirar por encima del hombro justo cuando estaban por salir al pasillo.

Vio que Ignatius había tirado al fuego del hogar la hoja de papel con la receta del *Libro de los Secretos.* Las llamas la consumieron en pocos segundos.

Más tarde, Edison estaba ante el escritorio de su estudio cuando llegó la noticia de que Ignatius Lorring se había quitado la vida con una pistola.

Leyó dos veces la nota y luego, muy lentamente, volvió a plegar el papel.

Después de un rato, bajó al corredor que daba al jardín de invierno. Estaba cambiando de tiesto una orquídea dorada cuando Emma irrumpió por la puerta.

-Edison, he venido lo más rápidamente que pude. ¿Qué ha sucedido?

La vio correr hacia él. Estaba acalorada y agitada. Unos rizos rojos se balanceaban, escapando por debajo de su cofia. No había tenido tiempo de ponerse un sombrero. Las zapatillas blandas que calzaba eran del tipo de las que las damas reservaban para usar dentro de la casa.

-Das la impresión de haber corrido desde la Fortaleza hasta aquí -dijo Edison.

-No exactamente -se detuvo ante él -He venido en un coche de alquiler.

-Ya veo -hizo ademán de tocarle la mejilla pero recordó que tenía los dedos sucios de tierra. Bajó la mano -¿Qué te hace pensar que pasó algo malo?

-Simplemente, tuve la sensación -le escudriño el rostro-. ¿Qué pasa, Edison?

-Lorring se pegó un tiro esta tarde.

Emma no dijo nada. Lo que hizo fue rodearlo con los brazos y apoyar su cabeza en el hombro de él.

Edison sintió que algo dentro de él se aflojaba. La estrechó, buscando el calor que ella le ofrecía.

Ninguno de los dos se movió durante un largo rato.

32

La boda fue el acontecimiento del verano. Lady Exbridge insistió en convertirlo en un suceso. No fue difícil porque todos en la sociedad estaban muy ansiosos por asistir a la celebración que cerraría el compromiso más escandaloso de la temporada. Las invitaciones para el complicado desayuno de boda que se ofrecería después del servicio religioso eran muy requeridas.

Emma caminó por el pasillo con su vestido blanco y dorado, llevando una guirnalda de orquídeas doradas en el pelo. Encontró la mirada de su hermana y le hizo un guiño.

Daphne le sonrió y el corazón de Emma desbordó de una felicidad que se reflejaba en su rostro. Su hermana menor había emprendido su vida en Londres con un entusiasmo que no daba señales de decaer. Hasta el momento, parecía mucho más interesada en los museos, teatros y ferias de la ciudad que en su inminente temporada social. En el presente, la Fortaleza era una casa llena de calidez, de luz y de actividad, ya que Victoria supervisaba los preparativos para la presentación de la muchacha.

Edison había soportado con estoica paciencia todos los arreglos para la boda.

-Habría sido infinitamente más práctico casarnos por medio de una licencia especial y contentarnos con eso -dijo en varias ocasiones.

Pero Emma sabía que había soportado todo ese alegre caos por Victoria, que resplandecía de alegría y que en esos días manifestaba un renovado placer por la vida.

Edison se volvió para ver a Emma mientras avanzaba hacia él. Ella no necesitó de su intuición para ver el amor en sus ojos. Era tanto que la aturdía. Le dirigió una sonrisa radiante y se reunió con él ante el altar.

Las palabras del servicio nupcial resonaron en su corazón. Ella sabía, sin la menor sombra de duda, que esos votos sostendrían a ambos durante el resto de sus vidas.

Yo *te desposo...*

Mucho más tarde esa noche. Edison se movió junto a ella en la cama iluminada por la luna.

-Agradezco mucho que me hayas aceptado en este puesto -dijo con humildad -Sé que no tengo experiencia como marido, pero quiero asegurarte que me esmeraré por darte satisfacción.

Emma sonrió adormilada en la oscuridad.

-Señor, tenga la seguridad de que me ha dado usted completa satisfacción.

-Si necesitara referencias, me temo que deberé decirle que no puedo presentar ninguna.

El calor del duradero amor que compartían los hizo estallar en carcajadas. Emma se incorporó sobre un hombro y se inclinó sobre su ancho pecho. Lo miró con ojos relucientes.

-Si usted necesitara alguna referencia, señor, la escribiría yo misma. Soy muy buena para eso.

-Por supuesto. ¿Cómo pude olvidar su gran talento para las referencias?

La atrajo más cerca, para poder besarla otra vez.